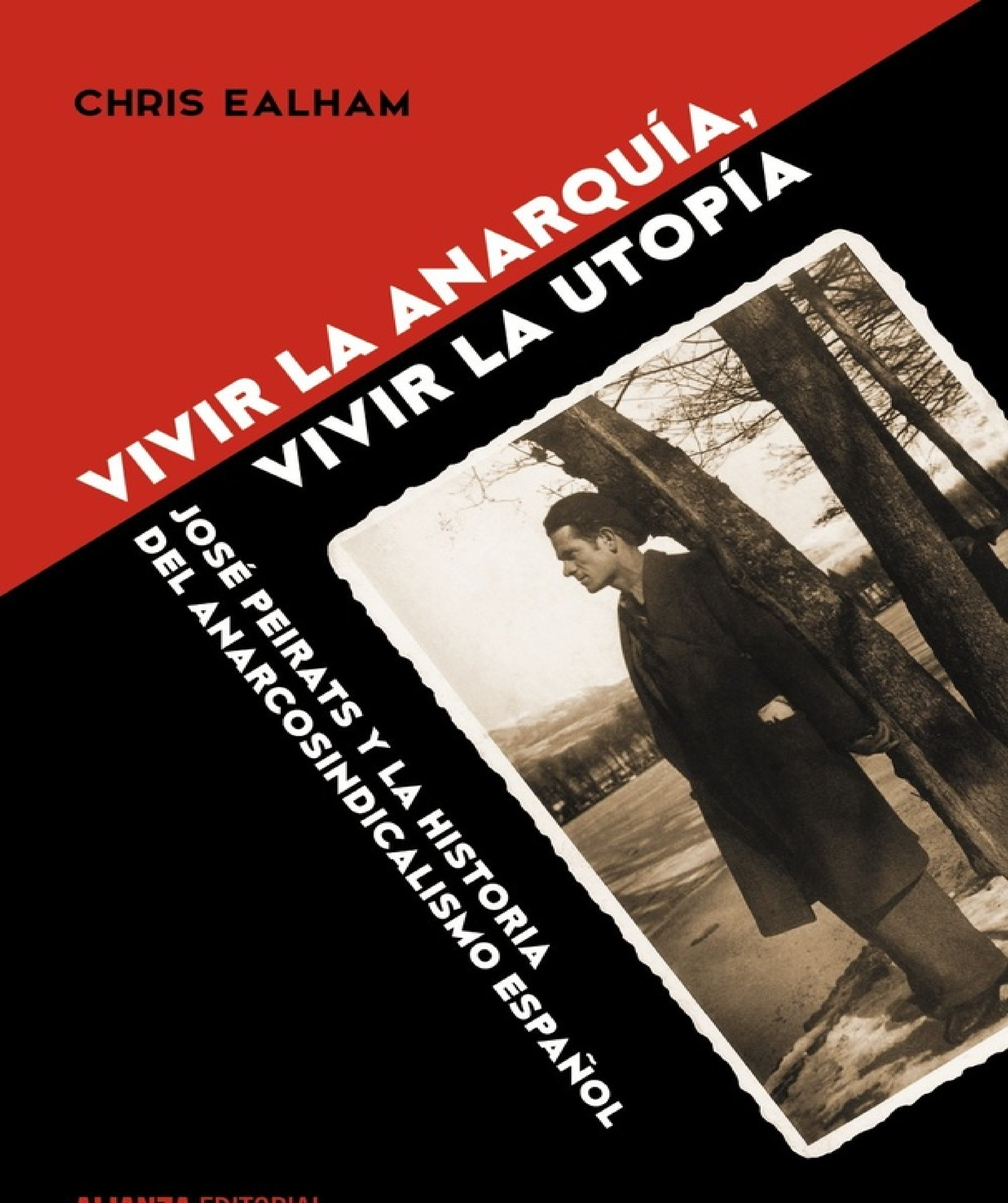
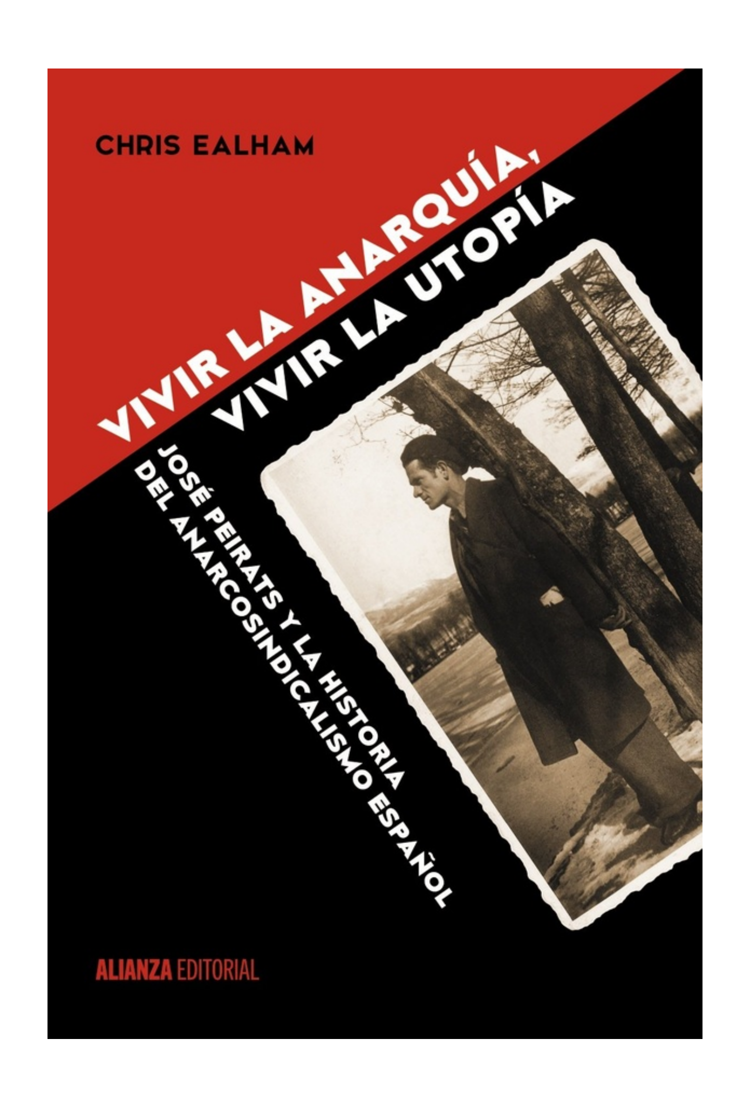


ALIANZA EDITORIAL


CHRIS EALHAM
VIVIR LA ANARQUÍA, VIVIR LA UTOPÍA
JOSÉ PEIRATS Y LA HISTORIA DEL ANARCOSINDICALISMO ESPAÑOL
ALIANZA EDITORIAL

Chris Ealham

Vivir la anarquía, vivir la utopía

José Peirats y la historia del anarcosindicalismo español

Traducción de Federico Zaragoza

Alianza Editorial

Índice

Para cuatro autodidactas:

Gracia Ventura, ejemplo de calor humano
Ornette Coleman, Charlie Mingus y Gil Scott-Heron,
revolucionarios y genios de la música

LISTADO DE SIGLAS

AIT	Asociación Internacional de Trabajadores
CC OO	Comisiones Obreras
CNT	Confederación Nacional del Trabajo
CRT	Confederación Regional del Trabajo
CCMA	Comité Central de Milicies Antifeixistes/Comité Central de Milicias Antifascistas
CEDA	Confederación Española de Derechas Autónomas
FAI	Federación Anarquista Ibérica
FIJL	Federación Ibérica de Juventudes Libertarias
JJ. LL.	Juventudes Libertarias
MLE-CNT	Movimiento Libertario Español-CNT
POUM	Partido Obrero de Unificación Marxista
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
PSUC	Partit Socialista Unificat de Catalunya
UGT	Unión General de Trabajadores

AGRADECIMIENTOS

Este proyecto ha sido largo de elaborar y muchos son los que me han ayudado y animado a lo largo del camino. Mis peticiones de información fueron atendidas con gran profesionalidad por el personal de los siguientes archivos: Arxiu Municipal de l'Hospitalet de Llobregat, Ateneu Enciclopèdic Popular (Barcelona), Biblioteca Arús (Barcelona), Instituto Internacional de Historia Social (Ámsterdam), Biblioteca Nacional (Madrid), Centro Documental de la Memoria Histórica (Salamanca) y Institut Municipal d'Història de Barcelona. La Saint Louis University (Madrid) me concedió una beca de la Facultad para el voluminoso archivo de Peirats en Ámsterdam y una liberación de docencia para completar el tramo final de este libro. También una parte de la investigación se ha desarrollado dentro del marco del proyecto «La España del Frente Popular: orden público, conflictividad sociolaboral y políticas unitarias en la crisis de la primavera de 1936» financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación. Julio Aróstegui, Marianne Brull, Agustín Castellano Bueno, Júlia Costa, Freddy Gómez, Pepe Gutiérrez, Dolors Marín, Frank Mintz, David Wingeate Pike, Helenia Roques, Heleno Saña, Scott Soo y Joan Zambrana fueron generosos con su tiempo y sus conocimientos. También le estoy agradecido a Nick Rider por compartir conmigo entrevistas que organizó con anarquistas de la generación de Peirats, en especial con Concha Pérez Collado, una joven anarquista y ateneísta que conoció a Peirats. Este libro se ha enriquecido con la disponibilidad de amigos y compañeros de Peirats, como Octavio Alberola, Sara Berenguer, «Abel Paz» (Diego Camacho), Carlos Díaz y Salvador Gurruchari, para compartir información sobre el hombre y su época. Federico Arcos, uno de sus amigos más íntimos, merece una mención especial por clarificar episodios y detalles importantes y por darme una copia de las memorias inéditas de Peirats. Tanto él como Antonia Fontanillas mostraron una generosidad increíble al proporcionarme valiosa información y material documental.

Gracia Ventura, compañera de Peirats, me concedió varias entrevistas: su hospitalidad, dinamismo y cercanía fueron muy de agradecer y muy inspiradores.

Estoy en deuda con los siguientes amigos y colegas por sus ánimos y la cercanía que me proporcionaron en diferentes momentos mientras trabajaba en este proyecto: Manel Aisa, Stuart Christie, Eduardo González Calleja, Helen Graham, Kevin Ingram, Andrew Lee, Marcos Ponsa, Andy Price y Maggie Torres Ryan. El Dr. Juan Truan Blanco, destacado especialista español en Cirugía Ortopédica y Traumatología, evaluó con generosidad el material que yo había recogido sobre el estado médico de Peirats y me ofreció amablemente un diagnóstico postmórtem basado en su experto conocimiento. También he tenido la suerte de encontrar un destacado traductor en Fede Zaragoza Alberich. Este proyecto se ha beneficiado de la aportación de Bea, Federico y Stuart, quienes comentaron anteriores borradores. Estoy en especial deuda con mi buen amigo Gareth Stockey, que se resistió al extendido individualismo que prevalece en el sistema universitario para encontrar tiempo para leer y ofrecerme incisivos comentarios sobre la totalidad del manuscrito. Ya hace años que tuve la suerte de tener como guía a Paul Preston cuando aspiraba a escribir historia por vez primera, y fui también afortunado por recibir sus tajantes opiniones sobre un borrador anterior de este libro. Mi editora en Alianza, Cristina Castrillo, ha mostrado una paciencia tremenda y me ha ofrecido sugerencias valiosísimas. Y mi mayor deuda es con Bea, cuya fortaleza, pasteles y ánimos críticos me han ayudado a completar este proyecto. Sin la ayuda de los mencionados, este libro hubiera sido mucho más flojo; a pesar de ello, las deficiencias que contenga son solo mías.

INTRODUCCIÓN

> Hay hombres que luchan un día y son buenos.
> Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos.
> Pero los hay que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles.
>
> Bertolt Brecht

Este es un estudio de la vida de Peirats, de los cimientos humanos del movimiento anarquista y de su historia en el siglo XX. Es también un estudio de los lazos afectivos de parentesco, amistad y comunidad que cimentaron este movimiento, el más potente de su tipo en el mundo. Rastrea cómo pusieron los anarquistas en práctica sus valores esenciales de solidaridad y ayuda mutua y los retos a los que se enfrentaron antes y durante la Segunda República, cómo intentaron la transformación revolucionaria de la sociedad durante la Guerra Civil y cómo sus planes quedaron interrumpidos por el exilio durante la larga noche de la dictadura franquista y, posteriormente, cómo lucharon por adaptarse a las nuevas circunstancias que trajo consigo el amanecer democrático de los años setenta. Por tanto, a la vez que la historia de la vida de un individuo, esta es la biografía de un agente colectivo, la clase trabajadora en cuyo seno nació Peirats; es un estudio de la profunda ósmosis entre la sección más radical de la clase trabajadora y la CNT anarcosindicalista, un vínculo que aseguró que las biografías de los cenetistas fueran inseparables de la historia organizativa de su sindicato.

Para la generación de Peirats, la «Generación del 36», que se alzó contra las injusticias de la sociedad española, el entorno y vicisitudes de sus vidas estuvieron vinculados de manera inextricable a su activismo. Por ello, la historia del anarquismo es inseparable de la biografía de Peirats —su vida estaba poderosamente involucrada en su toma de una posición revolucionaria, en los compromisos de su pensamiento subversivo y en los

conflictos a los que se vio arrastrado—. Como Peirats observaba en una carta a un compañero en 1970, a los 62 años de edad:

> En la CNT he hecho casi de todo: organizar huelgas, organizar a los obreros, hablar en asambleas, mítines y conferencias, escribir artículos, asistir a congresos, manejar pistola y a veces explosivos, estar en la cárcel, coleccionador de procesos, la mayoría por delitos de imprenta. Sé lo que significa aguantar palos de la policía desnudo a pelo en una comisaría. He estado en España clandestinamente siendo secretario de la CNT del exilio (un caso único) cuando todavía se fusilaba[1].

En resumen, la suya fue una vida de subversión y aventura, repleta de desafíos al orden establecido a causa de su compromiso duradero con la causa de los oprimidos.

Una biografía de un activista libertario supone por fuerza reclamar la memoria histórica del anarquismo organizado y su papel dentro del siglo XX. Mi estudio refleja la perspectiva llamada «particularista» de los movimientos sociales, que se ocupa de las motivaciones individuales y el proceso de socialización de aquellos que constituyen el movimiento, y que se centra en la biografía y la biografía colectiva como medios de desenmarañar el significado para el individuo del carácter de pertenencia al movimiento[2]. Sin duda algunos considerarán este tipo de estudio como «hagiografía» (una ironía, ya que escribo como historiador de nacionalidad inglesa, y Peirats desdeñaba tanto a los ingleses como a los historiadores «profesionales»)[3]. Para algunos historiadores mi estudio será rechazable como «historia militante». Estas pautas de equidad que reclaman con vehemencia una actitud más «objetiva» por el hecho de tener una posición alejada de lo que ellos designan los «extremos» del espectro político, son o bien ingenuas, o poco sinceras, o ambas. Tras su exigencia de «objetividad», los que critican la historia de los desposeídos por ser «historia militante» ignoran con alegría su propio bagaje intelectual y su posicionamiento, demasiado a menudo hipócrita, manteniendo una descarada defensa partidaria de posiciones políticas específicas, una defensa militante ya sea de la socialdemocracia, del liberalismo, o, en algunos casos, de la nostalgia del franquismo. Reconozco sin rubor que hay muchos aspectos de la vida de Peirats que encuentro admirables. Fue un hombre humilde, apasionado y muy vital casi hasta el final de sus 81 años de vida, a

pesar de sufrir de problemas de salud considerables desde la infancia. Su lucha de toda la vida frente a la enorme adversidad por superar el déficit cultural que se le impuso desde su nacimiento es solo un ejemplo. Yo mismo tuve una experiencia, aunque más leve, de esta lucha en la jerarquizada sociedad británica en cuyo seno nací. Fui el primer miembro de mi familia en sentido amplio en poner el pie en una universidad. Escolarizado dentro del muy estratificado sistema educativo del Estado británico, rompí la tendencia de mis compañeros de clase y fui el único alumno de mi promoción en ir a la Universidad en la muy polarizada Gran Bretaña de Thatcher. De manera semejante, estemos o no de acuerdo con sus ideales, me llaman la atención, por ser eminentemente loables, la defensa tenaz de Peirats de sus creencias y su disposición a arriesgar la vida y la libertad persiguiendo un proyecto colectivo que creía que beneficiaría a la humanidad. No es sorprendente que los sacrificios y tribulaciones de los desposeídos les resulten esquivos e ininteligibles a aquellos críticos que no consigan ver más allá de su propio sentido de privilegio y esnobismo[4].

No pretendo que Peirats fuera un hombre perfecto, o que fuera un anarquista ideal. Como todo ser humano, tenía sus defectos, sus brotes de «mala leche» —a veces en la polémica era áspero— y, como pensador anarquista, no evolucionó en sustancia en el curso de su vida. Por ejemplo, hay pocos datos sobre que abrazara de verdad las corrientes de la «nueva izquierda» de los años sesenta, de manera que, a la vez que fue toda la vida defensor de la libertad, sus opiniones sobre la homosexualidad o el feminismo no reflejaron la creciente conciencia de que son patrones evidentes de opresión. Pero, sin dejar de ser crítico a veces, mi propósito no es reprochar a un hombre fallecido esta o aquella debilidad, sino entender qué motivó a Peirats y cuáles fueron las fuerzas sociales, personales, políticas, organizativas, culturales y económicas que dieron forma y constriñeron su comportamiento y su pensamiento.

Dentro de la historiografía española, en años recientes se ha desarrollado con eficacia la biografía como instrumento de la investigación histórica[5]. Lo cual debe aplaudirse, pues la biografía, un género que existe en la frontera de la literatura, y en algunos casos de la psicología, presenta retos específicos para el historiador. No pretendo haber superado esas

dificultades, sobre todo porque mi trabajo sobre la historia de los movimientos sociales ha tendido a centrarse más en la psicología colectiva que en la del individuo. Pero la historia social tiene mucho que aportar al campo, más antiguo, de la biografía, ya que está claro que las historias de vidas y experiencias forman parte de las historias más amplias de los grupos sociales. El estudio de un hombre como Peirats, cuya existencia e ideas estaban tan hondamente inmersas en el seno de un movimiento, nos proporcionan, por tanto, una oportunidad de trasladarnos más allá de la reconstrucción de los acontecimientos específicos de la vida de un individuo de una manera que, siguiendo la sugerencia de Isabel Burdiel y María Cruz Romero, tenga en cuenta «el tema de la reinterpretación de las estructuras sociales, entendidas como redes de interacción, [y] replantea la posición de los individuos y sus actitudes en los procesos de cambio histórico»[6].

Los capítulos que siguen, por tanto, trazan la historia de un hombre que fue absorbido por el huracán del turbulento siglo XX español. El capítulo 1 trata de las influencias formativas de la infancia y las experiencias familiares que situaron a Peirats en el camino de la rebelión y que contribuyeron a moldear su vida posterior y su visión del mundo. El capítulo 2 considera su politización juvenil: como gran parte de la «Generación del 36», Peirats se radicalizó y politizó durante la dictadura de Primo de Rivera de los años veinte, convirtiéndose en un intransigente rebelde. Los capítulos 3 y 4 testimonian la República anterior a la Guerra Civil, cuando Peirats alcanzó la mayoría de edad como activista, rebelándose contra las injusticias de la sociedad española durante los años treinta, y encauzando sus energías militantes en las organizaciones educativas, paramilitares, políticas y sindicales del movimiento libertario. En el capítulo 5 vemos a Peirats unirse al resto de la «Generación del 36» para alzarse a derrotar el golpe militar de julio del 36 y participar en los estimulantes meses de revolución, lo que para los participantes fue un sublime verano de liberación. Esta es también la historia de una revolución que fracasó y Peirats se unió contra aquellos dentro del movimiento anarquista que él creía que estaban traicionando sus ideales y el proyecto de transformación social. El año 1939 y el definitivo triunfo franquista en la

Guerra Civil desembocaron en el largo invierno de la reacción oscurantista, un tiempo de derrota, desesperación y diáspora mientras la dictadura se dedicaba a limpiar la sociedad de la generación insurgente de Peirats, que pagó el precio de atreverse a retar a las oligarquías agraria e industrial en las cárceles, en los campos de concentración, en el exilio y en la tumba. Esto, junto a las luchas y divisiones del movimiento anarquista en el exilio, se explora en los capítulos 6 y 7.

Junto a todo lo corriente de la vida de Peirats y sus múltiples semejanzas con las historias de las vidas de los de su generación, el capítulo 8 explora su trabajo excepcional como historiador-activista y escritor revolucionario, el «Heródoto de la CNT»[7]. Los escritos estudiados aquí constituyen un recorrido por la evolución de la CNT a lo largo del siglo XX y revelan gran parte del cambio de políticas y de la cultura interna del movimiento. En el exilio, se podría argumentar que los textos de Peirats fueron un acto de resistencia contra aquellos a los que el poeta Juan Gelman ha descrito como los «organizadores del olvido». Siguiendo la transición democrática posfranquista, los esfuerzos de Peirats por documentar las luchas de la «Generación del 36» se ajustaron a su lucha contra la condescendencia de la desmemoria impuesta por el pacto del olvido diseñado para marginar la experiencia de los «derrotados» y limitar los horizontes sociales y las posibilidades políticas de los setenta y los ochenta. Esto se estudia en el capítulo 9, que cubre los años finales de la vida de Peirats, cuando, a pesar del rápido deterioro de su salud, permaneció activo y comprometido con la defensa de la libertad, la justicia y la recuperación de las voces de los «derrotados».

Nota sobre las fuentes

Una parte considerable de este estudio está basado en el archivo de Peirats del IISG (International Institute of Social History) de Ámsterdam, en particular su voluminosa correspondencia y sus memorias, *Mi paso por la vida*, 1.500 páginas de escritos autobiográficos[8]. Como con cualquier fuente, las memorias y cartas han sido evaluadas críticamente. Pero el lector

tiene que tener en cuenta algunas cosas sobre Peirats. Cuando escribió la mayoría de sus cartas y sus memorias, la dirección del movimiento libertario español en Francia le había tildado de «ladrón». Por tanto, quizá estaba más obsesionado de lo que se suele con su «verdad» y lo que otros pensaran de él. Tenemos que tener en cuenta que hubo exiliados que le sobrevivieron, muy en concreto su implacable castigadora, Federica Montseny, igual que muchos de los hijos de aquellos, por lo que estaba muy preocupado por la veracidad y el hecho de que sus críticos eran quienes estaban más que dispuestos a ponerle en evidencia. Para impedir malas interpretaciones, mantuvo copia de toda su correspondencia. Por la misma razón, sus memorias son frescas y francas, y reflejan su honestidad permanente, la cual, como se verá en las páginas que siguen, fue uno de sus valores centrales, algo reconocido por amigos y enemigos por igual. Asimismo, sus memorias son un documento muy humano. Un ejemplo es el aprecio de Peirats por adversarios dentro del movimiento anarquista, como Horacio Prieto o Buenaventura Durruti, con quienes chocó en diversas ocasiones. A pesar de ello, fue capaz de apreciar las cualidades personales de ambos.

Después de haber leído a lo largo de los años muchas memorias anarcosindicalistas, me llamó la atención la sinceridad y el compromiso de Peirats con la «verdad», aun cuando fuera, de forma inevitable, «su verdad». Ello contrasta, por ejemplo, con las memorias abiertamente apologéticas de algunos de su generación, que son, en palabras de Julián Casanova, «cánticos a la honradez personal»[9]. Desde luego Peirats también estaba preocupado por su «honradez personal», pero como historiador opino que sus memorias, en general, son fiables. A modo de contraste, las memorias de Jacinto Toryho, adversario de Peirats e importante defensor de la colaboración del movimiento anarquista con el Estado durante la Guerra Civil. Como otros colaboracionistas, a Toryho le resultaba duro justificar los giros y revueltas de su papel en tiempo de guerra, y ello se refleja en repetidos lapsos y lagunas en su testimonio. Por ejemplo, a pesar de describir la evolución del frentepopulismo anarquista, escribe sobre «la increíble cooperación de la CNT», como si él fuera del todo ajeno al proceso[10]. Además de dar la impresión de que el PCE en solitario destruyó

la revolución de 1936, Toryho también sugiere que la única oposición al colaboracionismo con el Estado procedió de anarquistas extranjeros, lo cual, como demuestro en el capítulo 5, está francamente en desacuerdo con los registros históricos[11]. En contraste, cuando llega a la discusión, a menudo agria de Peirats, con la dirección del movimiento durante el exilio, a pesar de toda su indignación, su relato en general resulta del todo congruente con el principal estudio académico del periodo[12].

Peirats empleaba una forma peculiar *sui generis* de paginación en el manuscrito de sus memorias, dividiéndolas en «tomos» y «libros». A veces la paginación vuelve a empezar al inicio de un nuevo libro, otras veces es acumulativa[13]. En las notas al pie, colocadas al final del libro, la referencia a las memorias es M(emorias) I(néditas) T(omo)..., L(ibro)..., seguido de la página de referencia, p. ej.: MI T.2, L.III, 77. En lo referente a su correspondencia, las cartas se citan como, por ejemplo, Carta a... o Carta de... El sistema de archivación completo para el archivo Peirats está en la web del IISG:

http://www.iisg.nl/archives/en/files/p/ARCH02422full.php

---

1 Carta a José A. Fernández, 31-5-70.

2 Véase Ron Eyerman y Andrew Jamison, *Social Movements. A Cognitive Approach*, Cambridge, 1991, pp. 30-31.

3 En 1947, durante su época en el exilio, el barco en el que viajaba de Venezuela a Francia hizo escala en Southampton. Las autoridades británicas no le permitieron bajar a tierra. Nunca perdonó a «los cabrones de los ingleses [que] no me dejaron bajar ni siquiera para visitar el puerto… Ahí no hay más hielo que el que cubre el alma de los ingleses». (Cartas de José Peirats a «Amapola», 6-2-1962 y 9-4-1962).

4 Freddy Gómez, «La deuxième mort de José Peirats», *À contretemps. Bulletin de critique bibliographique*, n.º 38, septiembre de 2010, pp. 9-15.

5 Véase, por ejemplo, Isabel Burdiel, «La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica», en Isabel Burdiel y Manuel Pérez Ledesma (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo xix*, Madrid, 2000, pp. 17-47.

6 Isabel Burdiel y María Cruz Romero, «Los sujetos en el proceso revolucionario español del siglo XIX: el papel de la prosopografía histórica», *Historia Contemporánea*, 13-14, 1996, pp. 150.

7 Francisco Carrasquer, «José Peirats, de los pocos que quedan», *Polémica,* octubre de 1989, p. 20.

8 Una versión editada de las memorias apareció como: José Peirats, *De mi paso por la vida. Memorias* (Barcelona, 2009). El manuscrito de Peirats fue cortado para dejar espacio a una introducción de cien páginas prolija, y a veces insidiosa, a cargo de uno de los editores.

9 Julián Casanova, «Guerra y revolución: la edad de oro del anarquismo español», *Historia Social*, 1, 1988, p. 64.

10 Jacinto Toryho, *No éramos tan malos. Memorias de la guerra civil española, 1936-39*, Madrid, 1975, p. 214.

11 Toryho, *No éramos tan malos*, pp. 284-285.

12 Ángel Herrerín, *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939-1975)*, Madrid, 2004.

13 José Peirats, *Mi paso por la vida* (aquí MI).

CAPÍTULO 1

UNA INFANCIA REBELDE. CÓMO Y DÓNDE SE CRIO UN NIÑO ROJINEGRO

La única manera de tratar con un mundo no libre es haceros tan absolutamente libres que vuestra existencia misma sea un acto de rebelión.

Albert Camus

La Vall d'Uixó (I)

José Peirats Valls nació el 15 de marzo de 1908 en la calle del Calvario de La Vall d'Uixó, Castellón, la provincia más septentrional de las tres valencianas, justo al sur de Cataluña. La Vall era un pueblo pequeño en el que en verano es fácil que la temperatura alcance los 40 grados[14]. Como la mayor parte de las tierras valencianas en esa época, La Vall era sobre todo agraria, y estaba especializada en la producción de fruta para el mercado de la exportación, y en la de cáñamo. Segundo hijo de Teresa Valls Rubert y José Peirats Dupla, José nació en el seno del sector más empobrecido de la sociedad. Mientras que la mayor parte de la familia Peirats Valls eran agricultores, los padres de José trabajaban gran parte del año como alpargateros (*espardenyers*), fabricando el calzado de suela de cuerda popular entre los trabajadores urbanos y rurales. Ello era menos exigente físicamente que trabajar bajo el sol de los campos. Sin embargo, sus padres llevaron una existencia acosada por la pobreza: como muchos otros vallduxenses, se vieron obligados a complementar sus ingresos trabajando en la cosecha de la naranja en la vecina Burriana, a unos 25 kilómetros de distancia. La cosecha era un importante acontecimiento local: los padres de José se habían conocido en la cosecha, y su primer recuerdo era una vasta alfombra de naranjas que vio de pequeño, cuando acompañaba a su familia a Burriana[15].

Los padres de Peirats tuvieron seis hijos, cifra no infrecuente en aquella época, cuando las tasas de mortalidad infantil galopante diezmaban las familias pobres. La tragedia acechó a José desde su más tierna edad: solo sobrevivieron hasta la edad adulta él y su hermana Dolores, dos de sus hermanos más jóvenes murieron en la Vall y otros dos en Barcelona. Las peores penurias cotidianas las aliviaban poderosas redes familiares y comunitarias. Si alguien experimentaba la maldición del desempleo y la mala salud, los parientes trabajadores o los amigos de la familia ofrecían ayuda. Hasta cierto punto, la reciprocidad popular compensaba el estado subdesarrollado del sistema de bienestar y, a juzgar por los recuerdos en general positivos de la vida del pueblo, su familia se salvó de la privación y el hambre experimentadas por los desposeídos del campo andaluz.

Pero constituiría un error describir una imagen idealizada y bucólica de las condiciones de vida de las clases bajas rurales en cualquier lugar de España durante la primera parte del siglo XX. Castellón estaba desprovisto de oferta educativa; el grado de analfabetismo masivo, especialmente entre las mujeres, era comparable al de Andalucía, una zona tomada con frecuencia como epítome de retraso cultural[16]. Ambos progenitores de José eran semianalfabetos, solo hablaban catalán, la primera lengua de los vallduxenses, que, como el joven José, ignoraban felices el castellano, la lengua oficial del Estado. Esto ilustraba *de facto* la autonomía disfrutada por muchos pueblos, y el limitado alcance del débil Estado central; de hecho, la mayor parte de la vida en La Vall transcurría sin ningún contacto real con el Estado, muy en consonancia con la filosofía federalista que José abrazó más tarde.

La Vall carecía de historia de las dramáticas luchas agrarias que electrizaron el sur agrario. Cuando nació José, la estructura social del pueblo estaba en general indiferenciada, y la población de alrededor de 8.500 habitantes había sido estática durante décadas. La división local tradicional seguía siendo el río Uixó, que cortaba el asentamiento y proporcionaba agua a la más productiva tierra de granja de la parte inferior de la aldea. Sin embargo, las divisiones de clase habían empezado a marcarse sobre las divisiones geográficas tradicionales: la parte de abajo (*baix*) del pueblo era el hogar de los agricultores arrendatarios más ricos,

que a veces empleaban peones y jornaleros, los cuales, en su mayoría, residían en la parte alta (*dalt*) del pueblo y que eran los vecinos de Peirats[17]. Aunque las tensiones entre las dos partes del pueblo pudieron dar lugar a brotes ocasionales de violencia, ello estaba relacionado con disputas locales o familiares más que con antagonismos sociales más profundos.

Pero nuevos vientos políticos soplaban en La Vall. El abuelo de José, Sento Valls, era un republicano comprometido y autoproclamado ateo, el cual, más adelante en su vida, se separó de su mujer, algo que habría escandalizado a la opinión católica y que estaba muy probablemente relacionado con sus relaciones extramaritales[18]. Empleado municipal, Sento tenía un puesto de responsabilidad, trabajaba de campanero y alguacil. También regía la cárcel municipal, lo cual suponía que la mayoría de sus hijos, Teresa incluida, nacieron en prisión, una gran ironía si consideramos la posterior lucha de José por eliminar del todo las instituciones represivas, sus propias estancias en la cárcel y sus numerosas visitas a amigos y miembros de su familia encarcelados[19]. Para la época, Sento era un hombre de considerable cultura —tocaba la flauta y componía algo de poesía— ejercía una fuerte influencia moral sobre sus hijos y fomentaba su escepticismo hacia la religión[20]. La influencia de Sento le fue transmitida más tarde al joven José por su madre y los hermanos de esta, Nelo y Benjamín, que fueron más allá del republicanismo del padre para abrazar el anarquismo y el socialismo, respectivamente. Nelo, que emigró a Barcelona, era un anarquista comprometido, mientras que Benjamín, que también pasó varios años en la capital catalana, fue el fundador del PSOE en La Vall y una destacada figura en la cooperativa del pueblo. Ambos tíos ejercieron una influencia profunda y duradera sobre el joven Peirats, mayor incluso que la de sus padres. Esto es particularmente cierto en el caso de Benjamín, un trabajador agrícola que se adhirió a un código moral estricto que era, en aspectos cruciales, más anarquista que socialista, y que estaba enraizado en un profundo respeto por sus congéneres humanos. A José le inspiró en especial el espíritu de sacrificio de su tío Benjamín, su fe inquebrantable en el progreso social y su estricto código de conducta personal y rectitud moral. Su ejemplo de disciplina personal fue algo que Peirats emuló en su propia vida[21].

Desde luego, José heredó más de los Valls, «gente de carácter», que de los Peirats, «de temple modesto y un tanto sobrecogidos»[22]. No hay datos de las filiaciones políticas de los Peirats. El padre de José era más sensual: tenía un considerable talento para cantar, que prodigaba alegremente en fiestas y verbenas, no siempre al gusto de su mujer. José mostró más tarde un amor semejante por la canción —cantaba con frecuencia por la calle de camino al trabajo y a petición de los amigos en fiestas[23]— pero es difícil distinguir cualquier otra influencia directa de su padre. Como observó más tarde, su padre era taciturno, retraído, «débil de espíritu», en general resignado a su papel secundario en la familia[24]. Teresa, la verdadera fuerza dentro del hogar, se refería al padre de José como «un tizón enterrado»[25], al que dominaba, presidiendo lo que José llamaba «un auténtico matriarcado»[26]. A pesar de su carencia de educación formal, Teresa era una mujer con notable confianza en sí misma, segura y positiva, aun cuando trataba con aquellos que estaban más altos en la escala social[27]. Como observó Peirats más tarde sobre ella, «era un temperamento fuerte. Su inmensa personalidad no conocía obstáculos. Fue el verdadero eje de la familia en las horas malas, que fueron muchas durante nuestra infancia»[28].

Fue la insatisfacción de Teresa con la pobreza imperante en la vida en La Vall y la aspiración a la mejora lo que empujó a la familia a emigrar a Barcelona[29]. En sus cartas a Teresa, Nelo le aseguraba trabajo abundante para *espardenyers* en el gigante industrial catalán, calidad de vida superior y, lo que es más importante, le ofrecía pagar el pasaje de la familia al norte. Teresa convenció pronto a su marido de que aceptara el proyecto y, como indicio de testimonio de la precariedad de la vida en La Vall, apenas unos días más tarde José y su padre salieron «con una manta y un saco» en un coche de mulas hacia el puerto de Burriana de camino a Barcelona[30].

La manera más barata de llegar a Barcelona era por barco, una verdadera aventura para José, entonces con solo tres años y medio. No pudo apreciar que se trataba de un viaje al ojo del huracán social y político, el inicio de una odisea de descubrimiento y combate, que le llevaría a través de dos continentes, dos océanos y seis países en el curso de una vida que se parecería a la de don Quijote: el soñador idealista, siempre dispuesto a

enfrentarse a la injusticia y la tiranía durante una existencia seminómada. Ni es posible que captara la ironía de que en este viaje su principal protección del frío de la noche de otoño y los vientos marinos fuera una manta a cuadros rojos y negros[31]; aquellos eran los colores de la CNT, el sindicato revolucionario constituido un año antes en la ciudad que esperaba a José, un sindicato cuyo futuro pronto se entrelazaría con el del joven Peirats[32].

Barcelona

Barcelona cambió para siempre la vida del joven Peirats. Se sintió abrumado por el contraste entre el mundo localista e insular de La Vall y el carácter cosmopolita y agitado de su nueva ciudad. Al acercarse a Barcelona desde el mar vio «el mar de casas» de los barrios obreros cercadas por las montañas y colinas circundantes, y las chimeneas que brotaban de los distritos industriales de la ciudad y proyectaban humo negro al cielo. En tierra, el ritmo frenético y el ruido del puerto sobresaltaron sus sentidos, mientras los estibadores y los carreteros descargaban barcos y distribuían los productos sobre los muelles. Flanqueados por tranvías y los pocos automóviles entonces en circulación, los recién llegados se abrieron camino hacia la casa del tío Nelo, en la cercana calle de los Canteros, en Poble Sec, un barrio pobre alojado entre la colina del Montjuïc y la frontera urbana del Paral·lel, una larga avenida sede de una miríada de teatros, cafés, cabarets y tabernas, y que encarnaba la modernidad de la ciudad. De mayoría obrera, Poble Sec tenía una amplia población valenciana, en gran medida compuesta de inmigrantes pobres apiñados en casas superpobladas. Con una tasa de analfabetismo de más del 50%[33], una historiadora describía Poble Sec como «un barrio bajo»[34]. La vida cotidiana de sus habitantes estaba estructurada por los ritmos del capitalismo industrial: antes y después del trabajo las calles estaban atestadas de trabajadores que se abrían camino hacia y desde las fábricas del barrio industrial contiguo de Sants o de la cercana La Canadiense, la planta hidroeléctrica más importante de la ciudad.

El padre de José pronto encontró trabajo en la alpargatería de un amigo de infancia en Sants, zona en que los vallduxenses eran una minoría importante[35]. En consonancia con los patrones predominantes en la inmigración de la clase obrera, los Peirats llegaron por entregas: una vez que José y su padre se establecieron, se les unieron la madre y dos hermanas. La familia ahora estaba reunida en una ciudad hondamente dividida y marcada por los conflictos, de los cuales el más reciente era el levantamiento urbano de 1909 conocido como la «Semana trágica», una semana de protestas callejeras contra el reclutamiento militar obligatorio señalada por barricadas, ataques a fábricas y quema de propiedades religiosas[36]. Poble Sec fue un foco importante del levantamiento, y las multitudes insurgentes asaltaron todos los edificios religiosos del vecindario, incluidos iglesias, conventos y escuelas católicas[37]. En la represión posterior las fuerzas de seguridad mataron a 104 civiles e hirieron a otros 125. Encarcelaron a más de 2.500 personas, en su mayoría sindicalistas e izquierdistas. Se promulgaron diecisiete sentencias de muerte, de las cuales cinco fueron ejecutadas en la cercana fortaleza de Montjuïc, que proyectaba una oscura sombra sobre Poble Sec.

La clase obrera barcelonesa quedó traumatizada. José estuvo expuesto a este trauma colectivo: acertó a oír a su tío hablando con amigos por las tardes de la guerra de Marruecos, el levantamiento, los prisioneros y sus ejecuciones; también oyó canciones satíricas que vilipendiaban a autoridades y políticos[38]. El tío Nelo, que poco a poco fue inspirando ideas anarquistas en la mente de su joven sobrino, transmitió a José mitos anticlericales populares, diciéndole que los curas habían usado artillería para defender una iglesia del ataque[39]. Los fines de semana, cuando la familia se escapaba de la ciudad buscando el aire más limpio de Montjuïc para hacer una paella bajo la fortaleza, Nelo le contaba el sacrificio de Francesc Ferrer i Guàrdia, el educador anarquista ejecutado tras ser acusado de «responsabilidad moral» por el levantamiento[40]. A través de Nelo, José descubrió nuevas palabras, como sindicatos, e iniciales, como CNT, ya que la Confederación Nacional del Trabajo había celebrado su primer congreso

nacional en Barcelona apenas unas semanas antes de su llegada, y periódicamente alquilaba los teatros del Paral·lel para mítines y reuniones.

Barcelona era la capital del movimiento obrero de España, al que dio forma una próspera cultura antiestatal. Desde más o menos 1900, la larga tradición anarquista de la ciudad estaba sentando las bases del naciente movimiento anarcosindicalista, que consideraba el sindicalismo industrial revolucionario como el mejor método por el que los trabajadores podían apoderarse del control de la economía capitalista. Hay complejas razones que explican el poderoso atractivo del anarcosindicalismo en la ciudad[41]. Había una percepción popular de que el Estado, que poseía limitadas atribuciones sobre la asistencia social en comparación con Inglaterra y Alemania, era una fuerza negativa, represiva, en la vida social. Esto, combinado con un contexto de relaciones industriales conflictivas, actuaba contra el sindicalismo reformista y fomentaba la lucha de acción directa. Desde el advenimiento de la industrialización, los empresarios habían sido implacables y hostiles contra cualquiera que pusiera en tela de juicio su autoridad en el centro de trabajo; se oponían incluso a una presencia sindical testimonial en las fábricas, y se aliaban para destruir la organización obrera despidiendo a sus militantes cada vez que les era posible[42]. El «pacto del hambre» o *lock-out* —por el que los activistas sindicales eran despedidos del puesto de trabajo— era otra de sus armas. Pero la determinación de los trabajadores locales por mejorar las condiciones de vida aseguraba que la organización laboral aguantara la ofensiva empresarial. Para las élites y autoridades por igual, la «subversión roja» del enemigo proletario «antipatriótico» interior tenía que ser aplastada por los militares, que ejercían una función policial. Mientras que algunos sectores de la burguesía consideraban el Estado central como una fuerza anticatalana, los industriales reconocían que el Gobierno de Madrid era un aliado vital en su lucha contra los trabajadores locales. La crudeza de la guerra social y las escasas perspectivas de moderación provocaron que los sindicatos adoptaran tácticas cada vez más radicales y agresivas, situación que abonó una fuerte influencia de las ideas anarquistas y más tarde anarcosindicalistas. Los sindicatos de Barcelona se vieron reforzados por el ilimitado crecimiento urbano del último cuarto del siglo XIX. Con la llegada

de miles de inmigrantes de las áreas pobres y deprimidas de España, hacia 1910 la población de la ciudad se acercaba a los 60.000 habitantes. Como la familia de Peirats, estos recién llegados venían en busca de sueños de lo que más tarde José llamó la «California catalana»[43]. Los límites del «sueño barcelonés» eran manifiestos: la vasta riqueza generada por la industria local permanecía en las manos de unos pocos, y la incertidumbre económica era la norma para los trabajadores de la ciudad, y en especial para los inmigrantes.

Estos primeros años en Barcelona estuvieron marcados por la inseguridad económica y la tragedia personal. Ello sin duda impactó a José, que era un niño muy sensible, y muy en sintonía con el sufrimiento de sus padres, parientes y vecinos. Como la mayoría de las familias de la clase obrera, los Peirats se mudaron en busca de un acomodo mejor o más barato. Después de Poble Sec vivieron seis años en la calle Badalona de Sants, un barrio que, como gran parte de la Barcelona proletaria, tenía altos niveles de tuberculosis, glaucoma y otros problemas de salud relacionados con la dieta pobre y el mal alojamiento. A Peirats le afectaron profundamente las muertes, en rápida sucesión, de una hermanita y un hermano más pequeño que él[44]. Más tarde le impresionó la encarcelación de su tío Nelo, que fue detenido en una redada policial en Montjuïc cuando recogía caracoles y leña en un terreno público. En consonancia con la arbitrariedad de las prácticas de las autoridades de la Restauración, Nelo fue internado durante un par de semanas, primero en la fortaleza militar de Montjuïc, y más tarde en la cárcel Modelo, antes de ser liberado sin cargos. Los miembros de la familia Peirats, José incluido, le visitaron en la cárcel a diario, llevándole los muy necesarios alimentos y ánimos. La visión de su tío favorito encarcelado sin duda alimentó su creciente conciencia de las injusticias que le rodeaban.

El ambiente interno de la casa de Peirats era relativamente liberal. Estaba ausente de ella el autoritarismo paterno ilimitado que sofocaba el desarrollo del espíritu de muchos niños de la época. Había una jerarquía doméstica, pero no se imponía de manera rígida: las opiniones de los niños contaban, y los padres no implantaban sin más su voluntad en la esfera doméstica, y preferían fomentar relaciones comprensivas y abiertas con su

descendencia. A pesar de la falta de educación formal, los padres de José le animaron a cultivar y formular su comprensión del mundo. Por ejemplo, su semianalfabeto padre le ayudaba con paciencia a «ligar las sílabas»[45].

A pesar de dos sueldos de adulto —Teresa también trabajaba de *espardenyera*— la familia seguía siendo pobre, y su ropa era de segunda mano[46]. Los considerables sacrificios aseguraron que los niños recibieran educación, la gran aspiración de la mayoría de los padres obreros en esta época. Teresa, en especial, estaba convencida de la viva inteligencia de José, y en 1913, a los cinco años, ingresó en una escuela municipal. Esta iniciación en el mundo del aprendizaje resultó desfavorable. La escuela contrastaba vivamente con sus experiencias en dos sentidos clave: en primer lugar, la enseñanza era en castellano y no en su catalán nativo[47]; en segundo lugar, el credo pedagógico autoritario de «la letra con sangre entra», que se basaba en el miedo y «punterazos y patadas» para inculcar obediencia, chocaba de frente con la relativa libertad de su casa[48]. Varios maestros eran curas y devotos de un sistema de castigo que uno de los contemporáneos de Peirats llamó «la escuela-prisión»[49]. Por principio, a los alumnos se les dejaba pasar sed y se les impedía ir al servicio[50]. Como otros de su generación, José chocó con esta estructura autoritaria represiva, y «el despotismo de los maestros» provocó su primera rebelión: «Los malos tratos de los dómines despertaron en mi alma rebelde una aversión irresistible por la escuela[51]... no me gustaba estar encerrado»[52]. Empezó a hacer novillos, se gastaba la cuota diaria del colegio en dulces y adquiría en las calles una educación diferente. Junto con otros prófugos y niños de la calle, hurtaba fruta y verduras de los trenes de mercancías que llegaban a la cercana estación de Magòria. Estas gamberradas le valieron una zurra de los curas y, en más de una ocasión, «soberanas palizas» de su madre, que se sentía traicionada por el hecho de que él desperdiciara tanto su oportunidad de adquirir una educación como los escasos recursos económicos de la familia. A pesar de soportar con estoicidad sus castigos, le dolía sobre todo que su madre se refiriera a él como un «mal hijo»[53]. Sus padres castigaron aún más su desobediencia enviándolo a una escuela convento en la cercana Hostafrancs. Superficialmente, esto casaba mal con el espíritu anticlerical

prevaleciente en la familia, pero, en una época en la que el clero disfrutaba *de facto* del monopolio de la escolarización, había pocas alternativas laicas. Sus padres se equivocaban si creían que José se beneficiaría de un entorno educativo más disciplinado. Su rebelde retoño rehusó plegarse al régimen más duro, y, demostrándolo con los hechos, volvió a escaparse de las denigrantes humillaciones del clero, por el que sintió una hostilidad constante[54].

Por esta época, en torno a los seis años, José se despertó una mañana con un intenso dolor en la pierna izquierda. Diagnosticado inicialmente por un médico local como dolor reumático, su estado empeoró y días más tarde fue hospitalizado en el Hospital de Santa Cruz[55]. Sus padres se hundieron a medida que José empeoraba y perdía fuerzas. Los médicos fueron incapaces de identificar con exactitud su misterioso mal, que José mismo más tarde denominó por error «semipoliomielitis»[56]. Es muy probable que sufriera la enfermedad de Legg-Perthes-Calvé (llamada por lo común de Perthes) una rara dolencia que afecta cada año a 1 de cada 100.000 niños, en general entre los 5 y los 10 años de edad, y que puede provocar la deformación del fémur: a lo largo del tiempo el cartílago se erosiona y puede requerir una sustitución quirúrgica de la cadera[57]. Un médico propuso amputarle la pierna a José, aunque por fortuna estaba demasiado débil para soportar la cirugía[58].

Igual de afortunado resultó que Teresa desafiara las medidas drásticas, y, como demostraría el tiempo, innecesarias, propuestas por los médicos, a los que maldijo, sacando a José del hospital. Como en apariencia la medicina tradicional había fracasado, Teresa se inclinó ante el peso de la superstición popular, buscó un tratamiento alternativo y llevó a José a un curandero en La Vall, que le aplicó a la pierna caracoles picados en forma de emplasto, le dio vino tinto y le aconsejó que se mantuviera apartado de la suciedad de la ciudad[59]. Asombrosamente, su estado mejoró, aunque sin duda ello se debió más al cuadro pos-traumático que precede al comienzo de las secuelas de la enfermedad de Perthes. Se quedó en La Vall con su madre durante varios meses, una estancia prolongada por su pobreza: como se habían gastado sus escasos ahorros en las cuentas del hospital, solo tuvieron

dinero para el pasaje a Barcelona después de que José se encontrara lo bastante bien como para trabajar de vendedor ambulante de pieles de conejo[60].

A José le marcó mucho esta enfermedad. Además de quedarse un poco cojo y con una pierna ligeramente más corta que la otra, se enfrentó al dolor intermitente, que se hizo más intenso a partir de los veinte años[61]. De niño, su sufrimiento también fue emocional. Sus compañeros y los adultos por igual se burlaban sin misericordia de él por su cojera[62]: «el famoso remoquete, infamante, me acompañaría hasta que fui capaz de hacerme respetar, a puñetazos, recibiéndolos más que dándolos»[63]. Sin embargo, la enfermedad no limitó su estatura o fuerza física general: aunque conocido entre familiares y amigos durante sus primeros años por el diminutivo de «Pepet», tenía la estatura media de su generación. De pelo rubio y rizado, tenía un aspecto de amable inocencia, pero, después de recuperarse en La Vall, se convirtió en un luchador consumado. Sometido a burlas de los niños de la localidad por su acento, que había asimilado nuevos tonos en Barcelona, retaba a sus torturadores al combate físico, sin tener en cuenta la edad, la reputación o el tamaño, emprendiéndola con los recién llegados y ganando a menudo con las nuevas tácticas que había adquirido en las calles de su ciudad adoptiva. En una ocasión se enfrentó con la furiosa madre de uno de sus derrotados rivales, la cual le llamó «catalán de mierda» y retó al joven Peirats a atreverse a pegarle a ella. Aceptó en consecuencia y le pegó en la cara, con gran horror por parte de ella[64]. Este desprecio juvenil por la jerarquía reflejaba lo que más tarde él describiría como su «temperamento dado a la lucha y a la rebeldía»[65].

Hay más datos sobre esta disposición. Después de su retorno a Barcelona, se enfureció al ver a un tío suyo abusando físicamente de su mujer, y saltó sobre el agresor adulto, agarrándole por el cuello hasta que le redujo su padre[66]. A muy temprana edad en aquel momento, mostraba abierta resistencia a la autoridad adulta o de cualquier otro tipo, sobre todo cuando percibía que se estaba perpetrando una injusticia. Pero siguió siendo un niño sensible, y el relativo aislamiento debido a su enfermedad fomentó su tendencia a la introspección y la reflexión.

Mientras tanto, en Barcelona, la industria floreció durante la provechosa neutralidad española en la Primera Guerra Mundial. No solo estaban desigualmente repartidos los beneficios de este «boom», sino que la tendencia a alimentar mercados extranjeros provocó la crisis de subsistencia doméstica y la inflación galopante. Se estima que el coste de vivir en Barcelona se incrementó en un 50% entre 1914 y 1919[67]. En medio de la pobreza creciente en casa de los Peirats, no había regalos de Reyes. La familia estaba endeudada con la mayoría de los tenderos locales, situación agravada por las facturas médicas de José. (Llama la atención que en el curso de sus memorias inéditas, en más de 1.000 folios, la única referencia directa al consumismo se dé durante la Primera Guerra Mundial, cuando José y sus amigos coleccionaban cromos que representaban a líderes o estampas de la guerra que venían en las barritas de chocolate)[68]. La vida de la familia estaba muy ligada a la del vecindario: todas las fiestas se celebraban con amigos y vecinos, ya fuera en meriendas y paellas en Montjuïc o en una taberna local. A menudo se trataba de reuniones ruidosas, con alcohol, canciones, guitarras, castañuelas y baile. El padre de José era muy solicitado por su buena voz para cantar, aunque Teresa acabó restringiendo su asistencia a estas fiestas[69].

Al mismo tiempo, José se hacía cada vez más consciente de las injusticias de clase; se le impidió participar en un recital escolar, porque sus padres no podían permitirse la indumentaria requerida para la función. Desilusionado con el colegio, empezó a fugarse de nuevo. Como antes, se descubrieron sus vagabundeos. En lugar de castigar a José, esta vez sus padres iniciaron un sincero debate con él sobre sus objeciones a la escuela de la iglesia. Explicaron que, a la vez que querían darle una educación formal, algo que estaba claro que no estaba adquiriendo con sus callejeos, mal podían permitirse derrochar sus limitados recursos. Al final Teresa le dio a elegir: o se sumergía en los estudios o se ponía a trabajar, como era normal en un momento en el que el trabajo infantil era de lo más frecuente. Optó por lo segundo, y en 1916, con 8 años, no habiendo apenas asistido a la escuela primaria, empezó a trabajar.

Tuvo una serie de trabajos, primero en una ferretería, fabricando clavos para ataúdes, luego de aprendiz en un taller de fotografía, donde la

combinación del desprecio por la autoridad y la naturalidad de la juventud provocaron su despido después de que le sisara dinero a su jefe. Trabajó en una hojalatería, hasta que se vio obligado a dejarlo por un empeoramiento de los dolores de pierna[70]. Acabó ocupando una vacante en la planta textil donde trabajaba su hermana Dolores. Como es común que los que padecen la enfermedad de Perthes experimenten grandes dolores después de estar de pie mucho rato o efectuar movimientos repetidos y con la carga, sufría con su «pata tranca»[71]. A veces Dolores tenía que ayudarle a caminar de vuelta a casa, incluso llevándole a cuestas durante parte del viaje[72].

Estos problemas físicos permanentes, a la vez que su fe en la evidente inteligencia de José, animaron a sus padres a buscarle un nuevo colegio. Después de hacer investigaciones entre amigos y vecinos, le matricularon en la escuela del Ateneo Obrero Racionalista de Sants, en la calle Alcolea[73]. El Ateneo Obrero Racionalista era una institución esencial en la comunidad local; a sus obras de teatro, por ejemplo, asistía tanta gente que algunos espectadores tenían que traerse sus propias sillas[74]. Aparte de estar a un par de minutos caminando desde la casa familiar, la escuela le gustó a Teresa porque rechazaba el castigo físico. El maestro, Juan Roigé, que procedía de una familia de anarquistas, se inspiraba en los principios pedagógicos de la Escuela Moderna de Ferrer i Guàrdia, con su insistencia en la educación no jerárquica.

El Ateneo de Sants formaba parte de una red de centros culturales alternativos de Barcelona que compensaban el infradesarrollado estado de bienestar proporcionando educación y servicios de ocio, como asociaciones de teatro y corales, bibliotecas, clases vespertinas y grupos excursionistas. Había un elemento transformador en los ateneos: aspiraban a forjar una visión contracultural del mundo que aumentaría la conciencia de la clase obrera y desafiaría a la hegemonía del capital. Muchos de los principales activistas de la CNT asistieron a las escuelas racionalistas, mientras que los ateneos desempeñaron un papel activo en la creación y propagación de una cultura claramente alternativa que rivalizara con la oficial[75].

Esta experiencia le dio a José su primer contacto directo con la esfera pública obrera alternativa a la que dedicaría su vida. Floreció en la nueva

escuela, donde las clases las impartían en catalán profesores que a menudo eran miembros de la CNT o activistas anarquistas. Lejos quedaban los golpes y humillaciones; la disciplina en el aula se mantenía por medio del razonamiento y el carisma de los profesores. Los estudiantes de ambos sexos se educaban juntos, y se les animaba a formular ideas con libertad, sin prejuicios o respeto por la ortodoxia establecida. Este entorno de aprendizaje liberal y librepensador estaba mucho más en consonancia con la disposición de la familia Peirats, y cambió de manera irrevocable la actitud de José hacia la educación. Como reflejó más tarde, «una vez ingresado, trabajé con verdadero ahínco»[76]. Experimentó un profundo cambio personal y se transformó en un estudiante laborioso, un lector voraz, que sobresalía en clase y mostraba una viva inteligencia. Como reflejó otra «graduada» de una escuela racionalista, «el alumno salía con una moral hecha»[77].

Su educación la liquidó la represión estatal. En 1917 la monarquía de la Restauración experimentó una crisis revolucionaria. La inflación galopante había provocado que los principales sindicatos —la CNT y la socialista UGT— hicieran causa común, y su búsqueda del cambio les hizo entrar en una coalición *ad hoc* con políticos republicanos y oficiales militares disidentes contra la monarquía. La presión a favor de una apertura social y política culminó en agosto con la huelga general, un desafío frontal al Estado[78]. Todavía con solo nueve años, José era consciente de la crisis revolucionaria en desarrollo: vio las penurias y escasez de alimentos en casa y las frecuentes protestas callejeras. Por primera vez sintió el poder colectivo de las masas, al ser testigo de la retirada de la policía ante las mujeres obreras, «aquellos batallones con faldas», que saquearon las tiendas y los almacenes de comida y luego repartieron su botín. En agosto vio la otra cara de la moneda, cuando fue testigo de la presencia de los soldados en las calles y los disparos que reprimían la huelga general[79]. Tras el cierre de los sindicatos, la espiral represiva cerró todas las instituciones de la esfera pública proletaria, incluidas las escuelas racionalistas: José vio, impotente, cómo llegaba la policía a su escuela a detener a sus profesores[80].

Animada por el progreso de José como estudiante, Teresa esperaba que siguiera sus estudios en uno de los colegios que funcionaban legalmente.

Pero José no quiso otra cosa que no fuera la escuela racionalista. Como reconoció años más tarde, «yo había encontrado mi camino»[81], y rechazó volver a un sistema escolar que en momentos anteriores había hecho de él un prófugo. Con la economía familiar precaria, reingresó en el mundo laboral, por lo que su educación «formal» acabó a los nueve años.

Se hizo ladrillero, una de las actividades más antiguas de la historia humana, y un sector en el que los valencianos estaban muy bien representados en Barcelona[82]. Era cómodo para Peirats que muchas de las *bòbiles* (nombre catalán de las fábricas de ladrillos) de la ciudad estuvieran situadas en el eje Sants-Collblanc-Les Corts, todo muy cerca de su casa[83]. No hubo nada excepcional en su temprano bautismo en el mundo del trabajo industrial. Si los niños de las familias muy pobres rara vez veían el interior de una escuela, era norma para los niños y niñas de la generación de José que les robara la infancia la sorda coacción de las obligaciones económicas, y que en general dejaran la escuela como muy tarde a los diez años, como fue el caso de su hermana Dolores[84]. Era el inicio de un acelerado viaje por la vida: si la infancia acababa a los ocho o los nueve años, los jóvenes de la clase obrera se transformaban de manera prematura en jóvenes adultos a los 14, y no pocos tenían un físico de viejos a los 40.

Las condiciones de trabajo eran muchas veces atroces, incluso en los sectores tradicionalmente mejor protegidos, como en la industria de la imprenta. Los empresarios, que sabían que disfrutaban de todo el apoyo de las autoridades, adoptaban una actitud arrogante hacia las que consideraban unas medidas de salud y seguridad costosas[85]. Tan seria era la situación que incluso la prensa burguesa condenaba la deficiente seguridad en el trabajo[86]. Se puede decir que las condiciones de las fábricas eran aún peores cuando José comenzó a trabajar durante la Primera Guerra Mundial, ya que la neutralidad en tiempo de guerra ofrecía un florecimiento sin precedentes a los empresarios, y fomentaba un tipo nuevo de empresario nuevo rico, mucho más obsesionado con el beneficio y ansioso por recortar los costes de producción, sin tener en cuenta el peligro para los empleados, de los cuales disponía de mucha oferta. Las condiciones eran aún peores para los niños trabajadores, que estaban en el extremo final receptor de la

brutal disciplina de trabajo impuesta por capataces adultos. Además, José recordaba tener peleas periódicas en el trabajo, al tener que responder con la fuerza a cualquiera, joven o adulto, que se burlara de su cojera[87].

En las *bòbiles* las condiciones de trabajo eran muy duras. Consistentes en un horno en el que se cocían los ladrillos, una chimenea y huecos en las paredes por los que los ladrilleros pasaban para depositar los ladrillos en un almacén anejo, las *bòbiles* estaban expuestas a todos los elementos. El trabajo era duro y de ritmo rápido, ya que los ladrilleros se precipitaban en llevar los ladrillos de la *bòbila* al almacén. Descalzos y vestidos con poco más que amplios pantalones cortos y un gorro para protegerlos del calor del horno, faenaban con temperaturas altísimas en verano, época en la que el sol los curtía, mientras que en invierno se enfrentaban a vientos helados. Era, según reflejaba José, años después, y no sin nostalgia, «un oficio brutal, pero grato, al aire libre y con los pies descalzos en contacto con la tierra madre»[88]. El trabajo más arduo y peligroso, como el de apresurarse cerca de los hornos, estaba reservado a los trabajadores jóvenes[89]. Los empresarios eran reacios a mejorar la higiene y la seguridad, y las medidas previstas en el *Manual del Fabricante de Ladrillos*, de 1923, que incluían la instalación de duchas, la detención del trabajo en invierno y limitar la contratación de niños a mayores de 13 años, eran ignoradas por completo[90].

En invierno, como estaba claro que el trabajo agravaba el estado de la pierna de José, se trasladó a una fábrica de cristal, que tenía la ventaja de estar cerrada a los elementos. El trabajo no era menos peligroso; las heridas y las quemaduras eran comunes, y los aprendices se enfrentaban a la violencia de capataces y trabajadores adultos. Con solo 10 años, José experimentó lo siguiente: tras cometer un error por cansancio al final de un turno de noche, un compañero de trabajo adulto le golpeó hasta dejarlo inconsciente. Una vez reanimado por sus compañeros, se enfureció y le juró a su agresor que lo encontraría cuando fuera mayor para ajustar cuentas. (En sus memorias inéditas, narra cómo siguió el rastro de su asaltante en el barrio y, cuando creció, volvió a su puesto de trabajo solo para enterarse de que su maltratador había muerto pocas semanas antes)[91].

Solo podemos especular sobre lo que podría haber ocurrido si hubiera encontrado al agresor. La vida laboral en la fábrica era cualquier cosa

menos un gimnasio para los jóvenes, pero la experiencia de trabajo manual de José le hizo convertirse en un adolescente fuerte. A pesar de su enfermedad infantil, era un joven sano, de 1,60, una estatura media para su generación, y más que capaz de defenderse a sí mismo. Sin embargo, quizá lo más revelador es que, en 1918, poco después de su agresión, José buscó remedio a través de los canales colectivos en lo que fue su iniciación en la lucha laboral. No se trataba de un conflicto industrial convencional por una mejora salarial, sino una lucha local y generacional de los aprendices del sector del vidrio, que buscaban un trato mejor dentro de las fábricas tanto por parte de los empresarios como de los compañeros adultos, una exigencia que reflejaba directamente la experiencia de José de la violencia en el trabajo. Aunque he sido incapaz de encontrar información sobre este conflicto social, es posible hacer algunas observaciones. En un conflicto encabezado por los que aún eran niños, hay un fuerte elemento de juego. Los jóvenes, muy cautivados por las noticias de la Primera Guerra Mundial, ahora tenían la oportunidad de participar en su propia «guerra». En consecuencia, José y sus compañeros de huelga se armaron con palos y obligaron a los aprendices de dos fábricas cercanas a dejar de trabajar: «A los recalcitrantes los esperábamos a la salida y los calentábamos». Mientras que años más tarde intervendría en importantes conflictos de la CNT armado con pistolas y a veces explosivos, su bautismo en la lucha social iba, irónicamente, dirigido contra la Confederación, a la que la mayoría de los trabajadores del vidrio adultos estaban afiliados. Sin el respaldo del sindicato y enfrentados a la hostilidad de sus mayores, la huelga de los jóvenes descontentos acabó cuando sus padres les obligaron a volver al trabajo[92]. Pero esta experiencia temprana y fugaz de lucha tuvo un efecto duradero sobre Peirats, y una constante de su activismo de toda la vida fue su confianza inquebrantable en las energías rebeldes de la juventud.

Después del fracaso de la huelga en el sector del vidrio, José volvió a trabajar de ladrillero, donde los sueldos eran un poco más altos para compensar la dureza del trabajo realizado[93]. En el periodo de 20 años entre 1916 y 1936, trabajó en varias de las numerosas *bòbiles* diseminadas por la parte sur de Barcelona, en Sants, Collblanc y Les Corts, en la ubicación de lo que hoy es el Camp Nou[94]. Esta fue la profesión con la que se identificó

más y que conformó su identidad como trabajador y escritor. Años más tarde, convertido en afamado periodista, historiador y traducido autor anarquista, sus tarjetas de visita afirmaban orgullosamente que su profesión era la de «ladrillero»[95].

Fue sin duda el ladrillero más publicado del mundo. En general, los ladrilleros mostraban una ruda cultura obrera y, como joven adulto, también el mismo José:

> En la «bóvila», a la hora del almuerzo (7.15 de la mañana), al calor de los hornos si era invierno, mientras atacábamos el hatillo, se hablaba y chillaba por todo lo alto. Es de suponer que las conversaciones no eran académicas. Las obscenidades eran moneda corriente.

Los temas populares eran las apuestas, las voluptuosas bailarinas de los cabarets del Paral·lel y las trabajadoras sexuales de los burdeles cerca del Puerto, donde muchos aprendices, Peirats incluido años más tarde, se iniciaron en el sexo. También se hablaba mucho de fútbol, y Peirats se describe a sí mismo como «“hincha” perdido de este deporte», y del Barça[96]. Cuando el tiempo lo permitía, los ladrilleros organizaban partidos de fútbol improvisados durante los descansos[97]. Peirats disfrutaba de los aspectos lúdicos del juego y, a pesar de su cojera, disfrutaba jugando de defensa lateral derecho[98].

Sin especializar y mal pagados, gran parte de la sociedad de la clase obrera, sobre todo los más especializados, percibían negativamente a los ladrilleros, a los que miraban por encima del hombro como a truhanes de la industria. Pero, para José, hacer ladrillos era un medio de ganarse un salario «honesto»[99]. Más aún, su simpatía por los ladrilleros estaba muy en consonancia con su creciente compasión por los desvalidos, sentimientos que se ahondaron después de que su familia se instalara en Collblanc, entre el creciente subproletariado industrial inmigrante de Barcelona.

Collblanc

Con la economía familiar sufriendo a causa del vuelco de la economía local, y las deudas ocasionadas por los gastos médicos de José, en 1918 los

Peirats se trasladaron de Sants a la calle Collblanc, la principal calle del barrio vecino de Collblanc[100]. Esta decisión refleja de nuevo el dominio por parte de Teresa de los destinos familiares. Se dio cuenta de que con un alquiler más bajo la familia se beneficiaría de un acomodo más espacioso en Collblanc, y, aún mejor, podía acoger inquilinos para mejorar la economía familiar. Su nuevo piso superior les ofrecía una vista ininterrumpida de las costas mediterráneas de Garraf, las Colinas de Montjuïc y el Tibidabo, y las chimeneas de las cercanas *bòbiles*[101]. Los padres de Peirats encontraron trabajo en una alpargatería propiedad de un vallduxense, mientras que él y Dolores trabajaban en fábricas cercanas. En los primeros y difíciles años en Collblanc, los Peirats compartieron su residencia con hasta tres inquilinos a la vez[102]. Aun así el nuevo piso se convirtió en el hogar familiar en el que los padres de José vivieron el resto de sus vidas: décadas más tarde, tanto ellos como Dolores morirían en la casa, y José permaneció allí durante 18 años, hasta que tuvo 28, cuando el curso de su vida cambió para siempre con la revolución y la Guerra Civil de 1936. Podríamos concluir con fundamento que Peirats se sentía enormemente en deuda con sus padres después de que se empobrecieran a causa de sus gastos médicos. Siempre le preocupó que le consideraran un «buen» hijo y, junto con su hermana, los Peirats constituyeron una unidad familiar compacta y funcional.

En su búsqueda de alquileres más baratos, los Peirats habían seguido sin tener conciencia de ello la cambiante topografía de la revolución de Barcelona, desde los primeros barrios industrializados (Poble Sec, Sants) a los arrabales periféricos (Collblanc)[103]. Mientras que, administrativamente, era parte de l'Hospitalet de Llobregat, Collblanc estaba unido a la periferia urbana de la Barcelona de rápida expansión y, en los años veinte, atrajo a legiones de trabajadores inmigrantes, las tropas de choque del crecimiento urbano-industrial de Barcelona. L'Hospitalet experimentó un crecimiento de población vertiginoso (más de 450% solo en la década de los veinte) y para principios de los años treinta era el segundo centro de población más grande de Cataluña, con alrededor de 40.000 habitantes, más de un 27% de los cuales eran valencianos[104]. La mayoría de los recién llegados se instalaron en Collblanc y el barrio vecino de La Torrassa, cuya población creció de

3.810 en 1920 a 21.185 en solo 10 años[105]. En su mayoría trabajadores de la construcción u obreros no cualificados, los inmigrantes de Collblanc-La Torrassa eran lo más bajo de lo bajo, aislados espacial y socialmente del resto de l'Hospitalet, bregando por una existencia en los márgenes de la «civilización» catalana. Como dice Peirats, el barrio era «casi ignorado… Nos considerábamos, pues barceloneses de 2.ª»[106].

Las condiciones urbanas estaban entre las más deprimidas de la zona de Barcelona. Este espacio construido deprisa tenía pocas infraestructuras, o ninguna, algunas casas carecían de agua, alcantarillado o electricidad. Las calles con frecuencia no estaban pavimentadas y muchos miles de personas vivían en chabolas. Pero, como en La Vall, la comunidad se enfrentaba a la dureza material con ayuda mutua y reciprocidad: si alguien tenía problemas económicos, los vecinos le ayudaban lo mejor que podían, mientras que se aplicaba una dura justicia a los que abusaban de esta solidaridad[107].

Los primeros años en Collblanc se vieron asediados por la tragedia. Peirats definió más tarde los años de 1918 a 1920 como un tiempo de «crisis»[108]. Su llegada coincidió con la epidemia de gripe que arrasó Europa en el invierno de 1918[109] y que segó quizá 300.000 vidas en toda España, de todas las clases sociales[110]. En Collblanc, los cuerpos de los muertos se retiraban en carros en la oscuridad de la noche con la esperanza de frenar la histeria popular. La familia Peirats se vio seriamente afectada, toda ella en cama excepto José padre y Dolores. Aunque José cayó enfermo, estaba fuera del grupo de edad de mayor riesgo, el de entre 20 y 40 años, y se recuperó por completo. El tío Nelo fue menos afortunado. Su muerte fue un duro golpe para la familia, sobre todo para José. El año siguiente murió Cisquet, el hermano pequeño de José, después de una operación de hernia[111]. Con la muerte de su hermana pequeña, Teresa, apenas unos años antes, a los 11 años, José había asistido a varios funerales familiares y era dolorosamente consciente de la fragilidad de la vida.

No es una exageración decir que la muerte acechaba a los barrios. Además de la epidemia, muchos varones jóvenes de Collblanc habían sido reclutados para luchar en la Guerra de Marruecos, y el vecindario guardaba luto cada poco tiempo por la pérdida de sus seres queridos[112]. Con la

erupción de la guerra social en las calles de Barcelona, la muerte se acercó aún más a los hogares. El final de la Primera Guerra Mundial vio la mayoría de edad de la CNT, que había atraído una afiliación masiva: para 1919, afirmaba tener cerca de 800.000 miembros en toda España, de los cuales aproximadamente un tercio (más de 250.000) se congregaba en su bastión de Barcelona[113]. Cuando la economía se ralentizó a finales de 1918, los sindicatos sacaron pecho. Con los empresarios decididos a romper el poder de los sindicatos, los años de la posguerra fueron un tiempo de profundo fermento social. Una prueba de fuerza importante vino con el conflicto de *La Canadiense* de 1919. Se movilizó gran parte del arsenal represivo del Estado; se decretó la ley marcial, y como consecuencia de la militarización de servicios esenciales, los soldados sustituyeron a los huelguistas; unos 4.000 obreros fueron encarcelados. A pesar de ello, los trabajadores de la energía paralizaron la industria en toda la provincia de Barcelona durante 44 días. En medio de la escasez de alimentos, los cortes de energía y las antorchas encendidas de las patrullas nocturnas del ejército, la capital catalana parecía una ciudad en guerra[114].

El conflicto de *La Canadiense* polarizó el contexto social. La autoritaria Federació patronal, que representaba a los elementos más militantes de la élite industrial catalana, se embarcó en tácticas clásicas de romper los sindicatos. En alianza con los elementos más extremistas del ejército, la Federació prosiguió su utopía reaccionaria consistente en pacificar las relaciones industriales *manu militari*. En otoño de 1919, se fundaron los *Sindicatos libres*, un sindicato católico anti-CNT con una rama paramilitar, con el apoyo de los empresarios más agresivos y algunos oficiales de la guarnición de Barcelona[115]. A esto le siguió un *lock-out* de 84 días de unos 300.000 trabajadores, que duró del 3 de noviembre de 1919 al 26 de enero de 1920[116]. En noviembre de 1920 el asalto a la CNT cobró impulso cuando el general Severiano Martínez Anido fue nombrado gobernador civil de Barcelona. Martínez Anido había estado destinado antes en Marruecos y Filipinas, y dirigió la ciudad como un feudo colonial, nombrando al general Miguel Arlegui jefe de policía, y desencadenando un reinado de terror basado en la ley de fugas, un programa de asesinato selectivo de militantes de la CNT[117].

Como al resto de la clase obrera de Barcelona, a los Peirats les afectó este trauma colectivo. Cercano a su 12.º cumpleaños en la época del *lock-out*, a José le sorprendió la visión del creciente número de trabajadores desempleados mendigando en las calles. A medida que decaía el consumo obrero, decayó la demanda de las alpargatas que fabricaban los padres de José, lo cual redujo a los Peirats a la pobreza. Con la comida cada vez más escasa, la familia se unió al grupo de trabajadores que se apoderaban de las cosechas de los campos cercanos a l'Hospitalet, o recogían collejas. Estas excursiones le proporcionaron a José su primera experiencia real de la represión policial, ya que la caballería de la guardia civil perseguía a «los pacíficos botánicos a sablazos»[118]. La intensificación de la lucha de clases impactó directamente sobre su vida: a uno de sus compañeros de trabajo lo asesinaron pistoleros del Sindicato libre, y en su taller se hablaba mucho de la CNT y de su periódico, *Solidaridad Obrera*. En casa, se acostumbraba a discutir los acontecimientos en la mesa del comedor, que los Peirats compartían con sus inquilinos: un tal Gonzalo, comunista, y dos parientes, el tío socialista de José, Benjamín, y su primo Vicente, militante anarcosindicalista. Los inquilinos fueron parte importante de la educación política de José, ya que le obsequiaban con las interpretaciones del empeoramiento de la crisis política desde la perspectiva de las tres principales tendencias de la izquierda. Durante largas sobremesas, descubrió nuevos términos como «soviet», «revolución social», «dictadura del proletariado» y por primera vez oyó los nombres de Marx y Bakunin[119].

El primo de José, Vicente, se convirtió en un nuevo mentor y sustituyó a Nelo como guía de la influencia anarquista. Ocho años mayor que José, Vicente era panadero y activista de la CNT de 20 años. Uno de los llamados «hombres de acción», era miembro de los comités de defensa que reforzaban las huelgas y había cumplido una corta sentencia de prisión por posesión de armas de fuego. Tras su liberación, los padres de Vicente renegaron de él, por lo que le acogieron los padres de José. Es posible también que Gonzalo, el inquilino comunista, también participara en actividades semejantes, pues también fue encarcelado, por lo que José le visitó con frecuencia[120].

En el ámbito vecinal, Collblanc-La Torrassa estaba en estado de efervescencia. Si la pesadilla de la crisis urbana destruyó los sueños de una vida mejor de los trabajadores inmigrantes, la utopía ofrecida por la CNT proporcionaba esperanzas renovadas. Sin duda la CNT era la estructura más importante del barrio. Sobre la base y como refuerzo de los lazos de parentesco, reciprocidad y ayuda mutua, se forjó una comunidad de resistencia en la lucha para paliar las múltiples desigualdades de la vida cotidiana. Para las autoridades y gente de orden, cuya influencia sobre esta zona densamente poblada era débil, Collblanc-La Torrassa era un espacio temible, «la ciudad sin ley»[121], descrita por *La Voz de Hospitalet* como «un foco de infección ciudadana» y hogar del «detritus de la ciudad»[122].

Los anarquistas, mientras tanto, estaban decididos a reconstruir el entorno local y crear una infraestructura social de sindicatos, escuelas y cooperativas para el «nuevo» proletariado, que, aún en formación en los años de la inmediata posguerra, surgiría como el actor revolucionario determinante en los años treinta, convirtiendo el barrio en lo que llamó Peirats «un fortín anarquista»[123]. Este fue el escenario de la primera militancia de José, y el barrio moldeó sus perspectivas. Vivía entre personas desprovistas de todo excepto los aspectos más básicos de la vida moderna, era muy consciente de su sufrimiento, y se desarrolló en él una fe en su esencial bondad: fue allí donde su imaginación concibió un mundo en el que el amor de la humanidad y la justicia podían convertirse en el núcleo central de un nuevo orden.

A finales de 1922, con 14 años y tras completar su «aprendizaje» como ladrillero, José pasó a ser miembro de la Sociedad de Ladrilleros de la CNT barcelonesa, una sección dentro del Sindicato de la Construcción. Esto coincidió con una campaña de reclutamiento sindical previa a un plan de huelga que pretendía mejorar la suerte de los ladrilleros. Irónicamente, a pesar de toda la influencia de su medio y de su tío Nelo y su primo Vicente, José era un cenetista reacio: el delegado de fábrica le ordenó unirse al sindicato o ser declarado un «amarillo», «¡y verás lo que te pasa!»[124]. Pero una vez convertido en sindicalista, se sumergió en las actividades de la CNT, y después del trabajo asistía con regularidad al local del sindicato en

Sants, donde encontraba y se relacionaba con otros activistas y escudriñaba periódicos y libros en la sala de lectura.

Peirats se radicalizó con la gran huelga de ladrilleros de 1923, que se inició el 28 de febrero. El sindicato buscaba establecer un sistema de salarios estables y suprimir el destajo, que los ladrilleros consideraban un sistema denigrante e inhumano basado en el pago de una «tasa» de conjunto por el número de «piezas» producidas. Como los empresarios y subcontratistas podían manipular la «tasa» para adaptarla a sus necesidades, encontraban esta forma de remuneración en extremo beneficiosa. Para los ladrilleros suponía inseguridad y fluctuaciones inesperadas de sus sueldos cuando la «tasa» bajaba, por lo que se encontraban con que trabajaban más tiempo y producían más, solo para asegurar el nivel anterior de remuneración. El mantenimiento de la huelga fue muy amargo, y se prolongó durante la primavera y hasta el verano. Hubo frecuentes episodios violentos, incluidos ataques a esquiroles y talleres[125]. Aunque demasiado joven para tener un papel en los «comandos de choque [que] arreglaban las cuentas a los traidores esquiroles»[126], José se implicó del todo en el conflicto, y pasaba largos ratos en la oficina del sindicato, el centro neurálgico de la huelga. A medida que los recursos sindicales escaseaban, los ladrilleros iban luchando cada vez más en la retaguardia.

Cuando el sindicato decretó que los hombres solteros podían trabajar en *bòbiles* fuera de Barcelona, donde no había disputas con los empresarios, José, aún con solo 15 años, fue enviado junto con otros cenetistas a trabajar a Castellar del Vallés, cerca de Sabadell, a 25 kilómetros de casa, y volvía los fines de semana para repartir su sueldo entre su familia y la caja de resistencia de huelga del sindicato[127]. Pero para septiembre de 1923, después de siete meses, la huelga se estaba agotando, solo para ser rematada por el golpe de Estado que dio el general Miguel Primo de Rivera el 13 de septiembre. Los ladrilleros volvieron al trabajo derrotados, desmoralizados y amargados. Los empresarios estaban jubilosos. El gremio de patronos ladrilleros de Barcelona agradecieron a su salvador militar el traer «saneamiento social y político» a su ciudad y a España[128]. El advenimiento de la dictadura marcó el final de un ciclo de protestas que había cogido ritmo durante la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, para José, marcó un

nuevo inicio, un tiempo de reflexión, activismo clandestino y toma de conciencia que le dotó de las ideas y creencias que moldearon el curso de su vida.

---

14 El pueblo toma su nombre del río Uixó, que atraviesa la aldea. Alejandro Núñez Silvestre y Vicent Enric Sorribés Roig, *La Vall d'Uixó durante la Segunda República (1931-1936), Expectativas, enfrentamientos y frustraciones en un período de crisis,* La Vall d'Uixó, 2001.

15 MI T.1, L.I, 1.

16 José María Jover Zamora, «La época de la Restauración. Panorama político-social, 1875-1902», en Manuel Tuñón de Lara (ed.), *Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923)*, Barcelona, 1993, 2.ª edición, p. 324.

17 Víctor García, Prólogo a José Peirats, *La Semana Trágica y otros relatos*, Móstoles, 1991, p. 14.

18 MI T.1, L.I, 19; García, Prólogo, p. 14; José Peirats, «Una experiencia histórica del pensamiento libertario. Memorias y selección de artículos breves», *Suplementos Anthropos*, 18, p. 7.

19 MI T.1, L.I, 1.

20 MI T.1, L.II, 43.

21 Carta a José Agustín, 26-10-69.

22 Peirats, «Una experiencia…», p. 7.

23 MI T.4, L.VII, 70.

24 Peirats, «Una experiencia…», pp. 7-8.

25 Peirats, «Una experiencia…», p. 7.

26 MI T.1, L.I, 19.

27 Peirats, «Una experiencia…», p. 8.

28 Carta a Sara y Jesús Guillén, 18-4-70.

29 Carta a Federico Peirats Muñoz, 9-10-86.

30 MI T.1, L.I, 1-2; Víctor García, «Un retador nato: José Peirats», *Polémica*, octubre de 1989, p. 20; carta a Andrés Martínez, 23-2-69.

31 MI T.1, L.I, 1-2.

32 Para la creación de la CNT, ver Antonio Bar, *La CNT en los años rojos: del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo, 1910-1926*, Madrid, 1981.

33 Jordi Monés i Pujol-Busquets, «A la recerca de l'home nou», en Borja de Riquer i Permanyer (ed.), *Història, Política, Societat i Cultura dels Països Catalans. L'Època dels nous moviments socials, 1900-1930*, Barcelona, 1995, vol. 8, p. 313.

34 Joan Connelly Ullman, *The Tragic Week. A Study of Anticlericalism in Spain, 1875-1912*, Cambridge, Mass., 1968, pp. 272, 276.

35 Carta a Agustín Roa, 26-2-67; MI T.1, L.I, 5.

36 Chris Ealham, «La batalla per Barcelona durant la "Setmana Tràgica": el xoc entre dos models urbans i dues maneres antitètiques d'entendre la ciutat», en Andrés Antebi y Pablo González (coords.), *Tràgica, roja i gloriosa: una setmana de 1909*, Barcelona, 2010, pp. 30-53; y Dolors Marín, *La Semana Trágica: Barcelona en llamas, revuelta popular y la Escuela Moderna*, Madrid, 2009.

37 Connelly Ullman, *Tragic Week*, p. 211.

38 MI T.1, L.I, 3.

39 MI T.1, L.I, 4.

40 MI T.1, L.I, 1-2; para Ferrer, véase Juan Avilés, *Francisco Ferrer y Guàrdia. Pedagogo, anarquista y mártir*, Madrid, 2006.

41 Chris Ealham, *La lucha por Barcelona: clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Madrid, 2005, pp. 31-104.

42 Antoni Jutglar, *Historia crítica de la burguesía catalana*, Barcelona, 1984, pp. 224-226.

43 José Peirats, *Figuras del movimiento libertario español*, Barcelona, 1978, p. 89.

44 MI T.1, L.I, 5-7; Peirats, «Una experiencia…», p. 8.

45 Carta a José Fernández, 31-5-70.

46 Peirats, «Una experiencia…», p. 9.

47 Aunque en su biografía Peirats se refiere a sí mismo como hablante «valenciano», todas las instituciones filológicas científicas catalanas y valencianas consideran que se trata de la misma lengua, y que las diferencias entre ambas modalidades son limitadas y muy inferiores en cantidad a las diferencias entre, por ejemplo, el español americano y el español hablado en España [N. del T].

48 Carta a José Gutiérrez, s. f.

49 Emili Salut, *Vivers de revolucionaris. Apunts històrics del Districte Cinquè*, Barcelona, 1938, p. 22; véase también María Thomas, *La fe y la furia. Violencia anticlerical popular e iconoclastia en España, 1931-1936*, Granada, 2014, pp. 41-44.

50 MI T.1, L.I, 12.

51 Peirats, «Una experiencia…», p. 9.

52 Freddy Gómez, *Colección de Historia Oral: El movimiento libertario en España (I), José Peirats*, Madrid, s.f., p. 13.

53 Peirats, «Una experiencia…», p. 9.

54 MI T.1, L.I, 13; carta a José Gutiérrez, s.f.; Peirats, «Una experiencia...», p. 9.

55 Peirats, «Una experiencia…», p. 10.

56 Carta a «Fontaura» (Vicente Galindo), 11-3-82.

57 Es un problema de falta de riego sanguíneo en la cabeza del fémur que no tiene tratamiento inmediato. Con el tiempo, esta cabeza se debilita y aplasta, y aparece una deformidad.

58 Peirats, «Una experiencia…», p. 11.

59 MI T.1, L.I, 7-9.

60 Carta a «Fontaura» (Vicente Galindo), 11-12-85.

61 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

62 Carta a Ramón Fortich, 28-12-85.

63 Carta a «Fontaura» (Vicente Galindo), 11-12-85.

64 Peirats, «Una experiencia…», p. 12.

65 MI T.7, L.XIII, 47.

66 Peirats, «Una experiencia…», p. 8.

67 José Luis Martín, «Conseqüències socials: la resposta obrera», *L'Avenç*, 69, 1984, p. 46.

68 MI T.1, L.I, 12.

69 MI T.1, L.I, 18-19.

70 MI T.1, L.I, 20.

71 Peirats, «Una experiencia…», p. 12.

72 MI T.1, L.I, 21.

73 Pere Foix, *Apòstols i mercaders*, Barcelona, 1976, pp. 27-36.

74 MI T.1, L.I, 21.

75 Véase las obras de Pere Solà, *Els ateneus obrers i la cultura popular a Catalunya (1900-1939): L'Ateneu Enciclopèdic Popular*, Barcelona, 1978 y *Educació i moviment llibertari a Catalunya (1901-1939)*, Barcelona, 1980 y Josep Termes, «Els ateneus populars: un intent de cultura obrera», *L'Avenç*, 104, 1987, pp. 8-12.

76 MI T.1, L.I, 22; Peirats, «Una experiencia…», p. 10.

77 Entrevista de Nick Rider con Concha Pérez Collado, 27-2-83.

78 Chris Ealham, «Una unidad imposible: revolución, reforma y contrarrevolución en la izquierda española», en Paco Romero y Ángel Smith (eds.), *La agonía del liberalismo español. De la revolución a la dictadura*, Granada, 2014, pp. 86-89.

79 MI T.1, L.I, 22.

80 Víctor García, «José Peirats Valls: una bibliografía biografiada», en AA. VV., «José Peirats Valls: Historia contemporánea del Movimiento Libertario. Visión crítica de un compromiso anarquista: la Revolución Social», *Anthropos*, 102, 1989, p. 14; MI T.1, L.I, 23.

81 Peirats, «Una experiencia…», p. 10.

82 Federico Arcos, «José Peirats: A Comrade, A Friend», *Fifth Estate*, diciembre de 1989. Nunca fue alfarero, como cuenta Josep Termes (*Historia del anarquismo en España (1870-1980)*, Barcelona, 2011, p. 702). La alfarería, trabajo de raíz artesanal y con torno, se distingue de la producción más industrial de ladrillos, cuya fabricación, dada su geometría, es imposible con torno. Además, la materia prima del ladrillo en los tiempos de Peirats era, fundamentalmente, arcilla mezclada con agua. Tampoco fue «albañil» ni «obrero de la construcción», como alega Geneviève Dreyfus-Armand (*El exilio de los republicanos españoles en Francia: de la Guerra civil a la muerte de Franco*, Barcelona, 2000, pp. 190, 399, n. 195), una confusión surgida probablemente del hecho de que los ladrilleros formaban parte del Sindicato de la Construcción.

83 Carta a Ramón Fortich, 10-12-87.

84 Salut, *Vivers de revolucionaris*, pp. 42-43; Joan Llarch, *Los días rojinegros. Memorias de un niño obrero - 1936*, Barcelona, 1975, p. 22; Ricardo Sanz, *Los hijos de trabajo. El sindicalismo español antes de la civil*, Barcelona, 1976, pp. 72-77; Joan Ferrer y Simó Piera, *Simó Piera: Perfil d'un sindicalista. Records i experiències d'un dirigent de la CNT*, Barcelona, 1975, pp. 17-25.

85 Ministerio de Trabajo y Previsión, *Estadística de los accidentes de trabajo*, Madrid, 1930, pp. 114-147

86 *La Vanguardia*, 15-8-31.

87 Cartas a «Fontaura» (Vicente Galindo), 11-12-85 y Ramón Fortich, 28-12-85.

88 Carta a José Gutiérrez, s.f.

89 «Nuestra profesión no era muy compleja, pero el trabajo era rudo y encima se iba desesperado a un ritmo infernal» (MI T.1, L.I, 131-132).

90 Julio von Bük, *Manual del Fabricante de Ladrillos*, Barcelona, 1923, pp. 199-230, 241-246.

91 MI T.1, L.I, 25-27.

92 MI T.1, L.I, 27.

93 MI T.1, L.I, 27; Dolors Marín, *Clandestinos. El Maquis contra el franquismo, 1934-1975*, Barcelona, 2002, p. 186.

94 Carta a Ramón Fortich, 10-12-87.

95 García, «José Peirats Valls», *Anthropos*, 102, p. 15.

96 MI T.1, L.II, 36; Carta a Mariano Aguayo, 13-6-78. El fútbol era un deporte mucho más propio de la clase media que en Inglaterra, y no hay pruebas de que el depauperado Peirats viera nunca un partido del Barça.

97 Carta a Ramón Fortich, 10-12-87.

98 Carta a Mariano Aguayo, 13-6-78.

99 MI T.1, L.II, 63.

100 Para el barrio, véase Inocencio Salmerón, *Històries de Collblanc-La Torrassa*, l'Hospitalet, 2009.

101 Carta a Domingo Canela, 11-5-86.

102 MI T.1, L.I, 32.

103 Véase José Luis Oyón, *La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, 2008.

104 Josep Roca y Enriqueta Díaz, «La Torrassa. Un antecedent de barri-dormitori», *L'Avenç*, 28, 1980, pp. 62-69; Joan Camós, *L'Hospitalet: la història de tots nosaltres, 1930-1936*, Barcelona, 1986, pp. 6, 14.

105 Salmerón, *Històries*, p. 30.

106 Carta a José Gutiérrez, s. f.

107 MI T.1, L.I, 28.

108 Carta a Sara y Jesús Guillén, 18-4-70 .

109 Howard Phillips y David Killingray (eds.), *The Spanish Influenza pandemic of 1918-19: new perspectives*, Londres, 2003.

110 Beatriz Echeverri, *La gripe española: la pandemia de 1918-1919*, Madrid, 1993.

111 MI T.1, L.I, 24, 27.

112 MI T.1, L.I, 31.

113 Susana Tavera y Eulàlia Vega, «L'afiliació sindical a la CRT de Catalunya: entre l'eufòria revolucionària i l'ensulsiada confederal, 1919-1936», en AA. VV., *Col·loqui Internacional «Revolució i Socialisme»*, Barcelona, 1989, tomo 2, p. 358.

114 Chris Ealham, «La calle como memoria y conflicto (Barcelona, 1914-1923)», *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 34, 2005, pp. 115-136.

115 Ángel Smith, *Anarchism, Revolution and Reaction: Catalan Labour and the Crisis of the Spanish State, 1898-1923,* Oxford, 2007, pp. 324-326.

116 Soledad Bengoechea, *El locaut de Barcelona (1919-1920)*, Barcelona, 1998.

117 Maria Amàlia Pradas, *L'anarquisme i les lluites socials a Barcelona 1918-1923: la repressió obrera i la violència*, Barcelona, 2003.

118 MI T.1, L.I, 27-28.

119 Peirats, «Una experiencia...», p. 14; MI T.1, L.I, 30, 32.

120 MI T.1, L.I, 29, 34; Peirats, «Una experiencia…», pp. 14-15.

121 José del Castillo y Santiago Álvarez, *Barcelona, Objetivo Cubierto*, Barcelona, 1958, p. 32. Para un comentario elitista del barrio, véase Carles Sentís, *Viatge en Transmiserià. Crònica viscuda de la primera gran emigració a Catalunya*, Barcelona, 1994.

122 *La Voz de Hospitalet*, 16-3-29, citado en Camós, *L'Hospitalet*, p. 120.

123 Peirats, «Una experiencia…», p. 13.

124 MI T.1, L.II, 33-34.

125 *La Vanguardia*, 3-8-23.

126 MI T.1, L.II, 34.

127 Peirats, *Figuras*, pp. 68-69.

128 *La Vanguardia*, 12-14 y 23-9-23.

CAPÍTULO 2

UN LADRILLERO ILUSTRADO. EL APÓSTOL DE LA CULTURA ÁCRATA,1923-1930

Soy escritor modesto que salió del barro de una «*bóvila*»

José Peirats

La forja de un revolucionario

Durante los siete años que duró la Dictadura, Peirats se transformó de un niño obrero en un obrero consciente, un ladrillero ilustrado. Esta conversión, aunque inexorable, fue gradual. A partir de los nueve años, había asimilado la cultura «basta» de los ladrilleros, así que al adolescente cenetista le motivaban las preocupaciones de los demás adolescentes varones por el sexo, el hedonismo y el fútbol. En consonancia con los patrones de sociabilidad masculina, Peirats formaba parte de una pandilla de jóvenes ladrilleros, cuyo líder tenía tatuajes, lo cual, en los años veinte, no era el accesorio estilístico dominante que es hoy. Con sus amigos, frecuentaba los bulliciosos bares de Collblanc-La Torrassa y el barrio de luces rojas de Barcelona, el famoso «Barrio Chino», en busca de diversión y placeres nocturnos[129]. Como reconoció más tarde, de joven estaba «sumergido en el ambiente»[130]. En consecuencia, su primera experiencia sexual fue con una prostituta del «Barrio Chino»[131]. Incluso para un adolescente bien parecido como Peirats, cuyos rasgos delicados y pelo castaño claro ondulado sin duda le hacían atractivo para el sexo opuesto, era habitual que los jóvenes varones de esta época compraran servicios sexuales para iniciarse en las relaciones sexuales[132]. Como este acto era un anatema para la moral anarquista, indica los límites de su desarrollo ideológico, a la vez que las presiones externas culturales y de sus iguales. Desde luego no hay pruebas de que una transacción así se volviera a repetir

en su vida posterior, cuando se convirtió en un feroz crítico de todas las relaciones ligadas al nexo monetario.

Poco después de este importante rito de transición, se aceleró la ilustración personal de José, un proceso de aculturación que le evitó convertirse en un delincuente juvenil. Inducido por «la vergüenza de mi ignorancia», se separó de la pandilla de amigos con los que hasta entonces se había divertido en bares y encontró «nuevos amigos que iban siempre con un libro bajo el brazo»[133]. El centro de trabajo era una importante esfera educativa. Tras ser testigo de los sufrimientos de un compañero con una enfermedad venérea —un importante problema sanitario de la época— modificó su conducta sexual[134]. En esa época, durante un descanso del trabajo, un ladrillero mayor le mostró un libro sobre los antiguos griegos. Asustado de su limitado conocimiento, José confesó más tarde «que quería conocer la historia de la humanidad»[135]. De manera creciente, ansiaba la ilustración como medio de trascender las heridas de clase, de dignificar y embellecer un contexto cotidiano brutal. La búsqueda de la cultura fue motivada también, hasta cierto punto, por el legado de su enfermedad. Aunque nunca se echaba atrás ante un desafío, hasta entonces había respondido con agresividad ante las burlas de sus compañeros por su cojera. Ahora decidió ganarse el respeto de su entorno a través de las ideas y la cultura[136].

La revolución cultural de José fue alentada por su amistad con Pere Massoni, «el padre espiritual de los ladrilleros de Barcelona» y anterior secretario del Sindicato de la Construcción[137]. Arquitecto de la épica huelga de 1923, Massoni era un hombre marcado: en la lista negra de los empresarios, tenía suerte de estar vivo, ya que había sobrevivido a un atentado de los pistoleros de la patronal en 1919 que le dejó con una cojera pronunciada y parálisis progresiva en un brazo[138]. Sujeto a estrecha vigilancia de la policía, Massoni vivía en la clandestinidad, con una identidad falsa, luchando por mantener el sindicato en la sombra[139]. Durante la Dictadura, aunque a la CNT se la obligó a hacerse subterránea, mantuvo poder suficiente para proteger a importantes activistas. En consecuencia, Massoni encontró trabajo a través de un acuerdo entre la

ilegal CNT y el empresario de José, aunque los otros ladrilleros le cubrían cuando necesitaba descansar a causa de sus heridas[140]. Alto y carismático, Massoni era autor de un breve estudio histórico de los ladrilleros de la época de Babilonia y tenía un profundo interés por la cultura. Presencia poderosa en la *bòbila,* era una inspiración para los jóvenes ladrilleros. Según Peirats, «era nuestro líder natural, nuestro guía»[141], «un santo martirizado»[142]. Massoni le enseñó a Peirats cómo alguien con problemas físicos mucho más pronunciados que los suyos podía ser respetado, y su ejemplo le empujó en su camino hacia convertirse en un ladrillero ilustrado.

La lucha de José por la ilustración fue el inicio de una revolución en su vida cotidiana, una lucha de toda la vida por la autonomía individual y la disciplina personal, por dominar su propio destino y maximizar su potencial humano. Le acompañó en este viaje Domingo Canela, un compañero de trabajo tres años mayor que él[143]. La pareja se encontró por primera vez en la escuela racionalista de Sants y se reunieron en las *bòbiles*, donde José, Canela y sus dos hermanos trabajaban en equipo. Obreros rápidos todos, trabajaban intensamente para reunir su cuota de ladrillos antes de tomarse descansos no oficiales para debatir sus intereses comunes. Antes de la llegada de Massoni pasaban el tiempo jugando al fútbol fuera de la *bòbila*; ahora sucumbían a «la fiebre devoradora de libros»[144] y utilizaban los descansos para discutir sus lecturas y de política, antes de volver al trabajo. Fuera del trabajo, José y Domingo, que tenía un aspecto intelectual, con sus gafas de pasta, se saciaban el uno al otro el hambre con la palabra escrita: gastaban gran parte de su dinero en literatura, visitaban puestos de libros los fines de semana e intercambiaban panfletos, periódicos y libros, mientras se convertían en anarquistas comprometidos. Con una camaradería basada en las ideas compartidas, las lealtades en el trabajo, el vecindario y la juventud, fueron amigos inseparables durante aproximadamente la siguiente década[145]. Como adolescentes buscando su sitio en el mundo adulto, había un pronunciado elemento lúdico en su exuberante activismo cultural, como Canela recordaba más tarde: «Fue un poco como un juego. Siempre teníamos ganas de hacer bromas, de reír, de correr... y así fuimos militando, siempre de una manera muy agradable y consecuente a la vez»[146]. Estas

cualidades fueron evidentes en el activismo adulto de José, su humor juvenil que se desarrolló en un ingenio mordaz que se convirtió en la marca de su manera de escribir[147].

El tío socialista de José, Benjamín, que a menudo residía en la casa familiar de Collblanc, también alimentó su apetito de ideas, permitiéndole acceder a su biblioteca personal y guiando sus lecturas. Bajo su supervisión, José devoró obras geográficas e históricas de Élisée Reclus y Charles Darwin, así como la obra literaria del socialista utópico francés Eugène Sue, *Los hijos del pueblo* y *Los misterios de París*, lecturas que discutían juntos[148]. Benjamín también inició a José en el teatro, llevándole al teatro España en la Plaza de España para ver las obras «sociales» de José Fola Igurbide, como *El cristo moderno* y *El sol de la humanidad,* con su mensaje de justicia humana y resistencia a la tiranía. Cuando recordamos cómo cerró la dictadura otros canales de protesta social, estas actividades culturales adquirían un gran significado político, y a menudo acababan en debates políticos improvisados. José estaba cautivado por el poder del teatro[149]. Como muchos anarquistas antes que él, apreciaba su valor de propaganda como vehículo de expresión de una utopía colectiva, un medio por el que el público pudiera asimilar nuevos conceptos[150]. A lo largo de toda su vida dedicó una energía considerable a combinar los lenguajes del arte y de la protesta, organizando producciones teatrales, y más tarde escribió dos obras cortas[151].

Su obsesión cultural le animó a asistir a clases vespertinas con Roigé, su antiguo profesor en la escuela Racionalista de Sants, que ahora enseñaba en las escuelas fundadas discretamente por el sindicato que aún eran toleradas por las autoridades. Con la proximidad de la edad a la que a José le llamarían para el servicio militar, su madre estaba encantada de que pudiera practicar su habilidad con la escritura. Pero la escuela le proporcionó a Peirats más que una alfabetización básica. Descubrió nuevas ideas como las de los maestros de la filosofía griega (Diógenes, Sócrates y Epicuro) y también el individualismo anarquista francés de «Han Ryner» (Jacques Élie Henri Ambroise Ner)[152]. Pero se puede decir que era el contexto pedagógico lo que le llenaba más: las prácticas horizontales de aula que

trascendían las jerarquías sociales y de género, los debates que fomentaban el desarrollo de las capacidades de razonar y de hablar en público, y las excursiones de la clase al campo que ahondaban su amor por la naturaleza. Fue una experiencia definitoria, que le dio su primera experiencia de relaciones verdaderamente libres más allá de la división de género. Incluso se enamoró (sin éxito) de una compañera de clase, un episodio penoso que se repetiría al principio de su vida de adulto. Resumiendo, la experiencia escolar le dejó un acervo de valores humanos y convicciones anarquistas que guiaron su vida posterior[153].

Adquirió un nuevo bagaje de estructuras mentales, una moralidad y una manera de vivir, que incluía la templanza, todo ello enraizado en un hondo sentido del igualitarismo, la camaradería y el ansia de mejora cultural. Halló que se había enamorado desesperadamente de las ideas y de su belleza, y que tenía un deseo desenfrenado de conocimiento y un apetito voraz por la palabra escrita; la lectura se había convertido en su «vicio»[154]. También estaba dotado de una nueva confianza en que podía superar las «lesiones de clase» y los límites culturales procedentes de su rango social. Estas convicciones, como veremos, permanecieron en él: su existencia misma fue modulada por una profunda lucha por la educación y la cultura, los valores centrales del movimiento anarquista que interiorizó como el corazón de su propia existencia.

Su respeto por el racionalismo científico le hizo declarar la guerra a todas las formas de «oscurantismo», lo cual incluía el espiritismo, una oculta doctrina humanista popular en los círculos librepensadores catalanes[155]. Antes de sus clases vespertinas, unos tíos suyos habían iniciado en el espiritismo a un Peirats curioso, que «continuaba en busca de la verdad absoluta con el empeño de un pequeño filósofo»[156]. A la vez que apreciaba el contenido moral del espiritismo —su hostilidad por la idolatría católica y su acento en el amor y la paz— su nueva madurez intelectual le empujaba hacia la razón pura. Su ruptura final con los espiritistas reflejó un tipo distinto de madurez: habiéndose encaprichado por un miembro femenino de su grupo espiritista, se peleó con su pareja masculina y se marchó[157].

Siendo aún un adolescente, José se definió a sí mismo como «un soñador romántico. Vivía siempre soñando». Al enfrentarse con un contexto político duro, a veces se refugiaba en las historias de aventuras, incluidas las del oeste, así como en relatos de viajes que le mostraban hábitats nuevos y exóticos. Estas lecturas le ayudaban a afrontar realidades alternativas, un «mundo maravilloso» y, en paseos con amigos, el vuelo de su imaginación transformaba los árboles de las riberas del río Llobregat en una jungla africana, mientras que las playas se convertían en la vegetación de una isla desierta[158].

Estos últimos impulsos de juego adolescente acabaron por dar paso al deseo de un adulto joven de dejar su impronta en el mundo: «me acometió el afán de ser algo en la vida»[159]. Peirats creó una zona de estudio en su dormitorio con un escritorio y construyó una biblioteca, bastante literalmente, ya que Benjamín le había enseñado a construir librerías con grandes cajas de huevos, que sujetaban su creciente colección de clásicos anarquistas rusos de Mijaíl Bakunin y Piotr Kropotkin, estudios del mundo natural y geografía, así como obras de Tolstoi, Ibsen, Kant y Schopenhauer[160].

Esta colección ecléctica proporciona una imagen del concepto de la cultura de Peirats. En primer lugar, la suya era una cultura no partidaria, muy alejada de la restrictiva definición de «cultura proletaria» propugnada por el movimiento comunista oficial y estalinizado de los años veinte; en contraste, Peirats creía que los trabajadores debían abrazar y dominar la cultura de la humanidad. En segundo lugar, su búsqueda de cultura se combinaba con una honda apreciación de la estética, algo que iba de la mano con su convicción de que las ideas exaltadas de total libertad ennoblecían bellamente a la humanidad. En cierto modo, su ansia de arte y literatura era un medio de embellecer su vida, un contrapeso de la tediosa esclavitud espiritual del trabajo capitalista. De un modo que presagiaba la postura posterior de los situacionistas, José captaba las cualidades estéticas y poéticas de la revolución, que veía como una especie de producción artística: «Una verdadera creación revolucionaria es como una obra de arte»[161]. Y toda creación presuponía una lucha afirmativa contra las estructuras de la opresión cotidiana, sin la cual el acto último de creación

comunitaria sería imposible[162]. En suma, esta búsqueda de la belleza era un anhelo del esplendor de la revolución, una búsqueda de la *verdad* revolucionaria. En tercer lugar, todo lo dicho implicaba una lucha individual. Esta faceta la impulsaban sus numerosas referencias a los sacrificios del autodidacta, entre las cuales está esta:

> […] la cultura, como la libertad, es para conquistarlas. Una ley de compensación preside en la vida. Sin esfuerzo equivalente no se obtiene nada. El esfuerzo es potestativo de la voluntad… La cultura no se implora, se consigue en lucha abierta contra el rebelde pedernal de nuestros prejuicios, entre los que destaca el espíritu de dejar hacer a los otros[163].

Esta lucha marcó la vida de José de manera indeleble. En 1985, cuatro años antes de su muerte, escribió en una carta privada: «Vergüenza de mi rezago, voluntad de hierro. Lo que otros aprenden con facilidad a mí me costaba sudores de tinta china»[164]. Vemos aquí aspectos clave de su personalidad: fuerza interna y certidumbre, tenacidad y fortaleza obstinadas, rasgos que le permitían contrarrestar el «tiempo perdido» de su temprana vida y su «déficit en conocimiento de base»[165]. Para Peirats se trataba de un rechazo personal a aceptar los límites de sus circunstancias sociales, familiares y ambientales, una rebelión contra la condición cultural que le impusieron el estado y el capital[166]. Esto le dotaba de una inmensa fe en su propia capacidad para autosuperarse: aprendió solo a pintar en sus sesenta y tantos, y a los setenta y tantos empezó a escribir historias cortas. Paradójicamente, este acto de voluntad de hacer la cultura «asequible» podía llevar a la condescendencia:

> Quien no sabe leer es porque no quiere... El autodidacta es un fenómeno cultural más interesante que todos los monumentos inmortalizados en los tratados y las monografías... El autodidacta es una flor en la vida... su labor perseverante de lima sorda sobre los barrotes carcelarios de su ignorancia, es un héroe[167].

Peirats sin duda se veía a sí mismo en la tradición de los «héroes» anteriores como Anselmo Lorenzo, el impresor autodidacta que llegó a simbolizar más que nadie las cualidades de los intelectuales anarquistas[168]. El ejemplo de Lorenzo forjó un culto al autodidacta en los círculos de la

CNT; como José reconocía, «el 99% del contingente anarquista en España es un vivo ejemplo del autodidacta»[169].

En algunos aspectos, aculturación significaba deseo de avance sociocultural. En el caso de Peirats, «lo conseguí arañando en los libros y fui respetado»[170]. Pero debajo de un sentido individual de autoestima y dignidad permanecía un profundo sentimiento de humildad. Es ridículo concluir que Peirats estaba reuniendo un capital cultural para mejorar su posición socioeconómica. Si hubiera albergado esta ambición, era bastante inteligente como para apreciar que había mejores lugares para perseguir este fin que dentro del movimiento anarquista. Ya su experiencia inicial de pertenencia a la CNT a principios de los años veinte había sido suficiente para mostrarle que su activismo era más probable que le llevara a la cárcel que a una casa de campo en las afueras burguesas de Barcelona. La misión cultural de Peirats también tenía una dimensión social pronunciada. A la vez que consideraba el anarquismo un vehículo para alcanzar la perfección, el suyo no era un ansia de belleza en el sentido contemplativo, pasivo, sino en un grado colectivo y transformador. De ahí que les leyera a sus vecinos analfabetos después de la cena, sobre todo en los templados meses de verano[171]. Siempre compartía sus ideas con sus compañeros de trabajo, vecinos y amigos.

Para comprender de manera completa su lucha por la cultura, necesitamos considerar el contexto del régimen de Primo de Rivera, que cerró las principales actividades de la esfera pública anarcosindicalista (sindicatos y periódicos) en Barcelona en un intento de reprimir el movimiento de masas que había amenazado tanto el orden socioeconómico durante los años 1918 a 1923. Mientras tanto, al movimiento socialista, que colaboró brevemente con el dictador, en general se le dejó tranquilo, lo cual creó una amarga rivalidad entre ambos en los años siguientes. Hasta entonces, el activismo de José se había limitado a los sindicatos, pero ahora, en ausencia de estos, fue parte de una generación más joven comprometida en actividades de concienciación en las que identificaban una estrella polar ideológica anarquista a la que habían de seguir en los años siguientes.

El grupo de afinidad

El vehículo de estas jóvenes energías anarquistas fue el grupo de afinidad, la célula básica de la sociabilidad anarquista. No está claro cuándo se unió José por primera vez a un grupo de afinidad pero para finales de los años veinte él y Domingo Canela eran miembros de la Verdad, un grupo-artístico teatral. Formado por activistas mayores, la Verdad buscaba salvar la brecha generacional y atraer a los jóvenes a su bandera organizando producciones teatrales, cuya recaudación era donada a los grupos de apoyo a los presos[172]. Esta insistencia en el teatro le resultó atractiva a la imaginación de Peirats y se unió de buena gana a otros miembros de la Verdad para producir *veladas artísticas* al estilo de la *agitprop*, que se componían de obras sociales y lecturas poéticas seguidas de un debate. A través de estas *veladas*, la Verdad buscaba llevar los problemas sociales del momento a los trabajadores[173].

José se enfrentó a una nueva batalla en 1928, cuando alcanzó la edad del servicio militar. Su intención inicial había sido la de muchos jóvenes anarquistas: declararse prófugo y marcharse a Francia. Este plan le supuso una amarga disputa con su madre, que estaba escarmentada por la fuga abortada de su sobrino Vicente a Francia y su consiguiente encarcelación: Teresa lloró y le pidió a Peirats que lo reconsiderara. Recurriendo al chantaje emocional, le acusó de abandonar a sus padres que habían sacrificado tanto por él durante su enfermedad. Llegaron a un acuerdo, arraigado en la convicción de la madre de que debido a su cojera le declararían inútil para el servicio militar. En consonancia, José se presentaría para el examen médico, y, en el caso de que se le declarara apto, huiría a Francia. Para asombro de todos, el médico militar le declaró apto para el servicio activo. Antes de poder hacer planes para cruzar la frontera, su madre tomó la iniciativa y dispuso un segundo examen a cargo de un médico independiente, que le diagnosticó que sufría de «desviación de la cabeza del fémur… necrosis en la cabeza femoral» y «anquilosis progresiva con atrofia», un diagnóstico coherente con la enfermedad de Perthes. Tras la apelación al Consejo de revisión, José fue declarado «útil para servicios

auxiliares», aunque esto se pospuso con el requisito de que se presentara cada dos años ante un médico militar[174].

Libre ahora para centrarse en su nuevo activismo, y con la dictadura tambaleándose bajo el peso de sus contradicciones internas, José era uno de los «turcos jóvenes»[175]que representaron un papel decisivo en la curva ascendente de protesta de 1929-1931. Tras los años de acción clandestina, estos activistas surgieron de la sombra para superar su sensación de inquietud colectiva. A veces, sus acciones de protesta se limitaban al barrio, donde se sentían más seguros. Por ejemplo, José y su grupo obstaculizaron los planes de construir una ermita en Collblanc. Cada vez que se alzaba una pared, él y los «émulos de Atila» la echaban abajo, hasta que se abandonó el proyecto[176].

Empleó mucha energía en la reorganización de la CNT. Con sus compañeros ladrilleros y Massoni, resucitó la Sociedad de Ladrilleros[177]. Para organizarse abiertamente, los impacientes ladrilleros decidieron cumplir con la legislación laboral existente y formar una asociación constituida dentro de la ley. Mientras el veterano Massoni estaba al timón, un grupo de activistas más jóvenes, Peirats incluido, que fue elegido bibliotecario del centro social de los ladrilleros, salieron a la palestra. Estos jóvenes presionaron a los líderes del sindicato para que cedieran fondos para nuevas actividades, incluido un periódico. Así nació *El boletín del ladrillero*, una publicación ocasional creada por los militantes agrupados en torno a Peirats y Canela. Como reflejaba el rápido desarrollo cultural de los agrupados en torno a *El boletín*, estaban convencidos del poder transformador de la palabra escrita y buscaban levantar el nivel moral de los ladrilleros y, en general, dignificar la condición de la clase obrera. Como reconocía Peirats:

> […] tratábamos de insuflar la cultura social a nuestros afiliados. Nosotros mismos nos habíamos empollado de literatura sociológica durante la paz octaviana de la dictadura. No habíamos perdido el tiempo, especialmente en los últimos tres o cuatro años[178].

El número 1 incluía el primer artículo publicado por José, «La palabra ladrillero, sinónimo de perversión», un ataque feroz de la cultura de las apuestas, la bebida y el uso de la prostitución, predominante entre los

jóvenes ladrilleros[179]. Si recordamos las noches del Peirats adolescente en bares y en algún burdel, estaba bien informado del problema contra el que se manifestaba. Sus primeros escritos exhiben muchas de las cualidades que llegaron a caracterizar su periodismo: buena vista para la síntesis y aversión por el uso excesivo de adjetivos; preferencia por la prosa directa, basada en frases cortas y claras; titular combativo; tendencia moral vehemente e implacable y tono polémico; y opinión inflexible de que la miseria puede ser superada por medio de la belleza. Como en sus escritos posteriores, lidiaba con un tema importante, en este caso lo que consideraba el principal problema cultural al que se enfrentaban los ladrilleros. En parte, su combativo estilo de escribir y su negativa a retirarse de una pelea estaban en parte inspirados en su lucha personal contra las secuelas de la enfermedad de Perthes. Concedía con facilidad a un amigo que el «complejo de inferioridad» causado por su pierna condicionaba su prosa combativa[180].

Una prueba de su potencial como escritor, incluso a una edad tan temprana, apenas meses después del lanzamiento de *El boletín*, es que José fue nombrado editor. Esto es aún más notable cuando consideramos que solo había empezado a escribir en castellano a los 20 años, el mismo año en que apareció su primer artículo[181]. Aunque el catalán siguió siendo su primera lengua, su disposición a escribir en castellano reflejaba el deseo de dirigirse a los inmigrantes recién llegados y, más aún, utilizar una lengua capaz de unir a la clase obrera a nivel estatal. A pesar de que *El boletín* era formalmente el portavoz particular de los ladrilleros, dada la limitada libertad de prensa del momento adquirió una resonancia dentro de la CNT clandestina de Barcelona y atrajo contribuciones de algunos de los principales personajes del movimiento, como Ángel Pestaña y Progreso Alfarache, llevando por ello a Peirats a un contacto más estrecho con importantes cenetistas. Otras pruebas de estas inclinaciones culturales propagandistas llegaron en 1929, cuando su obra de teatro breve *La Venus desnuda* fue publicada por entregas en *El boletín del ladrillero*[182].

Y ¿cuál es la política de Peirats? Como mejor se le puede describir es como un sindicalista anarquista internacionalista: era un sindicalista, pero ello estaba subordinado a sus fines libertarios predominantes. Esto se reflejaba en la prensa que leía: se suscribió al *Cultura Proletaria* de Nueva

York, producido por Pedro Esteve, exiliado catalán y antiguo compañero de Anselmo Lorenzo. Mientras tanto, Canela recibía *La Protesta* de Buenos Aires, que abogaba por un movimiento obrero anarquista, una fórmula asociada al español «Diego Abad de Santillán» (cuyo nombre real era Sinesio Baudilio García Fernández) y su aliado argentino, Emilio López Arango[183]. Peirats respaldaba el proyecto de un movimiento obrero anarquista aun cuando chocaba con el concepto de «un gran sindicato» de los que estaban reconstruyendo la CNT en aquel momento, incluido su mentor Massoni, que concebía un movimiento menos ideológico y de todos los obreros. Más tarde, como veremos, a principios de los años treinta, Peirats rompió con este planteamiento después de que contribuyera a escindir la CNT entre los que defendían las asociaciones obreras explícitamente libertarias y los que querían sindicatos ideológicamente diversos.

Además de seguir los debates dentro del anarcosindicalismo transatlántico hispano, Peirats estaba muy bien informado de las disputas internas de la CNT en esta época. Desarrolló una profunda antipatía clasista y eminentemente anarcosindicalista del anarquismo ideológico de Juan Montseny («Federico Urales»). Urales era el fundador de *La Revista Blanca*, el periódico insignia del anarquismo español, parte de lo que Dolors Marín describe como su «empresa editorial»[184]. Peirats consideraba a Urales «un viejo anarquista convertido en pequeño burgués de la edición libertaria», una opinión que coincidía con la de su viejo profesor de la escuela, Roigé, que lo describía como un «vividor de las ideas». José también rechazaba el anarquismo individualista de Urales, a la vez que el de los ideólogos como Émile Armand, el propagandista francés de la «camaradería amorosa» entonces muy en boga, cuyas ideas rechazaba como «libertinaje apenas atenuado»[185]. Lo que menos le agradaba de Urales era su postura anti-CNT y las «campañas venenosas, sin gran discriminación, contra los líderes sindicalistas»[186]. Un hecho que presagiaba las divisiones que escindirían la CNT apenas unos años más tarde, y que al conocerlo dejó estupefactos a los jóvenes anarcosindicalistas, fue que Federica Montseny, hija de Urales y una de las figuras más polémicas de la historia del anarquismo español, había pegado a un miembro del comité confederal

durante una discusión sobre el dinero recogido por *La Revista Blanca* en nombre de los presos sociales que los Urales se negaban a entregar al Comité pro-presos de la CNT[187]. Peirats tenía una desconfianza persistente en los intelectuales anarquistas de la clase media y, como veremos, más tarde chocó con Montseny, que heredó de su padre el papel de principal líder teórico del anarquismo ibérico.

Con la CNT sacando músculo después de su inactividad forzada, el foco del activismo de Peirats se desplazó a la calle. Los años de deterioro de las condiciones de vida obrera patrocinados por la dictadura amistosa con los empresarios habían dejado a los ladrilleros frustrados y, a finales de 1929, la Sociedad de Ladrilleros declaró una huelga. Como la política laboral oficial de la dictadura estaba arraigada en los comités paritarios, tribunales de arbitraje que prohibían la acción industrial directa, la huelga fue un desafío directo al régimen[188]. Para imponer el paro, la Sociedad de Ladrilleros creó escuadrones de acción, de los cuales Peirats era miembro. Aunque considerado no apto para el servicio militar, su compromiso con la causa compensaba sus dificultades físicas y, pistola en mano, servía con capacidad en los escuadrones paramilitares de la CNT[189]. Distribuidos estratégicamente por la ciudad, estos grupos armados, como explicaba José, se dirigían a los esquiroles. «Los dábamos el alto y tratábamos por las buenas de reprocharles el acto de traición que iban a cometer». A veces eran necesarios métodos más enérgicos, como cuando José y su grupo volcaron en la calle un carro que llevaba ladrillos. A los 21, era un «hombre de acción» o, como lo describía, una de las «células nerviosas que ponían en movimiento el engranaje de la CNT desde abajo»[190]. Cuando más tarde reflexionaba sobre sus motivaciones en esta época, recordaba que:

> Me sentía estimulado por todos los flujos del romanticismo revolucionario... Lo de poner sellos a los carnets confederales y convocar a los obreros para sermonearles no me seducía. Prefería actuar en los conflictos con los patronos, enfrentarme con la fuerza pública...[191] Yo era un modesto militante de base... En nuestro movimiento había dos clases: los areopagitas y los que dábamos el callo batiéndonos con los esquiroles y con los polizontes que les protegían. Nosotros éramos las hormigas laboriosas de la organización, organizando, declarando huelgas y manteniéndolas a golpe y porrazo; redactábamos las «reivindicaciones» que luego negociábamos con los patronos. Haciendo cotizar a los afiliados constituíamos la fuente de ingresos de nuestro respectivo sindicato[192].

El escenario de lucha cambió a finales de enero de 1930, con el ignominioso colapso de la dictadura de Primo de Rivera. Alfonso XIII la sustituyó por la dictablanda del general Berenguer, que fue concebida para construir una apertura democrática limitada capaz de salvaguardar a la monarquía y volver al sistema de la Restauración que había quedado hondamente desacreditado en 1923. Peirats conoció al nuevo dictador en persona como parte de la Comisión pro Guiot-Climent, un grupo formado para salvar las vidas de dos ladrilleros condenados a muerte. El caso se remontaba al robo y asesinato de un cobrador en enero de 1924 por una banda de cuatro hombres. Solo Remigio Climent y Enrique Guiot fueron detenidos, siendo el primero considerado culpable de asesinato y el segundo de complicidad. Habiendo rehusado revelar la identidad de sus dos socios escapados, a ambos hombres les condenó a muerte un tribunal militar, aun cuando no estaba claro si alguno de ellos había disparado al cobrador. Después de pasar tres años en el corredor de la muerte, en 1927 sus sentencias se redujeron a cadena perpetua[193]. La Comisión pro Guiot-Climent, que incluía a los compañeros ladrilleros Massoni, Peirats y Canela, presionó entonces para su liberación. José incluso se carteó con regularidad con Guiot en la cárcel, en un intento de levantarle el ánimo. Por último, el general Berenguer recibió a la Comisión, que incluía a Peirats y estaba presidida por el veterano activista barcelonés Juan López. Mientras Berenguer ofrecía solo vagas promesas, afortunadamente para los detenidos el colapso de la monarquía un año después aseguró su liberación[194].

Para Peirats este fue el inicio de «la década infernal de la acción»[195]. A la vez que seguía implicado en su grupo de afinidad, La Verdad, seguía cada vez más activo en los cuadros confederales clandestinos, participando en la lucha por la liberación de los presos sociales y por las nuevas libertades que acelerarían la reorganización de la CNT. Estuvo activo en las reuniones que redactaron el borrador de los estatutos de la CNT barcelonesa, que fueron aprobados por el gobernador civil en abril de 1930. Pero el momento más emotivo del renacimiento de la CNT fue el gran mitin que se celebró en el Teatro Nuevo del Paralelo el 27 de abril. El auditorio, con una capacidad para alrededor de 2.500 personas, no pudo absorber a la multitud humana que respondió al llamamiento de la CNT y mucha gente siguió los discursos

por altavoces desde la calle. La mayoría de los oradores eran antiguos activistas, como Massoni, Joan Peiró y Pestaña, el secretario general de la CNT: estos militantes de mente más sindicalista, todos veteranos del periodo anterior a 1923, habían dirigido la reorganización de la CNT los meses anteriores y estaban intentando trazar un recorrido a través de las limitadas libertades permitidas por la dictablanda.

Las diferencias tácticas salieron a la superficie deprisa. Las divergencias eran evidentes en cuanto a la relación de la CNT con la oposición más amplia a la monarquía, que incluía a oficiales disidentes del ejército, políticos monárquicos renegados, socialistas y republicanos. Peiró, uno de los numerosos activistas en contacto con la oposición política, fue objeto de feroces críticas por firmar el «manifiesto de inteligencia republicana», un documento que abogaba por una democracia socialmente progresiva y que apoyaron una serie de grupos republicanos. Urales, siempre a la greña con los anarcosindicalistas, lanzó invectivas contra los compromisos «políticos» de las principales figuras de la CNT. Pero no eran solo los anarcosindicalistas más moderados los que flirteaban con los políticos de la oposición: Felipe Aláiz, un anarquista radical que más tarde se convirtió en el más importante mentor de Peirats, compartía una plataforma con los principales republicanos catalanes[196]. Mientras que Peirats tenía mucho en común con los anarquistas radicales, su procedencia social y su búsqueda de la lucha social le inclinaban hacia los anarcosindicalistas, y estaba ebrio con sus nuevas experiencias dentro de la CNT[197].

La lucha de la CNT por exigencias económicas dio como resultado una ola de movilizaciones sociales y huelgas durante los años 1930 y 1931, y ello se ajustaba cada vez más a la campaña por las libertades políticas y civiles. Asediada por sus propias contradicciones internas y externas, la monarquía cedía bajo el peso de la dinámica en espiral de protesta que su propia existencia engendraba hasta que, el 14 de abril de 1931, se proclamó la Segunda República. Este acontecimiento trascendental abrió una nueva etapa en la vida de Peirats en la que la «familia libertaria» se convertiría en su verdadera familia.

129 MI T.1, L.II, 38-39; para el «Barrio Chino», véase Chris Ealham, «Una "geografía imaginada": ideología, espacio urbano y protesta social en la creación del "Barrio Chino" de Barcelona, c.1835-1936», *Historia Social*, 59, 2007, pp. 55-76.

130 Carta a José Gutiérrez, s.f.

131 MI T.1, L.II, 40.

132 Cèsar Broto y Miquel Àngel Bergés, *La Lleida anarquista: Memòries d'un militant de la CNT durant la República, la guerra civil i el franquisme*, Lleida, 2006, p. 37; y Fidel Miró, *Una vida intensa y revolucionaria. Juventud, amor, sueños y esperanzas*, México, 1989, pp. 149-150.

133 Carta a José Gutiérrez, s.f.

134 MI T.1, L.II, 35-36.

135 Entrevista con Peirats en Dolors Marín, *Ministros anarquistas. La CNT en el gobierno de la II República (1936-1939)*, Barcelona, 2005, p. 56, n. 31.

136 Cartas a «Fontaura» (Vicente Galindo), 11-12-85 y Ramón Fortich, 28-12-85.

137 José Peirats, «Secularización de Horacio M. Prieto», *Polémica*, octubre-diciembre de 1985, 19, p. 12; para Massoni, véase Peirats, *Figuras*, pp. 67-84.

138 *La Humanitat*, 8-6-33.

139 Peirats, *Figuras*, p. 67.

140 MI T.1, L.II, 36; Marín, *Clandestinos*, p. 188.

141 Peirats, *Figuras*, pp. 70-71.

142 MI T.1, L.II, 36.

143 Marín, *Clandestinos*, pp. 185-190.

144 Peirats, «Una experiencia…», p. 15.

145 Marín, *Clandestinos*, p. 185.

146 Domingo Canela, «Testimonio de lucha y Amistad recogido por I. de Llorens», *Anthropos*, 102, p. 46.

147 Felipe Aláiz, *Tipos españoles*, París, 1965, pp. 179-183.

148 MI T.1, L.II, 41.

149 MI T.1, L.II, 42.

150 Véase Eduard Masjuan, «Medis obrers, conflictivitat social i innovació cultural a Sabadell (1877-1909)», *Recerques*, 47-48, 2004, pp. 131-154.

151 La inédita *Violín de Ingres* y *Revivir*, l'Hospitalet, 1932.

152 MI T.1, L.II, 43, 51, 58.

153 MI T.1, L.II, 53-4, 61-62.

154 MI T.1, L.II, 68.

155 Véase los trabajos de Gerard Horta, *De la mística a les barricades: introducció a l´espiritisme català del XIX dins el context ocultista europeu*, Barcelona, 2001, y «Espiritismo y lucha social en Cataluña a finales del siglo XIX», *Historia, antropología y fuentes orales*, 31, 2004, pp. 29-49.

156 MI T.1, L.II, 43-44.

157 MI T.1, L.II, 43, 48-9, 54, 56.

158 MI T.1, L.II, 35, 43; Peirats, «Una experiencia…», p. 17.

159 Peirats, «Una experiencia…», p. 16.

160 «Me preocupaba una inquietud filosófica. Trataba de inquirir la verdad absoluta de la vida': MI T.1, L.II, 43.

161 José Peirats, «¿Se renunció a la revolución?», *Presencia*, 5, septiembre-octubre de 1966.

162 José Peirats, «García Lamolla y el surrealismo», *Ruta*, 8-7-37.

163 José Peirats, *Los intelectuales en la revolución*, Barcelona, 1938, pp. 78-79.

164 Carta a José Gutiérrez, 12-7-85.

165 MI T.1, L.II, 43,

166 José Peirats, «El autodidacta», *Evolución*, septiembre de 1937.

167 Peirats, *Los intelectuales*, p. 78.

168 Francisco Madrid, *Anselmo Lorenzo. Un militante proletario en el ojo del huracán*, Barcelona, 2009.

169 José Peirats, «El autodidacta», *Evolución*, septiembre de 1937.

170 Carta a Ramón Fortich, 28-12-85.

171 MI T.1, L.II, 42.

172 Canela, «Testimonio…», *Anthropos*, 102, p. 44.

173 MI T.1, L.II, 42.

174 MI T.1, L. I, 30 y T.1, L.II, 64-6; Peirats, «Una experiencia…», p. 18.

175 Peirats, «Una experiencia…», p. 18.

176 Carta a Judith y Rodrigo Rama, 10-2-85.

177 MI T.1, L.II, 54; Canela «Testimonio…», *Anthropos*, 102, p. 46.

178 MI T.2, L.III, 76.

179 Peirats, «Una experiencia…», p. 18; MI T.1, L.II, 63.

180 Carta a Ramón Fortich, 28-12-85.

181 Peirats, «Una experiencia…», p. 13.

182 Peirats, *La Semana Trágica*, p. 13.

183 Carta a Juan Gómez Casas, 17-9-87.

184 Dolors Marín, *Anarquistas: un siglo de movimiento libertario en España*, Barcelona, 2010, p. 306.

185 MI T.1, L.II, 61, 67. La obra más famosa de Armand era *El anarquismo individualista. Lo que es, puede y vale*, Barcelona, 1916.

186 MI T.1, L.II, 60-61.

187 Véase Teresa Abelló y Enric Olivé, «El conflicto entre la CNT y la Familia Urales-Montseny en 1928. La lucha por el mantenimiento del anarquismo puro», *Estudios de Historia Social*, 32-33, 1985, pp. 317-332.

188 *La Vanguardia*, 10 y 28-11-29; MI T.1, L.II, 68-69.

189 Josep Alemany, «Entrevista con José Peirats», *Anthropos*, 102, p. 26; MI T.2, L.III, 94-95.

190 Peirats citado en Ignasi de Llorens, «José Peirats. La historia como escenario de la libertad. Presentación de su figura y obra», *Anthropos*, 102, p. 43.

191 Peirats, «Una experiencia...», p. 15.

192 MI T.2, L.III, 76.

193 *ABC*, 20 y 24-9-27; Abel Velilla, *Una gran injusticia social. El proceso Guiot-Climent*, Barcelona, 1931.

194 MI T.2, L.III, 71-2; Peirats, «Una experiencia…», p. 19; *La Vanguardia*, 3-5-30.

195 Carta a Luis Pasamar, 27-1-70.

196 MI T.2, L.III, 73, 75-76; José Peirats, *La CNT en la revolución española*, Madrid, 1978, vol. 1, pp. 44-50.

197 Carta a Conrado Lizcano, 16-12-80.

CAPÍTULO 3

LA SEGUNDA REPÚBLICA. MILITANCIA, ESCISIÓN CONFEDERAL Y «GIMNASIA REVOLUCIONARIA», 1931-1933

La corta luna de miel republicana

Para José el 14 de abril de 1931 empezó como cualquier otro día de trabajo: se levantó y salió a pie hacia la *bòbila* de Sants en la que estaba empleado. Tendría que haberse dado cuenta de que dos días antes la oposición liberal de izquierdas había convertido las elecciones municipales en un plebiscito sobre el futuro de la monarquía. Con la dirección de la CNT calculando que los sindicatos conseguirían un trato mejor bajo una democracia, muchos cenetistas de base se habían animado a votar. Es muy improbable que muchos activistas inclinados al anarquismo como José, firmes en sus convicciones antipolíticas como estaban, participaran en el proceso. Pero muchos miles de trabajadores votaban, y en Barcelona y l'Hospitalet los monárquicos no consiguieron ni un solo escaño de concejal. A medida que se difundía la noticia de la victoria de la oposición en los principales centros urbanos, las muchedumbres antimonárquicas tomaron las calles en una demostración de sentimiento republicano. Para la tarde, José sabía que algo grande estaba pasando cuando vio a un animado grupo que marchaba hacia el centro de Barcelona llevando la bandera tricolor republicana. A medida que crecía el tumulto fuera, dejó el trabajo y anduvo una corta distancia hasta la Gran Vía, una gran arteria que lleva al centro de la ciudad, donde vio «una riada humana» que venía de l'Hospitalet[198]. Mientras tanto, en los pasillos del poder, se abrían profundas fisuras en el seno de la élite. Consciente del aislamiento del desacreditado monarca, el general Sanjurjo, jefe de la Guardia Civil, informó respetuosamente al rey de que su antaño

guardia pretoriana no bloquearía una apertura democrática. El sendero estaba ahora despejado para la proclamación de la República.

Peirats fue testigo de escenas emotivas a medida que los trabajadores de los barrios vecinos convergían en la plaza de España para celebrar la caída de la monarquía, que para muchos era una estructura de autoridad despreciable. En medio de un enorme jolgorio popular, la gente se subía a los techos de los tranvías y ondeaba banderas republicanas. Peirats no se unió a las celebraciones. Caminando en contra del fluir de la ola de humanidad jubilosa que bajaba hacia la Barcelona central, partió hacia la oficina de La Torrassa de la CNT, donde se encontró con otros activistas ansiosos de definir su postura ante aquellos acontecimientos trascendentales. Peirats y sus compañeros decidieron obtener el máximo provecho de lo que percibían como una situación inestable. Esto quería decir forzar acontecimientos, en un intento de acelerar la historia. Aquella tarde formó parte de una multitud de «varios miles de individuos» que protestaban al exterior de la cárcel Modelo para que soltaran a los presos sociales, que acabaron siendo liberados[199]. Más tarde, hubo un choque armado entre las fuerzas de seguridad y los anarquistas, cuando estos intentaron apoderarse de las armas de una comisaría de policía cerca del puerto. El enfrentamiento dejó un soldado muerto y varios civiles heridos, incluido Conrado Ruiz Vilaró, un compañero muy cercano a Peirats, que murió más tarde a causa de estas heridas. Con la tensión en aumento, los políticos republicanos estaban en las calles tratando de apaciguar la situación, prometiendo que era posible profundizar en el cambio solo a través de los canales legales: «Era la tonadilla de siempre… Sabíamos que aquellas promesas no se cumplirían fácilmente»[200]. Además de las promesas, el recién establecido «comité revolucionario» republicano constituyó con precipitación una «guardia de vigilancia» para reforzar el papel en el orden público de la policía y el ejército[201].

Con el advenimiento de la República, los militantes como Peirats representaban el ala izquierda de la CNT y del movimiento libertario. Se produjo un conflicto estratégico generacional, porque algunos activistas mayores, cuyas perspectivas estaban muy condicionadas por la represión más o menos continua a las que había estado sometido el movimiento desde

1921, estaban dispuestos a ofrecerle a la República cierto grado de margen, con la esperanza de que la democracia permitiría una reorganización de la CNT. Pero los radicales como Peirats no le ofrecieron cuartel al nuevo régimen: después del forzoso interregno de la dictadura, estaban motivados y preparados para la acción directa.

Es ingenuo denostar a estos libertarios ideológicamente comprometidos por no convertirse en demócratas liberales el 14 de abril: su doctrina se oponía a lo que consideraban una democracia burguesa limitada por su propia esencia que les ofrecía igualdad política formal pero, en lo fundamental, dejaba intacta la estructura económica de opresión heredada de la monarquía. De la misma manera, en términos estratégicos, como activistas comprometidos con la acción directa como medio de arrancar concesiones a las autoridades y empresarios, tenía sentido para ellos partir de la curva ascendente de la movilización que había contribuido a la caída de la monarquía. Convencidos de que los republicanos eran incapaces de hacer avanzar en 100 años la causa del progreso social, los radicales buscaban partir de la dinámica de la protesta y canalizarla hacia ganancias a corto plazo en el camino de la liberación. Consideraban cualquier respiro en la movilización popular una capitulación ante las nuevas autoridades. Como Peirats reflejó más tarde:

> […] por su mentalidad y su educación política al sustituir a los monárquicos en su poltrón [los republicanos] creían que había llegado su hora[202]. Los republicanos habían llegado a la meta de su viaje y se habían apeado del tren. Para ellos, la revolución, la suya, ya era un hecho consumado. Sus principales líderes se hallarían pronto fuertemente enchufados a la ubre del presupuesto. Nosotros continuábamos ahora solos en la ruta hacia la «emancipación total[203].

Aun así, él y sus correligionarios eran optimistas con que la primavera republicana, y la limitada libertad política que la acompañaba, al menos les permitirían desarrollar su activismo con nuevo alcance. En efecto, durante la República los trabajadores activistas de la generación de José alcanzaron la mayoría de edad. Eran parte de una nueva clase obrera de masas formada por la creciente industrialización de los años 1910 y 1920, y su juventud les había impedido representar un papel importante en las luchas anteriores a 1923. Como veremos, estos trabajadores más jóvenes serían los

protagonistas principales de las luchas que radicalizarían la CNT en el preludio de la revolución de julio de 1936.

El día después del nacimiento de la República, la CNT organizó una huelga general que, según un militante, «fue absoluta en toda Cataluña, pero el aspecto no era de lucha, sino de fiesta»[204]. Peirats fue a la oficina central de Barcelona del Sindicato de la Construcción, el sindicato origen del de los ladrilleros, y el más militante de todos los de la ciudad, que encuadraba a miles de los trabajadores inmigrantes. Radicalizado durante los meses finales de lucha contra la monarquía, el Sindicato de la Construcción surgió como el buque insignia de la práctica radical anarcosindicalista durante la República, cuando estuvo en conflicto casi permanente con los empresarios y las autoridades locales. Además de debatir la nueva situación política, los activistas de la construcción desarrollaron una estrategia para defender las necesidades más acuciantes de los desposeídos —la lucha contra el desempleo y los elevados alquileres[205]—. Más tarde, es posible que José formara parte de un grupo móvil que recorrió la ciudad para reunir información y apoderarse de armas, ya que estaba bien informado de las guardias adicionales en torno a las guarniciones del ejército tras el choque con las fuerzas de seguridad el día anterior[206].

La siguiente actividad importante de la CNT en la que participó Peirats fue el gran mitin del Primero de Mayo, la primera celebración del día internacional de los trabajadores, que caía apenas dos semanas después del nacimiento de la República. Este encuentro inevitablemente emotivo era aún más conmovedor porque la CNT había escogido reunirse en el palacio de Bellas Artes, su lugar de nacimiento en 1910. Esta vez resultó lamentablemente inadecuado para los que algunas estimaciones sugieren que eran 150.000 trabajadores en las calles. Al mitin siguió una manifestación a lo largo de un recorrido de dos kilómetros por el centro de Barcelona, hasta la recién denominada plaza de la República (hoy Plaça de Sant Jaume), la sede de los principales edificios oficiales de la ciudad, donde los manifestantes pensaban entregar una lista de exigencias a las autoridades. Peirats estaba cerca de la cabecera de la manifestación y fue testigo de cómo la marcha pacífica se tornaba violenta. Cuando la plaza de

la República estaba casi llena de manifestantes, sonaron disparos. Hubo mucha confusión, mientras la gente huía para ponerse a salvo. En la desbandada, Peirats se vio arrastrado por el movimiento de la multitud y arrojado al suelo, con gente corriendo y arrastrándose por encima de él. Como se iban apilando cuerpos sobre el suyo le fue imposible ponerse de pie, y luchó por respirar mientras continuaban los disparos. Tuvo muchísima suerte de escapar ileso; un policía yacía muerto, dos más estaban heridos, junto con diez trabajadores. Una vez que pudo levantarse, esperaba verse rodeado de cuerpos muertos. Para su asombro, no vio ninguno, solo un conjunto de chaquetas, sombreros, zapatos y alpargatas tirados, lo cual le resultó oportuno, porque había perdido las suyas y pudo elegir un par que le vinieran bien antes de marcharse a casa en l'Hospitalet. Esta no sería la última vez que escaparía con vida de circunstancias mortales en potencia.

Los acontecimientos de aquel día permanecen confusos. Es seguro que había pistoleros de derechas del Sindicato Libre en la plaza con la intención de provocar disturbios. Parece probable que uno de ellos fuera identificado por uno de los militantes responsables del servicio de orden de la manifestación, que descargó su arma, provocando un intercambio inicial de disparos. Dada la proximidad de los edificios del ayuntamiento y la Generalitat, las fuerzas de seguridad respondieron, provocando una segunda refriega a disparos, en apariencia desde tres direcciones, que duró intermitentemente unos 45 minutos, ya que los cenetistas armados se pusieron a cubierto en las cuatro esquinas de la plaza[207]. Otra versión —que también reconoce la presencia de provocadores de derechas— sugiere que los primeros disparos procedían de la policía que guardaba el edificio del gobierno catalán[208]. Lo que es seguro, y sin duda a causa del recuerdo de los asesinatos de policías por los cenetistas en los años veinte, es que la situación solo se calmó con la llegada de los soldados, que fueron aclamados en la plaza como «hijos del pueblo» y de los cuales creían los manifestantes que no abrirían fuego contra los trabajadores[209].

No podemos estar seguros del alcance de la implicación de Peirats ese día. Nunca admitió estar armado, pero es significativo que estuviera en la vanguardia de una manifestación encabezada por militantes armados. Más

aún, hasta donde sabemos, Peirats había usado armas de fuego en el curso de sus actividades en la CNT y, como veremos, estas actividades se hicieron más frecuentes. Años más tarde reconoció que sabía que su barbero local de La Torrassa estuvo implicado en el tiroteo, porque reconoció el sonido de su revólver Smith and Wesson[210]. Es posible que fueran a la manifestación juntos. En cualquier caso, a ojos de Peirats, los acontecimientos y su violento desenlace confirmaban su opinión de que las nuevas autoridades, inevitablemente, se apoyarían en el mismo aparato represivo que la monarquía y la dictadura y que, por tanto, la lucha sería la de siempre.

«La Universidad de La Torrassa»

Tras las ruidosas movilizaciones callejeras, Peirats era uno de los miles de activistas anónimos ocupados en la reorganización de la esfera pública anarquista que había sido en gran medida aniquilada por la dictadura después de 1923. La rápida expansión de esta esfera pública alternativa después del nacimiento de la República reflejó la acumulación de exigencias sociales en los ocho años anteriores, cuando los avances económicos, sociales y culturales habían sido erosionados por sistema. La CNT creció a velocidad de vértigo: para agosto de 1931 afirmaba tener 400.000 afiliados en Cataluña, mientras que la Federación local de Barcelona anunciaba que encuadraba al 58% de los trabajadores de la ciudad. El Sindicato de la Construcción de Peirats alcanzó los 25.000 afiliados, mientras que la CNT de l'Hospitalet afirmaba que organizaba a 9.000 obreros de una población total de 37.650 (casi el 24%)[211]. De hecho, como muchos hospitalenses trabajaban en Barcelona y estaban afiliados a la CNT allí, el número total de cenetistas era mucho más alto[212].

También hubo una rápida expansión de ateneos por todos los barrios de la zona barcelonesa. Testimonio de la enorme demanda entre los trabajadores locales de servicios culturales, según una activista había una «fiebre de ateneos»[213]. En l'Hospitalet, en 1930, el 42,5% de los hombres y el 54,1% de las mujeres eran analfabetos, y es probable que las cifras fueran aún más altas entre las masas inmigrantes de La Torrassa[214]. Conscientes de

que un pueblo sin cultura sería menos capaz de tomar el control de su destino, José y su grupo estaban decididos a difundir las ideas revolucionarias que habían perfeccionado durante la dictadura y llevar la cultura al barrio más abandonado. Sus esfuerzos contribuyeron a convertir La Torrassa en lo que una experta describe como «uno de los barrios más importantes dentro de la historia del anarcosindicalismo español»[215] o, como lo puntualizó *La Vanguardia*, un barrio con una «preponderancia» de «elementos extremistas»[216].

Antes de la República, la élite local que residía en el centro de l'Hospitalet ya miraba a los residentes de La Torrassa con una mezcla de recelo y condescendencia. La opinión oficial la resumió un seudosociólogo que describió a los torrassenses como «gente de muy difícil adaptación, y cuyos hijos dan altísimas proporciones en la criminalidad y en el abandono infantil»[217]. Con la creación de un gobierno autónomo de la Generalitat, a La Torrassa se la tildó de «Murcia chica», un espacio «descatalanizado» poblado por el «murciano inculto» y gente «retrasada» y «salvaje»[218]. Como pasa siempre con estas etiquetas, la realidad era más compleja; según el censo de 1930, más del 50% de los hospitalenses eran catalanes, y los inmigrantes de Murcia y Almería solo constituían un 18%[219]. Para Peirats, los torrassenses eran una fuerza para el cambio, «una población compacta, genuinamente obrera y subdesarrollada en todos los sentidos»[220], para los cuales la República no trajo ningún cambio a la estructura dominante de opresión. El brote de peste bubónica de agosto de 1931 ejemplificó el desprecio oficial por el barrio[221].

La densa red de seguidores de la CNT de La Torrassa convirtió el barrio en «un foco de fermentación social»[222], «famosa en los boletines sensacionalistas de la prensa por la rebeldía y belicosidad de sus habitantes», y aquí es donde Peirats centró gran parte de su activismo anterior a la Guerra Civil[223]. Fue uno de los fundadores del Ateneo Racionalista de La Torrassa[224]. Con sede en la calle Llançà, a apenas unas calles de su casa de Collblanc, el centro nació gracias al sacrificio de los obreros locales: Peirats y otros ladrilleros arañaron juntos el dinero para el alquiler y la fianza del local, y los carpinteros proporcionaron pupitres,

mesas y estanterías. Modelado sobre el Ateneo Racionalista de Sants de su juventud, este organizaba clases vespertinas, producciones teatrales, recitales musicales, charlas y debates públicos, y albergaba una biblioteca. Sus salas de reuniones las utilizaban anarquistas locales y grupos del vecindario[225]. También el ateneo y sus seguidores intervenían en las luchas de la comunidad[226].

Peirats invirtió una energía considerable en el ateneo, y el enfoque cultural de este se parecía mucho a sus ideas[227]. En consonancia con el concepto de que los obreros tenían que entender la cultura universal, y en contraste con la «cultura proletaria» entonces de rigor en los círculos estalinistas, la biblioteca incluía obras de autores marxistas, burgueses e incluso reaccionarios, junto con los clásicos anarquistas. De manera semejante se invitaba a dirigirse al ateneo a oradores de diversas tendencias políticas, con el único prerrequisito de que aceptaran el debate abierto con el público después de sus charlas[228]. Como muestra del enfoque democrático de los ateneístas de la batalla por las ideas, en una ocasión se organizó un debate público con un clérigo carlista. Otra actividad era el excursionismo, que complementaba la apreciación de la belleza por José como contrapunto a un entorno de vida afeado por el urbanismo capitalista.

El excursionismo era popular en especial entre los trabajadores más jóvenes, que podían escaparse durante un día al campo o las playas cercanos. Importante por derecho propio, dada la ausencia de formas de ocio comercial asequibles, el excursionismo también tenía dimensiones vitales culturales, políticas y pedagógicas: los grupos podían discutir importantes cuestiones políticas o un texto previamente acordado. Los ateneístas también organizaban excursiones de masas, que atraían a familias enteras, con juegos organizados y actividades de aprendizaje para niños, mientras los adultos se relajaban o participaban en debates[229]. Para Peirats, estas actividades eran vitales para atraer a los jóvenes al movimiento, una de las preocupaciones de toda su vida[230].

El ateneo tuvo un éxito rotundo y pronto se convirtió en una importante institución comunitaria para todas las edades, «un hogar familiar»[231]. Como Peirats observó orgullosamente, embellecía la vida cotidiana de los

desposeídos y, por esta razón, «llegamos a arrastrar a todo el barrio»[232]. La más asidua asistencia a las obras de teatro se daba en los fines de semana, que congregaban públicos de más de 200 personas. Pronto el ateneo estaba atrayendo público de la vecina Barcelona y se vio obligado a mudarse a instalaciones más grandes en la cercana calle Pujós, después de lo cual sus actividades se expandieron[233]. Sin embargo, según una participante, el nuevo espacio era a veces demasiado pequeño para el número de personas que asistían a las funciones más populares[234]. Para eludir la represión, los ateneístas también actuaban con el nombre de *Los amigos del arte escénico*, que organizaron funciones de teatro y cine justo hasta la Guerra Civil[235].

El ateneo tuvo un papel crucial en la conformación cultural de los movimientos anarquista y anarcosindicalista de l'Hospitalet, la mayoría de cuyos activistas atravesaron sus puertas. Reforzó la naturaleza esencialmente proletaria del movimiento libertario, cuyos activistas y «líderes», como Peirats, eran en su inmensa mayoría autodidactas de la clase obrera. Con una intensa lealtad hacia el movimiento que los formó, a diferencia de los asalariados «revolucionarios profesionales» de los partidos comunistas, estos activistas permanecieron dentro del mundo laboral, y su experiencia directa de la pobreza y su profunda conciencia de los problemas de la clase obrera les granjearon el respeto de sus compañeros de trabajo[236]. Por tanto, constituyeron una vinculación vital entre el movimiento y el resto de la clase obrera, y fueron el centro de las luchas de la CNT. De los numerosos activistas «escolarizados» en el ateneo, destaca Diego «Amador» Franco, que era muy cercano a Peirats, el cual le describiría más tarde como «nuestro niño prodigio»[237]. Nacido en Barcelona en 1920, fue aprendiz de carpintero, asistió a clases vespertinas desde más o menos los 11 años, y progresó hasta escribir tanto periodismo como poesía, para la que reveló un gran talento. Activo en las Juventudes Libertarias (JJ. LL.) a los 13 años, se unió a las milicias revolucionarias durante la Guerra Civil, tras lo cual huyó a Francia. En 1946 volvió a España para reavivar el movimiento libertario clandestino, solo para ser detenido y torturado, antes de ser ejecutado un año después, en 1947, a los 27 años[238].

A pesar de todo su éxito, el ateneo, que dependía de contribuciones económicas y donaciones de sus partidarios, que estaban lejos de ser ricos, llevó una existencia precaria. Pero sus organizadores eran creativos: tenían la costumbre de encargar a los editores locales libros para la biblioteca, y luego ignoraban las facturas[239]. De esta manera, adquirieron una colección significativa de libros de Espasa-Calpe, incluida su enciclopedia[240]. Pero sobre todo fue la tarea incansable de Peirats y su grupo, los cuales, no más de 20 miembros, trabajaron «como diablos» en su tiempo libre para mantener el ateneo vivo[241]. En el caso de Peirats, dio charlas, enseñó, actuó, dirigió obras, maquilló a sus compañeros actores, pintó decorados e incluso escribió una obra. Cualquier beneficio generado por las actividades del ateneo, o bien se usaba para financiar nuevas actividades, o se donaba para otras causas, como el comité pro-presos de la CNT, que se ocupaba de los presos sociales y sus familias. Los organizadores no esperaban ninguna ganancia personal, más allá de la satisfacción de participar en una labor de creación colectiva[242]. Peirats estaba profundamente enamorado de un foro que le permitía dar rienda suelta a sus energías culturales y estéticas, en particular su amor por el teatro y las zarzuelas[243]. En este sentido, como una forma de activismo cultural arraigado en la vida cotidiana, el ateneo le permitía vivir sus deseos. Dentro de las evidentes limitaciones impuestas por los compromisos laborales, podía vivir anárquicamente, a la vez que cultivaba corrientes culturales alternativas opuestas a la oficial en formas que presagiaban el movimiento Beat posterior a la Segunda Guerra Mundial y las contraculturas libertarias. Lo cual estaba muy en consonancia con sus metas revolucionarias, y su creencia de que los bloques de la construcción de las futuras movilizaciones tenían que estar arraigados en el activismo vecinal. Más que considerar la revolución en simples términos insurreccionales, para José se trataba de un proceso sociocultural, enraizado en un cambio actitudinal. Era entonces un misionero cultural, que trataba de transformar conscientemente su entorno local, junto con la experiencia colectiva de los que le rodeaban. Así, el ateneo fue un experimento comunitario que generó nuevas prácticas socioculturales; anticipó una forma de vida no jerárquica, parte de un intento de diseñar una nueva vida

cotidiana, basada en nuevas emociones y valores arraigados en la autoexpresión y la cooperación humanas.

A través del ateneo, Peirats se hizo conocido en su entorno como un «obrero consciente», uno de «los con ideas», los cuales, a través de su determinación y conducta personales, establecieron un ejemplo para aquellos que los rodeaban[244]. De esta forma, ahora rechazaba «vicios», como las apuestas y fumar, y, a diferencia de sus años de adolescencia, se enorgullecía de consumir rara vez alcohol. Mientras que esto pudo ser gratificante en lo personal para Peirats, en cierto sentido su intenso activismo es posible que le obstaculizara el desarrollo de relaciones íntimas con el sexo opuesto. Sus relaciones sociales le proporcionaban habilidades interpersonales que le permitían desarrollar relaciones con hombres y mujeres de edades variadas —«bastantes chicas» asistían al ateneo de La Torrassa[245]— pero sus escritos autobiográficos revelan un grado de timidez que llevó consigo amores incumplidos o no declarados[246].

En el primer año de la República, aún con solo 23 años, Peirats empezó a hablar en las reuniones públicas de la CNT. Típico de la naturaleza poco estructurada de la CNT, se enteró de su nuevo papel en la tribuna bajando por una calle de La Torrassa, donde vio un cartel que anunciaba que él tenía que hablar en un mitin. Después de prepararse con mucha prisa, canalizó sus considerables nervios en una soflama contra las autoridades republicanas, a las que acusaba de defraudar las esperanzas del pueblo. Concluyó desafiante afirmando cómo, a pesar de la creciente represión, la CNT vencería a sus enemigos y «fundaría una nueva España». Pronto Peirats se encontró dirigiéndose a mítines de la CNT por toda Cataluña. Aunque nunca consideró su fuerte la oratoria pública —incluso en su vida posterior se basaba en notas— era capaz de improvisar, como cuando llegó a Mollet, a 25 kilómetros de Barcelona, para encontrarse con que el alcalde había prohibido el mitin. En lugar de enfrentarse a un viaje infructuoso de vuelta a casa, organizó un mitin improvisado en la plaza de la ciudad, y acabó justo a tiempo de esquivar a la Guardia Civil cuando llegó para disolver la reunión «ilegal»[247].

El hombre de acción en la calle y el anarquismo radicalizado

La restricción por las autoridades de la esfera pública anarquista presagió una nueva fase de la lucha social en la que se consolidó el estatus de Peirats como hombre de acción. La radicalización social era inseparable de la creciente lucha interna dentro de la «familia anarquista». El advenimiento de la República exacerbó las ya antiguas fisuras estratégicas y tácticas entre las facciones de la CNT anarquista, la anarcosindicalista, y la más inclinada al sindicalismo, sobre la relación entre la revolución y la democracia. Para los radicales anarquistas, el camino para avanzar pasaba por las movilizaciones callejeras insurreccionales, que imbuirían en las masas la confianza en el derrocamiento del capitalismo y del Estado. Ello contrastaba con el enfoque centrado en lo sindical de los anarcosindicalistas, que creían que la revolución vendría a través de poderosos sindicatos dentro de los lugares de trabajo. Mientras tanto, a los sindicalistas, que estaban agrupados en torno a Pestaña, líder de la época del pistolerismo y antiguo radical anarquista, les preocupaban más las mejoras económicas graduales, e iban perdiendo de vista los objetivos revolucionarios últimos propugnados por las otras dos facciones.

Estas divisiones se describían con frecuencia y no mucho acierto como una lucha entre el *treintismo* y el *faísmo*. Los *treintistas,* más moderados, tomaron su nombre de un manifiesto antiinsurreccional firmado por 30 prominentes cenetistas en agosto de 1931[248]. Compuestos sobre todo de antiguos activistas anarcosindicalistas, incluido Massoni, creían que la República ofrecía nuevas oportunidades para consolidar las estructuras de la CNT. Mientras tanto, los radicales tomaban su nombre, de forma incorrecta, de la FAI, la organización secreta constituida en 1927 para preservar la pureza anarquista dentro de la CNT y coordinar las actividades de la miríada de *grupos de afinidad* esparcidos por toda Iberia. La FAI se convertiría en el gran temor, con frecuencia irracional, de las autoridades republicanas. Esta postura se identificaba sobre todo con el grupo de afinidad Nosotros, que incluía a Francisco Ascaso, Buenaventura Durruti y Juan García Oliver, los míticos «Tres mosqueteros del anarquismo español», los cuales, después de la Primera Guerra Mundial, se alzaron

como prototipo de las guerrillas urbanas que encabezaban la defensa de la CNT, pistola en mano, frente a la espiral de la represión estatal. Desde el inicio de la República, Nosotros impulsó la línea insurreccional, abogando por «acciones insurreccionales pendulares», levantamientos armados que impedirían la domesticación del proletariado dentro de la «ficción parlamentaria» y crearían una «gimnasia revolucionaria» para preparar a los trabajadores para el derrocamiento armado del capitalismo[249]. Cualquier otra cosa, como el enfoque anarcosindicalista de los *treintistas,* más centrado en el sindicato, olía a un reformismo que distraía a los trabajadores de su vocación revolucionaria.

Las tensiones entre las dos facciones crecieron durante el «verano caliente» de 1931, cuando una ola de huelgas económicas de la CNT chocó contra la espiral represiva estatal, que selló la radicalización de los delegados de talleres y de los miembros del comité pro-presos, que eran los más sensibles a la represión. El punto de inflexión de las relaciones entre las dos facciones y entre la CNT barcelonesa y las autoridades llegó después de una huelga general, que empezó el 4 de septiembre. El paro, en apoyo de una huelga de hambre de los presos sociales, muchos de los cuales eran «detenidos gubernativos» que no habían tenido juicio, como en la época de la monarquía, duró 72 horas, y afectó a unos 300.000 obreros de la zona de Barcelona. Las autoridades respondieron con una demostración de fuerza que incluyó la ley marcial y el despliegue de barcos de guerra en el puerto, y dejó 16 trabajadores muertos, tres de los cuales, según las apariencias, sufrieron ejecución sumaria bajo custodia policial[250].

A medida que se radicalizaba más la CNT lo hacía también Peirats, que asistía a reuniones clandestinas de militantes. Su disposición y juventud le situaban más cerca de los maximalistas, de la misma manera que su activismo en el Sindicato de la Construcción, que seguía, o más bien encabezaba, la línea radical. Sin embargo, en La Torrassa, Peirats estaba en desacuerdo con el prominente radical Francisco Tomás, que tipificaba el maximalismo de los insurreccionistas. Unos ocho años mayor que Peirats, Tomás había animado con anterioridad a su pequeña banda de seguidores a que boicotearan el Ateneo Racionalista «reformista», ya que aborrecían las iniciativas culturales y preferían las acciones callejeras violentas. Mientras

tanto, los ateneístas consideraban al grupo de Tomás como «unos cuantos demagogos», para los cuales la revolución estaba «a la vuelta de la esquina», y que practicaban aquello de lo que Peirats se burlaba como «comunismo tabernario» o «anarquismo de testículos»[251].

En lo que se refiere a la división interna de la CNT, por tanto, Peirats y su grupo ocupaban una incómoda posición entre las dos facciones. Mientras que Peirats era un anarquista en la calle y en los ateneos, tenía mucho de anarcosindicalista en el trabajo, lo cual le convenció de que la revolución vendría de una combinación de conciencia cultural y huelgas revolucionarias en oposición a simples pistolas disparando, como parecían creer los radicales.

Con la brecha entre las dos facciones encaminándose hacia una escisión dentro de los sindicatos, Peirats permaneció firme en su compromiso con la CNT. Tuvo un papel decisivo en la huelga de ladrilleros de diciembre de 1931[252]. Los huelguistas buscaban conseguir sus antiguas reivindicaciones —la abolición del destajo y la desaparición de los contratistas que explotaban a los obreros—. Ello supondría, esperaban, una estructura salarial estable y permitirles tratar directamente con sus empresarios, no con los contratistas, a los que se consideraba un estrato parásito que se beneficiaba del sistema de pago por destajo. José formó parte del comité de huelga de cuatro miembros y, cuando los empresarios rechazaron negociar, se unió a los grupos armados que salieron a cazar «esquiroles», una actividad no sin riesgo, ya que era frecuente que los rompehuelgas disfrutaran de escolta policial. Dada la fuerza local de la CNT, a menudo la persuasión era suficiente para animar a los trabajadores a unirse a la huelga. Era más difícil convencer a los empresarios. A medida que la huelga se prolongaba, la CNT confiaba más en su repertorio tradicional de acción directa y Peirats se vio implicado en actividades más audaces, como el ataque incendiario a varias *bòbiles*. Aunque nunca comentó este tema, es probable que Peirats fuera entonces miembro de los grupos de defensa confederales[253]. En un incidente, formaba parte de un grupo que desarmó a un vigilante antes de quemar un taller. Peirats, la voz cantante en esta acción, no llevaba la cara cubierta, lo cual puede interpretarse como una temeridad, o como una medida de la confianza que sentían los cenetistas en

un barrio en donde su poder era considerable[254]. De la misma manera, como otro vigilante había sido asesinado hacía poco en otra fábrica local, quizá se pensaba que podían basarse exclusivamente en el miedo[255]. Al final los empresarios acabaron por volver a la mesa de negociación, en la que también estaba presente Peirats. Los ladrilleros consiguieron una victoria parcial: los empresarios estuvieron de acuerdo en prescindir de los contratistas, pero no del sistema de trabajo a destajo. Fue un desenlace, a pesar de todo, considerado por la mayoría de los ladrilleros como un avance considerable[256].

Después de la huelga, Peirats empezó a trabajar de panadero, un cambio de oficio debido a los continuos dolores en las piernas: en algunos casos, a los veintipocos años las secuelas de la enfermedad de Perthes provocan una explosión de dolor intolerable, que hoy se trata a menudo con la implantación de una prótesis de cadera. La situación de Peirats se agravaba con el frío invernal en las *bòbiles*. El empeoramiento de desempleo que supuso su transformación en panadero le arrastró a nuevas luchas sociales. En respuesta a la crisis económica, la CNT practicó «imposiciones sindicales», enviando a los parados a puestos de trabajo que ofrecían horas extra a los empleados, o a aquellos que el sindicato estimaba que necesitaban más trabajadores para cubrir la producción. Esta política fue parte de una prueba de fuerza frente a los empresarios que provocó confrontaciones y arrestos periódicos. A José le dieron en su centro sindical un volante con la dirección de una panadería cuyo propietario tenía fama de hostilidad contra la CNT. Entró puntual en la panadería y se puso a trabajar, explicando de paso al empresario y a su mujer que le enviaba la CNT. Resultó que a la pareja le impresionó el buen humor y el duro trabajo de Peirats, y le invitaron a volver. Esta experiencia laboral resultó inestimable, e irónicamente acabó consiguiendo más trabajo como panadero en la cocina de la cárcel Modelo[257].

Peirats podría con la misma facilidad haber acabado detenido allí, pues apenas unas pocas semanas después de haberse convertido en panadero inició lo que más tarde describió con sorna como «un episodio de mi vida de terrorista»[258]. Este episodio constituyó parte de una lucha de los panaderos de la CNT por conseguir su demanda histórica: la abolición del

trabajo nocturno y el inicio de la jornada a las cinco de la mañana, lo cual les permitiría pasar la noche en casa y sacudirse su apodo de «caps de mort» (en catalán, «cabezas de muerto», calaveras). Los panaderos también tenían reivindicaciones de salud y seguridad, ya que «el noventa por ciento de las tahonas eran subterráneos inmundos, húmedos y avivados de cucarachas y ratas». Cuando los empresarios se resistieron, la comisión de huelga constituyó un «comité de guerra»: José fue voluntario del mismo y, junto con otros jóvenes panaderos, estuvo en la vanguardia del conflicto. Hubo una serie de ataques con pequeñas bombas sobre panaderías antes de que la asociación de empresarios aceptara las exigencias de la CNT, sin necesidad de una huelga. Pero algunos empresarios se negaron a aceptar el trato y acosaron a los activistas. Cuando los boicots por el sindicato a esas panaderías resultaron inútiles, los militantes decidieron darles un «susto». Armados con pistolas, Peirats y un compañero visitaron a un empresario que había discriminado a panaderos de la CNT para «convencerle» de que cambiara de táctica. En otra ocasión, él y un par de compañeros hicieron explotar un pequeño artefacto en otra panadería, y consiguieron escaparse después de un breve intercambio de disparos con las fuerzas de seguridad de una fábrica cercana[259]. Tan agresiva era la postura de los panaderos de l’Hospitalet, que los empresarios locales se quejaron a las autoridades de la espiral de violencia[260].

El activismo de Peirats también se centraba en su nuevo grupo de afinidad, llamado sencillamente Afinidad. Constituido en torno a la época en que se abrió el Ateneo Racionalista en 1931, este «grupo de propaganda y acción» incluía a su amigo ladrillero Canela, y otros jóvenes anarquistas de ideas parecidas, varones y hembras, que se habían conocido en ateneos locales y escuelas racionalistas. Con un total de unos 15 miembros, Afinidad, como todos estos grupos, estaba arraigado en sólidas relaciones de vecindario y personales; por ejemplo, había tres parejas en el grupo. Entre ellos estaba Pérez —un «muchacho de armas tomar», que siempre llevaba pistola—, amigo íntimo de Peirats y su familia, en cuyo seno era «un hijo más». En cuanto a orientación, el grupo unía varios tipos distintos de activistas: algunos miembros eran más anarcosindicalistas, otros se dedicaban a la actividad cultural a través del ateneo; algunos rechazaban la

violencia por completo, mientras que un subgrupo, que incluía a José, Canela y Pérez, «lo aceptábamos todo». Como veremos, no era del todo el caso, y se dedicaban a actos de sabotaje durante las huelgas. A la vez que es comprensible que José fuera algo reservado sobre las acciones específicas del grupo, sí se refirió a lo que quizá fue su acción más espectacular, cuando colapsaron las líneas eléctricas en las afueras de l'Hospitalet durante una huelga general[261].

Desde 1932 en adelante José fue, como más tarde se describió a sí mismo, «una suerte de intelectualillo y terrorista en agraz». Su activismo cambió de acuerdo con la cambiante fortuna del movimiento, operando en público cuando era posible, aunque dispuesto a dar pasos adelante para defender a la CNT utilizando todos los medios necesarios. En este caso, esto lo facilitaba el hecho de que en esa época no estaba fichado por la policía, así que se sentía cómodo manteniendo un pequeño arsenal dentro de su habitación en casa. Como reflejó años más tarde, no sin humor y quizá con cierto grado de exageración: «Mi madre no podía abrir un cajón de mi escritorio sin lanzar un grito por salirle al paso una bomba o dos pistolas»[262].

A la vez que está claro que el joven Peirats tenía inclinación por la lucha violenta, en consonancia con su compromiso con la práctica anarcosindicalista, estas actividades armadas estaban íntimamente unidas a las luchas cotidianas concretas del sindicato y la certidumbre moral de que mejorarían la suerte de sus compañeros trabajadores. No se puede decir lo mismo de las tres insurrecciones organizadas por los radicales durante los años republicanos. Mientras estos levantamientos aprovechaban el creciente desencanto de los desposeídos con la República, Peirats era ferozmente crítico de los mismos debido a sus consecuencias del todo negativas para su querida CNT[263].

«El ciclo de insurrecciones»: escisión y desmoralización confederal

El primer levantamiento tuvo lugar en enero de 1932 en el Alt Llobregat, un territorio minero aislado del norte de Cataluña. Localizado y contenido con

facilidad por el ejército, las autoridades utilizaron la insurrección como pretexto para deportar a más de 100 revolucionarios de toda España a las Islas Canarias y los territorios españoles del África sahariana[264]. Entre los deportados estaban Durruti y Ascaso, los defensores de más alto perfil de la posición maximalista dentro del movimiento libertario, y Canela, el mejor amigo de Peirats y compañero en Afinidad[265]. Aunque Canela no participó en el levantamiento, estaba fichado y, desde el nacimiento de la República, había sido detenido en varias ocasiones, lo cual significaba que las autoridades se alegraban de sacarle de las calles[266]. El cariño de Peirats por su amigo se canalizó en una legítima indignación tanto contra lo que consideraba un estado republicano «autoritario» como contra la infructuosa táctica insurreccional.

Las consecuencias del levantamiento y las deportaciones llevaron las tensiones entre las facciones rivales de la CNT al extremo: aunque los moderados no tenían conocimiento previo de la insurrección, los radicales les reprocharon no apoyar el movimiento; mientras tanto, los moderados criticaban lo que consideraban aventurerismo temerario de los radicales. El abismo abierto entre las dos facciones lo exacerbó la venganza de la familia Montseny contra los moderados, que estaban dirigidos por algunos de los cenetistas de Barcelona que, como se ha mencionado, habían cuestionado durante la dictadura la autoridad de los Montseny, por ser periodistas de clase media sin cargos en el movimiento, para recoger dinero en nombre de los presos sociales. El ataque lo dirigió Federica, cuyo desprecio por el anarcosindicalismo era tal que solo se unió a la CNT en 1931. Conocida despectivamente entre sus críticos como «Miss FAI», Montseny dirigió sus iras contra los moderados del sindicato en publicaciones de su familia, como *La Revista Blanca* y *El Luchador*, creando el clima para la escisión más seria en los veinte años de historia del sindicato[267]. Como veremos, este conflicto entre proletarios autodidactas e intelectuales de clase media se habría de repetir más tarde durante la Guerra Civil y en el exilio, cuando Peirats y Montseny cruzaron con frecuencia sus espadas.

En el que fue el primer cisma confederal, pero no el último, del que José sería testigo, se nos podría disculpar el suponer que él sería partidario incondicional de la postura radical. Su temperamento, su estilo de

activismo, su juventud y sus experiencias en La Torrassa, todo ello le inclinaba hacia los radicales, como su amistad con Canela, que le había presentado a Ascaso, uno de los principales defensores de la línea insurreccional[268]. De la misma manera, el primer panfleto de Peirats, *Glosas anárquicas (Interpretación anarquista de la historia)*, fue una contribución a los debates internos del movimiento libertario de esta época y constituyó un ataque sostenido contra el sindicalismo «organizado» del teórico francés Pierre Besnard, entonces en boga entre los moderados como Pestaña[269]. Aunque no podemos estar seguros de su fecha de publicación, es probable que *Glosas anárquicas* apareciera a finales de 1931 o principios de 1932, cuando Peirats tenía 24 años, y mantenía una gran simpatía por la idea del hispanoargentino Abad de Santillán de un movimiento obrero en exclusiva anarquista que guio a muchos de los radicales y a la FAI[270]. Pero también subrayaba su convicción de que una revolución futura giraría en torno a «propagandas educativas e incitaciones a la perfección individual», a través de las cuales «caldeamos el ambiente, y a la par que aumentamos su bagaje cultural, educamos revolucionariamente al pueblo». Esto le llevaba a criticar «las conspiraciones teatralescas», que consideraba «irreconciliables con nuestros principios libertarios»[271].

El activismo de Peirats se profundizó *después* de la escisión, pero no por ello dejó de afinar su postura. Para mediados de 1933, cuando se había puesto de manifiesto que el objetivo de un movimiento obrero anarquista había proporcionado la justificación para la expulsión de la CNT de sindicalistas y anarcosindicalistas revolucionarios, rechazaba la idea de la pureza ideológica en los sindicatos[272]. Retrospectivamente, apreciaba cómo los moderados «vieron más claras las cosas» cuando se llegó a la necesidad de una organización revolucionaria, aun cuando cometieran «el equívoco» de exagerar las libertades republicanas. A pesar de una pequeña minoría de moderados, sobre todo los *pestañistas*, los cuales más tarde constituyeron su propio partido político, evolucionando hacia el reformismo, la mayoría se componía de «valores positivos», como Joan Peiró, un anarcosindicalista de toda la vida e irónicamente miembro de la FAI. Estos activistas no se convirtieron en «traidores» o «contrarrevolucionarios» de la noche a la mañana, como lo demostró su vuelta a la Confederación en mayo de 1936.

En cuanto a los radicales, a Peirats le agobiaba el intolerante «sectarismo faísta», su exageración en las inclinaciones revolucionarias de las masas y sus «aventuras insurreccionales sin pies ni cabeza»[273]. A diferencia de los principales protagonistas de ambas facciones de la escisión, Peirats carecía del espíritu mezquino y pueblerino que requería un conflicto intestino[274]. Si, en los términos de la teoría que le guiaba, Peirats era un anarquista (afirmó: «Siempre me he considerado más anarquista que sindicalista»[275]), su práctica se mantuvo firmemente arraigada en el axioma anarcosindicalista de que la CNT tenía que preservar la unidad de todos los que estaban dedicados a la revolución contra el Estado[276].

Años más tarde, con los beneficios obvios de la retrospección, Peirats concluía que, al margen de las genuinas divisiones de los primeros años treinta, podía y debía haberse hallado «una tercera vía» para evitar la escisión[277]. Algunos comités regionales de la CNT, de los cuales Asturias es solo un ejemplo, permanecieron en la Confederación con una orientación muy semejante a la de los moderados expulsados por los sindicatos catalanes[278]. De igual modo, anarquistas como Eusebi Carbó consideraron los levantamientos «bolchevismo puro», «la revolución por decreto… un levantamiento en frío… decretado por medio de una orden circular»[279]. Otros rechazaron el camino insurreccionista porque bloqueaba la lucha cultural que prepararía a las masas para una revolución futura[280]. Peirats y el resto de Afinidad respaldaron tardíamente este camino intermedio[281], aunque sus voces las ahogó el clamor cismático de los radicales, que bloquearon cualquier debate razonado[282].

Hacia el final de 1932, la decisión de Peirats de abandonar l'Hospitalet y la casa familiar proporciona indicios sobre la desilusión con la evolución de la CNT de Barcelona. Sin duda esta mudanza también reflejaba el empeoramiento de la crisis económica, que afectó gravemente a la industria de la construcción e industrias asociadas como la del ladrillo. La escisión de la CNT había reducido su fuerza, dificultando que sus activistas parados encontraran trabajo[283]. A sus 24 años, está claro que Peirats también buscaba la aventura, así que aceptó una invitación de su tío Benjamín para volver a su lugar de nacimiento en La Vall d'Uixó, donde encontró trabajo

de peón agrícola. Mantenía un profundo vínculo emocional con Benjamín y La Vall, «aquel mundo nada complicado, de aquel cielo tan azul, de aquellas aromáticas montañas… la naturaleza fecunda, sin falsos ropajes, casi ignorada la pérfida hipocresía». Las relaciones laborales agrarias eran menos idílicas, como José descubrió al ingresar en el mundo miserable de la clase obrera rural. A pesar de las esperanzas en que la reforma agraria republicana mejoraría la suerte de los desposeídos rurales, José se vio obligado a «hacer plaza», mientras los capataces seleccionaban las manos que parecían más fuertes de entre una multitud de hambrientos trabajadores. La experiencia del trabajo rural cambiaría su perspectiva y años más tarde aún consideraba el problema agrario «el más urgente de los problemas». A pesar de una jornada laboral larga y agotadora, José encontraba energía para impartir clases vespertinas en casa de su tío. Cuando se quedaban solos, él y su tío, socialista de toda la vida, tenían largos debates amistosos sobre política, defendiendo cada uno su posición respectiva, Benjamín acusando a los anarquistas de «hacer el juego de las derechas» desestabilizando la democracia, y José denunciando la represión de la República[284].

Esta represión aumentó tras la segunda insurrección anarquista de enero de 1933. Aunque organizada en un territorio más amplio —los incidentes armados se dieron en Andalucía, Aragón, Cataluña, Madrid y Murcia—, igual que el primer movimiento un año antes lo sofocaron con rapidez las autoridades, lo cual no fue sorprendente. Como observó Fidel Miró, un prominente organizador de las Juventudes Libertarias, tras la escisión, la CNT «fue perdiendo fuerza, tanto en afiliados como en ímpetu revolucionario»[285]. El levantamiento fue la acción de una vanguardia armada sin verdadera conexión con las masas. Peirats escribió más tarde que el pueblo «frío, indiferente o amedrentado, se atrancaba detrás de la puerta de sus casas»[286]. Sin una presencia anarquista organizada en La Vall, José siguió el rumbo del movimiento a través de las páginas de *CNT*, que recibía de Madrid los días en que superaba la censura del Estado. Aunque había cogido cariño al pueblo y su gente, después de unos meses, a principios de marzo, el trabajo agrícola se acabó y estaba inquieto. Durante un tiempo trabajó en una alpargatería, como habían hecho sus padres antes

que él, pero el señuelo de Barcelona, su familia y compañeros, todo lo que daba sentido a su vida, era muy poderoso[287].

Su retorno a Barcelona marcó el inicio de una nueva fase en su activismo. Se sumergió por completo en la vida organizativa del movimiento libertario, entonces en abierta crisis como consecuencia del segundo levantamiento fallido de enero de 1933, que había agudizado los conflictos internos. En el ámbito personal, estos conflictos provocaron a Peirats una gran angustia personal cuando la cólera de los radicales recayó sobre Massoni, su primer mentor importante en el anarcosindicalismo y compañero ladrillero. Massoni suscitaba una enorme compasión en los círculos de la CNT debido a las heridas infligidas por pistoleros de derechas, que le incapacitaron para seguir trabajando como ladrillero. En 1930 Massoni fue elegido administrador de *Solidaridad Obrera,* un puesto que ocupó con gran diligencia en circunstancias financieras y políticas difíciles. Reelegido administrador, después de firmar el *Manifiesto de los Treinta,* Massoni se convirtió en el blanco de la ira de los radicales del Sindicato de Artes Gráficas, cuya campaña contra él provocó el deterioro de su precaria salud. El trágico desenlace ocurrió en el pleno regional de la CNT catalana en Barcelona (5-13 de marzo de 1933), cuando Massoni se sintió tan mal que un compañero tuvo que leer su informe y responder a las acusaciones de los radicales de que había malversado fondos[288]. A pesar de que no había pruebas que apoyaran aquellas acusaciones, Massoni fue obligado a dimitir de *Solidaridad Obrera*. Para un noble activista que lo había dado todo por el movimiento, era un amargo golpe moral y sufrió un ataque al corazón en mitad del pleno[289]. Con su antiguo compañero en el lecho de muerte, los radicales publicaron un manifiesto que denunciaba a Massoni como portavoz de todos los «escisionistas»[290]. Cayó en una depresión y murió semanas más tarde, después de haber dedicado la mayor parte de sus 40 años de vida a la CNT[291].

Su muerte coincidió con la fase más violenta de la escisión, con choques armados entre *treintistas* y radicales, que se interrumpían mutuamente las reuniones con porras, cuchillos y pistolas. Aunque Peirats estaba por encima de la refriega, y había mantenido su amistad con Massoni, los moderados le identificaban con la posición maximalista, así que cuando él y

Canela asistieron al funeral, se vieron obligados a marcharse sin tener la oportunidad de despedirse de su mentor. Para Peirats, fue un recordatorio amargo del sinsentido de este cisma fratricida[292]. Mientras tanto, en l'Hospitalet, la CNT la dirigían ahora el radical Tomás y sus amigos. Desde la perspectiva insurreccional de estos, Peirats y sus socios eran poco menos que reformistas obsesionados por la cultura. En cuanto a Peirats, el maximalismo romo de Tomás, asociado a su torpe sectarismo, encarnaba todo lo que estaba mal en los radicales, cuyos levantamientos estériles solo servían para socavar la CNT, el movimiento anarquista y las iniciativas culturales que él valoraba tanto.

Afinidad se movilizó entonces para cambiar el rumbo del movimiento. Durante el periodo de Peirats en La Vall, Afinidad votó por unirse a la FAI en un intento explícito de contrarrestar este «aventurerismo insurreccional»[293]. En particular se oponían a lo que consideraron el vanguardismo irresponsable del grupo Nosotros de Durruti, Ascaso y García Oliver —«el trío de la bencina»— a los que reprochaban por implicar a todo el movimiento en sus fantasías militares[294]. Como otros grupos, Afinidad creía que los levantamientos eran acciones minoritarias de grupos armados en la órbita del movimiento libertario. Según un prominente *faísta* de Barcelona, «a no pocos militantes de la FAI les repugnaba el uso continuo de la demagogia. Y más aún las prácticas golpistas…»[295]. Una vez en marcha, las insurrecciones presentaban el movimiento como un hecho consumado, dejando a los activistas conscientes de su obligación moral de mostrar solidaridad. En realidad, Nosotros se beneficiaba de un mito glorioso, alimentado en no pequeña parte por la cultura interna anarquista, que reverenciaba todo lo que era secreto y clandestino. Esto permitía a sus miembros ejercer una autoridad carismática sobre las secciones clave de la CNT y la FAI. Pero, mientras que Nosotros se identificaba en público con el movimiento libertario, invocando con frecuencia su nombre, Afinidad observó con acierto que no tenía ningún mandato democrático de asambleas populares para su política insurreccional[296]. Los de Afinidad buscaban abrir un debate sobre la viabilidad de la lucha armada y calibrar hasta qué punto la CNT y la FAI respaldaban de hecho las insurrecciones. Para Peirats, esta fue la primera de

una serie de ocasiones en las que se encontraría en oposición directa al «liderazgo» del movimiento. En efecto, según un crítico de Nosotros, Peirats era «el principal defensor» de la necesidad de aislar al grupo[297].

De manera similar, Afinidad rechazaba las tácticas de recaudación armada de fondos que formaban parte del repertorio radical. Para los radicales, las expropiaciones eran otro frente de la creciente insurrección contra el orden existente que también proporcionaban fondos vitales para comprar armas para su «gimnasia revolucionaria». Al mismo tiempo, la recaudación de fondos compensaba la disminución de las cotizaciones de los afiliados dentro de una CNT fracturada, en un momento en que había una intensa presión del comité pro-presos sobre los fondos para asistir al creciente número de presos sociales provocado por las insurrecciones. Mientras tanto, a aquellos grupos de afinidad inspirados en el anarcoindividualismo de Max Stirner las expropiaciones les permitían financiar sus actividades y constituían una alternativa al trabajo, algo que chocaba frontalmente con la ética trabajadora de Afinidad, que compartía la creencia anarcosindicalista en el pago por un trabajo bien hecho.

El rechazo de Peirats a las expropiaciones estaba arraigado en consideraciones éticas y estratégicas. Esto era predecible. Vimos con anterioridad que, en los años veinte, estuvo suscrito a *La Protesta* de Buenos Aires, que coeditó López Arango, un brillante organizador y propagandista anarquista, cuyas denuncias del «anarcoatraquismo» le costaron muy caro: le acribillaron a balazos en su casa frente a su esposa e hijos miembros del grupo de afinidad Severino di Giovanni[298]. Las experiencias directas de Peirats con los expropiadores de Barcelona afianzaron su hostilidad contra esta práctica. A través de Ginés Alonso, miembro de Afinidad y cofundador del ateneo de La Torrassa, Peirats fue presentado al grupo de afinidad anarcosindicalista Ágora, del que Alonso también era miembro. Después de varias reuniones con Ágora, Afinidad votó romper con lo que Peirats describió como un «club de libertinos»[299], cuya afición por fumar y beber y su aversión por el trabajo estaban a un mundo de distancia de su estricta concepción de la moralidad proletaria y la «dignidad de ostentar callos en las manos»[300]. La lógica de las acciones de Ágora se escribió más tarde en grandes caracteres con un robo armado a un

bar que dejó a un camarero (y sindicalista) muerto, y a la mayor parte del grupo, Alonso incluido, en la cárcel[301].

La frustración de Afinidad con la línea radical se convirtió en exasperación tras el tercer intento insurreccional, que se inició el 8 de diciembre de 1933. Más tarde se puso en evidencia que la policía de Barcelona tenía un aviso previo de la acción[302]. Peirats fue testigo de primera mano de la insondable organización de la acción armada en l'Hospitalet, uno de los principales focos del levantamiento. De antemano, los miembros de Afinidad que eran especialistas en acción directa se reunieron en el piso de Canela con sus pistolas para discutir su postura[303]. El ausente más notable fue Pérez, siempre el más lanzado del grupo, que formaba parte de un equipo que ejecutó con éxito un audaz plan para liberar prisioneros de la cárcel Modelo cavando una galería desde las alcantarillas de la prisión. Aunque opuestos al levantamiento, como hombres de acción Peirats y los demás se vieron al final arrastrados a las calles por el creciente ruido de disparos, y el conocimiento de que sus compañeros estaban luchando contra las fuerzas de seguridad. Antes de medianoche salieron a las calles por separado, conscientes de que sería menos probable que la policía detuviera a personas sueltas. Peirats confesó más tarde haberse sentido motivado por su «estúpido lance de honor» y la curiosidad por ver funcionar la «revolución»[304].

No le impresionó nada. Confirmando su opinión de que la revolución era imposible si las masas no estaban preparadas, fue testigo de cómo los insurrectos golpeaban las puertas para reunir a la gente, *manu militari*: «¡Las mujeres y los niños a la cama! ¡Los hombres a la calle! ¡Ha estallado la revolución!». Cuando los llamamientos eran desatendidos, los insurgentes se ponían despectivos: «¡El pueblo español es un inmenso gallinero! ¡Con este material no podremos hacer nada!». Los acontecimientos casi pasaron de la comedia a la tragedia, cuando José estuvo a punto de morir en un incidente que subrayó la naturaleza caótica de insurrección. Se había hecho circular una contraseña acordada con antelación entre los activistas para permitirles identificarse entre sí en las calles[305]. Temiendo que el santo y seña se hubiera filtrado a la policía, algunos insurrectos crearon unilateralmente otro. Con el suministro

eléctrico cortado y las calles en total oscuridad, Peirats vislumbró un grupo armado por delante de él y se refugió en el portal de un edificio, antes de gritar la contraseña que le habían dicho. Fue saludado con «una granizada de balas». Cuando repitió la llamada, se encontró con «la misma categórica respuesta». Como lo que estaba atrayendo era fuego de pistolas, supo que se trataba de «fuego amigo» y no de la Guardia Civil. Después de algunos momentos de ansiedad, utilizó su conocimiento de las calles para librarse del peligro inmediato. Momentos más tarde se encontró con fuego de rifle. Temiendo el arresto por fuerzas de orden público, enterró precipitadamente su pistola en un solar baldío justo antes de que le detuvieran unos nerviosos guardias civiles. A pesar de afirmar que volvía de casa de su novia, fue encaminado a un café cercano que hacía las veces de centro temporal de detención, donde encontró sobre todo jóvenes, entre ellos varios compañeros. Horas más tarde, tras ser fichado, fue liberado y se fue a casa. Preocupado por estar ahora bajo el radar de la policía local, limpió su habitación de materiales incriminatorios y, durante unas pocas noches, durmió en casa de una tía suya. Sus temores estuvieron bien fundados cuando la policía llegó a casa de sus padres y se incautó de periódicos anarquistas[306]. Era ahora, por tanto, un anarquista fichado.

Muchos anarquistas barceloneses eran hostiles a estos levantamientos, convencidos de que las masas no estaban preparadas[307]. A Peirats y a Afinidad les quedó una «desastrosa impresión» de lo que les había parecido una insurrección «catastrófica»[308]. En una carta al anarquista aragonés Francisco Carrasquer, José explicaba el problema de la revolución por decreto: «Un día se te acercaba un compañero y te decía en el oído: “La insurrección es para esta noche”». En lo militar, no había una planificación general: «Cada grupo se dedicaba a tirar al aire para vocear la revolución sin una verdadera estrategia que mereciera ese nombre»[309]. En su lugar, era un simple intento de «hacer revolucionarios a la fuerza»[310]. Una participante describió el levantamiento como «un sueño de locos… la gente no estaba preparada», y el resultado dejó bastante «gente desmoralizada»[311]. Junto a las víctimas mortales, el resultado represivo incluyó activistas encarcelados y un ahogamiento integral de las actividades

de la CNT. Los sindicatos de l'Hospitalet se vieron obligados a la clandestinidad y no se volvieron a organizar en condiciones hasta principios de 1936[312]. Las pretensiones de que estos levantamientos prepararon a las masas para derrotar el golpe militar de 1936 son falsas[313]. Como Peirats observó más tarde, en zonas clave en las que la insurrección de diciembre de 1933 había sido fuerte —Zaragoza, La Rioja y Andalucía occidental— la represión debilitó en gran medida a la CNT, y estas zonas cayeron muy deprisa en manos de los militares rebeldes al principio de la Guerra Civil[314]. Mientras tanto, Tomás, cuyo discurso maximalista hizo todo lo que pudo por preparar el ambiente para el levantamiento de La Torrassa, fue expulsado de la CNT de l'Hospitalet después de que sus actos no lograran equipararse a sus valientes palabras: la noche del movimiento, estuvo curiosamente ausente de las calles, y sus compañeros le descubrieron más tarde en su casa. Pero no hubo un cambio inmediato en la orientación de la CNT de l'Hospitalet, ya que Tomás fue sustituido por Josep Xena, un profesor racionalista muy cercano a la posición insurreccionalista[315].

En lo que fue una coyuntura crítica de la historia del movimiento, Afinidad redobló su campaña contra «el jacobinismo-anarcosindicalismo»[316]. Reflejando un creciente rechazo por las bases de la postura radical, Peirats había sido elegido secretario de la Federación local de la FAI barcelonesa en el verano de 1933, y en abril de 1934 Canela fue votado secretario del comité regional. Ello dejaba a los miembros de Afinidad ocupando las dos posiciones más importantes de la organización faísta en Cataluña[317]. Comprometidos con perseguir un enfoque «constructivo» de la revolución, Peirats y Canela convocaron a los artífices de los levantamientos, el grupo Nosotros de Durruti, Ascaso y García Oliver, a una reunión para que justificaran su posición ante el resto del movimiento[318]. Dado el clima represivo, esta asamblea clandestina se organizó en una vaguada en las afueras de Barcelona. Para estupefacción de Peirats, los «tres mosqueteros» no aparecieron. «Había buenos compañeros, modestos, voluntariosos, abnegados, pero ninguna de las grandes figuras que arrebataban a las masas en los mítines hablando en nombre de la FAI»[319].

Peirats convocó a Nosotros a la siguiente reunión de la FAI, en la que planeaba proponer su expulsión. Esta vez García Oliver y Ascaso asistieron. El plan de Peirats fue bloqueado al descubrir, para su asombro, que «¡las grandes estrellas… sin pertenecer a nuestra organización sabían servirse de su nombre como de un espantapájaros y se permitían meterla en todos los berenjenales!». Más aún, Nosotros exhibió una arrogancia altanera hacia sus críticos. Además de negarse a cambiar su vía insurreccional, defendieron su libertad para actuar por su cuenta como si no fueran miembros de la FAI, a pesar de invocar el nombre de la organización. Peirats no era ningún pacifista: como secretario de la FAI de Barcelona, organizó el contrabando de armas a través de la frontera francesa vía Puigcerdà, consciente de que el movimiento libertario no conseguiría sus fines últimos solo con palabras[320]. Pero estaba firmemente convencido de que la responsabilidad democrática era vital si habían de alcanzarse las metas a largo plazo, y que las ponía en peligro la tendencia de Nosotros de pisotear las normas del movimiento, porque ello arrastraba a todos hacia una espiral represiva.

Para entonces, Peirats era un activista comprometido del todo, con experiencias en los diversos frentes sindical, cultural, paramilitar, y más específicamente anarquista del movimiento. Pero más que nada le preocupaba la preparación cultural de los trabajadores para la revolución. En un mundo moldeado por las fuerzas consumistas e individualistas, a alguno le puede resultar difícil apreciar que no le motivaban ni la ambición personal ni el oportunismo. Practicaba un activismo transformador, quería ayudar al movimiento libertario a conseguir sus metas más elevadas y altruistas que beneficiarían, así lo creía, al resto de la humanidad. En el curso de su activismo, estaba preparado para arriesgar tanto su libertad como, desde luego, su vida. Si creía que tenía mucho que ofrecer al movimiento, siempre lo formulaba con humildad; así, en momentos clave, como se verá, los que le rodeaban tenían que empujarle para que aceptara nuevas responsabilidades. Pero cuando venció su reticencia, siguió adelante hasta destacar como uno de los propagandistas y escritores de más talento de su generación.

198 MI T.2, L.III, 76.

199 Adolfo Bueso, *Recuerdos de un cenetista*, l'Esplugues de Llobregat, 1976, vol. 1, pp. 341-344.

200 MI T.2, L.III, 77.

201 *La Vanguardia*, 15 y 18-4-31.

202 Carta a Isidro Guardia, s.f. (¿noviembre de 1976?).

203 MI T.2, L.III, 78.

204 Bueso, *Recuerdos*, vol. 1, p. 345.

205 Véase Manel Aisa, *La huelga de alquileres y el comité de defensa económica*, Barcelona, 2014.

206 MI T.2, L.III, 77.

207 Para la versión de Peirats, MI T.2, L.III, 79. Véase también Severino Campos, *Una vida por un ideal*, manuscrito inédito, 2006, pp. 25-27; *Solidaridad Obrera*, 3, 5 y 8-5-31; *El Luchador* y *Tierra y Libertad*, 8-5-31; Juan García Oliver, *El eco de los pasos. El anarcosindicalismo... en la calle... en el Comité de Milicias... en el gobierno... en el exilio*, Barcelona, 1978, pp. 115-118.

208 Abel Paz, *Durruti en la Revolución española*, Madrid, 1996, pp. 255-262.

209 *Las Noticias* y *Solidaridad Obrera*, 3-5-31.

210 José reveló que conocía el lugar en el que estaba escondida la pistola en la barbería (MI T.2, L.III, 79).

211 CRT de Cataluña, *Memorias de los comicios de la regional catalana celebrados los días 31 de mayo y 1 de junio, y 2, 3 y 4 de agosto de 1931*, Barcelona, 1931, pp. 50-56; Albert Balcells, *Crisis económica y agitación social en Cataluña (1930-1936)*, Barcelona, 1971, p. 192.

212 Según Camós, la CNT organizaba al 90% de la población activa a principios de los años treinta (*L'Hospitalet*, p. 75).

213 Entrevista de Nick Rider con Concha Pérez Collado, 13-3-83.

214 Camós, *L'Hospitalet*, p. 115.

215 Dolors Marín, «Anarquistas y sindicalistas en l'Hospitalet. La creación de un proyecto de autodidactismo obrero», en José Luis Oyón y Juan José Gallardo (eds.), *El Cinturón Rojinegro. Radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona 1918-1939*, Barcelona, 2004, p. 128.

216 *La Vanguardia*, 12-12-33.

217 Eugenio Cuello, *Criminalidad infantil y juvenil (sus causas, régimen jurídico, tribunales para menores, libertad vigilada, colocación en familia, internamiento en instituciones, etc.)*, Barcelona, 1934, pp. 33-34.

218 Véase, por ejemplo, *L'Opinió*, 7-8 y 20-9-31 y Sentís, *Viatge*, pp. 72, 87-88.

219 Marín, «Anarquistas y sindicalistas», p. 129.

220 MI T.2, L.III, 80.

221 *La Vanguardia*, 29-8-31.

222 MI T.2, L.III, 82.

223 MI T.3, L.V, 194.

224 José Peirats, «El autodidacta», *Evolución*, septiembre de 1937.

225 *La Vanguardia*, 7-7 y 9-9-32; MI T.2, L.III, 80.

226 Entrevista de Nick Rider con Francesc Pedra, 30-3-84.

227 Carta a José Gutiérrez, 12-7-85.

228 Carta a Martha Ackelsberg, 30-1-79.

229 Entrevista de Nick Rider con Concha Pérez Collado, 27-2-83.

230 Peirats, «Una experiencia histórica...», p. 18.

231 MI T.2, L.III, 80, 83.

232 Carta a Adela García, 11-3-77.

233 *La Vanguardia*, 7-4-33; MI T.2, L.III, 82-83.

234 Entrevista de Nick Rider con Concha Pérez Collado, 13-3-83.

235 Véase, por ejemplo, *La Vanguardia*, 22-2-36.

236 Manuel Vicente Alcón, citado en Anna Monjo, «La CNT durant la II República a Barcelona: líders, militants, afiliats», tesis doctoral, Universitat de Barcelona, 1993, p. 293.

237 José Peirats, «Más sueños… de una noche de verano», *Frente Libertario*, octubre de 1971.

238 Marín, *Clandestinos*, p. 192. Véase también Felipe Aláiz y Víctor García, *La FIJL en la lucha por la libertad. Raúl Carballeira y Amador Franco*, París, 1954.

239 Myrna Breitbart, «The Theory and Practice of Anarchist Decentralism in Spain, 1936-1939: The Integration of Community and Environment», tesis doctoral, Clark University, 1978, p. 147.

240 MI T.2, L.III, 80.

241 Carta a Adela García, 11-3-77; MI T.2, L.III, 83.

242 Carta a Luis Ballester, 18-5-79; MI T.2, L.III, 81-82.

243 Peirats, «Una experiencia histórica...», p. 28.

244 Véase Francisco Javier Navarro, «El "perfil moral" del militante en el anarquismo español (1931-1939)», *Spagna contemporanea*, 25, 2004, pp. 39-68. Cuando, unos 50 años más tarde, a una activista que asistía al ateneo de joven le preguntaron los nombres de los organizadores, solo pudo recordar el de Peirats (entrevista de Nick Rider con Concha Pérez Collado, 13-3-83).

245 Entrevista de Nick Rider con Concha Pérez Collado, 27-2-83.

246 Peirats, «Una experiencia histórica...», p. 18; MI T.1, L.II, 62; T.2, L.IV, 117; y T.5, L.X, 16-21.

247 MI T.2, L.III, 102-107.

248 Véase Eulàlia Vega, *Entre revolució i reforma: la CNT a Catalunya (1930-1936)*, Lleida, 2004, *passim*; John Brademas, *Anarcosindicalismo y revolución en España (1930-1937)*, l'Esplugues de Llobregat, 1974, pp. 78-86; Julián Casanova, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1936-1939)*, Barcelona, 1997, pp. 61-101; Ealham, *La lucha*, pp. 153-171.

249 García Oliver, *El eco*, p. 115.

250 *La Vanguardia* y *L'Opinió*, 3 a 9-9-31; *Solidaridad Obrera*, 3, 6 y 12-9-31; *Tierra y Libertad*, 5, 12 y 19-9-31.

251 MI T.2, L.III, 82, 85.

252 *La Vanguardia*, 12 y 19-12-31.

253 Según una activista, «siempre había que esforzar un poquito» durante las huelgas (entrevista de Nick Rider con Concha Pérez Collado, 27-2-83).

254 MI T.2, L.III, 93-95.

255 *ABC*, 14 y 15-1-32.

256 MI T.2, L.III, 96-97.

257 MI T.2, L.III, 97-100.

258 Carta a Gerardo Patán, 14-6-78.

259 MI T.2, L.III, 101-2, 109-112.

260 *La Vanguardia*, 22-7-33.

261 Peirats, «Una experiencia histórica...», p. 20; carta a Domingo Canela, 31-10-85; MI T.2, L.III, 107-8; Marín, *Clandestinos*, p. 197.

262 Carta a Juan Gómez Casas, 17-9-87; Peirats, «Una experiencia histórica...», p. 23.

263 Véase Casanova, *De la calle*, pp. 102-131.

264 Jesús Giráldez, *Creyeron que éramos rebaño. La insurrección del Alto Llobregat y la deportación de anarquistas a Canarias y África durante la II República*, Málaga, 2010.

265 Carta a Juan Gómez Casas, 17-9-87.

266 Peirats, «Una experiencia histórica...», p. 20; Marín, *Clandestinos*, p. 185. Fue liberado en agosto de 1932.

267 Chris Ealham, «The crisis of organised labour: the battle for hegemony in the Barcelona workers» movement, 1930-1936», en Ángel Smith (ed.), *Red Barcelona*, Londres, 2002, pp. 88-107.

268 MI T.2, L.IV, 116.

269 José Peirats, *Glosas Anárquicas (Interpretación anarquista de la historia)*, l'Hospitalet, s.f., pp. 24-25.

270 Véase Diego Abad de Santillán y Emilio López, *El Anarquismo en el movimiento obrero*, Barcelona, 1925.

271 Peirats, *Glosas*, pp. 28-29.

272 MI T.2, L.IV, 117-118.

273 Cartas a Isidro Guardia, s. f. (¿noviembre de 1976?), Mariano Casasús, 26-12-81 y Antonia Fontanillas, 27-9-82.

274 José Peirats, «Cabezazos en el muro», *Frente Libertario*, junio de 1974.

275 Carta a Antonio Albiñana, 10-6-80.

276 Cartas a Antonio Albiñana, 10-6-80 y a Vernon Richards, 13-3-88.

277 Carta a Antonia Fontanillas, 27-9-82.

278 Véase Ángeles Barrio, *Anarquismo y anarcosindicalismo en Asturias, 1890-1936*, Madrid, 1988.

279 Citado en Peirats, *Figuras*, p. 42.

280 J. Barthe, «Antorcha en las tinieblas», *Estudios*, enero de 1933, p. 64; entrevista de Nick Rider con Concha Pérez Collado, 27-2-83.

281 Peirats, «Una experiencia histórica...», p. 25.

282 Peirats, «Cabezazos en el muro», *Frente Libertario*, junio de 1974; carta a Jacinto León-Ignacio, 26-8-84.

283 García, «José Peirats Valls», *Anthropos*, 102, pp. 15-16; *Solidaridad Obrera*, 19-9-33; MI T.2, L.III, 74.

284 MI T.2, L.IV, 113-115, 120.

285 Miró, *Una vida*, p. 273.

286 José Peirats, *Los anarquistas en la crisis política española*, Buenos Aires, 1964, p. 88.

287 MI T.2, L.IV, 114-115.

288 Peirats, *Figuras…*, pp. 77-83. Para el pleno, véase CRT de Cataluña, *Memoria del Pleno Regional de Sindicatos Únicos de Cataluña. Celebrado en Barcelona del 5 al 13 de marzo de 1933,* Barcelona, 1933.

289 *Solidaridad Obrera*, 14-3-33.

290 *Solidaridad Obrera*, 8-7-33.

291 Miguel Íñiguez, *Esbozo de una Enciclopedia histórica del anarquismo español*, Madrid, 2001, p. 393; *Sindicalismo*, 17 y 24-3, 7-4 y 16-6-33.

292 Peirats, «Secularización…», p. 12.

293 Peirats, «Una experiencia histórica...», p. 20.

294 MI T.2, L.III, 82, 84 y L.IV, 117; carta a Juan Gómez Casas 17-9-87.

295 Fidel Miró, *Cataluña, los trabajadores y el problema de las nacionalidades*, México, 1967, p. 47.

296 Peirats, «Encuesta para un proyecto de libro "Historia de la FAI"» (Archivo José Peirats, IISG, carpeta 94,); Carta a José Gutiérrez, 12-7-85.

297 Miró, *Cataluña*, p. 54.

298 Véase Osvaldo Bayer, *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*, Buenos Aires, 1970.

299 MI T.2, L.III, 84.

300 José Peirats, *España, ¿Transición o continuidad?*, Toulouse, 1973, p. 19.

301 *La Vanguardia*, 17-8-33 y 14-12-35; MI T.2, L.III, 110.

302 Entrevista de Nick Rider con Concha Pérez Collado, 27-2-83.

303 MI T.2, L.IV, 119-126.

304 Carta a José Gutiérrez, 12-7-85.

305 La llamada era «cal», a la que la réplica acordada era «cetines».

306 MI T.2, L.IV, 121-125.

307 Entrevista de Nick Rider con Concha Pérez Collado, 27-2-83.

308 MI T.2, L.IV, 120, 128.

309 Carta a Francisco Carrasquer, s.f.

310 Carta a Antonia Fontanillas, 27-9-82.

311 Entrevista de Nick Rider con Concha Pérez Collado, 27-2-83.

312 Marín, *Clandestinos*, pp. 196-201; Ealham, *La lucha*, pp. 226-227.

313 Según Helmut Rüdiger, fueron simples intentonas, mientras que «julio de 1936 fue la primera vez que la CNT supo actuar en un momento en que le era posible arrastrar tras sí a todo un pueblo, especialmente en Cataluña» (*El anarcosindicalismo en la revolución española*, Barcelona, 1938, p. 13).

314 Carta a Isidro Guardia, s.f. (¿noviembre de 1976?); véase también Miró, *Cataluña*, p. 52.

315 MI T.2, L.IV, 124, 126; Marín, *Clandestinos*, p. 173.

316 Carta a José Gutiérrez, 23-9-85.

317 MI T.2, L.IV, 136.

318 Alemany, «Entrevista», *Anthropos*, 102, p. 30.

319 MI T.2, L.IV, 128.

320 MI T.2, L.IV, 128-9; Peirats, «Una experiencia histórica...», p. 22.

CAPÍTULO 4

EL ESCRITOR REVOLUCIONARIO, 1934-1936

A sus veintitantos años, Peirats se consolidó como un escritor revolucionario y proletario, muy en la línea del concepto de Antonio Gramsci de «intelectual orgánico» proletario[321]. Tanto Peirats como Gramsci insistieron en el papel de la educación en la cimentación de una conciencia revolucionaria antihegemónica, una cultura alternativa que, para florecer, tenía que estar enraizada en la vida cotidiana. Gramsci concedía que algunos «intelectuales orgánicos» podían ser renegados de clase media, pero tenía en más alta estima a los intelectuales obreros del tipo ejemplificado por Peirats, ya que podían desempeñar un papel clave en la creación de movimientos basados en la clase, el *sine qua non* de la transformación revolucionaria. Peirats tipificaba los intelectuales del movimiento que surgían de las filas proletarias del anarcosindicalismo. Es llamativo que los intelectuales de clase media atraídos al campo libertario, como Urales y Montseny, fueran hostiles al sindicalismo y, como ya hemos visto, se encontraran cada poco tiempo a la greña con sectores clave de la CNT abrumadoramente obrera. En contraste, Peirats y los de su cuerda eran autodidactas, de origen obrero, y tenían una profunda comprensión de la condición proletaria.

Para Peirats, escribir era una lucha en sí misma. Al contrario que los propagandistas profesionales como Urales, que vivió con cierto confort gracias a sus esfuerzos editoriales, Peirats no solo tenía que superar el déficit cultural que le fue impuesto desde su nacimiento, sino que además combinaba con frecuencia la escritura con el trabajo manual. En las ocasiones en las que sus palabras eran remuneradas, recibía un salario de obrero semicualificado. A diferencia de Urales, la escritura de Peirats estaba íntimamente ligada a su activismo, y su surgimiento como periodista propagandista no marcó el final de su fase de «hombre de acción», aun

cuando era inevitable que supusiera que pasaba menos tiempo inmerso en alguna de las actividades clandestinas descritas con anterioridad.

Sus primeros escritos eran a la vez exploratorios y ambiciosos, y reflejaban la indagación de un joven que busca su sitio en el mundo y dentro del movimiento. Siguiendo su primer artículo publicado en 1928 en el *Boletín de ladrilleros*, a principios de 1930 pergeñó dos obras cortas que reflejaban su fascinación por las artes escénicas y su valor comunicativo, el inédito *Violín de Ingres* y *Revivir*, que apareció en 1932[322]. No es sorprendente que, dados los intensos debates internos del movimiento libertario en esta época, estuvieran destinados a tener prioridad sus escritos de activista, como vimos con *Glosas anárquicas*[323]. Para fines de 1933, escribiendo en su tiempo libre, Peirats era un colaborador habitual de las publicaciones más importantes del movimiento, como *Tierra y Libertad*, *La Revista Blanca*, *Acracia* y Ética. También escribía para la prensa de la CNT, incluido el influyente diario *Solidaridad Obrera*. En un intento por evadirse de la atención no deseada de la policía, la mayoría de estos artículos aparecieron con el seudónimo de «Jazmín». También utilizó con frecuencia el seudónimo «Afinidad», el nombre de su grupo de afinidad, lo que señala su disposición a sumergir su propia identidad en la de una unidad colectiva.

Los activistas mayores tomaron nota poco a poco del joven tras los seudónimos, y adquirió reputación por su prosa incisiva. Su potencial lo localizó pronto Felipe Aláiz, probablemente el escritor de más talento de los círculos anarquistas y, desde luego, uno de los mejores periodistas de su generación[324]. Nacido en Belver de Cinca (Huesca) en 1887, después de estudiar en Lleida y Huesca, a los 27 años Aláiz se convirtió en director de *La Revista de Aragón*, antes de que José Ortega y Gasset le fichara para el diario liberal *El Sol*. En Madrid, frecuentó la bohemia literaria de la ciudad, codeándose con Pío Baroja y Eugeni d'Ors. Pero la intelectualidad de la élite, con sus grupos distinguidos, su pedantería y maneras, se irritaba con su espíritu campechano y llano. Volviendo la espalda a una prometedora carrera en la prensa oficial, se trasladó a Barcelona y probó suerte en el movimiento libertario, llegando a editor de *Solidaridad Obrera*. Durante periodos en la cárcel, escribió su famosa novela *Quinet*[325]. También adquirió reputación de experto traductor, y su traducción al español de *Oil!*

de Upton Sinclair sigue reimprimiéndose. Identificado con el ala radical del movimiento, en 1930 fue director de *Tierra y Libertad*, el semanario de la FAI, antes de convertirse en editor de *Solidaridad Obrera* en octubre de 1931, tras lo cual fue encarcelado en varias ocasiones por delitos de opinión[326]. En más de una ocasión, su hermana, que era monja, le dio cobijo en su convento[327]. De mucho ingenio, bromista y chismoso empedernido, Aláiz fue uno de los pocos bohemios de la clase media atraídos por el movimiento anarquista.

Si Massoni fue el mentor de Peirats en las luchas sociales, Aláiz fue, como reconoció más tarde Peirats, su «maestro en periodismo»[328]. Separados por 21 años y su trasfondo social, sus vocaciones de escribir como una necesidad revolucionaria aseguraron que se hicieran amigos íntimos: Aláiz se refería a Peirats con afecto como «Campaneret», una referencia a su abuelo campanero en La Vall; años después Peirats reconocía que «le apreciaba como a un padre»[329]. Aláiz también fue amigo de la familia de Peirats, y los padres de José a veces le prestaban dinero al escritor, siempre sin blanca[330]. En el curso de sus largas discusiones, Aláiz le comunicaba a su protegido las pautas esenciales del periodismo y su contribución al aprendizaje de José como escritor es incalculable. Inspirado por el axioma de Aláiz de que «el periodismo quiere agilidad de pluma, amenidad porosa», Peirats descartó la prosa esotérica que se vislumbra en *Glosas anárquicas* en favor de un lenguaje más conciso[331]. De igual modo, la ironía y el humor cáustico de su mentor se convirtieron en hitos de la manera de escribir de Peirats.

Dividía su tiempo entre el trabajo intelectual y el manual, pero a Peirats cada vez le tiraba más la escritura[332]. En otoño de 1933, con toda probabilidad por sugerencia de Aláiz, Peirats fue nombrado administrador del semanario *Tierra y Libertad* de la FAI, el periódico anarquista más importante de España, con una tirada de 30.000 ejemplares[333]. Además de conseguir ver funcionar un periódico desde dentro, una gran ventaja de este trabajo no manual fue que dejaba a Peirats más descansado para escribir al final de su jornada laboral. Pero no se trató de un cambio en su carrera. Las tensas relaciones entre las autoridades y los libertarios suponían que, como

parte del equipo que dirigía el autoproclamado «órgano de la revolución social de España», Peirats tenía muchas posibilidades de acabar en la cárcel. Y en efecto, en cuestión de meses, se convirtió en uno de los anarquistas más buscados de Barcelona[334].

«Enemigo público número uno»

Con una creciente reputación como escritor y organizador, a principios de 1934 a Peirats se le confió el periódico clandestino *FAI*, lo que le convirtió en «Enemigo público número uno» a ojos de las autoridades. Esto coincidió con que la Generalitat asumió el control del orden público, de acuerdo con la programada devolución de poder de Madrid a Barcelona negociada por el primer gobierno republicano. Con un gobierno anticatalán de coalición de centro-derecha en Madrid desde las elecciones de noviembre de 1933, los ministros de la Generalitat estaban ansiosos de aparecer como defensores del orden público y desencadenaron una feroz represión de la CNT y el movimiento libertario[335]. Una campaña no menos estridente en la prensa catalana, que Peirats describió como «una histérica ofensiva tomando como chivo expiatorio a la FAI», acompañó la ofensiva judicial y policial. Los anarquistas fueron tildados de la mayor amenaza para la civilización existente en una serie de historias fantásticas, que los identificaban con el crimen organizado, la inducción a las drogas y la prostitución[336]. Otro tema de este discurso criminalizador era la identificación del anarquismo con la inmigración, señalando La Torrassa como territorio rebelde de inmigrantes y anarquistas sin ley que de hecho se había separado de Cataluña[337].

Como secretario de la FAI barcelonesa, Peirats reconoció más tarde cómo se reían los activistas del «cuento de miedo» propagado por las autoridades[338] basado en el mito de «la terrible FAI de los folletines policiacos»[339]: «¡Si supieran que éramos cuatro gatos!»[340]. En realidad, mientras esta organización clandestina lógicamente no mantenía estadísticas detalladas, según el cálculo de Peirats, en su momento más alto no había más de 30.000 miembros de la FAI en todo el Estado español, con una estimación de 3.750 en Barcelona[341]. Como las autoridades habían

amordazado a la prensa anarquista, la federación local de grupos anarquistas de Barcelona replicó a sus acusadores con *FAI*, un autoproclamado «órgano revolucionario», descrito por Peirats como un «panfleto de combate»[342]. Aláiz, que ya estaba implicado en *FAI*, reclutó a Peirats, haciendo equipo con él y el otro principal contribuyente, Jaume Balius, que tenía un largo currículum insurreccional de su época de nacionalista catalán radical durante la dictadura de Primo de Rivera, cuando le encarcelaron por su participación en un intento de asesinato de Alfonso XIII[343]. Con el nacimiento de la República, lo arrastró el poder combativo del movimiento libertario[344].

Mientras *FAI* arrancaba como un proyecto colectivo, a partir de más o menos abril de 1934, con el aumento del tempo de la represión el periódico pasó a ser trabajo efectivo solo de Peirats. Esta fue una medida de seguridad para estrechar el círculo de información que rodeaba a *FAI*: cada vez que a los activistas que repartían el periódico los detenía la policía, los sometían a palizas y torturas, aunque fueran incapaces de dar ningún nombre implicado en la producción del periódico[345]. Tal era el secreto que rodeaba a *FAI* que incluso los compañeros más cercanos a Peirats ignoraban que él estaba detrás del periódico. Los días en que iba a la imprenta, en lugar de arriesgarse a ser detenido en las calles, Peirats viajaba en taxi a una imprenta en el centro de Barcelona para recoger las pruebas compuestas antes de tomar otro taxi a otra imprenta a una distancia de un kilómetro. Una vez impreso, cogía otro taxi y se reunía con dos contactos responsables de distribuir el periódico[346].

En cuanto a su contenido, *FAI* era virulento e intransigente. Con el movimiento anarquista en guerra abierta con las autoridades, Peirats daba rienda suelta a sus sentimientos antirrepublicanos y su indignación por los estereotipos racistas de la Generalitat[347]. El tono se establecía en la «Introducción» del primer número de *FAI*, que explicaba cómo, estando el resto de la prensa anarquista prohibido, había surgido el nuevo periódico:

> […] por la puerta trasera, para burlar el acecho de la gente de orden. El régimen policíaco así lo quiere. Estamos bajo el dominio de la estaca y de la goma. Todos los derechos civiles han sido borrados por los sátrapas del nacionalismo pequeño-burgués. Los derechos mínimos de una Constitución han sido eliminados… Somos de los que reaccionamos. El anarquismo se había

> marcado una ruta en la propaganda de sus ideas, la crítica de todos los sistemas autoritarios y la negación del Estado… no teniendo más censor que nuestra conciencia[348].

Cuando los esfuerzos oficiales por silenciar a *FAI* se hicieron más frenéticos, Peirats se vio obligado a tomar más precauciones, y a veces se quedaba con una tía suya en el campo fuera de Barcelona. Cuando se amplió la red policiaca, a Peirats acabó arrestándolo y fichándolo la policía catalana en el verano de 1934; afortunadamente para él, no pudieron identificarlo ni como secretario de la FAI barcelonesa ni como la fuerza impulsora tras *FAI*. Fue detenido con Canela, su amigo de Afinidad, entonces secretario del comité regional de Cataluña de la FAI, de camino a una reunión clandestina de las JJ. LL. Celebrados por lo general en las montañas fuera de Barcelona, los detalles de estos encuentros se transmitían en el último momento para eludir a la policía[349]. En esta ocasión, la policía había detenido a un activista que, después de una severa paliza, confesó detalles de la reunión.

Antes de que Peirats y Canela fueran llevados a interrogatorio con unos 100 activistas de las JJ. LL., se las arreglaron para deshacerse de materiales incriminatorios, y Peirats se comió una nota que confirmaba su posición dentro de la FAI. Al llegar a la comisaría, les amenazó la policía. Su malestar aumentó después de que Canela le pidiera a su compañera que le llevara algún material de lectura para ayudarle a pasar el tiempo. Sin darse cuenta, de entre todos los libros de casa ella escogió uno que contenía una carta relativa al suministro de armas desde Francia. Increíblemente los guardias no registraron el libro, lo que permitió a Canela y Peirats comerse la prueba incriminatoria. A Peirats le soltaron al día siguiente, pero Canela y otros activistas con ficha policial fueron encarcelados como «presos gubernativos», una forma de detención extrajudicial común durante la monarquía y que las autoridades republicanas conservaron alegremente[350].

El tiempo de Peirats en la FAI estaba llegando a su fin. Afinidad, y Peirats en particular, estaban cada vez más incómodos con los déficits democráticos de la organización anarquista. Eran críticos sobre todo con el culto a los grupos dirigentes, como Nosotros, que disfrutaban de considerable prestigio debido al largo recorrido de sus miembros como

defensores armados del movimiento. Otra de las preocupaciones de Afinidad era lo que consideraba como la imposición de control burocrático dentro de lo que había sido concebido como una organización anarquista democrática. Esto coincidió con el surgimiento de los grupos de afinidad Z y Nervio, agrupados en torno a Miró[351] y Abad de Santillán, respectivamente[352]. Nacidos en España, Miró y Abad de Santillán habían velado sus armas como militantes en Cuba y Argentina y habían llegado en fecha reciente al movimiento de Barcelona tras la propagación de las dictaduras de los años veinte y treinta en el Caribe y Sudamérica. Si a algunos activistas de Barcelona les molestaban los recién llegados por motivos personales, en el caso de Peirats esto era sin duda secundario con respecto a las preocupaciones ideológico-estratégicas por el hecho de que Z y Nervio estaban tomando el control de la FAI e imponiendo lo que creían era su marca de «anarquismo disciplinario», que incluía la votación por mayoría de decisiones que obligarían a todos los *faístas*. Para Afinidad esto era contrario a las tradiciones de la FAI y a los «los principios que informan al anarquismo». Mientras que sería deseable alcanzar acuerdos por mayoría dentro de organizaciones de masas como la CNT, Afinidad temía que, en una organización anarquista pequeña como la FAI esto provocara el peligro de «contrasentidos autoritarios». En una reunión convocada para discutir este tema hacia finales de 1934, Peirats fue acusado de «infantilismo» y chocó con violencia con Abad de Santillán. Cuando Peirats informó al resto de Afinidad, dejaron la FAI, y José también dimitió de su puesto de secretario de la FAI barcelonesa[353]. Se podría aducir críticamente que al salir de la FAI, Afinidad de hecho entregó la victoria a sus adversarios. Sin embargo, la dimisión como acto de protesta tenía un largo recorrido en el movimiento libertario y Peirats encontró pronto un nuevo frente de lucha.

Su «edad de oro» en Solidaridad Obrera

En agosto de 1934 Peirats entró en *Solidaridad Obrera*, el periódico diario buque insignia de la CNT catalana, entonces bajo la dirección editorial de Manuel Villar, otro de los militantes hispanoargentinos. Aláiz selló la

llegada de Peirats, proponiéndoselo a otros miembros del consejo editor y descartando la preocupación de José de que a los 26 años no estaba preparado para trabajar en el periódico más importante del movimiento. En «la *Soli*» (así llamaban los activistas al periodico) Peirats completó su «aprendizaje» como periodista y hacia el final de su vida consideraba retrospectivamente esta experiencia como su «Edad de Oro… uno de los hitos más gloriosos de mi vida humana e intelectual»[354].

Como símbolo de la escasez de recursos de la CNT en la época, solo había una máquina de escribir en la Redacción y Peirats, como Aláiz, preparaban las copias a mano. Gran parte del tiempo en la Redacción, Peirats lo pasaba corrigiendo las numerosas notas y convocatorias que llegaban al periódico, que daban noticia de la miríada de actividades del sindicato[355]. La escritura de José ahora florecía y reflejaba su amplia gama de preocupaciones culturales, sociales, filosóficas y políticas. Por ejemplo, durante este periodo publicó su segundo panfleto, *Para una nueva concepción del arte. Lo que podría ser un cinema social* [356], centrado en el «cine social». Este estudio fue un encargo para *La Revista Blanca* y reflejaba su permanente interés por la comunicación cultural[357].

Como muchos de su generación, Peirats era un ávido aficionado al cine y devoraba artículos de revistas y periódicos sobre el tema. Revelando una sensibilidad que era a la vez urbana y cosmopolita, le fascinaba el potencial de este nuevo género y cómo había triunfado sobre el teatro. Sus observaciones sobre el género estaban muy en desacuerdo con la percepción del anarquismo como una forma atávica de «rebelión primitiva». Le cautivó sobre todo la película ganadora de un Óscar en 1933 *Eskimo* [358]. Dirigida por Woody Van Dyke, la película, que catapultó al actor iñupiaq Ray Mala al estrellato internacional, representaba la lucha de un hombre por su lugar en el mundo frente a la incursión del Estado y los blancos en una comunidad indígena aislada de Alaska[359].

Revelando un estilo de escritura más maduro, *Para una nueva concepción del arte* tenía el propósito explícito de demostrar los esfuerzos de la Sección de operadores cinematográficos del Sindicato único de Espectáculos de la CNT por promover el cine social como contrapunto al

«código moral» de Hollywood y las «tendencias beligerantes» del cine alemán[360]. Empezando con un análisis del crecimiento de la industria cinematográfica, Peirats revelaba un conocimiento íntimo del alcance de este nuevo medio, antes de seguir considerando la importación de aspectos más técnicos, como el «realismo de las imágenes y la conquista del espacio» y procesos técnicos en sonido y tecnicolor. Criticaba después el código moral del cine comercial y su desarrollo en Hollywood, la Italia fascista, la Alemania nazi y la Rusia de Stalin. Por último, consideraba «lo que podría ser un cinema social» arraigado en «la metodología pedagógica» y la «cruzada contra el opio embrutecedor de la producción «standard»[361].

La carrera de escritor de Peirats casi se truncó el 6 de octubre de 1934. Tras las elecciones de noviembre de 1933, la católica y autoritaria CEDA se había convertido en el partido más grande del Parlamento. Aunque no tenía representación directa en el consejo de ministros, la CEDA tenía suficiente poder parlamentario para influir sobre el gobierno de centro-derecha de Alejandro Lerroux, tanto para congelar como para revocar las reformas de los primeros dos años republicanos. Para principios de octubre, el líder de la CEDA José María Gil Robles, que muchos izquierdistas percibían como el sepulturero de la República, estaba forzando que su partido entrara en el gobierno. Los liberales y la izquierda temían que la CEDA estuviera a punto de destruir la República desde dentro, como había ocurrido con la República de Weimar en Alemania un año antes, con la llegada de Hitler al poder. Preocupados por que la CEDA revocara la autonomía catalana, los partidos gobernantes de la Generalitat planearon rebelarse contra el Gobierno central[362]. Como hemos visto, antes de la crisis, las relaciones entre los dos grandes poderes en Cataluña, la CNT y la Generalitat, estaban muy deterioradas. Dolida por la represión que había recibido del estado local, la CNT catalana permaneció ajena a una huelga general organizada en apoyo de la Generalitat[363]. La tarde de la protesta, la Generalitat despachó policía paramilitar a cerrar la oficina de la *Soli* y silenciar la principal voz de la CNT catalana. Esperando este movimiento, a Peirats, el menos conocido por la policía del equipo editorial, se le había confiado la tarea de permanecer en el despacho. Cuando llegó la policía, no logró convencerles de que era el pinche que hacía los recados de los periodistas y se le mantuvo

a punta de pistola mientras la oficina era registrada. En el curso de este registro, a un policía nervioso se le disparó accidentalmente el rifle y casi le voló la cabeza a Peirats[364].

Los militares españoles reprimieron pronto la protesta de la Generalitat y sus partidarios civiles. Sin embargo, las postrimerías de los acontecimientos de octubre de 1934 sacudieron a la CNT catalana. Cuando el ejército tomó el control de Barcelona, Ascaso, uno de los insurreccionistas de Nosotros, dio el paso sin precedentes de hablar por la radio militar para ordenar el fin de la huelga general en Cataluña, aun cuando no la había convocado la CNT[365]. Este gesto pareció tanto más traicionero cuanto que, precisamente en ese mismo momento, la CNT asturiana estaba resistiendo a los militares en lo que fue la mayor explosión revolucionaria de Europa desde la Comuna de París en 1871[366].

Los acontecimientos de Asturias reflejaban la influencia de Valeriano Orobón Fernández, joven políglota, traductor y teórico anarquista muy perspicaz, que abrazó el antifascismo insurreccional de la Alianza Obrera Revolucionaria, una coalición de la izquierda (anarquistas, anarco-sindicalistas, socialistas y comunistas disidentes y oficiales)[367]. Esta postura no sectaria resaltó en agudo contraste con el insurreccionismo exclusivista de los radicales de Barcelona[368]. Encarcelado en marzo de 1934, Orobón Fernández contrajo la tuberculosis y murió en Madrid a principios de 1936, con solo 31 años. Al acaecer en un momento crucial de la historia del movimiento libertario, su muerte fue una trágica pérdida y Peirats sintió una admiración permanente por alguien a quien describió como «el anarcosindicalista más completo en todos los terrenos»[369].

La «comuna asturiana», que resistió a las autoridades dos semanas, entró en los anales de la historia revolucionaria española hasta su brutal represión por la Legión española bajo el mando del general Franco. Después de octubre, los activistas asturianos se sintieron traicionados por la CNT catalana y la mentalidad de «nosaltres sols». La creciente curva represiva golpeó a la CNT y a todos los demás grupos de izquierdas con gran dureza. Pero en Barcelona, mientras que algunos del equipo editorial de *Solidaridad Obrera* fueron encarcelados, como la CNT catalana fue una mera

espectadora durante el movimiento de octubre, la *Soli* siguió apareciendo y las autoridades la dejaron relativamente tranquila.

Cuando sus compañeros decidieron que Peirats era «virgen» en lo que se refiere a la cárcel, fue elegido director legal del periódico, el director de paja, lo cual quería decir que cada vez que había un problema judicial se enfrentaba a la amenaza de cárcel, dejando que el verdadero director continuara con el trabajo. Aceptó el apaño con estoicismo, a la vez que se enfrentaba a más de 30 procesos por artículos que de hecho él no había escrito[370]. También empezó a escribir algunos de los editoriales. Con el resto de la prensa de izquierdas prohibida, el que la *Soli* siguiera apareciendo se convirtió en un motivo de vergüenza. Para resolver este dilema, Peirats publicó un editorial, «¡Abajo la pena de muerte!», en el que condenaba las ejecuciones y consejos de guerra contra los revolucionarios asturianos. El periódico fue prohibido en el acto, y José volvió a trabajar de ladrillero[371].

Tras su reaparición en 1935, Peirats volvió a la *Soli*, trabajando de reportero ambulante, viajando por Cataluña de una manera cada vez más quijotesca, cubriendo conflictos en fábricas y campos o reuniones de la CNT. También informaba de juicios en los tribunales que implicaran a piquetes y activistas cenetistas. Con sus tradicionales alpargatas proletarias de suela de esparto, constituía una figura idiosincrásica al lado de los periodistas «profesionales» de la prensa oficial, y su indumentaria provocaba periódicamente comentarios adversos de los jueces[372]. En al menos una ocasión le alabó un juez por su reportaje sobre asuntos judiciales. Durante un largo juicio relativo a los sucesos de octubre de 1934, no era infrecuente que los periodistas dieran cabezadas en la cabina de prensa. Según Peirats, solo él y otro reportero del republicano de izquierdas *La Humanitat* cubrieron los acontecimientos con diligencia. Una mañana, el fiscal se acercó a la cabina de la prensa con una copia de la *Soli* y dio una breve «lección» a los demás periodistas: «Aprendan ustedes de la *Soli,* señores periodistas. Estas son informaciones y no los infundios que estampan ustedes»[373].

Durante esos meses un curioso incidente reveló cómo Peirats era percibido como un mediador honesto dentro del movimiento, incluso por

aquellos con los que había chocado por motivos ideológicos y estratégicos. Las circunstancias provocaron un movimiento de censura lanzado por los tranviarios de la CNT contra Durruti. Esto ocurrió después de que Durruti, en prisión, hubiera presionado a los tranviarios de Barcelona para que volvieran al trabajo tras una huelga particularmente amarga y violenta. Había cierto grado de interés por parte de Durruti, ya que sentía que la continuación de la huelga estaba impidiendo la liberación de presos gubernativos, de los cuales él era uno[374]. En noviembre de 1935 el sindicato del transporte organizó una reunión de militantes para «juzgar» a Durruti. Como acusado, tenía derecho a elegir a un tercer partido para presidir el juicio, y a pesar de su historia y del conflicto sobre la táctica insurreccionista, Durruti, de manera reveladora, escogió a Peirats, evidentemente confiando en su integridad e imparcialidad[375].

Antifascismo, Frente Popular y disidencia

Después de octubre de 1934, la contrarreforma del Gobierno central con ministros cedistas cobró impulso y las libertades civiles se vieron erosionadas. Con la amenaza del autoritarismo de derechas cada vez más presente, tanto a nivel internacional como doméstico, se abrió un debate dentro del movimiento libertario sobre cómo resistir mejor al fascismo[376]. Fue inevitable que el contraste de los acontecimientos de Asturias y Cataluña en octubre de 1934 alimentara esta polémica, y que el antifascismo revolucionario a la asturiana se incorporara al existente desasosiego sobre la senda revolucionaria recorrida durante 1932-1933. No es sorprendente que Peirats denunciara el maximalismo de los radicales y su certeza de mentalidad vanguardista de que ellos solos podían hacer la revolución. Varios grupos de afinidad dejaron la FAI en protesta por las maquinaciones de Nosotros y su lamentable «gimnasia revolucionaria»[377].

Sin embargo, más que seguir el modelo asturiano, a medida que avanzaba 1935 la corriente dominante dentro de la CNT favoreció una postura moderada y la vuelta de la política de izquierdas al poder como una manera de bloquear el avance del fascismo. Con las elecciones generales

anunciadas para febrero de 1936, existía una conciencia creciente en el conjunto de la izquierda de que una victoria de derechas llevaría probablemente a España por el camino de Alemania, donde los nazis habían instaurado una dictadura tras su triunfo electoral de enero de 1933. De igual modo, la política represiva del Gobierno de centro-derecha convenció a muchos cenetistas de lo deseable de un nuevo clima legal que permitiera reorganizar abiertamente las estructuras sindicales tras el maltrato recibido durante el «ciclo de insurrecciones» de 1932-1933. En especial, los que habían apoyado con mayor energía la línea maximalista anterior, de manera muy notable Urales, Durruti y García Oliver, ahora se embarcaron en un giro de 180º y respaldaban la coalición electoral de Frente Popular de republicanos, socialistas y comunistas, que era, a casi todos los efectos e intenciones, una recuperación de la coalición republicano-socialista de 1931[378]. Es especialmente llamativa la moderación de figuras míticas como Durruti, con frecuencia identificado con las posturas más radicales dentro el movimiento.

Este viraje hizo que Peirats adoptara una nueva posición disidente. En el pleno de la CNT catalana celebrado a finales de enero de 1936 para definir la postura del movimiento ante las elecciones de febrero, a pesar de la palabrería apolítica, se acordó permitir de manera efectiva que los cenetistas de base pudieran votar a los candidatos del Frente Popular[379]. En respuesta, Peirats dimitió de *Solidaridad Obrera* a principios de febrero[380]. Sin dejar de darse cuenta del crítico contexto político, se oponía a «la ley del péndulo… la táctica de tira y afloja que la CNT venía practicando, según el humor y las circunstancias»[381]. El punto de inflexión fue un choque con Villar, el editor de la *Soli* [382]. Sería una tergiversación reducir el conflicto a personalismos o a una lucha de egos. La predominancia de los hispanoamericanos como Villar, Abad de Santillán y Miró coincidió con una tendencia burocrática creciente dentro del movimiento libertario. Meses antes de la dimisión de Peirats, su compañero Carbó dejó Solidaridad Obrera después de que Abad de Santillán fuera impuesto en el periódico como editor interino durante una detención de Villar. Esto dejó a Abad de Santillán, al menos temporalmente, como editor de tres publicaciones anarquistas y provocó que Carbó denunciara el «caciquismo argentino». En

el caso de Peirats, no solo era hostil al frentepopulismo de Villar, sino también a su control autoritario del periódico, que le parecía que reflejaba la misma tendencia burocrática que había visto desarrollarse antes dentro de la FAI. Con el giro «político» a favor del Frente Popular, estas tendencias burocráticas aumentaron, sin duda para bloquear la disidencia de las bases, lo cual quizá explica por qué García Oliver, junto con otros militantes catalanes de importancia, aparentemente se opusieron a la marcha de Peirats de la *Soli*, temiendo que fuera de casa hiciera crecer la oposición al frentepopulismo cenetista[383].

Estas preocupaciones estaban bien fundadas. Aunque Peirats volvió a fabricar ladrillos, siguió colaborando con el semanario de Carbó, *Más Lejos*, que se oponía diametralmente al colaboracionismo político y los bandazos cambiantes del grupo Nosotros. Se le unió Balius, otro disidente con el que había colaborado con anterioridad en *FAI*. Como Peirats explicó más tarde, *Más Lejos* defendía:

> […] la revolución como un fenómeno condicionado por la participación del pueblo… Encauzar una revolución no representaba imponer nuestro derecho de propiedad sobre ella. Y aquella no podía fabricarse por minorías audaces, en frío y a plazo fijo [384].

Desde las páginas de *Más Lejos* Peirats fustigó el frentepopulismo anarquista y ahondó su desavenencia con García Oliver cuando le tildó de «bolchevizante»[385].

A causa de la inestabilidad de la industria de la construcción, Peirats se encontró en el paro en la primavera de 1936. Cuando Abad de Santillán se topó con Peirats en esta época observó que «por su aspecto era probable que no comiese todos los días» y por tanto le ofreció un puesto en la redacción de *Tierra y Libertad*. Aunque en quiebra, Peirats rechazó la invitación por principios una postura que ejerció una impresión memorable sobre Abad de Santillán: «Me inspiró desde entonces mucho respeto y no poca admiración, pues una integridad de esa naturaleza no es un patrimonio demasiado común»[386].

Con pocas perspectivas de trabajo y sintiéndose en profundo desacuerdo con el movimiento libertario, el incansable Peirats decidió marcharse al sur de Castellón para trabajar en la cosecha de la naranja. Sin dinero para el

billete, se embarcó en una aventura quijotesca: como muchos trabajadores en paro, adquirió un «billete de *topes*», abordando de manera clandestina un tren de mercancías y viajando gratis[387]. A medida que viajaba hacia el sur, le sorprendía la visión de discapacitados y mendigos sin empleo en las estaciones de tren: «No había sospechado que cosa igual existiera en España y también en el mundo. Era la Corte de los milagros de Victor Hugo»[388]. Fue un viaje peligroso. Si los descubrían, los *topes* se veían sometidos a los guardias de seguridad privados y la policía, que aplicaban enseguida la temida Ley de vagos y maleantes a los viajeros parados que no pagaban. Para que no le detectaran, Peirats pasaba parte del viaje agarrado a cables por debajo de un tren expreso, colgado justo encima de los rieles. Más tarde en el viaje, encontró un vagón vacío, que compartió con otros *topes* [389].

Mientras estaba parado en una estación, le detuvo la policía y le acusó de vagancia. La República estaba siendo testigo de una creciente ofensiva judicial contra los desempleados. En 1933, el Gobierno republicano-socialista aprobó la Ley de vagos y maleantes, que permitía el encarcelamiento de trabajadores en paro, sobre todo de los indocumentados, que en general no podían permitirse el lujo de mantener sus papeles al día[390]. Por suerte para José, después de estar detenido dos días por «sospecha», fue liberado por no estar fichado como «vago» y poder atestiguar su identidad. Acabó por llegar a Castellón, con solo una peseta y «hecho un cerdo… Mi enorme mata de pelo rizado, de rubio era ahora negro, a causa de la granizada de carbón». Decidió ir al centro de la CNT local para pedir solidaridad, solo para ser confundido con un mendigo y expulsado sin contemplaciones. Después de robar algo de comida, volvió a dormir a un tren, solo para volver a ser detenido como «sospechoso». Permaneció en una celda sin comida durante 48 horas, la policía acabó soltándolo con un plazo de 90 minutos para abandonar la ciudad. Hambriento, se dirigió a un ateneo libertario para explicar su situación y pedir ayuda. A pesar de encontrar una copia de su panfleto *Glosas anárquicas,* no pudo convencer a nadie de que no era un estafador y le echaron. Sucio y abatido, saltó a un tren de mercancías rumbo a Barcelona. Temeroso de que le detuviera la policía en la estación, tomó la drástica

decisión de saltar de un tren en marcha y caminar hasta su casa en Collblanc[391].

El Congreso Confederal de Zaragoza, mayo de 1936

La vuelta de José coincidió con la preparación del congreso nacional de la CNT en mayo de 1936 en Zaragoza, el último de estos encuentros antes de la Guerra Civil. En l'Hospitalet, la CNT local organizaba una serie de reuniones para decidir su postura y elegir tres delegados para el congreso. Fue elegido Peirats, junto con Josep Xena y Manuel Collado. Los delegados partieron a Zaragoza en medio de un ambiente carnavalesco en un tren especial alquilado por la CNT catalana, y llegaron a la capital aragonesa junto con legiones de activistas de todo el Estado español, «una verdadera invasión rojinegra»[392].

Las actuaciones del congreso de mayo se han analizado mucho, estando entre las cuestiones más importantes la vuelta de los moderados al redil confederal, el análisis del «ciclo de insurrecciones» y el giro político de 1936[393]. A la vez que Peirats representaba el ala radical del movimiento, era crítico con el proyecto esencialmente agrario de Isaac Puente de una futura sociedad anarquista, aprobado en el congreso como «el concepto confederal del comunismo libertario»[394]. Ello reflejaba el activismo esencialmente urbano de Peirats y su opinión de que la propuesta de Puente estaba fuera de sintonía con respecto al desarrollo histórico de España. Años más tarde se refirió en tono de burla a esta resolución como «el programa ciencia-ficción del comunismo libertario»[395].

Los miembros de Nosotros fueron motivo de duras críticas en el congreso. A pesar de una evidente división dentro de la delegación de l'Hospitalet entre Peirats y Collado, por una parte, y Xena, que defendía la línea de la FAI, los tres dieron su apoyo a la crítica de Peirats contra Nosotros y su cambio del febril insurreccionismo al frío colaboracionismo político. Esta postura no fue única. Otros delegados radicales, como el que representaba al Puerto de Sagunto, señaló a Durruti como representante de la nueva línea colaboracionista y denunció «sus pasos agigantados hacia el

más castrador y enervante reformismo». Mientras tanto, los delegados asturianos atacaron a Ascaso, que fue llamado a la tarea de acabar con la huelga general de Cataluña de 1934 mientras la lucha aún estaba muy viva en el norte. Ascaso quedó política y moralmente debilitado. Solo con su muerte, dos meses más tarde, mientras luchaba para acabar con el golpe militar en Barcelona, resucitó el mito heroico de Ascaso[396].

El revolucionario: el golpe militar y la revolución desde abajo

Después del congreso, Peirats volvió a hacer ladrillos, lo cual combinaba con sus actividades en la CNT y en el ateneo de La Torrassa. También descubrió que tenía mucha demanda como orador. A finales de mayo se dirigió a un mitin anarquista junto a estrellas del movimiento como Montseny, Urales y Max Nettlau, el activista alemán historiador del movimiento anarquista internacional. Mientras tanto, no había abandonado su vocación de escritor revolucionario; se inscribió en el instituto Lebrun de Barcelona para perfeccionar su conocimiento del sistema francés de taquigrafía Duployé. El sábado 18, como la mayoría de los sábados, acabó un turno de madrugada en la *bòbila* asistiendo a una clase de taquigrafía[397]. Poco podía saber que había hecho su último ladrillo.

Hacia mediodía, un amigo entró en su clase para informarle del golpe militar en Marruecos. Desde la victoria electoral del Frente Popular en febrero, la mayoría de los partidos de derechas habían abandonado la esperanza de conquistar la república por medios legales, y prestaban su fuerza a una trama golpista de conservadores militares extremistas y criptofascistas. El golpe se hizo realidad el 17 de julio en Marruecos. La CNT había hecho planes de emergencia para contrarrestar el golpe, y ahora ordenaba una movilización general de sus activistas. Peirats salió para el ateneo de La Torrassa, parando en casa para coger la pistola, solo para enterarse de que su hermana ya se la había dado a un primo cenetista. Cuando llegó al ateneo la mayoría de los demás miembros de Afinidad ya estaba allí con todas las armas que habían podido reunir. Les acompañaban jóvenes del barrio. En una desesperada necesidad de armas, Peirats y el

resto irrumpieron en mansiones cercanas con la esperanza de incrementar su arsenal, de camino a la Sociedad Coral El Universo, lugar de las producciones teatrales del ateneo. Allí Afinidad estableció su «cuartel general» el 18 de julio y esperó, en medio de una gran tensión[398].

En la mañana del 19 de julio, Barcelona se despertó con las sirenas de las fábricas, una señal concertada para que los trabajadores tomaran las calles para enfrentarse al golpe[399]. Las masas de la CNT tenían armas limitadas a su disposición. El presidente de la Generalitat, Lluís Companys, había rechazado las exigencias de los líderes anarquistas de armas para hacer frente al golpe. Sin embargo, a medida que avanzaba el día, los activistas de CNT y FAI consiguieron enfrentarse con éxito a los rebeldes en la lucha callejera y consiguieron cada vez más armas, las cuales fueron repartidas a los militantes de base, que constituyeron milicias obreras. Estas milicias, combinadas con destacamentos leales de las fuerzas de seguridad republicanas, anularon de manera efectiva la rebelión en la capital catalana.

En l'Hospitalet, las masas anarcosindicalistas representaban la gran mayoría de los que estaban en las calles. Peirats estaba en la primera línea de la contramovilización de los trabajadores, coordinando actividades y construyendo barricadas. Alertados por las sirenas, Peirats y sus compañeros —«un grupo de jóvenes mal armados, entre los cuales destacaban algunas mujeres»— convergieron en dos de las principales arterias que llevan al centro de Barcelona, donde tenían la intención de enfrentarse a las tropas del cuartel de Pedralbes, en la frontera entre l'Hospitalet y Barcelona. Con solo «nuestras tristes pistolitas y unos rifles oxidados» a su disposición, Peirats sabía que lo único que podían hacer sus compañeros y él era «hostilizar a la tropa con el fuego ingenuo». Después de una espera ansiosa, recibieron noticias de que la mayor parte de las tropas de guarnición en Pedralbes ya habían pasado a Barcelona, tras lo cual los revolucionarios construyeron una barricada enfrentada a la ciudad para el caso de que volvieran. La llegada de compañeros con rifles ayudó a aliviar sus nervios. Esa tarde, Peirats se dio una vuelta por el barrio. Predominaba la calma relativa, aunque unos jóvenes habían incendiado una iglesia. Cuando llegó a Sants vio muestras de feroces luchas callejeras,

intestinos colgando de los cables del tranvía y carne pegada a las paredes[400].

Por la mañana del 20 de julio, después de dos noches sin dormir, y con el golpe derrotado de hecho en Barcelona, Peirats y otros miembros de Afinidad formaban parte de una multitud pobremente armada que se reunió para asaltar el cuartel de Pedralbes. Antes de su ataque, y quizá como resultado de su preparación, varios soldados sin armas desertaron del cuartel e informaron a los revolucionarios de que la tropa dentro de ellos estaba «desorientada» y sin intenciones de resistir. Los insurgentes se apoderaron del cuartel y de su principal premio: la armería. Peirats fue uno de los primeros en entrar. Fue un momento jubiloso para él sentir que la autoridad del viejo Estado era barrida a un lado: «Éramos dueños del cuartel». Los revolucionarios se apoderaron de rifles, pistolas, morteros, granadas, cascos y ametralladoras, que fueron transportados en camiones y coches requisados a La Torrassa y la vecina Sants[401].

Peirats estaba entusiasmado: «En psicología colectiva suceden cosas extraordinarias. El individuo se siente anulado. El nuevo ser es la masa». Los trabajadores estaban reconquistando espacio: el cuartel de Pedralbes, de unas 5,31 hectáreas, se había construido durante la República en lo que había sido una zona pública arbolada adonde las familias iban a hacer paellas. Para José se trataba de su «refugio favorito», al que iba en busca de soledad y para leer. Observó cómo se construía el cuartel, «desde el primer golpe de pico», antes de que la zona circundante fuera declarada prohibida debido a motivos de seguridad para «la arquitectura castrense»[402].

Los revolucionarios rebautizaron entonces el cuartel como «Cuartel Bakunin». Aunque Peirats perdió amigos y compañeros durante la lucha callejera del 19 y el 20 de julio, se trataba de la materia de sus sueños: las masas trabajadoras habían resquebrajado los bastiones del poder del Estado y el pueblo se había armado de una nueva confianza creativa en que eran los agentes de su propia historia. Como reflejó décadas más tarde:

> […] una tal ocasión no se ofrece sino de siglo en siglo. No se puede describir la alegría de un pueblo al sentirse soberano. Y ver al terrible enemigo a nuestros pies vencido... Aquí tenían carta de ciudadanía todas las iniciativas. Los más contenidos deseos encontraban libre cauce[403].

Aunque el golpe había sido derrotado, había fracturado el poder del Estado. Con unos 50.000 activistas armados, el Estado había perdido su monopolio del poder coercitivo. Surgieron en el acto nuevas estructuras de poder popular. Los ladrillos, que Peirats y miles de insurgentes revolucionarios anónimos habían puesto uno sobre otro para crear barricadas, ahora constituían la base de comités revolucionarios populares. A medida que los trabajadores armados que controlaban las diversas barricadas se comunicaban entre sí a través de la zona metropolitana de Barcelona, se estableció una Federación de Barricadas, el primer y único cuerpo revolucionario que se formó después del alzamiento, que reflejaba las federaciones de distrito del París de la Comuna. Uno de los primeros actos de la Federación de Barricadas fue crear un comité de guerra en el «Cuartel Bakunin», que estableció las primeras milicias obreras, la encarnación armada del poder revolucionario, formado para reconquistar territorio aún controlado por los rebeldes militares. Simultánea, y espontáneamente, los comités revolucionarios locales asumieron la responsabilidad de la distribución de comida y suministros a los vecindarios de clase trabajadora[404].

Peirats estaba inmerso en la revolución en La Torrassa, donde el ateneo que con anterioridad había traído cultura a los desposeídos ahora servía de foro de la democracia popular comunitaria[405]. En sus memorias, relata los frenéticos primeros días de la revolución. En una de las reuniones iniciales del Comité revolucionario de l'Hospitalet, un orador invocó el aforismo de Kropotkin «si hay hambre el día después de una revolución, entonces la revolución ha fracasado»; enseguida se estableció un Comité de abastos en un almacén colectivizado donde se distribuyó entre la comunidad la comida incautada de las tiendas[406]. Se trataba de tomar decisiones locales a través de estructuras autogestionadas, autodeterminación popular, conformada por las necesidades específicas de la comunidad local. Estimulado por el entusiasmo revolucionario, el sueño era ahora un lujo innecesario: Peirats, como otros militantes, asistía a una sucesión de asambleas populares y reuniones del Comité revolucionario de día; de noche, hacía pan antes de unirse a las patrullas de trabajadores armados por las calles. Para Peirats,

era la culminación de la obra de su vida, los primeros pasos de tanteo hacia la creación de una sociedad alternativa.

Pero en los pasillos del poder ya se estaban poniendo límites a la revolución. El 20 de julio, con la lucha en las calles acabada y el golpe derrotado en toda Cataluña, el presidente Companys invitó a los líderes de la CNT-FAI a una reunión histórica en la Generalitat. Político experto, y muy consciente del equilibrio de fuerzas revolucionario en las calles, Companys pronunció un emotivo discurso en el que alababa a los anarquistas por su triunfo sobre los militares:

> Hoy sois los dueños de la ciudad y de Cataluña… Habéis vencido y todo está en vuestro poder; si no me necesitáis o no me queréis como presidente de Cataluña… yo pasaré a ser un soldado más en la lucha contra el fascismo. Si, por el contrario, creéis que en este puesto, que sólo muerto hubiese dejado ante el fascismo triunfante, puedo, con los hombres de mi partido, mi nombre y mi prestigio, ser útil en esta lucha, que si bien termina hoy en la ciudad, no sabemos cuándo y cómo terminará en el resto de España, podéis contar conmigo y con mi lealtad de hombre y de político[407].

De esta manera, Companys ofreció a los líderes de la CNT-FAI que continuaran con su apoyo al frente popular, aunque bajo nuevas circunstancias, proponiendo la creación de un Comité Central de Milícies Antifeixistes (CCMA), un organismo nuevo compuesto de grupos políticos y sindicales antifascistas, encargado de organizar la lucha para recuperar aquellas zonas donde la sublevación militar había triunfado[408].

Confiando en la impotencia de Companys y del orden republicano, los líderes anarquistas optaron sencillamente por ignorar lo que quedaba del viejo estado y aceptaron la «colaboración democrática» con las demás fuerzas antifascistas por el bien de la unidad en la guerra contra el fascismo. Por consiguiente, el 21 de julio, quedó establecido el CCMA interclasista[409]. En apariencia se trataba de un organismo revolucionario, pero en esencia era más bien un Gobierno y Ministerio de Guerra bajo el control de los sindicatos. Para los partidarios de la República, por el contrario, la creación del CCMA suponía una pausa en el camino del cambio revolucionario, pues con este quedó preservada la legalidad del Estado republicano burgués y, como veremos más adelante, los republicanos lograron predominar sobre los líderes de la CNT-FAI, con

menos experiencia política. A medida que el fugaz «corto verano de anarquía» dio paso a «el frío otoñal»[410], Peirats se encontraría enseguida, una vez más, en fiera oposición a la dirección *de facto* del movimiento libertario.

---

321 Quintin Hoare y Geoffrey Nowell Smith (eds.), *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*, Londres, 1971, pp. 3-43 y Walter Adamson, *Hegemony and revolution: A study of Antonio Gramsci's political and cultural theory*, Berkeley, 1980.

322 José Peirats, *Revivir*, l'Hospitalet, 1932.

323 Hospitalet: Ateneo Racionalista de La Torrassa, s.f.

324 Para su vida, véase Peirats, *Figuras…*, pp. 26-36, Francisco Carrasquer, *Felipe Aláiz. Estudio y Antología del primer anarquista español*, Madrid, 1981 y para su visión periodística, Felipe Aláiz, *El arte de escribir sin arte*, Toulouse, 1946.

325 Barcelona, 1924.

326 Susanna Tavera, *Solidaridad Obrera. El fer-se i desfer-se d'un diari anarcosindicalista (1915-1939)*, Barcelona, 1992, pp. 65-73.

327 MI T.6, L.XII, 91.

328 Peirats, «Una experiencia...», p. 39.

329 MI T.6, L.XII, 84.

330 Peirats, «Notas»; MI T.2, L.IV, 136.

331 MI T.3, L.IV, 150.

332 MI T.2, L.IV, 136.

333 Íñiguez, *Esbozo*, p. 592.

334 MI T.2, L.IV, 117-118.

335 Ealham, *La lucha*, pp. 234-247.

336 MI T.2, L.IV, 134. Véanse los artículos de Josep Maria Planes, «Els gàngsters de Barcelona» en *La Publicitat*, 6, 10, 11 y 12-4-34.

337 Ealham, *La lucha*, pp. 204-206.

338 MI T.2, L.IV, 130.

339 MI T.2, L.IV, 128.

340 MI T.2, L.IV, 134.

341 Carta a Norman Ridenour, s. f. (¿octubre de 1969?). Otro activista de la FAI sitúa la cifra en 300: Miró, *Catalunya,* p. 49.

342 MI T.2, L.IV, 135.

343 Miguel Amorós, *La revolución traicionada (la verdadera historia de Balius y Los Amigos de Durruti)*, Barcelona, 2003.

344 Cartas a Juan Gómez Casas, 17-9-87, Ángel García, 26-8-84 y «Fontaura» (Vicente Galindo), 20-9-72.

345 Peirats, «Una experiencia...», p. 22.

346 MI T.2, L.IV, 135.

347 Carta a José Gutiérrez, s.f.

348 *FAI*, abril de 1934.

349 Entrevista de Nick Rider con Concha Pérez Collado, 27-2-83.

350 MI T.2, L.IV, 136-141.

351 Véase su autobiografía, *Una vida.*

352 Véase *Memorias 1897-1936*, Barcelona, 1977, y Frank Mintz (coord.), «Diego Abad de Santillán. Un anarquismo sin adjetivos. Una visión crítica y actual de la revolución social», *Anthropos*, 138, 1992.

353 MI, T.2, L.IV, 117-8, 142-144.

354 MI T.2, L.IV, 145; Peirats, «Una experiencia...», pp. 21, 39.

355 MI T.2, L.IV, 145-147.

356 José Peirats, *Lo que podría ser un Cinema Social*, Barcelona, 1934.

357 Peirats, «Una experiencia...», p. 26.

358 Canela, «Testimonio», *Anthropos*, 102, p. 46.

359 http://www.imdb.com/title/tt0023990/ accedido 29-6-11.

360 Peirats, *Lo que podría ser*, p. 32.

361 Peirats, *Lo que podría ser*, pp. 29-31.

362 Véase Alejandro Nieto, *La rebelión militar de la Generalidad de Cataluña contra la República el 6 de octubre de 1934 en Barcelona*, Madrid, 2014.

363 Chris Ealham, «“Nosaltres sols”: La CNT, la unidad antifascista y los sucesos de octubre de 1934 en Cataluña», en Alejandro Andreassi y José Luis Martín Ramos (eds.), *De un octubre a otro. Revolución y fascismo en el periodo de entreguerras, 1917-1934*, Barcelona, 2010, pp. 169-197.

364 MI T.3, L.V, 152-4; Peirats, *Figuras*, p. 31.

365 MI T.3, L.V, 156.

366 Véase David Ruiz, *Insurrección defensiva y revolución obrera. El octubre español de 1934*, Barcelona, 1988. Véase también Barrio Alonso, *Anarquismo.*

367 Véase José Luis Gutiérrez, *Valeriano Orobón Fernández. Anarcosindicalismo y revolución en Europa*, Valladolid, 2002, y Peirats, «Cabezazos en el muro», *Frente Libertario*, junio de 1974.

368 Miró, *Cataluña*, p. 51.

369 Carta a Ángel García, 26-8-84.

370 Gómez, *Colección de Historia Oral*, p. 19.

371 Peirats, «Una experiencia...», pp. 45-46.

372 Carta de Felipe Aláiz a Peirats, 5-11-46.

373 MI T.3, L.V, 161-162.

374 MI T.3, L.V, 157.

375 Paz, *Durruti*, p. 439; José Peirats, «El complejo Sabaté», *Frente Libertario*, septiembre de 1972; MI, T.3, L.V, 158.

376 Barrio, *Anarquismo*, pp. 402-415.

377 José Luis Gutiérrez, *La Idea revolucionaria. El anarquismo organizado en Andalucía y Cádiz durante los años treinta*, Madrid, 1993, p. 77.

378 Véase, por ejemplo, Federico Urales, «Tribuna libre: ante las próximas luchas políticas», *La Revista Blanca*, 3-1-1936 y *Solidaridad Obrera*, 8, 16, 17 y 24-1-36; para un estudio sobre el tema, véase Diego Caro, «El anarcosindicalismo y la victoria del frente popular en las elecciones de 1936«, *Historia social*, 2013, 76, pp. 45-66.

379 CRT de Cataluña, *Memorias de la Conferencia Regional Extraordinaria celebrada en Barcelona durante los días 25, 26 y 27 de enero de 1936*, Barcelona, 1936; *Solidaridad Obrera*, 26 y 31-1-36.

380 José Peirats, *Examen crítico-constructivo del movimiento libertario español*, México, 1967, pp. 26-27.

381 MI, T.3, L.V, 164.

382 Peirats, «Una experiencia...», p. 20.

383 Peirats, *Figuras*, pp.48-9; MI T.3, L.V, 159-60, 165; carta a Manuel y Mary Salas, 1-4-87.

384 José Peirats, «¿Se renunció a la revolución?», *Presencia*, 5, septiembre-octubre de 1966.

385 *Más Lejos*, 30-4-36; Peirats, *Figuras*, p. 52.

386 Abad de Santillán, *Memorias*, p. 195.

387 MI T.3, L.V, 165-167.

388 Peirats, «Una experiencia...», p. 33.

389 MI T.3, L.V, 168-169.

390 Ealham, *La lucha*, pp. 139-142.

391 MI T.3, L.V, 172-178.

392 MI T.3, L.V, 181, 184, 189.

393 Juan Pablo Calero, «Vísperas de revolución. El Congreso de la CNT de 1936», *Germinal: revista de estudios libertarios*, 7, 2009, pp. 97-132; Brademas, *Anarcosindicalismo*, pp. 168-70; Marcos José Correa, *La ideología de la CNT a través de sus Congresos*, Cádiz, 1993; en cuanto a las actas, véase CNT, *El Congreso Confederal de Zaragoza 1936*, Bilbao, 1978.

394 CNT, *El Congreso Confederal*, pp. 226-242.

395 MI T.3, L.V, 187.

396 CNT, *El Congreso Confederal*, pp. 22, 172; MI T.3, L.V, 182-6; Paz, *Durruti*, pp. 486-491.

397 MI T.3, L.V, 180, 191; carta a Domingo Canela, 25-7-72.

398 MI T.3, L.V, 193.

399 Agustín Guillamón, *Barricadas en Barcelona. La CNT de la victoria de Julio de 1936 a la necesaria derrota de Mayo de 1937*, Barcelona, 2007, pp. 11-69.

400 MI, T.3, L.V, 194-195; José Peirats, «El tesoro de Ali-Baba», *Frente Libertario*, julio-agosto de 1971.

401 *El Diluvio*, 22-7-36; Peirats, «El tesoro»; MI T.3, L.V, 196-197; cartas a Diego Camacho («Abel Paz»), 16-3-67 y «Fontaura» (Vicente Galindo), 4-12-84.

402 Peirats, «El tesoro».

403 MI T.3, L.V, 198; Paz, *Durruti*, p. 483.

404 Abel Paz, *Durruti, el proletariado en armas*, Barcelona, 1978, p. 360; Chris Ealham, «El mito de la muchedumbre enloquecida: clase, cultura y espacio en el proyecto urbanístico revolucionario de Barcelona, 1936-1937», en Chris Ealham y Mike Richards (eds.), *España fragmentada. Historia cultural y Guerra Civil española, 1936-1939*, Granada, 2010, pp. 149-178.

405 Peirats, «Una experiencia histórica...», p. 38.

406 MI T.3, L.V, 199.

407 Citado en Ealham, *La lucha,* pp. 273-274.

408 Josep Eduard Adsuar, «El Comitè Central de Milícies Antifeixistes», *L'Avenç*, 14, 1979, pp. 50-56.

409 *La Vanguardia*, 22-7-36.

410 Abel Paz, *Viaje al pasado (1936-1939*), Barcelona, 1995, pp. 63-70.

CAPÍTULO 5

NADANDO A CONTRACORRIENTE. EL QUIJOTE ANARQUISTA CONTRA EL POSIBILISMO LIBERTARIO, 1936-1939

> La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.
>
> Don Quijote a Sancho Panza

> [España, 1936] la más grande traición revolucionaria desde la revolución rusa.
>
> Emma Goldman

En la historiografía del movimiento anarquista español es bien sabido que la Guerra Civil devoró la revolución[411]. En este capítulo examinaremos cómo el optimismo inicial de Peirats se transformó en desmayo a medida que la revolución era relegada, un proceso que abrió nuevas divisiones dentro del movimiento libertario[412]. Durante el primer año de guerra, Peirats surgió como uno de los más importantes disidentes de la dirección de la CNT-FAI. Después de la revolución de julio, se puso de manifiesto que las principales figuras del movimiento libertario tenían una interpretación muy restrictiva del pensamiento y la práctica anarquistas. Según Helmut Rüdiger, un anarquista alemán afincado en España desde 1933, la CNT-FAI «no supo imponerse, no supo crear una comunidad antifascista inspirada en sus propias ideas libertarias»[413]. En no pequeña parte esto puede atribuirse a la incapacidad, tras la comuna asturiana, de reflexionar sobre los acontecimientos de octubre de 1934, proceso que fue bloqueado más tarde por la prematura muerte de Orobón Fernández, en muchos aspectos el gran estratega que el movimiento libertario necesitaba con tanta desesperación.

Décadas más tarde, Peirats reflexionaba sobre este problema *político* y se lo atribuía a la ausencia de intelectuales y técnicos formados en la cultura anarcosindicalista. En las largas décadas de lucha anteriores a 1936, «técnicos e intelectuales se apartaron de nuestro lado como nosotros nos apartamos del suyo». Para Peirats, esto reflejaba el conservadurismo de estos grupos frente a «nuestro ritmo bullicioso» y «nuestro excesivo romanticismo revolucionario», que suponía que «no reparábamos en jugarnos la organización cada dos por tres. Nos habíamos acostumbrado a recuperarla, a recuperar a nuestros presos, a restañar nuestras heridas, que no eran muchas. Intelectuales y técnicos no podían seguirnos por este camino». Mientras este estado de cosas dotaba al anarcosindicalismo de profundos recursos de protesta, cuando se trató de la revolución, la ausencia de intelectuales se convirtió en «nuestro raquitismo» y debilitó «la autogestión revolucionaria»[414].

En lugar de ampliar el poder de los comités revolucionarios de base sobre la vida social y económica, los líderes de la CNT-FAI se aferraron a la fórmula de Frente Popular de unidad antifascista vislumbrada al principio antes de las elecciones de febrero de 1936. La lógica de esta postura selló su divorcio de los principios anarquistas fundamentales. Primero apuntalaron las instituciones de la República que se habían hundido al principio bajo el peso de las movilizaciones revolucionarias y contrarrevolucionarias de julio; más tarde, y ello es contrario a los ideales antiestado, participaron en gabinetes republicanos, primero en Cataluña (septiembre), y luego en el Gobierno central (noviembre). Superados en número en el Gobierno y políticamente inexpertos, los líderes anarquistas aceptaron una serie de compromisos consecuencia de su obligación gubernamental. En particular se embarcaron en concesiones a sus aliados de gabinete en lo que se refiere a la guerra, entre las cuales hubo una erosión gradual de la base del poder popular. Esto se vio con especial claridad con las milicias obreras, que acabaron siendo incorporadas al ejército regular republicano.

El colaboracionismo, según lo definieron sus críticos anarquistas, iba acompañado de un reformismo idealista que recordaba a la socialdemocracia de antes de la Primera Guerra Mundial. El día en que

cuatro anarquistas se convirtieron en ministros del Gobierno de Madrid, *Solidaridad Obrera* observó que:

> […] el gobierno, en la hora actual, como instrumento regulador de los órganos del Estado, ha dejado de ser una fuerza de opresión contra la clase trabajadora, así como el Estado no representa ya el organismo que separa a la sociedad en clases. Y ambos dejarán aún más de oprimir al pueblo con la intervención en ellos de la CNT… Y el gobierno no tendrá otra preocupación que la de dirigir bien la guerra y coordinar la obra revolucionaria en un plan general [415].

No fue una exageración que el veterano anarquista Ricardo Sanz comentara más tarde cómo, durante la guerra, el movimiento libertario «renunció a todo, absolutamente a todo»[416].

En el curso de esta renuncia, para minimizar la disidencia desde abajo, los comités superiores del movimiento libertario fueron burocratizados, convirtiendo el movimiento en una organización «de arriba abajo»[417]. Como reconoció más tarde sobre la cúpula de la CNT-FAI un importante defensor de este proceso, «su burocracia y su poderío anestesian los sentidos al extremo»[418]. Mientras la FAI se convertía en un partido político más, según Camilo Berneri, un anarquista italiano exiliado en Barcelona, hubo «un proceso de bolchevización en el interior de la CNT», a medida que sus líderes ejercían un nuevo control sobre la base y erosionaban la democracia interna[419]. Por ejemplo, rompiendo con las normas confederales, los comités superiores convocaban asambleas y redactaban el orden del día, que no se comunicaba con antelación como ocurría antes de la guerra. A medida que la CNT-FAI era arrastrada a la alta política, por primera vez en su historia atrajo a arribistas. Miquel Amorós describe «la avalancha de afiliados que llegó a la organización después del 19 de julio, políticamente neutros, masa manipulable entre la que ascendían oscuros arribistas»[420]. Un ejemplo fue Joan Pau Fàbregas, un contable hijo del propietario de un bar y exmiembro del partido republicano de derechas Acció Catalana. Antiguo vendedor de coches, Fàbregas representaba a la CNT en el gobierno de la Generalitat[421]. Según una joven anarquista, había «problemas» con «mucha gente nueva»[422].

En la base de la sociedad, mientras tanto, la revolución era encabezada por miles de trabajadores que emprendían la puesta en marcha del mayor

experimento en el control obrero de la economía de la historia de Europa occidental[423]. A pesar de todo el poder de que disfrutaban los cenetistas, aún estaban condicionados por una mentalidad defensiva enmarcada en décadas de actividad clandestina. Un ejemplo revelador llegó en los emocionantes días después de julio. Cuando las masas anarcosindicalistas eran los amos de l'Hospitalet, Peirats y sus compañeros organizaron un depósito secreto de armas en una *bòbila* para almacenar una parte del armamento incautado en el cuartel de Pedralbes, lo cual sugiere con claridad que temían que se verían forzados antes o después a volver a la clandestinidad[424].

Pero la revolución siguió su ritmo. En el curso de la oleada de ocupaciones de talleres posterior a julio, unos impresores cenetistas se apoderaron de los talleres de la prestigiosa *La Vanguardia,* y *Tierra y Libertad*, el principal periódico de la FAI, se hizo allí. Aláiz, el editor y mentor de Peirats en el periodismo, lo seleccionó para el periódico, desde donde combinaba su trabajo periodístico con su militancia en el Comité revolucionario de l'Hospitalet. De acuerdo con la fórmula del Frente Popular, estos comités revolucionarios dejaron de reflejar el equilibrio de fuerzas en la calle y se ampliaron para incluir a representantes de todas las organizaciones antifascistas. A Peirats le desilusionó pronto la nueva fórmula, que juzgaba antidemocrática, ya que permitía «la nutrida representación de los otros sectores» que tenían poca influencia en l'Hospitalet. También fue testigo, por primera vez, de la hostilidad del nuevo partido comunista oficial, el PSUC, hacia los sectores revolucionarios, algo que alimentó en él un sentimiento anticomunista duradero[425].

Se ha exagerado mucho la implicación anarquista en los saqueos y la violencia después de julio[426]. Peirats se oponía con firmeza a ambos. En el mismo inicio de la revolución, el 20 de julio, los miembros de Afinidad detuvieron a un grupo de saqueadores, y Peirats les amenazó con fusilarles «por ladrones». Días más tarde, él y un socio del comité revolucionario detuvieron a dos milicianos que habían robado en la casa abandonada de un notable local[427]. Peirats se regía por un código ético firme, que era a la vez ideológico e instilado en él por un trasfondo familiar que valoraba la

austeridad. Como reconocía: «Me hice, pues, el propósito de no deshonrar la tradición familiar, y el propósito fue no *estafar*. Los anarcoatracadores y los anarcoministros me tuvieron siempre en frente»[428]. Esto fue confirmado por Antonia Fontanillas, que le describió como «un hombre íntegro y hasta moralista»[429].

A Peirats también le movía un profundo humanismo. Este le impulsaba a rechazar la violencia disfrazada de «terror revolucionario»: «los verdaderos revolucionarios matan (si lo hacen) con repugnancia»[430]. Le horrorizaba que a la gente se la persiguiera solo por haber ido a misa, y a lo largo de toda la Guerra Civil hizo todo lo que estuvo en su mano para impedir estos «paseos»[431]. En otro aspecto, como otros anarquistas radicales, rechazó el terror basándose en que socavaría la revolución[432]. Para Peirats, la revolución era un nuevo inicio que haría que la violencia fuera en general innecesaria. Esto lo vio justo después del golpe, cuando se vio implicado en la reanudación del suministro de pan. Un panadero que tenía una larga historia de conflicto con la CNT, y que con anterioridad había despedido a Peirats y a su primo, se alteró visiblemente al ver a Peirats llegar a su obrador con un rifle colgado del hombro. Peirats le tranquilizó: «No ponga usted esa cara. No vengo a ajustar ninguna cuenta. Vengo a ayudaros en la hornada»[433]. Quizá temeroso de que no todos los anarquistas respondieran de esta manera, el empresario en cuestión se unió más tarde a la FAI[434].

El anarquista disidente

La postura de la jerarquía de la CNT-FAI después de julio impulsó a José hacia una nueva rebelión: como opositor a los líderes del movimiento al que había dedicado su vida. Con apenas 28 años al principio de la revolución, estuvo en el centro de los debates dentro del movimiento libertario durante la Guerra Civil, cruzando palabras frecuentemente con Montseny y García Oliver, agitadores anarquistas convertidos en ministros del Gobierno. Según Juan Manuel Fernández Soria, Peirats surgió como «uno de los más significados líderes juveniles libertarios»[435]. Mientras tanto, Fidel Miró, un líder de las JJ. LL. que abrazó la postura «circunstancialista» de los

«comités superiores», le describió como «líder» de los «pieles rojas», los opositores radicales al gubernamentalismo anarquista[436].

Durante esa etapa, Peirats reveló su carácter adulto: un hombre de talante duro, independiente y de voluntad crítica, que nunca huyó de la controversia[437]; para algunos era áspero, pero era más bien implacable en el debate y odiaba la hipocresía en sí, sobre todo cuando salía de la boca de un anarquista. A pesar de ello, conservó amigos independientemente de la intensidad de sus desacuerdos políticos[438]. Un caso a propósito es el de Miró, con quien chocó con frecuencia antes de la Guerra Civil y a lo largo de la misma. A pesar de sus hondas diferencias, Peirats reconoció que «aprendimos a ser amigos»[439], «como dos hermanitos»[440]. Esto lo confirmó Miró, que respetaba la «dignidad» y «conducta honrada» de su adversario[441].

Para destacar la nueva postura desafiante de José y sus camaradas de La Torrassa, el nombre del grupo Afinidad fue cambiado por el de Los irreductibles. Este espíritu rebelde ayudó a asegurar que l'Hospitalet se convirtiera en uno de los centros más importantes de oposición a los líderes de la CNT-FAI. Mientras tanto, Peirats era un colaborador enérgico y asiduo de la prensa anticolaboracionista, especialmente *Ruta*, el periódico de las JJ. LL., «el órgano de los jóvenes turcos»[442]. También escribió para *Ideas*, el periódico de la CNT del Baix Llobregat y uno de los oponentes más ruidosos al gubernamentalismo. En todos sus artículos afirmaba la independencia del movimiento libertario por encima de cualquier influencia política circunstancial. La única limitación a su crítica de los líderes de la CNT-FAI era su lealtad subyacente al movimiento, que había llegado a constituir su familia ampliada.

Su trayectoria de disidencia le hizo reubicarse en Lleida a mediados de agosto de 1936, donde permaneció durante «la corta luna de miel revolucionaria»[443]. Esta ciudad se convertiría en el segundo lugar tras l'Hospitalet en importancia como centro de la oposición al frentepopulismo anarquista[444]. Peirats se trasladó a Lleida invitado por Félix Lorenzo Páramo, secretario de los Comités de defensa confederal y los grupos anarquistas afiliados a la FAI de esa ciudad, que le contrataron para el

principal periódico libertario de la ciudad, *Acracia* [445]. Ferroviario y autodidacta, Lorenzo Páramo había fundado *Acracia* como semanario en 1933 y, bajo su línea editorial, se convirtió en una publicación más anarquista que cenetista. Nombrado alcalde de Lleida después de la revolución, Lorenzo Páramo quería que Peirats realzara la línea crítica de *Acracia*, que ahora era un diario. Pero Lorenzo Páramo no quería solo una pluma hábil; era consciente de que en Lleida faltaban activistas anarquistas experimentados y, lo que era peor, desde los días de julio, habían llegado a la ciudad «pistoleros» de Barcelona cuyas ideas sobre cómo hacer una revolución no iban mucho más allá del asesinato[446].

Bajo la custodia de Peirats, *Acracia* se convirtió en uno de los principales adversarios de los líderes de la CNT-FAI. Sin duda, para Peirats uno de los grandes atractivos de *Acracia* fue la oportunidad que le dio de dar rienda suelta a su espíritu opositor. En el ámbito personal, ahora al final de sus veintitantos años, seguramente estaba preparado para dejar la casa paterna y encontrar plena independencia como adulto. Esto lo consiguió en Lleida, cuando alcanzó la madurez como periodista anarquista y como hombre.

En la última parte de 1936 y a principios de 1937, Lleida era en gran medida un cantón revolucionario. Cuando el gobierno de la Generalitat tomó medidas para limitar la independencia revolucionaria conquistada tras el golpe de julio, el consistorio local rechazó el control centralizado desde Barcelona[447]. La ciudad creció en importancia durante la guerra, y fue un importante punto de parada de propagandistas, milicias y material de guerra en ruta hacia el frente de Aragón. En términos políticos, como era una fortaleza del disidente comunista POUM —la CNT era la segunda fuerza revolucionaria— le ofrecía a Peirats nuevos retos, lo cual contrastaba con La Torrassa, en cuyas calles los anarquistas habían sido durante mucho tiempo la fuerza dominante. Por ello, además de escribir, Peirats se dedicó a consolidar los movimientos anarquista y confederal de Lleida.

Sus «tiempos deliciosos» en la Lleida revolucionaria fueron quizá los momentos más satisfactorios de su vida[448]. Atrajo a un equipo de destacados descontentos a *Acracia*. Entre ellos estaban Ramón Bou, un veterano anarquista al que conocía de Barcelona, y Aláiz, que llegó en

octubre, tras haberse enfrentado a la jerarquía de la CNT-FAI. También contrató a Antonio García Lamolla («Platón»), artista surrealista revolucionario leridano que les procuraba ilustraciones y con quien José estableció una estrecha amistad[449]. Se les unieron Manuel Magro, aragonés, y Pedro Panés, indígena y peripatético reportero de campo de *Acracia*. Más tarde llegó Vicente Rodríguez García («Viroga»), amigo y compañero autodidacta de Peirats de Barcelona[450]. La plantilla de apoyo incluía a una mujer del vecindario que cocinaba para el equipo y dos prostitutas «reformadas» en la sección de encuadernación[451]. Lo más revelador de todo es que se empleó a dos «protegidos» en tareas como la lectura de pruebas: el Dr. Francesc Bordalba Armengol, alcalde de Lleida durante la dictadura de Primo de Rivera y antiguo director del Dispensario Antituberculoso[452], y un abogado conservador, Antoni Sas Cugat. Ambos eran derechistas amenazados con «paseos» y recibieron plena protección del equipo de *Acracia* [453].

Peirats describió *Acracia* como «una comunidad perfecta»[454]. Totalmente inmersos en la producción del periódico, él y sus compañeros forjaron una singular motivación común. La mayoría del equipo trabajaba, comía y dormía en la imprenta, que había pertenecido antes a *El Correo*, un periódico católico requisado por la CNT en julio. Situada en un edificio espacioso en un barrio obrero de Lleida, la imprenta estaba en las plantas baja y primera, y la redacción trabajaba desde una amplia habitación de un piso aparte que se componía de otras dos grandes habitaciones y una terraza soleada de buen tamaño donde se relajaban[455]. La energía y motivación del equipo aseguraron que *Acracia* se convirtiera, según Peirats, en «uno de los paladines más dignos de aquella época revolucionaria»[456].

La mayor primicia de *Acracia* fue el artículo de Peirats «Palabras de Buenaventura Durruti», que incluía fragmentos del famoso discurso de Durruti en Bujaraloz el 4 de noviembre, el histórico día en que cuatro anarquistas entraron en el Gobierno de Madrid. Peirats siguió el discurso por la radio y publicó pasajes en los que Durruti censuraba al gobierno de la Generalitat y la burocratización del movimiento libertario[457]. La versión «oficial» del discurso de Durruti, que apareció en *Solidaridad Obrera* el 6

de noviembre, dos días después del discurso y un día después del artículo de Peirats en *Acracia*, estaba significativamente manipulada y ponía el acento en la guerra por encima de la revolución»[458]. Peirats insistió en que Durruti nunca pronunció esas palabras. Creía que era un montaje de la Oficina de propaganda de la CNT-FAI para justificar la entrada de ministros anarquistas en el engranaje del Estado republicano[459]. En un artículo sin firmar casi seguro que escrito por Peirats y publicado en *Acracia* el 6 de noviembre, se describía el discurso de Durruti como «una diatriba contra las derivaciones burocráticas de la revolución»[460]. Como se verá, este asunto puso a *Acracia* en la línea de fuego de los comités superiores del movimiento libertario.

Otra prueba de la valentía de la línea seguida por *Acracia* fue su oposición al terror y la pena de muerte[461]. Un ejemplo de esto fue un editorial, muy probablemente escrito por Peirats, que se publicó el 12 de noviembre de 1936. Titulado «Jamás contra el hombre», afirmaba: «nosotros salimos hoy pidiendo cesen las penas de muerte, por ser medida antisocial y antihumana... hoy que estamos en los albores de una sociedad justa, hemos de sentar los cimientos de esta sociedad con la moral justa»[462]. Esta campaña fue más allá de la palabra escrita. Como hemos visto, el equipo de *Acracia* protegía a dos derechistas directamente amenazados de venganza. El humanismo de Peirats le llevó a refrescar su conflicto con Tomás, el anterior líder de la FAI de La Torrassa que había caído en desgracia después de su no aparición durante la insurrección de diciembre de 1933. Después de la revolución de julio, Tomás y algunos de sus compinches habían ido a parar a Lleida y habían establecido un régimen de terror dentro del Tribunal popular, cuya «justicia» tenía lugar la mayoría de las noches a las diez y podía oírse en toda la ciudad[463]. Con Tomás como jefe del Comité de investigación popular, en poco más de un mes fueron condenadas a muerte por el tribunal unas 145 personas[464]. Pero parte de la violencia era más sumaria. En una ocasión, a García Lamolla, cuyo amor por el arte le hizo viajar por monasterios e iglesias quemados de la provincia de Lleida con la esperanza de salvar pinturas religiosas, casi le «ajusticiaron» los «picadores», que creyeron que era un cura disfrazado.

Afortunadamente, el joven artista convenció a sus captores de que llamaran a las oficinas de *Acracia*, donde alguien le avaló[465]. Peirats y otros miembros de *Acracia* le hicieron frente repetidas veces a Tomás y sus «valientes de la retaguardia»[466]. Según el libertario de Lleida César Broto, hubo amenazas de muerte contra Peirats[467]. Impertérrito, y con cierto riesgo personal, Peirats siguió visitando el Tribunal popular local para condenar a aquellos «que confunden la revolución con una carnicería»[468]. A pesar de las amenazas contra él, la popularidad de Peirats en la localidad, y el hecho de que iba a todas partes con una pistola de gran calibre de 9mm enfundada, fueron suficientes para garantizar su seguridad[469]. Mientras tanto *Acracia* proseguía con su línea de defender «una estructura nueva a la vida individual y colectiva» pero «sin violencias y sin coacciones»[470].

Además de su trabajo en *Acracia*, Peirats dedicaba mucha energía a la propaganda y el trabajo organizativo por toda Lleida y el Aragón republicano. Daba charlas en pueblos y ciudades, en colectividades y en el frente de Huesca intentando reforzar el movimiento libertario. Peirats también ayudó a establecer un ateneo libertario en Lleida, donde dio clases vespertinas sobre la historia del anarquismo[471]. Tan inmerso estaba en la vida revolucionaria de Lleida que se le ha tomado por un nativo de la ciudad[472]. Se convirtió en una figura central de las JJ. LL., reforzando lo que anteriormente había sido un grupo más bien débil. Peirats incluso organizó la construcción de una piscina y un gimnasio para la juventud local[473]. Miró, su adversario en las JJ. LL., reconocía sin embargo que la labor de Peirats supuso que el movimiento en Lleida, «casi inexistente» antes de la guerra, se viera «reforzado considerablemente»[474]. Mientras que la comunidad de activistas que rodeaba a *Acracia* era un ejemplo para muchos, hay datos de que destacaba José y de que su abnegación constituyó un ejemplo para activistas más jóvenes que entonces daban sus primeros pasos en el movimiento. Entre ellos estaba Antonio Téllez, futuro historiador del movimiento anarquista y luchador incansable contra la dictadura de Franco, a quien Peirats inspiró para que prosiguiera con sus primeros esfuerzos en la escritura[475].

En el curso de su activismo, Peirats no pudo ignorar los cambios dentro del movimiento libertario, cuyos líderes fruncían el ceño ante las iniciativas de base. Cuando él y el alcalde revolucionario Lorenzo Páramo iniciaron una campaña para convertir Lleida en municipio libre, recibieron la visita de Josep Joan i Doménech, Conseller de la CNT en la Generalitat, y la amenazante figura de Aurelio Fernández, aliado de García Oliver y hombre de acción anarquista, que había sido nombrado hacía poco tiempo secretario de la Junta de Seguretat Interior de Catalunya. La repulsa de Peirats hacia la transformación repentina del movimiento derivaba tanto de su austera moralidad como de su política. Cuando llegó a la Seu d'Urgell para dar una charla se quedó consternado al ver «todo el aparato confederal alojado en el mejor hotel de la ciudad episcopal»[476]. En más de una ocasión durante la guerra mostró su rechazo a los activistas que vivían en pisos «requisados» en los que adoptaban costumbres burguesas, «mirándonos a los que seguíamos fieles a nuestra tradición matriz por encima del hombro... Para esta gente la revolución fue una juerga, un "quítate tú para ponerme yo"»[477]. Su compromiso con la ortodoxia anarquista solo se vería reforzado por la visita de la famosa anarquista rusa Emma Goldman a la sede de *Acracia* [478].

La constante adaptación de los comités superiores al Estado sublevaba su ardor y lo que llamó «la oposición a todo lo que era burocratismo, revisionista y politiquero»[479]. En una gran concentración en Barcelona el 14 de febrero de 1937 lanzó un ataque frontal contra el control estatal de la revolución y la creciente centralización del movimiento libertario[480]. En una reunión en Lleida para dar la bienvenida a una delegación anarquista francesa en la que estaba Pierre Besnard, secretario internacional de la AIT, la federación anarcosindicalista internacional, causó furor al acabar su discurso con un feroz ataque contra el frentepopulismo de la CNT-FAI. Los escandalizados *apparatchiks* del movimiento le amenazaron con denunciarle al comité regional de Barcelona de la CNT, y le advirtieron de que se enfrentaba a la expulsión del movimiento. Peirats, quizá animado por el asentimiento de los visitantes anarquistas franceses, estaba especialmente audaz y retó a sus detractores a que cumplieran su amenaza[481].

Pero Peirats estaba lejos de ignorar la necesidad de ganar la guerra. A principios de noviembre de 1936 él y Bou, su colega de *Acracia,* formaron parte de una delegación de cuatro personas enviada por el Comité provincial de la CNT de Lleida a París para comprar armas en lo que fue el primer viaje de José fuera de España (anteriormente nunca se había aventurado fuera del triángulo nororiental de Cataluña, Valencia y Aragón). En la capital francesa, se dirigió a mítines y se reunió con importantes anarquistas, incluido Besnard, y le invitó la plantilla de *Le Libertaire*, el principal periódico anarquista francés, a escribir un artículo sobre la revolución española[482]. Aunque su estancia parisina fue intensiva, encontró tiempo para visitar el Louvre. Pero la delegación fracasó en su misión de conseguir armas. A causa de la No Intervención, impuesta por los gobiernos de Gran Bretaña y Francia, se vieron obligados a tratar con contrabandistas de armas, en palabras de Peirats «gángsters de armamento»[483], que solo les venderían armas a precios desorbitados. Al final, se marcharon con un donativo de los camaradas franceses de rifles de la Guerra Franco-Prusiana de 1870-1871[484].

En sus memorias, Peirats hace breves referencias a relaciones amorosas durante su estancia en Lleida. Antes de la guerra, había tenido alguna que otra novia, lo que no es sorprendente, ya que sus fotos de los años treinta revelan a un joven apuesto con una llamativa mata de pelo claro rizado, algo largo para la época, y ligeramente desaliñado, que le daba un aspecto descuidado y bohemio[485]. Esta imagen la confirma un retrato escrito de Panés, que le describe así:

> Flaco, de mediana estatura, con su rostro de levantino, de pelo siempre encrespado, de oratoria apasionada, rapidísimo en su andar y ademanes. Nervioso, tendiendo a veces a la crispación, contenida por un absoluto dominio de sí mismo, poseía una gran madurez y larga experiencia, pese a su juventud. En mi memoria veo a Peirats como alguien totalmente anticonvencional. Modesto, sencillo, sin afectación alguna, vistiendo siempre sencillamente. Gustábale mucho llevar alpargatas...[486].

A la vez que había tenido varias amistades importantes con activistas femeninas, y que estaba claro que no tenía problemas con el sexo contrario en lo que se refiere a relaciones amorosas, en más de una ocasión de sus memorias Peirats da la impresión de un joven algo indeciso[487]. Años más

tarde, en una carta a su amiga Antonia Fontanillas, confesaba solo «roces fugaces con el sexo femenino» antes de conocer a Gracia Ventura, su compañera, en la década de los cincuenta[488]. Sin embargo, durante su época de Lleida, parece que se enamoró durante un breve interludio romántico de una joven anarquista de la Seu d'Urgell. Unos 50 años después reconoció que estaba «acaramelado», aunque el asunto no prosperó, probablemente a causa de las exigencias de sus otros compromisos[489].

Censura, o el triunfo de los comités superiores

En las memorias de Peirats también hay pruebas circunstanciales que sugieren que los comités superiores de la CNT-FAI intentaron apaciguarle apelando a su vanidad personal con ofertas de cargos retribuidos. Un ejemplo surgió durante la remodelación de diciembre de 1936 del gobierno de la Generalitat. Parece que Josep Xena, a quien Peirats conocía bien de La Torrassa, antiguo profesor en una escuela racionalista, que fue concejal del ayuntamiento de l'Hospitalet durante la guerra y siempre estuvo bien conectado con la jerarquía del movimiento, especialmente con García Oliver, le ofreció ser ministro en nombre de la FAI. No es sorprendente que, dados sus principios y su compilación de escritos publicados, Peirats rechazara llanamente aceptar este cambio de rumbo radical. Más aún, como ni siquiera era miembro de la FAI, consideró la oferta un doble absurdo[490]. Resumiendo, rehuía el engrandecimiento personal; como decía, «prefiero los negros crespones al agua de rosas»[491].

En la primavera de 1937, con el estancamiento del esfuerzo de guerra republicano, los comités superiores intensificaron su campaña para silenciar a los disidentes[492]. A principios de marzo un editorial de la *Soli* hablaba de la necesidad de una «censura de guerra» para reprimir la «indiscreción»[493]. La cúpula de la CNT cada vez se basaba más en medidas burocráticas para conseguir sus fines. Dado que los disidentes tenían firmes justificaciones ideológicas para resistirse a toda autoridad, incluida la de dentro de su movimiento, estaban preparados para la lucha[494]. Un ejemplo importante de esta dialéctica se planteó el 28 y 29 de marzo, cuando la Oficina de

propaganda de la CNT organizó una Conferencia nacional de prensa confederal y anarquista en la Casa CNT-FAI de Barcelona, el centro neurálgico del movimiento libertario. En una reunión atestada de anarquistas de toda Cataluña y de más allá, era flagrante el contraste con la democracia interna de antes de la Guerra Civil. Durante algún tiempo ya, Abad de Santillán y su grupo habían controlado de hecho el Comité peninsular de la FAI, mientras que el Comité nacional de la CNT tenía de secretario general al sumiso Mariano Rodríguez Vázquez, «Marianet»[495]. Mientras tanto, la Oficina de propaganda de la CNT-FAI estaba bajo la tutela de Jacinto Toryho, que también era editor de *Solidaridad Obrera*, con quien Peirats ya había chocado en reuniones de la FAI antes de la guerra[496]. Toryho tipificaba la ambición y la obsesión con los cargos retribuidos de la época. Convertido en un nuevo burócrata al principio de la guerra, es muy significativo que poco después de caer en desgracia —le cesó de su posición el comité nacional de la CNT en mayo de 1938— Toryho abandonara España y la lucha antifascista.

Refugiándose en un discurso de control desde arriba y «responsabilidad», los comités superiores utilizaron una censura burocrática para intimidar a los opositores. Como ha observado Amorós, durante la guerra, los plenos, conferencias y reuniones del movimiento libertario se organizaban como cazas de brujas[497]. La Conferencia nacional de prensa confederal y anarquista es un buen ejemplo. En contraste con las normas establecidas de la CNT, no hubo un orden del día conocido con antelación, y no se eligió a nadie que la presidiera. Tras breves preámbulos de Toryho y «Marianet», Montseny, entonces ministra del Gobierno central, se dirigió a los presentes durante casi una hora sobre la necesidad de «disciplina» para alcanzar un «ritmo único en la orientación y la propaganda». A los representantes de *Acracia* y otras publicaciones disidentes se les advirtió contra la ruptura de filas con respecto a la dirección. Peirats estaba fuera de sí y exigió el derecho a replicar. Denunció la reunión como «un fraude» y retó a Montseny a que explicara por qué se estaban pisoteando las normas democráticas del movimiento. Recordándole que estaban en «la España revolucionaria», no en la Rusia soviética o la Alemania nazi, afirmó que aceptaría una censura para cuestiones sensibles de estrategia militar, pero no

admitiría límites a señas de identidad anarquistas tradicionales de independencia crítica y puesta en entredicho de toda autoridad.

Como Peirats recordó más tarde, la conferencia no careció de momentos más suaves, como cuando Montseny respondió a su intervención con las palabras: «Al compañero Peirats yo le aprecio mucho, es buen compañero, pero es muy joven todavía para comprender ciertas realidades». Peirats replicó con ironía y precisión: «Nací en 1908 y tú naciste en 1905. De modo que no nos llevamos mucho tiempo»[498]. Antes de que el debate pudiera desarrollarse, Toryho y «Marianet» guillotinaron la reunión[499].

Acracia permaneció inflexible. Peirats equiparó sus artículos y las notas satíricas de «Viroga» en *Acracia* a «ácido sulfúrico» para la dirección[500]. Un documento interno de la FAI reveló que en la primavera de 1937 el comité regional de la CNT catalana había escrito al equipo de *Acracia* llamándoles, «muy suave y razonado», a desistir de la «independencia de otros tiempos». Al comité regional no le gustó ni que fuera rechazado su acercamiento, ni el tono de la réplica[501]. La tensión subió en el pleno nacional de regionales de la CNT en abril, donde «Marianet» atacó a *Acracia* por su línea crítica[502].

El triunfo último de los comités superiores vino durante «los hechos de mayo de 1937», una semana de lucha callejera en Barcelona entre, por una parte, las fuerzas de seguridad del Estado y los partidos políticos hostiles a la revolución, y, por otra, lo que quedaba de los comités revolucionarios y las milicias obreras de retaguardia, respaldados por cenetistas y el disidente comunista POUM[503]. Los orígenes de los «hechos de mayo» son complejos. En la primavera de 1937, con el mal rumbo de la guerra, vemos cómo aumenta la tensión entre los comités de trabajadores y la Generalitat y el Gobierno central sobre cómo dirigirla. Esto se vio exacerbado por los problemas de alimentación de una creciente población de refugiados en Barcelona, que dieron lugar a duras disputas en relación con el control económico. Según el Estado buscaba afirmar su autoridad, crecía la frustración de los defensores del poder popular[504]. En efecto, mayo contempló el levantamiento de los que se habían desilusionado con la erosión de la revolución, y el fortalecimiento del viejo aparato del Estado

que siguió a los vertiginosos días de julio de 1936. Aunque el equilibrio de fuerzas en las calles favorecía a los partidarios de la revolución, la cúpula de la CNT-FAI negoció un alto el fuego que vendió a las bases García Oliver, el antiguo insurreccionista convertido en ministro de Justicia[505]. Mayo constituyó el último acto de la revolución de Barcelona. Las milicias obreras que quedaban estaban ahora desarmadas, y muchos revolucionarios se encontraron en la cárcel junto a fascistas[506].

Apenas unos días antes, a fines de abril, Peirats se vio implicado en «la batalla de la Cerdanya», preludio de los acontecimientos de Barcelona, provocada después de que las fuerzas del Gobierno central actuaran contra las milicias de retaguardia en Puigcerdà, en un intento del Estado republicano de restablecer su control sobre la frontera francesa. Desde el inicio de la Guerra Civil, habían controlado la frontera las milicias dirigidas por Antonio Martín, un veterano anarquista de Cáceres conocido popularmente como «El Cojo de Málaga», debido a una cojera causada por una osteítis en la pierna derecha. Militante muy cercano a Durruti y García Oliver desde principios de los años veinte, Martín hacía contrabando de armas a través de los Pirineos para los anarquistas de Barcelona. Era conocido por su represión fiera, y a veces cruel, en una zona en la que, según un anarquista, «oficiaba de dueño y señor con más poderes que un emperador de la antigua China»[507]. Es inevitable que Martín tuviera una relación muy conflictiva con los grupos locales catalanistas y comunistas, aunque le respaldaban algunos grupos de poumistas. Cuando el Gobierno central mandó carabineros hacia la frontera, se produjo una confrontación en Bellver de Cerdanya en abril de 1937, en la que Martín resultó muerto, tras lo cual los carabineros tomaron Puigcerdà[508].

Los anarquistas de Lleida respondieron a una llamada de socorro y se movilizaron en el exterior de Bellver de Cerdanya, a casi 200 kilómetros, cortando con eficacia el acceso a Puigcerdà. Armado con un rifle y una pistola, Peirats formaba parte de una patrulla volante, que incluía a dinamiteros y que controlaba la principal carretera hacia Barcelona. En lo que fue un precedente directo de «los hechos de mayo», las fuerzas republicanas se vieron rodeadas por milicias anarquistas antes de que una

delegación precipitadamente enviada por los comités superiores llegara de Barcelona para negociar un alto el fuego[509].

Un importante protagonista de «los hechos de mayo» fue un nuevo grupo anarquista, Los Amigos de Durruti, que había sido fundado dos meses antes[510]. Los Amigos fue el único grupo de dentro del campo anarquista que intentó convertir la lucha de mayo en lo que los activistas llamaron «una nueva revolución» y establecer una «junta revolucionaria»[511]. No sorprende que la jerarquía de la CNT-FAI les desautorizara rápidamente, a ellos y su periódico, *El Amigo del Pueblo*. Siendo Los Amigos el desafío más teorizado y organizado a los comités superiores, es quizá sorprendente que Peirats no se identificara con ellos. Es cierto que tenía mucha familiaridad con Balius, el principal teórico del grupo, desde al menos la época de su colaboración en *FAI* en 1934. Es muy probable que Peirats conociera a muchos de Los Amigos en las calles de Barcelona y La Torrassa en mayo. Otro miembro de Los Amigos, el malagueño Juan Santana Calero, también trabajó muy estrechamente con Peirats en 1937. Es significativo que, mientras que a Peirats le gustaba Santana como persona, no sentía simpatía por su política[512]. Es muy posible, dada la importancia de Peirats como propagandista y activista disidente, que le propusieran unirse a Los Amigos. Años después explicó cómo «nunca llegué a tener verdadera simpatía» por el grupo, «porque encontraba sus tendencias muy autoritarias... me parecía de tendencia algo bolchevizante». Sí reconoció haber asistido a alguna de sus reuniones, «pero siempre en el tono de discusión con ellos»[513]. Esta renuencia a alinearse con la alternativa más radical a la burocracia de la CNT-FAI ilustra los límites de la oposición de Peirats a los comités superiores, así como su incapacidad para seguir adelante con su crítica al movimiento libertario hasta una oposición más consecuente a la dirección. De igual modo, reflejaba lo que otro opositor de la época describió como un amor duradero por el movimiento y un temor a provocar una escisión[514].

Después de mayo, los comités superiores apretaron su garra sobre la base del movimiento libertario, y la marea se volvió entonces definitivamente contra los disidentes. Se hicieron nuevos esfuerzos por

silenciar su prensa. Según Severino Campos, amigo de Peirats y periodista de la opositora *Ideas,* una visita de «Marianet» y un colega le dejaron con la impresión de que «si no terminábamos con la propaganda que estábamos haciendo, el gobierno terminaría con nosotros»[515]. En el caso de Peirats, recibió un ultimátum de la CNT catalana: o se acataba la disciplina o *Acracia* dejaría de recibir papel, cuyo suministro controlaba el comité regional. Utilizando un lenguaje característicamente abrasivo y poco diplomático, José replicó atacando el «carácter dictatorial» del comunicado y acusó al comité regional de romper con las tradiciones federalistas democráticas de la CNT. Por último, instaba a discutir el comunicado en una reunión de la Federación local de la CNT de Lleida, en la que Lorenzo Páramo, que había invitado a Peirats a unirse a *Acracia* meses antes, ahora le acusó de «dogmatismo» y requirió que mostrara una «mayor flexibilidad» y atendiera a la petición del comité regional. Con personajes de cierta edad como Lorenzo Páramo habiendo abrazado el circunstancialismo, y las JJ. LL. dando la espalda a la línea de *Acracia*, existía una división generacional dentro del movimiento de Lleida. En sus memorias, Peirats comenta cómo, tras discutirlo con Aláiz, los disidentes no vieron otra opción para evitar una escisión perjudicial que dejar *Acracia* y volver a Barcelona[516]. Fue un final ignominioso y decepcionante para lo que había sido el periodo más vital de su vida militante. Estaba especialmente triste por acabar su trabajo con las JJ. LL. allí. Más aún, como él y sus socios se habían mantenido firmes contra los «limpiadores», le preocupaban las vidas de algunos de los que dejaba detrás[517].

Tan pronto como llegó a Barcelona, con elecciones inminentes para las JJ. LL. catalanas, entonces lideradas por Miró, abrió un nuevo frente de resistencia a los comités superiores[518]. Al inicio de la revolución, Miró había expresado preocupación por que el movimiento estuviera perdiendo sus principios, antes de apoyar el frentepopulismo y convertirse en secretario de las JJ. LL. catalanas y director de su influyente periódico *Ruta*. En el Congreso de las JJ. LL. de mayo de 1937, los votos rechazaron al equipo de Miró a favor de un grupo en el que estaban Peirats y «Viroga», ambos refugiados de *Acracia*, y tres de sus aliados, incluido el «Amigo de Durruti» Santana Calero[519]. Apoyado por la juventud radical de

l’Hospitalet y Lleida, este grupo controlaba ahora el comité regional de las JJ. LL. catalanas y José entró en el consejo editorial de *Ruta*, donde presentó su crítica al frentepopulismo y a la colaboración con el Gobierno. Todo esto pasó, como dijo él, «en las propias barbas de nuestros perseguidores»[520], dentro de la Casa CNT-FAI, donde los comités superiores del movimiento libertario tenían sus despachos[521]. Una muestra de la sensación de asedio del nuevo comité, según Miró, es que establecieron una guardia en el exterior de sus despachos[522].

En el ambiente más represivo después de los hechos de mayo, se trataba de una victoria pírrica para los opositores. Los artículos de Peirats en *Ruta*, que revelaban una creciente hostilidad hacia el estalinista PSUC, provocaron serios problemas con el censor. A veces el periódico aparecían con artículos, incluidos sus titulares, completamente mutilados[523]. Un día, incapaz de contener su rabia, salió para enfrentarse con el censor. Es indicativo del ambiente de la retaguardia, donde el acoso a los revolucionarios por los servicios de inteligencia del Estado republicano era habitual, que Peirats dejara un mensaje para sus compañeros de que le buscaran en la jefatura de policía si no volvía enseguida[524].

Pero no por eso el censor de CNT-FAI estuvo menos activo. Mutiló y retrasó la aparición de un panfleto de importancia, *Los intelectuales en la revolución*, que Peirats acabó durante este periodo[525]. Aunque fechado en 1938, los anuncios del panfleto aparecieron en la prensa anarquista en octubre de 1937[526]. Este retraso debió de ser enormemente descorazonador para Peirats, ya que se había dedicado al proyecto —un análisis de los intelectuales y su actitud hacia la transformación social— durante algún tiempo. De 80 páginas, *Los intelectuales en la revolución* se dividía en 12 partes, y llevaba un breve prólogo de Aláiz. Dedicado «Al hombre, al amigo, al pintor Antonio García Lamolla, inspirador con su conducta de estas líneas… en recuerdo de imborrables días de comunión fraternal y revolucionaria en Lérida», el estudio comenzaba afirmando «el elemento popular» de las revoluciones, desde la revolución francesa hasta el siglo XX, que Peirats llamaba «el siglo de la intelectualidad»[527]. En consonancia con las sospechas obreristas de la CNT contra los intelectuales de la clase

media, Peirats yuxtaponía el «elemento popular» con los intelectuales de la clase media, y la «mímesis contrarrevolucionaria» de «bomberos intelectuales a quien ha correspondido el papel de apagafuegos en todas las hogueras revolucionarias»[528]. Este contraste subrayaba la frustración de Peirats con los intelectuales izquierdistas asociados a la táctica del Frente Popular y el poder, tanto en España como en otros lugares de Europa. En lo que afectaba al movimiento libertario, muy probablemente tenía en la mente a Montseny y Abad de Santillán, ambos defensores de la colaboración con el Estado republicano.

Seguía un análisis de «la preocupación intelectualista del marxismo» y el «socialismo científico» (pp. 21-25), que según él atraían a intelectuales de clase media en virtud de su promesa de una dictadura sobre los trabajadores (pp. 23-24). Luego dedicaba su atención al «anticlasiquismo gubernamental, apostolado de la socialdemocracia» (pp. 27-31) demostrando cómo su rechazo del «espíritu de clase» (p. 28) llevaba a la conciliación con el nacionalismo y el militarismo en 1914, antes de comprometerse de nuevo frente al fascismo (pp. 30-39). Este análisis era una plataforma de lanzamiento de una crítica de «esta trágica revolución española» (p. 36), que él consideraba «el fruto, por una parte, de la labor de desgaste del régimen burgués ocasionado por un proletariado con fisonomía propia en medio de la común equivalencia del proletariado internacional» (p. 37). Entonces procedía a identificar lo que él consideraba las amenazas a la revolución —el movimiento comunista oficial, el Estado republicano y «los intelectuales de pacifismo» que los apoyaban (p. 38)—:

> Desde estos cubiles gubernamentales la contrarrevolución se organiza, extiende sus tentáculos y gana posiciones. La España roja vive hoy el mayor de los sarcasmos: la contrarrevolución patrocinada por los comunistas dialécticos; el asalto y devastación de las colectividades revolucionarias; la persecución y cauto asesinato de los elementos revolucionarios a quienes no place un retorno a la situación republicana burguesa. Las cárceles se hallan a rebosar de revolucionarios hacinados en promiscuidad con los elementos fascistas (p. 39).

Una vez trazado el «pacifismo» de los intelectuales españoles desde la época de la dictadura de Primo de Rivera a través de los años primeros de la República, volvía al periodo revolucionario tras el golpe de 1936. Aquí, argumentaba, el desarrollo de «esa planta del intelectualismo lideresco»

dentro del movimiento libertario era de primera importancia para explicar cómo:

> […] la CNT-FAI podría llevar a cabo, más o menos inconscientemente, la misión propuesta por el Estado… para frenar la revolución y más tarde atacarla. La participación gubernamental de los llamados anarquistas fue la primera gran derrota revolucionaria. Por sus propias fuerzas el Estado no hubiera podido reconstruir el militarismo ni tampoco la gendarmería. Las energías de la CNT y la FAI han sido encauzadas para este fin (p. 63).

Explosiva e incisiva en igual medida, su crítica concluía con una reiteración de su fe en la clase obrera. Emitía un llamamiento apasionado a que los trabajadores se educaran: «Todos podemos hacer algo para instruirnos y educarnos, aun ignorando la posición geográfica de Salamanca o Oxford» (p. 76); «quien no sabe leer es porque no quiere… la cultura, como la libertad, es para conquistarla» (p. 78). En pocas palabras, esperanza en un futuro dependiente del «heroísmo autodidacta» (p. 71).

Aunque secuestrado por las autoridades, es seguro suponer que algunas copias de *Los intelectuales en la revolución* circularon en círculos anarquistas. De todas formas, debió de tener un impacto muy limitado. Su significado real, en especial en lo que se refiere a los «intelectuales» de la CNT, es que marcó un importante punto de partida para lo que más tarde se desarrollaría en la crítica de José al *cenetismo*.

A pesar de controlar las JJ. LL. catalanas, Peirats y sus aliados estaban cada vez más aislados. La hostilidad de los comités superiores y el censor republicano era implacable. Miró, ahora secretario del cuerpo juvenil anarquista a nivel estatal, la FIJL, tomó la iniciativa en la campaña contra lo que consideraba los «ultras» de las JJ. LL. catalanas disidentes. Según Miró, era vital refrenar a los catalanes y «no permitirles que tomaran una orientación contraria a la marcada por el conjunto del Movimiento Libertario»[529]. Como Peirats reconoce en sus memorias, «nos estaban haciendo la guerra por todos los lados». En las reuniones de la FIJL, los catalanes eran sometidos a un intenso ataque por su postura disidente, que era presentada como su «separatismo catalán». Peirats, que nunca disfrutó con las reuniones interminables, asemejaba los largos debates «a los que se celebraban en la Edad Media entre talmudistas judíos y padres de la Iglesia». Miró acusó a Peirats de estar más motivado por celos personales

que por la ideología[530], aunque este juicio no concuerda con el aparente rechazo de José de una posición ministerial en la Generalitat a finales de 1936. Mientras tanto, Peirats se enfrentaba a una enorme presión de los de la talla de Xena, «Marianet» y otros líderes de la CNT-FAI para que modificara su posición. En una ocasión, una reunión con Montseny, García Oliver y el anarquista alemán Rüdiger se prolongó toda la noche, pero Peirats salió de ella incólume[531].

Sin embargo, su oposición de retaguardia y la constante necesidad de justificarse estaban cobrándose su mella psicológica. Esto debió de resultar aún más desestabilizador en el contexto de la naturaleza cambiante del movimiento libertario, que cada vez se parecía menos al cuerpo en el que se había sumergido una década antes. Esta transformación se mostró profunda en el Pleno peninsular de los comités regionales de la FAI celebrado en Valencia a principios de julio de 1937, casi diez años después de la creación de esta organización exclusivamente anarquista[532]. Aquí, la dirección de la FAI reveló su compromiso por convertirse en un movimiento de masas, forzando una nueva estructura basada no ya en los tradicionales grupos de afinidad, sino en agrupaciones más grandes. También se revisaron los estatutos de la FAI, en consonancia con su colaboración con el Estado en tiempo de guerra: su propósito declarado ahora era «la lucha contra el Estado fascista», una fórmula que justificaba con eficacia la cooperación y la defensa del Estado republicano. Inevitablemente, ello generó mucha intranquilidad en el Pleno, que culminó con una salida de disidentes, incluido Peirats, que se marcharon gritando «¡Viva la anarquía!»[533].

Al pleno de julio siguieron más escenas desagradables en el pleno regional de las JJ. LL. de Cataluña de septiembre. En él se produjo un infame enfrentamiento entre Toryho, que había apoyado la línea frentepopulista desde muy pronto en el curso de la guerra, y Peirats. Toryho era un periodista extremadamente hábil, que, antes de unirse al movimiento libertario, se había educado en un colegio agustino y estudió en la escuela de periodismo del célebre periodista católico-monárquico Ángel Herrera. A algunos cenetistas de Barcelona les parecía difícil ver más allá del pasado de Toryho, y era objeto de muchas bromas[534]. Quizá a causa de su procedencia social y educativa, Toryho tenía fama de altivez en su trato con

otros miembros del movimiento, y su arrogancia salió a relucir en un choque con Peirats. Cuando este cuestionó la línea reformista de *Solidaridad Obrera*, Toryho bromeó con sarcasmo: «Yo no necesito recibir lecciones de un aprendiz de ladrillero». Peirats, imperturbable y agudo, replicó: «Yo tampoco de un aprendiz de cura»[535]. Se produjo un escándalo mayúsculo.

El colmo para Peirats ocurrió el mes siguiente, en octubre, cuando a él y a Santana Calero, de *Ruta*, les llamaron para reunirse con García Oliver, secretario de la Comisión Asesora Política (CAP)[536]. Establecida en junio de 1937 por la CNT catalana, la CAP tipificaba la burocratización y proliferación de comités dentro del movimiento libertario durante la guerra. En apariencia formada para coordinar una respuesta coherente en un contexto político rápidamente cambiante, la CAP buscó cada vez más controlar la prensa de la CNT-FAI[537]. También habría que recordar que las relaciones entre Peirats y García Oliver habían sido muy tensas desde antes de la guerra, debido a sus diferencias sobre la táctica insurreccional, tan cara al segundo antes de la guerra. Según el recuerdo de Peirats, el encuentro adoptó un giro amenazante cuando García Oliver aconsejó a los dos «que ceséis de propagar vuestra enfermedad» o enfrentarse a las «consecuencias». Lívido, Peirats exigió una aclaración de «qué podría ocurrirnos en el caso probable de que persistiéramos defendiendo los verdaderos valores del anarquismo que vosotros habéis abandonado». García Oliver se negó a darse por aludido, pero Peirats comprendió que «nos dio a entender que peligraba nuestra cabeza si seguíamos»[538].

Al final, a Peirats se le obligó a dejar *Ruta* de la misma manera en que se le había presionado para que dejara *Acracia*. Como *Ruta* recibía papel de *Tierra y Libertad*, el periódico «padre» de la FAI, al equipo editorial se le informó, con toda probabilidad a instancias de la CAP, de que a menos que modificaran su postura disidente, se acabaría el suministro de papel[539]. Para entonces Peirats estaba, según sus palabras, «fatigado físicamente y deprimido en lo moral»[540]. Después de muchos meses de enfrentamientos con compañeros y recriminaciones de los comités superiores, «había agotado todos mis cartuchos»[541]. Decidió abandonar la retaguardia y

presentarse voluntario a la 26.ª División, antes Columna Durruti. A pesar de su reelección como secretario de las JJ. LL. catalanas, dimitió del cargo y pocos días después salió para el frente de Aragón[542].

Es posible que a Peirats le alterara su amenazante encuentro con García Oliver y el CAP, pero es probable que su vida no corriera ningún peligro real ni inminente. Su decisión de marcharse al frente estuvo motivada con mucha probabilidad por la acumulación de tensión por su oposición a los comités superiores y, más en general, su desagrado por las incesantes sospechas e intrigas de la retaguardia. En cierto momento, también se hacía cargo de su ingenuidad: «Yo me había sentido un pequeño redentor. Creía que podía poner remedio a la situación. Que podía batirme ventajosamente contra los grandes y pequeños roedores de nuestra revolución»[543]. Su decisión de ir a la guerra tomó forma poco a poco en su mente. Tres meses antes, tras el desagradable pleno de la FAI de Valencia, le llevó de vuelta a Barcelona un comisario de la 26.ª División, y mantuvieron una larga charla sobre la vida en las trincheras, la guerra y la obra cultural que se hacía con las tropas[544]. En cualquier caso, en el frente tuvo la certeza de que al menos podría estar seguro de la identidad del enemigo.

En el frente y en la retirada

Unos quince meses después de asaltar el cuartel de Pedralbes al principio de la revolución, Peirats ya no se sentía «un joven lleno de entusiasmo»; sabía que la revolución se había acabado y se fue al frente «en busca de la muerte». Era del todo consciente de que ya no estaba luchando por la revolución. También pasó por alto la oportunidad de trabajar como reportero de guerra. Casi como un acto de penitencia por el fracaso de la revolución, tenía «un deseo de hacer otra cosa menos cómoda»[545]. Dejó Barcelona, una ciudad que adoraba, con el ánimo hundido. Algunos de sus amigos y compañeros se quedaron horrorizados por su decisión y hubo una despedida llorosa de sus padres[546].

El único optimismo que tenía era la posibilidad de que el frente le ofreciera la posibilidad de trabajar para elevar el nivel cultural de los

soldados[547]. Tras la militarización de las milicias a partir de octubre de 1936, la Columna Durruti se convirtió en la 26ª División, que recibió soldados reclutados por el Estado republicano[548]. Sin embargo, bajo el mando de Ricardo Sanz, un militante histórico, hombre de acción y compañero muy cercano a Durruti, que había asumido el control de la Columna Durruti después de la muerte de su fundador en noviembre de 1936, la 26.ª mantenía su esencia anarquista[549]. Más aún, durante «los hechos de mayo», parte de la 26.ª estuvo dispuesta a marchar sobre Barcelona para inclinar la balanza en favor de los revolucionarios.

Para alcanzar los cuarteles generales de la División en Monegrillo, un pueblo en mitad del campo aragonés, a unos 50 kilómetros de la Zaragoza controlada por los franquistas, Peirats fue en tren a Lleida, donde pasó una noche. Aprovechó la oportunidad para encontrarse con viejos amigos y compañeros, que habían organizado una velada en la que Peirats, que como su padre «presumía de zarzuelero», cantó. Ilustra las deficientes líneas de suministro del ejército el hecho de que desde Lleida los recién llegados tuvieran que buscarse su propio medio de transporte hasta el frente, pidiendo a conductores de camiones que les llevaran hacia Aragón. Acabó alcanzando el cuartel general, donde se encontró con muchas caras conocidas de Barcelona[550].

Allí la 26.ª se componía de tres brigadas (la 119, la 120 y la 121). Peirats fue asignado a la 119. En su unidad estaba Pepe Alba, un antiguo compañero de Afinidad, que más tarde fue ejecutado por su participación en un atraco armado que dejó víctimas mortales. Según Peirats, Alba y sus amigos «jabatos» de la 119 dedicaban sus licencias a juergas en Barcelona y a robar coches. Para salvarles de la ejecución, Peirats convenció a su comandante de brigada de que emitiera informes falsos, pero fue en vano[551].

Peirats fue nombrado «sargento oficinista» de la plana mayor. No le gustaba el rango y nunca se puso los galones, y prefería comer y confraternizar con los soldados rasos. No todos los anarquistas esquivaron los honores militares. Adolfo Ballano Bueno, un conocido individualista de Barcelona, exhibía uniforme de capitán, para gran consternación de Peirats. El rango de José le acompañaba en sus comunicaciones postales, redacción

de informes y recepción de telegramas, o, como él lo llamaba, «guerrear con papel escrito». Aunque su experiencia le hacía más que cualificado para estas tareas, es probable que se le diera trabajo de despacho debido al tremendo dolor que tendría que estar sufriendo para entonces. A los 29 años, las secuelas de la enfermedad de Perthes a menudo le provocaban molestias insoportables y bastante persistentes en la pierna, debido al deterioro del cartílago de la cadera. Desde luego, Peirats no disfrutó de privilegios. Su cama y su ropa se infestaron casi en el acto de pulgas, y dormía con las botas puestas como protección contra posibles mordeduras de las ratas que correteaban por el campamento, pasando sobre los cuerpos y las caras de los soldados dormidos[552].

A pesar del decreto de militarización, no había una disciplina militar y desfiles tradicionales en la División; en cambio, existía una disciplina funcional basada en el respeto por los «superiores». Cuando el general Sebastián Pozas, jefe del Ejército del este, oficial de carrera del ejército y anterior director general de la Guardia Civil, visitó la 26.ª, muchos se negaron a asistir, con la aprobación de sus «oficiales». Peirats y otros se marcharon a la cercana Monegrillo y organizaron una fiesta con jóvenes de la localidad[553].

A fines de diciembre de 1937 a Peirats le dieron un permiso de 48 horas para asistir en Barcelona al funeral de Pedro Conejero, secretario de las JJ. LL. catalanas, que había muerto en un accidente de coche[554]. Conejero y Peirats habían sido amigos desde los años veinte en La Torrassa y miembros compañeros de Afinidad. Le afectó mucho la muerte de Conejero y pronunció un discurso junto a su tumba. A esto siguió otro enfrentamiento con García Oliver, quien, como fundador de la Escuela Popular de Guerra[555], le reprochó a Peirats llevar el uniforme de soldado raso cuando, en su opinión, podría haber sido teniente. «¿Para eso hice yo la escuela de guerra?», preguntó García Oliver, a lo que Peirats bromeó: «¡Sí, para perderla!»[556].

No había un refugio fácil de las luchas internas del movimiento libertario. Peirats fue elegido delegado de la brigada 119 con vistas al congreso en Valencia de la FIJL en febrero de 1938. La disensión interna en la FIJL no había menguado en su ausencia. En el congreso, los delegados de

Madrid denunciaron a los delegados catalanes como «nacionalistas», a lo que respondieron tildando a sus acusadores de «aprendices de políticos». Peirats intervino en los debates y volvió a chocar con su viejo amigo Miró, que seguía en la cúpula de la FIJL. Pero José ya no tenía estómago para politiqueos internos y bloqueó una moción que presentaba su nombre para ser elegido para el comité peninsular de la FIJL[557].

El congreso coincidió con la fractura del frente de Teruel, cuando el ejército republicano acabó cediendo a los rebeldes, que tenían el completo apoyo de Hitler y Mussolini. Cuando Peirats volvió a su unidad, la 26.ª estaba planificando su retirada. Con cada vez más ataques aéreos de aviones de guerra alemanes e italianos, vio muy cerca su propia muerte durante un bombardeo en el que murieron varios de sus compañeros. Los refugios aéreos solo ofrecían protección contra aviones de combate, no contra bombarderos, y tuvo suerte de escapar con vida[558]. A medida que avanzaban las tropas rebeldes, la 119 iba estando en peligro de verse atrapada, y así empezó una retirada larga y desordenada por la sierra de Alcubierre[559]. Sin atisbos de la primavera, el tiempo era duro, los suministros frugales, y casi inexistentes cuando se cortaron las comunicaciones entre la brigada y el mando. Los brigadistas caminaron durante 40 kilómetros hasta Lanaja, seguidos de otros 15 a Sariñena, días de andar por campo abierto, privados de sueño y alimento, todo el rato expuestos a ataques aéreos. En ruta se les unieron otras columnas de soldados y civiles harapientos en retirada[560]. Según José Borràs, otro anarcosindicalista de la brigada, «para muchos, entre ellos Peirats, que para postres tenía dificultades en una pierna, aquello supuso una tragedia»[561]. Con la pierna doliéndole hasta la agonía, Peirats se retrasaba del resto, y al final una noche quedó separado de la columna. Sin raciones, durante unos días estuvo solo en la sierra, con hambre y frío, apenas capaz de andar con los pies con ampollas y ensangrentados. En una ocasión fue avistado por un aviador fascista. Siguiendo el consejo de un compañero de que, en caso de un ataque aéreo, era preferible mantenerse de pie a ponerse a cubierto en el suelo, Peirats se mantuvo de pie frente a su agresor, viendo con horror cómo el piloto le arrojaba una granada desde la ventana de la cabina, antes de dispararle con la ametralladora. Su escapatoria fue milagrosa. Mejor fortuna

tuvo cuando le encontró un coche de patrulla de la brigada y le llevó a un campamento improvisado en Monte Julia, a unos 80 kilómetros de su punto de partida en Monegrillo. Tal era su agotamiento que, cuando aviones de guerra enemigos atacaron el campamento más tarde ese mismo día, tuvieron que arrastrarle por las axilas para ponerle a salvo[562].

La 26.ª se vio entonces envuelta en la Batalla del Segre, una de las más prolongadas de la guerra, que tuvo lugar entre el 4 de abril de 1938 y el 3 de enero de 1939. Con un frente de 300 kilómetros, el enfrentamiento se compuso de una serie de feroces choques mientras el ejército se volcaba en proteger las instalaciones hidroeléctricas del norte de Cataluña[563]. En lo que era una situación habitual, Peirats, que se había recuperado de su anterior calvario en la Sierra, fue enviado a pie a Balaguer, donde el batallón tenía que establecer su puesto de mando. Caminando con solo una manta y una pistola y sin órdenes escritas, le detuvo una patrulla republicana como sospechoso de deserción. Furioso, su sarcástica acusación de que sus captores estaban luchando heroicamente en la guerra tras las líneas no contribuyó a apaciguar la situación. Por suerte para Peirats, justo cuando le iban a fusilar por desertor, el oficial al mando, que conocía a Peirats de su época en Lleida, apareció a tiempo para salvarle de una muerte ignominiosa[564].

Desde Balaguer, la 119 se vio envuelta en una serie de feroces batallas[565]. Siendo objeto de ataques intensos de los bombarderos Junker alemanes, que destruyeron los puentes sobre el río Segre, la unidad de Peirats quedó de hecho atrapada, con tropas franquistas sobre ellos. La muerte parecía inminente hasta que una compañía de jóvenes cadetes de marina llegó para cubrirles la retirada a lo largo de la ribera del río. Peirats y el resto marcharon a un nuevo campamento improvisado en Bellcaire d'Urgell, a unos 10 kilómetros, donde se enteraron de que todos los cadetes de marina habían perecido[566]. A la 119 se le ordenó entonces reorganizarse a unos 70 kilómetros, al exterior de Tremp. A pesar de sufrir golpes muy dolorosos, incluso algunos infligidos por «fuego amigo» de los bombarderos republicanos, mantuvieron posiciones y repelieron un feroz ataque enemigo. Peirats afirmaba que tuvo suerte de que no le hirieran. Cuando el ejército enemigo se retiró, dejaron tras de ellos un material

considerable, y Peirats se apoderó de una guerrera que conservó hasta los años setenta[567].

Desde su punto de vista aventajado en el campo de batalla, Peirats creía que el alto mando del ejército republicano daba muchas órdenes equivocadas. Hay algunos datos que apoyan esto, pero debemos recordar que la batalla del Segre se disputó con fiereza, con unos 180.000 hombres de cada lado. Es posible por tanto que el caos del que fue testigo fuera efectivamente combate moderno de plena intensidad[568]. Sea como sea, la lucha se cobró un importante tributo de la 26.ª: tan grandes fueron sus bajas, que a mediados de abril fue retirada del frente para reorganizarla[569].

Peirats disfrutó de un corto periodo de licencia en Barcelona. En el curso de una salida nocturna con amigos, mostró un comportamiento impropio de él. De costumbre abstemio, se emborrachó en Oro del Rhin, un famoso restaurante de la Rambla de Catalunya, en el corazón de la Barcelona burguesa, muy alejado de sus cochambrosos tugurios. Desde allí, el grupo fue al hotel Oriente de la Rambla, que resultaba atrayente para una clientela igualmente privilegiada, y allí Peirats provocó un enfrentamiento con algunos jóvenes, que llegó a las manos después de que los llamara «enchufados de la retaguardia». Por último, él y sus compañeros fueron al Cabaret Pompeya, un local famoso por el desnudo erotismo de sus bailarinas, de donde se les expulsó por ser demasiado ruidosos. En sus memorias, Peirats atribuye estas payasadas a «la influencia embrutecedora de la guerra. Y de lo chulo que es un hombre de uniforme con una pistola»[570]. Si bien esto puede tener algo que ver con su comportamiento de aquella noche, es probable que también le afectara profundamente la inutilidad de la guerra y la inevitabilidad de la derrota. Esta frustración interior solo se habría agravado a causa de la visión de una Barcelona en la que la mayoría, sus padres incluidos, se enfrentaba a la miseria y la escasez de alimentos, mientras que una minoría vivía con más que comodidad, como Peirats comprobó esa noche.

Cuando volvió al frente, a Sanz le habían ascendido a teniente coronel por su papel en la Batalla del Segre. Pero ahora la 26.ª, como el resto del ejército republicano, solo experimentaba derrotas y retiradas. Cuando la división alcanzó la Serra del Cadí, en el Pirineo catalán, se reunieron en

asamblea para discutir la posibilidad de crear la «República del Cadí», que se concebía como un cantón revolucionario que estaría protegido por el río Segre al oeste, Francia al este, los Pirineos andorranos al norte y la sierra al sur. Contando con el apoyo de los granjeros aragoneses y catalanes que les habían acompañado con su ganado en la retirada a Cadí, la idea daba pie a un ingenuo optimismo. Al final, tanto la CNT como el alto mando rechazaron el plan. Se ordenó a la 26.ª que se retirara hacia Puigcerdà, cerca de la frontera francesa[571].

Puigcerdà hervía de refugiados que trataban de entrar en Francia. Peirats fue convocado a una reunión de las JJ. LL. en el vestíbulo de la estación de ferrocarril. Entre escenas caóticas, un compañero de Barcelona le hizo pasar a una pequeña habitación en la que abrió un cajón para ofrecerle un pasaporte falso, emitido por las autoridades republicanas a las principales organizaciones antifranquistas con el fin de permitir que algunos de sus activistas pasaran sin obstáculos la frontera. La existencia de trato diferencial y de rutas privilegiadas al exilio explica cómo Miró, miembro del aparato de las FIJL, acabó paseando por las calles de París el mismísimo día después de dejar España[572]. Así, ya el 25 de febrero, se creaba en París el Consejo General del Movimiento Libertario-CNT, un supercomité con las figuras más representativas de la línea colaboracionista de la CNT-FAI-FIJL, con «Marianet» de secretario general y Germinal Esgleas, el compañero de Montseny, de vicesecretario[573]. Influido por su austera moralidad, a Peirats le disgustaron las diferentes clases de exilio y no quería privilegios ni favores. Eligió probar suerte con los demás, un gesto que le garantizaba acabar en un campo de concentración francés[574].

Con el resto de la 26.ª División, llegó a la frontera francesa, «rotas todas las ilusiones»[575]. Aproximadamente medio millón de refugiados cruzaron la frontera en el mayor éxodo humano desde España desde la expulsión de los judíos en el siglo XV. El 10 de febrero de 1939, tras cubrir la retirada de los civiles, apenas horas antes de que las tropas franquistas cerraran la frontera, la 26.ª División fue la última unidad del ejército republicano que cruzó a Bourg-Madame[576]. El último acto de Peirats en España fue destruir la pistola Walther que le había acompañado desde el asalto al cuartel de

Pedralbes en julio de 1936[577]. Entró en Francia como parte de un ejército derrotado, un apátrida, un ser inexistente[578].

---

411 Véase Amorós, *La revolución traicionada*, *passim*; Casanova, *De la calle*, pp. 177-220; Brademas, *Anarcosindicalismo*, pp. 173-249; Ealham, *La lucha*, pp. 269-304.

412 Chris Ealham, «De la "unidad antifascista" a la desunidad libertaria: "comités superiores" contra "Quijotes anarquistas" en el marco del Frente Popular (1936-37)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 41, 1, 2011, pp. 121-142.

413 Helmut Rüdiger, *Ensayo crítico sobre la Revolución española*, Buenos Aires, 1940, p. 30.

414 José Peirats, «En este que parece amanecer», *Frente Libertario*, junio de 1976.

415 *Solidaridad Obrera*, 4-11-36.

416 Ricardo Sanz, *El sindicalismo y la política. Los «Solidarios» y «Nosotros»*, Toulouse, 1966, p. 310.

417 Amorós, *La revolución traicionada*, p. 108.

418 Toryho, *No éramos tan malos*, p. 186.

419 *Guerra di Classe*, 5-11-36.

420 Amorós, *La revolución traicionada*, pp. 127-128.

421 Véase Joan Pau Fàbregas, *80 dies en el govern de la Generalitat. El que vaig fer i el que no em deixaren fer*, Barcelona, 1937.

422 Entrevista de Nick Rider con Concha Pérez Collado, 13-3-83.

423 Véase Antoni Castells, *Les col·lectivitzacions a Barcelona, 1936-1939*, Barcelona, 1993.

424 José Peirats, «Razones y sinrazones de la participación libertaria en el Gobierno», *Polémica*, 22-25, julio de 1986, p. 63.

425 Peirats, *Figuras*, p. 32; MI T.3, L.V, 201-202.

426 Ealham, «El mito de la muchedumbre», pp. 149-178; Thomas, *La fe y la furia*, pp. 99-130, 157-192.

427 Peirats, «Una experiencia...», p. 38; MI T.3, L.V, 202-205.

428 Carta a José Agustín, 26-10-69 (énfasis en cursiva original).

429 Carta de Antonia Fontanillas al autor, 6-1-11.

430 Carta a Mariano Puente, 29-7-71.

431 MI T.3, L.V, 199, 207, 211.

432 Amorós, *La revolución traicionada*, p. 107.

433 MI T.3, L.V, 201.

434 Peirats, «Razones…», *Polémica*, 22 y 25-7-86, p. 63.

435 Juan Manuel Fernández, *Cultura y libertad. La educación en las Juventudes Libertarias (1936-1939)*, Valencia, 1996, p. 64.

436 Fidel Miró, *Anarquismo y anarquistas*, México, 1979, p. 32.

437 Carta a Marcos Alcón, 13-2-63.

438 Cartas a Juan Gómez Casas, 15-12-71 y Marcelino Boticario, 18-6-87.

439 Carta a Ramón Fortich, 8-5-86.

440 MI T.3, L.VI, 246-247.

441 Miró, *Anarquismo*, p. 32; Carta a Diego Abad de Santillán, 18-2-73.

442 José Peirats, «Benito Milla Navarro», *Polémica*, octubre de 1987, p. 29.

443 José Peirats, «Doña Anastasia», *Frente Libertario*, abril de 1973.

444 Miró, *Una vida*, p. 205.

445 MI T.3, L.V, 207; véase también Broto y Bergés, *La Lleida anarquista*, p. 74.

446 MI T.3, L.V, 208. Para la violencia, véase Joan Sagués, *Una ciutat en Guerra: Lleida en la Guerra Civil Espanyola*, Barcelona, 2003, pp. 263-284.

447 Joan Sagués, «La recerca d'una nova societat des de la intervenció del poder local: els projectes d'un ajuntament en temps de guerra i de revolució (Lleida, 1936-1938)», *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis Històrics*, 13, 2002, pp. 89-104, especialmente pp. 90-91.

448 Carta a Fidel Miró, 17-9-68.

449 MI T.3, L.V, 210; véase Antonio Téllez, *Apuntes sobre Antonio García Lamolla y otros andares con un recuerdo del mismo por José Peirats*, Vitoria, 1992 y Jesús Navarro, *Antoni García Lamolla. Biografia d'un pintor*, Lleida, 2011.

450 MI T.3, L.V, 209; José Peirats, «Coloquio juliano», *Frente Libertario*, julio de 1972. Ver también «Viroga», *Juventud e ideas,* Barcelona, s.f. (1937).

451 Las prostitutas desaparecieron más tarde, cuando se enteraron de que el comercio del sexo volvía a ser tolerado en Barcelona (Peirats, «Una experiencia...», p. 45).

452 Jaume Roca, «Historia de la veterinaria en Catalunya (1400-1980)», tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 1992, p. 371.

453 MI T.3, L.V, 212; Sagués, *Una ciutat en Guerra*, pp. 315-318.

454 José Peirats, «Antonio García Lamolla», *Cultura Libertaria*, 7, enero de 1986.

455 MI T.3, L.V, 208; Navarro, *Antoni Garcia Lamolla*, p. 78.

456 José Peirats, «García Lamolla y el surrealismo», *Inquietudes*, junio de 1947.

457 *Acracia*, 5-11-36.

458 *Solidaridad Obrera*, 6-11-36.

459 MI T.3, L.V, 210; véase también Ilyá Ehrenburg, *Corresponsal en la Guerra civil española*, Gijón, 1979, p. 24.

460 «Durruti, altavoz de la anarquía», *Acracia*, 6-11-36.

461 MI T.3, L.V, 213.

462 *Acracia*, 12-11-36.

463 Peirats, «Notas»; véase también Jaume Barrull, *Violència popular i justicia revolucionària. El Tribunal Popular de Lleida (1936-1937)*, Lleida, 1995.

464 Sagués, *Una ciutat en Guerra*, p. 268; Josep Maria Solé i Sabaté y Joan Villarroya i Font, *La repressió a la reraguarda de Catalunya (1936-1939)*, Barcelona, 1989, vol. 1, p. 135. Para Tomás en Lleida, véase *Acracia*, 12-10-37.

465 MI T.3, L.V, 219.

466 MI T.3, L.V, 217.

467 Broto y Bergés, *La Lleida anarquista*, p. 93.

468 MI T.3, L.V, 211.

469 Téllez, *Apuntes*, p. 43; MI T.3, L.V, 215.

470 *Acracia*, 8-11-36.

471 *Acracia*, 29-3-37; Sagués, *Una ciutat en Guerra*, p. 485.

472 Así, es posible leer: «Peirats era un anarquista catalán, probablemente de Lleida, que editaba un periódico, *Acracia*, publicado en su provincia de origen durante los años treinta» (Trad. del T.) (James Cortada (ed.), *Historical Dictionary of the Spanish Civil War, 1936-1939*, Westport, Conn., 1982, p. 391).

473 Peirats, «Una experiencia...», p. 40; Antonio Téllez, «Recuerdos. Peirats, Lérida y las Juventudes Libertarias», *Anthropos*, 102, pp. 61-63.

474 Miró, *Una vida*, p. 205.

475 Téllez, «Recuerdos», *Anthropos*, 102, pp. 61-63.

476 MI T.3, L.V, 214.

477 MI T.7, L.XIII, 54.

478 MI T.3, L.V, 220, 234.

479 MI T.7, L.XIV, 86.

480 *Ruta*, 18-2-37.

481 MI T.3, L.V, 216.

482 MI T.3, L.V, 221-224.

483 Carta a José del Amo, 3-9-71.

484 Broto y Bergés, *La Lleida anarquista*, p. 98.

485 Véase la foto en *Tiempo de Historia*, 62, enero de 1980, de un joven Peirats flanqueado por dos muchachas libertarias durante una excursión.

486 Pedro Panés, «Semblanza de Felipe Aláiz», manuscrito inédito (Carpeta 329, Archivo de José Peirats, IISG), p. 5.

487 MI T.3, L.V, 215 y T.5, L.X, 16, 18-19, 21.

488 Carta a Antonia Fontanillas, 18-2-89.

489 Carta a Ramón Fortich, 19-6-85; MI T.3, L.V, 215.

490 MI T.3, L.V, 225.

491 Peirats, *Examen crítico-constructivo*, pp. 7-8.

492 Para la guerra y los problemas de la República, véase Helen Graham, *La República española en guerra. 1936-1939*, Barcelona, 2006.

493 *Solidaridad Obrera*, 6-3-37.

494 Véase *Acracia*, 21 y 27-3-37.

495 Véase Manuel Muñoz, *Marianet*, *semblanza de un hombre*, México, 1960.

496 Véase sus memorias, *No éramos tan malos.*

497 Amorós, *La revolución traicionada*, p. 269.

498 Gómez, *Colección de Historia Oral*, pp. 30-31.

499 MI T.3, L.V, 226-8; Peirats, «Una experiencia...», p. 41.

500 Peirats, «Una experiencia...», p. 41.

501 FAI, *Informe que somete el Comité Nacional a la organización para su discusión en el pleno nacional de regionales que tendrá lugar los días 5 y sucesivos en abril*, Barcelona, 1937 (Archivo de la FAI, IISG carpeta 111).

502 Véase CNT, *Acuerdos del pleno nacional de regionales de la CNT*, 15-4-1937 (Archivo de la CNT, IISG carpeta 53A) y *Acracia*, 21 y 26-4-37.

503 Guillamón, *Barricadas*, pp. 139-190. Para una perspectiva frentepopulista, véase Ferran Gallego, *Barcelona, mayo de 1937: la crisis del antifascismo en Cataluña*, Barcelona, 2007.

504 Ealham, *La lucha*, pp. 300-303.

505 García Oliver, *El eco*, pp. 425-428.

506 Pelai Pagès, *La presó Model de Barcelona. Història d'un centre penitenciari en temps de guerra (1936-1939)*, Barcelona, 1996, pp. 359-381.

507 Ramón Liarte, *Entre la revolución y la guerra*, Barcelona, 1986, p. 94.

508 Joan Pous i Porta y Josep Maria Solé i Sabaté, *Anarquia i república a la Cerdanya, 1936-1939. El «Cojo de Málaga» i els fets de Bellver*, Barcelona, 1991, pp. 142-173; Gabriel Jackson, *Juan Negrín: Physiologist, Socialist and Spanish Republican War Leader*, Brighton, 2010, pp. 65-66.

509 MI T.3, L.VI, 228-230.

510 Agustín Guillamón, «Los Amigos de Durruti, 1937-1939», *Balance*, 3, 1994.

511 Véase, *El Amigo del Pueblo*, 12-8-37 y Agrupación de la Amigos de Durruti, *Hacia una nueva revolución*, s.l., s.f.

512 Amorós, *La revolución traicionada*, p. 269; MI T.3, L.VI, 237.

513 Gómez, *Colección de Historia Oral*, p. 32.

514 Entrevista con Diego Camacho («Abel Paz»), 5-11-05.

515 Campos, *Una vida*, p. 105.

516 MI T.3, L.VI, 231-233, 43; Peirats, «Una experiencia...», p. 44.

517 MI T.3, L.VI, 234.

518 Peirats, «Una experiencia...», p. 44.

519 Paz, *Viaje al pasado*, p. 205. Véase también Fernández, *Cultura*, pp. 73-96.

520 Peirats, «Antonio García Lamolla», p. 45.

521 MI T.3, L.VI, 234-235.

522 Miró, *Una vida*, p. 206.

523 Paz, *Viaje al pasado*, p. 210. Para ejemplos de la censura, véase *Ruta*, 21 y 27-5, y 3 y 24-6, 27-7-37.

524 MI T.3, L.VI, 239-240.

525 *Frente Libertario*, abril de 1973.

526 Los anuncios de *Los intelectuales en la revolución* aparecieron en *Esfuerzo*, 1 y 7-10-37.

527 Peirats, *Los intelectuales*, pp. 9-14.

528 Peirats, *Los intelectuales*, p. 19.

529 Miró, *Una vida,* p. 209.

530 MI T.3, L.VI, 241, 245.

531 Peirats, «Una experiencia...», p. 47.

532 Véase FAI, *Memoria del Pleno peninsular de Regionales: celebrado en Valencia los días 4, 5, 6 y 7 de Julio de 1937*, Valencia, 1937.

533 MI T.3, L.VI, 251.

534 Peirats contaba cómo un grupo de compañeros, que «quisieron jugarle una mala pasada», fueron a recibir al antiguo seminarista a la estación del tren a su llegada a Barcelona en 1933. Toryho esperaba que le llevaran a la redacción de *Soli*, pero, para horror suyo, fueron a *La Criolla*, cerca del puerto, que era sin duda el más infame club nocturno de la ciudad, famoso por su clientela de travestidos (José Peirats, «Sueños de una noche de verano», *Frente Libertario*, septiembre de 1971).

535 MI T.3, L.VI, 253.

536 MI T.3, L.VI, 254; García Oliver, *El eco*, pp. 466-468.

537 François Godicheau, *La Guerre d'Espagne: République et révolution en Catalogne (1936-1939)*, París, 2004, pp. 357-359.

538 Carta a Pedro Panés, 1-2-82.

539 Paz, *Viaje al pasado*, p. 210; MI T.3, L.VI, 249.

540 MI T.3, L.VI, 254.

541 Carta a Vernon Richards, 13-3-88.

542 Carta a Pedro Panés, 1-2-82 y MI T.3, L.VI, 255.

543 MI T.3, L.VI, 256.

544 MI T.3, L.VI, 249.

545 MI T.3, L.VI, 256.

546 MI T.3, L.VI, 257, 261.

547 MI T.3, L.VI, 249.

548 Carlos Engel, *Historia de las Brigadas Mixtas del Ejército Popular de la República 1936-1939*, Madrid, 1999, pp. 5-9; véase también Michael Alpert, *The Republican Army in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge, 2007, pp. 59-84, 202-217.

549 Véase sus memorias, *El sindicalismo y la política* y *Los hijos de trabajo.*

550 MI T.4, L.VII, 1-4.

551 Carta a Ignacio de Llorens, 5-5-88.

552 MI T.4, L.VII, 5-7, 9, 70, 81.

553 MI T.4, L.VII, 17.

554 *Solidaridad Obrera*, 30-12-37; MI T.4, L.VII, 13.

555 Alpert, *The Republican Army*, pp. 145, 148; García Oliver, *El eco*, pp. 220-202.

556 MI T.4, L.VII, 14.

557 MI T.4, L.VII, 19-21.

558 MI T.4, L.VII, 22-23.

559 Ricardo Sanz, *Los que fuimos a Madrid*. *Columna Durruti 26 División*, http://www.kclibertaria.comyr.com/lpdf/l085.pdf (accedido el 16/9/14 a las 9.27), pp. 72, 83-86, 94-95.

560 MI T.4, L.VII, 31, 34-36.

561 José Borrás, *Del radical-socialismo al socialismo radical y libertario: memorias de un libertario*, Madrid, 1998, p. 77.

562 MI T.4, L.VII, 26, 36-40, 44-45.

563 Véase Pol Galitó, Manel Gimeno, Rodrigo Pita y Josep Tarragona, *Les batalles del Segre i la Noguera Pallaresa. L'atac final contra Catalunya: abril-desembre 1938*, Lleida, 2006 y Engel,

Historia de las Brigadas Mixtas, p. 156.

564 MI T.4, L.VII, 48-49.

565 Borrás, *Del radical-socialismo*, p. 77.

566 MI T.4, L.VII, 50-53.

567 MI T.4, L.VII, 65 bis, 66-7; Sanz, *Los que fuimos a Madrid*, pp. 92-94.

568 MI T.4, L.VII, 68-69.

569 Engel, *Historia de las Brigadas Mixtas*, p. 156.

570 MI T.4, L.VII, 69-70.

571 MI T.4, L.VII, 73 y L.VIII, 95-96.

572 Miró, *Una vida*, p. 261.

573 Herrerín, *La CNT*, p. 40. Para Esgleas, véase Jordi Amat, *L'anarcosindicalisme a examen: Germinal Esgleas (1903-1981). Una vida en roig i negre*, Mataró, 1996.

574 MI T.4, L.VIII, 97-98.

575 MI T.4, L.VIII, 96.

576 Sanz, *Los que fuimos a Madrid*, pp. 116-117.

577 MI T.4, L.VIII, 101.

578 Para la retirada véase Sharif Gemie, «The Ballad of Bourg-Madame: Memory, Exiles and the Spanish Republican Refugees of the "Retirada"», *International Review of Social History*, 51, 1, 2006, pp. 1-40 y David Wingeate Pike, *Vae victis! Los republicanos españoles refugiados en Francia, 1939-1944*, París, 1969.

CAPÍTULO 6

DE LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN FRANCESES AL NÓMADA ANARQUISTA DE LAS AMÉRICAS, 1939-1947

> No debiera arrancarse a la gente de su tierra o su país, no a la fuerza. La gente queda dolorida, la tierra queda dolorida. Nacemos y nos cortan el cordón umbilical. Nos destierran y nadie nos corta la memoria, la lengua, los calores. Tenemos que aprender a vivir como el clavel del aire, propiamente del aire. Soy una planta monstruosa. Mis raíces están a miles de kilómetros de mí y no nos ata un tallo, nos separan dos mares y un océano. El sol me mira cuando ellas respiran en la noche, duelen de noche bajo el sol.
>
> Juan Gelman, *Bajo la lluvia ajena*

Con treinta y un años y apenas la ropa que le cubría, Peirats inició una vida incierta como uno de los «gitanos del exilio»[579]. Se estima que unos 80.000 militantes de la CNT-FAI entraron en Francia en 1939[580]. Si incluimos a los simpatizantes del movimiento, el número total de cenetistas desplazados quizá fue el doble de esa cifra. Habiendo perdido su revolución, los anarcosindicalistas eran perdedores de una guerra civil durante la cual sus anteriores aliados les marginaron y vilipendiaron progresivamente. Los años jóvenes de rebelión de Peirats le habían dotado de camaradería y un amor duradero por la lucha. Su activismo también le proporcionó una auténtica dureza personal y, ya sea haciendo de piquete en las huelgas o rifle en mano durante la revolución y la Guerra Civil, su vida y su libertad fueron amenazadas en varias ocasiones. Ahora se enfrentaba a una nueva prueba de fuerza en el exilio.

El campo de concentración de Vernet d'Ariège

Nada volvería a ser lo mismo nunca para la generación de activistas que cruzaron los Pirineos. Estimulados por sus proyectos para un mundo mejor y más justo, su utopía yacía ahora fracturada tras ellos. Se enfrentaban a la derrota y «la muerte de la esperanza»[581]. Para Peirats, era el fin de «nuestro sueño», «un colapso brutal»[582]. Los anarcosindicalistas entraron en Francia traumatizados y desmoralizados. La primera experiencia del exilio fue el humillante trato que recibieron de los guardias de la frontera, que a menudo les despojaron de objetos personales y valiosos, antes de arrearlos como ganado hacia campos de concentración improvisados. Sus condiciones eran pésimas, y en ningún sitio peores que en el famoso de Vernet d'Ariège, donde fueron internados Peirats y una cantidad de entre 12 y 15.000 «anarquistas peligrosos» de la Columna Durruti[583]. Sin uso desde la Primera Guerra Mundial, cuando albergó a los prisioneros de guerra alemanes, Vernet era un establecimiento de castigo con disciplina militar, reservado a los individuos más «peligrosos», incluidos delincuentes comunes e «indeseables para el orden público». El principal castigo era el pozo —un hoyo de metro y medio de hondo y diámetro parecido rodeado de alambrada, sin techo—[584]. Cuando llegó Peirats, además de hallarse en estado de abandono, el medio kilómetro cuadrado de sus instalaciones era deplorablemente inadecuado para los miles de detenidos concentrados allí [585]. Al principio no había suficientes chozas de madera para acomodar a los detenidos y Peirats describe el dormir con otros en una tienda en invierno, con una manta sacada del ejército franquista, «un trofeo de guerra», como techo[586]. Entre la nieve y el barro, las condiciones eran muy insalubres, y no había duchas. Entre su llegada en febrero de 1939 y septiembre, murieron 57 internos por una combinación de hambre, enfermedad y frío[587]. La disentería y el tifus eran galopantes, y atrapaban a los exiliados en un ciclo de muerte, pérdida y dolor[588]. La comida también andaba escasa. Al principio, los detenidos se repartían los restos de comida que habían traído a través de la frontera, que, como no tenían valor real, era una de las pocas cosas que los guardias no les habían robado. Según el autor húngaro-británico Arthur Koestler, que fue internado en Vernet por esta

época, las condiciones estaban «por debajo del nivel de un campo de concentración nazi»[589].

Como Peirats solía decir, «uno se crece en la debilidad de los otros»[590]. En esta institución profundamente deshumanizadora y brutal, los anarcosindicalistas instauraron la CNT de España en el campo de Vernet como contrapeso al control jerárquico embrutecedor al que estaban sometidos. A medida que se establecían nuevas estructuras democráticas, cada choza del campo tenía su propia asamblea, que a su vez elegía un comité. En una estructura que se basaba en la organización federal de la CNT, los comités de choza elegían entonces comités de sector, que elegían un comité del campo que transmitía demandas a las autoridades de Vernet[591]. Según un detenido, la barraca número 30, a la que estaba asignado Peirats, albergaba la mayoría de las reuniones orgánicas[592]. También fue elegido secretario de la comisión del campo[593].

Para compensar la miseria dominante y elevar la autoestima individual y colectiva, se hicieron grandes esfuerzos por dignificar la suerte de los internados mediante actividades culturales. Aparecieron periódicos murales que, en general escritos a mano, informaban de las decisiones alcanzadas en asambleas del campo y detallaban la miríada de actividades educativas que se ofrecían[594]. Entre estas había debates, grupos de discusión y una serie de clases, como lengua francesa, educación general, y otras más especializadas en teoría política y, por supuesto, historia e ideología revolucionarias[595]. Esta labor cultural se benefició de la presencia de personajes como el poeta y ensayista y antiguo miliciano de la Columna Durruti Francisco Carrasquer, que más tarde consiguió el doctorado por la Sorbona antes de pasar a ser profesor de literatura española en la Universidad de Leiden[596], y, por supuesto, Peirats, que tenía larga experiencia en la organización de iniciativas pedagógicas en los ateneos.

Sin embargo, algunos activistas estaban abrumados por completo por la sucesión de desgracias e indignidades que les habían ocurrido. Mientras que los militantes en general preferían no hablar públicamente de estos casos, unos 40 años más tarde, en una carta privada a otro exiliado, Peirats dejó una evaluación cruda y honesta:

> En el exilio hemos visto gastarse a muchos hombres que creíamos sólidos. El destierro ha sido una piedra de toque que puso al más bien plantado. Tipos elegantes, verdaderos dandys conocí en Barcelona que en Vernet se convirtieron en piltrafas criaderos de piojos. Otros hozaban como cerdos en los montones de basura en busca de una piltrafa. El trance era muy duro y los más fáciles flaqueaban[597].

Entre la escasez y la miseria, se desarrolló un mercado negro, basado en la usura, el trueque y, en algunos casos, los servicios sexuales. En esta zona de comercio clandestino, apodada el «Barrio Chino» en homenaje a la economía informal del barrio del Raval de Barcelona, era posible comprar casi cualquier cosa, desde cigarrillos hasta sexo[598]. Los anarcosindicalistas estaban horrorizados por lo que consideraban un horrendo fallo de la solidaridad humana, una camarilla avariciosa que se aprovechaba de la agonía de dentro del campo. El desagrado por el «Barrio Chino» probablemente era mayor por culpa de los sentimientos homofóbicos entre los militantes masculinos de la CNT. Cuando las advertencias para que se detuviera el comercio fueron desoídas, los anarcosindicalistas impusieron a la fuerza su voluntad colectiva sobre el «Barrio Chino» organizando una sucesión de incursiones de castigo a cargo de grupos armados de porras y bastones, la misma justicia ruda empleada antes en las huelgas de la CNT[599].

José fue uno de los más afortunados en Vernet. En julio, tras cinco meses allí, fue transferido a un régimen más relajado en Lauberet, cerca de Cognac [600]. Hay escasez de información sobre Lauberet, donde las autoridades habían alquilado una granja abandonada para aliviar la presión de los campos atestados. No está claro por qué trasladaron a Peirats, aunque según otro detenido de Vernet, le dolía mucho la pierna, así que es posible que las autoridades del campo le autorizaran que se marchara por razones compasivas [601]. Compuesto de varios edificios, Peirats describió Lauberet como un «campamento» que albergaba a unos cientos de exiliados: las familias, mujeres y niños vivían en el edificio principal, mientras que los hombres estaban diseminados por las casas exteriores de los alrededores. No estaban encerrados, pero les supervisaba un vigilante, un coronel del ejército retirado, y estaban restringidos a un radio de 300 metros de la casa

principal de la granja. La principal división del campo se levantaba entre los anarquistas y los comunistas, que ocupaban edificios separados[602].

Como las de Vernet, las condiciones eran primitivas. Peirats describe sus días allí como «tórridos»[603]. Equipados solo con mantas, los exiliados dormían sobre paja en una gran habitación en la que todas las ventanas estaban rotas. El frío era tal que los internados crearon una «cama colectiva», que les permitía poner en común sus mantas y abrigos, que eran apilados sobre la cama. Muchas personas tenían sarna, y la comida era escasa; Peirats y un amigo salían clandestinamente del perímetro en busca de caracoles y frutos silvestres. Para entretenerse, organizaban partidos de fútbol, por lo común anarquistas contra comunistas, aunque en algunas ocasiones los jugadores cambiaban de equipo, lo que sugiere que la división ideológica allí estaba lejos de ser hermética. Peirats inspiró otro ejercicio escapista: «La maraña», «una banda de músicos sin instrumentos», que dirigía con una revista como partitura y un atril fabricado por encargo, mientras los músicos soplaban en unos palos, utilizaban tambores para la percusión e imitaban los sonidos de los instrumentos con sus voces. La «orquesta» practicaba a diario y daba conciertos para el resto de los detenidos, ejecutando una mezcla de pasodobles, valses y zarzuelas. Mientras tanto, los anarcosindicalistas creaban su propio diario mural, con una agencia de noticias que detallaba la vida dentro del campo y más allá [604].

A medida que Europa se deslizaba de manera inexorable hacia la guerra en otoño de 1939, la inseguridad crecía entre la comunidad de Lauberet. Un día, un jefe de policía llegó con gendarmes e invitó a los hombres a unirse al ejército en reconocimiento a su «deuda» con Francia. Al no salir ningún voluntario, les dijeron que serían devueltos a España para que Franco pudiera juzgarles por sus «crímenes»[605]. En lo personal estos fueron días de agonía para Peirats. Aunque ya podía escribir y recibir cartas, la mayoría de las noticias que le llegaban eran inquietantes. Sus padres le informaban de que dos de sus primas estaban en campos de concentración franceses. Peor aún fue el destino de su querido tío Benjamín, de La Vall, al que habían encarcelado y golpeado brutalmente los franquistas. Nunca se recuperó de la tortura y fue incapaz de volver a trabajar, y su mujer se vio reducida a

mendigar por las calles. Los padres de Peirats también le advirtieron de que no volviera nunca a Barcelona[606]. Por la misma época recibió una carta de su amigo de la infancia Domingo Canela, que le acusó de cobardía por marcharse a Francia y abandonar a sus padres. Peirats se puso furioso y le contestó explicando que si hubiera hecho tan poco durante la revolución y la guerra como Canela se habría visto menos obligado a irse al exilio. No se reconciliaron hasta los años ochenta[607].

Por esa época los anarcosindicalistas de Lauberet recibieron una carta del MLE-CNT señalando la posibilidad de instalarse en las Américas como parte de un acuerdo entre las organizaciones republicanas exiliadas y diversos gobiernos de Sudamérica y el Caribe[608]. En lo que se refiere a exiliarse a las Américas, los anarquistas volvieron a ser discriminados. De las dos grandes organizaciones implicadas en el reasentamiento de exiliados, el Servicio de evacuación de refugiados españoles, establecido por Juan Negrín, el último presidente de Gobierno de la República, favorecía a los comunistas y sus aliados socialistas, mientras que la Junta de auxilio a los republicanos españoles, establecida por Indalecio Prieto, socialista y ministro de Defensa en el Gobierno de Negrín, prefería socialistas y republicanos moderados[609]. En esta situación, los anarquistas recibieron un número de visados desproporcionadamente inferior en relación con los demás grupos, a pesar de ser más numerosos. Mientras tanto, los «notables» anarquistas, como el exministro García Oliver, sacaban la paja afortunada del exilio en México[610].

A los de Lauberet se les ofreció la posibilidad de ir a la República Dominicana, entonces gobernada por el violento dictador proestadounidense Rafael Trujillo, «el Tigre del Caribe». Después de México, su Gobierno era el que admitía más exiliados españoles, aunque seleccionaba trabajadores agrícolas y jóvenes varones solteros[611]. Estos últimos formaban parte del plan racista de Trujillo de «blanquear» la población civil cercana a la frontera con Haití, el mismo objetivo que hizo que sus tropas masacraran a unos 12.000 haitianos en su mayoría negros en 1937[612]. Mientras que algunos exiliados pospusieron el viaje por los rumores de submarinos alemanes en el Atlántico, Peirats y unos pocos más,

incluido Juan «Pani» Panisello, de quien se había hecho amigo en Lauberet, decidieron embarcarse en «la peligrosa aventura». Semanas más tarde, recibieron una orden de embarque para Santo Domingo, que presentaron al vigilante. Antes de marcharse, se les obligó a firmar una nota en que aceptaban que no podrían volver a Francia en el caso de que su país de destino rehusara admitirlos. Con dinero de una organización de solidaridad republicana, Peirats partió del puerto de Burdeos, donde se compró zapatos y un abrigo grueso para combatir el frío del Atlántico[613].

«Haciendo las Américas» de mala manera

Peirats partió para el viaje de 19 días a Santo Domingo a bordo del *La Salle* el 2 de diciembre de 1939. Entre los casi 800 exiliados que se fueron en busca de una nueva vida en las Américas había muchos anarquistas, incluidas varias familias[614]. Después de 11 días se acercaron a la zona tropical, lo cual anunciaron tormentas y un intenso calor, y acabaron alcanzando su destino el 19 de diciembre. A Peirats y sus amigos los recibió en el puerto Roberto Alfonso, un activista de la CNT de Barcelona que les ayudó a orientarse durante un breve periodo de transición en Santo Domingo, antes de que partieran para su nuevo hogar, una granja aislada cerca de San Juan de la Maguana, a 200 kilómetros de la capital y a apenas 50 de la frontera haitiana[615].

La vida en San Juan era muy dura para estos improvisados labradores. En medio de una humedad intensa, cultivaban patatas y arroz, utilizando machetes para despejar la tierra y llevando grandes sombreros de paja para protegerse del calor implacable. Trabajaban con intensidad desde el amanecer hasta las dos de la tarde, y vivían en el temor a la enfermedad tropical. Después del trabajo, la mayor parte de los días comían, y luego leían y dormían hasta la cena. Después de la cena, se sentaban y discutían el periódico antes de retirarse. De vez en cuando se podían permitir el lujo de un viaje a Santo Domingo. Más a menudo, montaban a caballo hasta la cercana ciudad de San Juan de la Maguana para ir al cine. A veces asistían a bailes, que en ocasiones acababan en luchas a machete entre los hombres

del lugar. Sin embargo, a raíz de un episodio amoroso entre uno de los compañeros de Peirats y una mujer casada de la localidad, los exiliados cerraron filas y dejaron de asistir a estas fiestas. Peirats nunca se adaptó a la vida en la República Dominicana. Le sobrecogía en especial la brutal vida cotidiana de la comunidad negra, la discriminación y las palizas y asesinatos infligidos por los amos blancos. Al final, además de leer, sus únicas diversiones eran montar a caballo, tomar café y cantar zarzuelas en casa con los amigos[616].

En general se acepta que la suerte de los exiliados en la República Dominicana fue imposible[617]. A pesar de alguna ayuda gubernamental, la vida era miserable: el suelo era de pobre calidad, el clima extremo y había poca infraestructura económica. Peirats y sus compañeros de trabajo apenas subsistían en su agotadora batalla diaria contra la naturaleza. Incapaces de permitirse la carne, se hicieron vegetarianos *de facto*. Peirats ni siquiera podía permitirse el coste del correo aéreo, por lo que enviaba las cartas por mar, lo cual era muy azaroso debido a los ataques a los barcos en tiempo de guerra. Con las expectativas europeas, no es sorprendente que la mayoría de los españoles de la República Dominicana reemigraran, con el apoyo de la CNT, a países vecinos más desarrollados en cuanto pudieron[618]. Peirats y sus socios soñaban todos con escapar a Argentina o México[619].

Sin ahorros para trasladarse a otro país, Peirats encontró una vía de escape cuando conoció al escritor estadounidense y buen amigo de los exiliados, John Dos Passos, presidente del New World Resettlement Fund for Spanish Relief (Fondo de Repoblación del Nuevo Mundo para el Alivio Español), que estaba inmerso en un nuevo proyecto en Ecuador, cuyo gobierno quería admitir españoles con conocimientos de agricultura para colonizar zonas rurales despobladas. A raíz de una entrevista con el cónsul ecuatoriano en Santo Domingo en la que Peirats se presentó como experto en la producción de naranjas, fueron seleccionados él y varios compañeros, incluido su amigo «Pani»[620].

En diciembre de 1940, un año después de su llegada a Santo Domingo, Peirats y el resto partieron en barco hacia Ecuador. Luego continuaron por tierra a su destino en la jungla, donde iniciaron una aventura que resultó ser aún más inviable que la previa. Con subsidios del gobierno central y de la

New World Resettlement Fund for Spanish Relief, compraron cerdos y vacas y se pusieron a construir casas de madera para su pequeña comunidad. Pero el trabajo era agotador en la «República de los mosquitos», donde les amenazaban las enfermedades tropicales y las serpientes venenosas, y a menudo violentas tormentas les destruían las cosechas. Las cosas mejoraron después de entrar en contacto con la comunidad indígena, que les dio consejos, y poco a poco la comuna se estabilizó. Peirats construyó un horno y se hizo panadero principal. Otros iniciaron negocios de troncos y empezaron a vender madera. Sin embargo, llevaban «una vida completamente vegetativa» y, cuando los Estados Unidos entraron en la Segunda Guerra Mundial, la New World Resettlement Fund for Spanish Relief se volvió menos receptiva a las peticiones de apoyo económico. La desmoralización invadió a los miembros de la comunidad, que estuvieron de acuerdo en buscar alternativas a su «penuria»[621].

Peirats y su amigo «Pani» salieron para la capital, Quito, donde, por un tiempo, trabajaron de panaderos, antes de convertirse en trabajadores de la construcción en Guayaquil, y más tarde en Durán. Su trabajo estaba mal pagado y apenas les bastaba para la subsistencia[622]. Peirats siempre había vivido con frugalidad o en semipobreza, pero la vida hasta entonces en el exilio se había caracterizado por la pobreza extrema, que ofrecía pocas perspectivas de escape, lo cual solo podía ser del todo desmoralizador.

Peirats y «Pani» ahora estaban ansiosos por llegar a Panamá. Habían pasado por el canal de Panamá de camino a Ecuador desde Santo Domingo y esperaban que la economía allí les ofreciera mejores posibilidades de empleo. También sabían que la CNT tenía más infraestructura en el país[623]. Después de ahorrar para el pasaje, tras dos años en Ecuador salieron hacia su nueva «tierra de promisión» el 1º de enero de 1943. A pesar de los tiempos duros, Peirats sintió nostalgia de Ecuador, «el país que más me ha ganado el corazón de todo mi itinerario americano» debido «al espíritu acogedor de sus verdaderos nativos»[624].

El viaje de Durán a Panamá, unos 1.200 kilómetros por mar, casi se convirtió en tragedia cuando el motor de su pequeño barco falló después de una gran tormenta. A la deriva en el océano durante 13 días, el viaje casi les llevó tanto tiempo como la travesía del Atlántico en 1939. Como no estaban

preparados para aquel calvario, racionaron la comida y el agua hasta que fueron rescatados[625]. Como había perdido gran parte de su equipaje, su pasaporte y algunos cuadernos de notas en la tormenta, Peirats entró en Panamá ilegalmente, con poco más que la ropa que vestía. Cuando las autoridades supieron de los inmigrantes ilegales, se vio obligado a esconderse en la casa de unos compañeros de Barcelona hasta que pudiera resolverse su situación de inmigración. Poco después, él y «Pani» encontraron empleo repartiendo hielo a restaurantes y bares, lo cual en la práctica suponía cargar y distribuir grandes barras de hielo, tarea a la que no ayudaban los dolores de pierna de Peirats[626]. Aunque el trabajo estaba mejor pagado que en Ecuador, pronto se desilusionó del que había descubierto que era un país muy pobre[627]. Las cosas mejoraron un poco cuando se hizo panadero de nuevo, trabajo que le era familiar. Con inicio a las cinco de la mañana, estaba libre desde la una de la tarde, lo que le permitía satisfacer sus dos principales pasiones: el cine y la lectura. Reunió una nueva biblioteca y empezó a estudiar inglés en clases vespertinas en la universidad local. Con más ingresos disponibles, como era común en los círculos de emigrados anarcosindicalistas contribuyó a fondos de solidaridad para ayudar a compañeros más pobres, y también envió dinero a la prensa anarquista de Nueva York y México[628].

Como el movimiento libertario tenía una infraestructura más desarrollada en Panamá, después de un interregno de cuatro años en la República Dominicana y Ecuador con su «número reducido de compañeros»[629], durante los cuales todo estaba subordinado a la lucha diaria por la supervivencia, Peirats volvió a las actividades de la CNT[630]. En 1945 dio una serie de charlas sobre la evolución del Estado franquista, que fueron posteriormente publicadas como folleto, *15 Conferencias Breves. Disección del Franquismo* [631]. Antes de esto, parece que su única contribución a la prensa anarquista fue un obituario por su amigo «Viroga» de Barcelona, que apareció en *Cultura Proletaria* de Nueva York[632]. Con solo 30 años, «Viroga», que había trabajado con Peirats en *Acracia*, murió en el invierno de 1941 de tuberculosis contraída en un campo de concentración francés.

Como una clara señal de inquietud interna, a Peirats le costaba adaptarse a la vida en Panamá, y decidió trasladarse a Venezuela en 1946[633]. Le animó en esta decisión Campuzano, un compañero de Barcelona y periodista en *El País* de Caracas. Por invitación de Campuzano, Peirats colaboraba con el periódico desde Panamá. Más tarde convenció a José de que habría trabajo de periodista para él allí. En Caracas, vivió en un hotel barato con muchos otros españoles y vascos. Incapaz de vivir de las colaboraciones periodísticas ocasionales, se vio obligado a aceptar trabajos a tiempo parcial[634]. Una vez más, estaba hundido en el fango de la pobreza. Escribiéndole a «Pani», que se había quedado en Panamá, reconocía: «Estoy viviendo de mis reservas… el día que se me rompan los zapatos va a ser una tragedia»[635].

Como consecuencia de su forzosa ausencia del activismo dentro del movimiento libertario, que había sido su estrella polar durante la mayor parte de su vida, hay datos de que Peirats estaba de alguna manera a la deriva. En Caracas se interesó por el boxeo, un deporte tradicionalmente rechazado por las Juventudes Libertarias como espectáculo embrutecedor. Igual de ajeno a su carácter es que un día, en una parada de autobús, se enzarzara en una pelea con un extraño que había intentado saltarse la cola por delante de él[636]. Es evidente que a Peirats le atenazaban varias tensiones en aquel momento. En Panamá describía su «hambre de hembra»[637]. Esto empeoró en Venezuela donde, en una carta a «Pani», comentaba cómo su «hábito celibatario como un monje penitente» le estaba generando nuevas frustraciones: «No puedes imaginarte lo que cuesta en este país mantener la castidad. El desfile callejero de Caracas es capaz de tumbar al más ducho»[638]. Otra fuente de frustración era su incapacidad para encontrar tiempo para estudiar y escribir: «Quien me roba estas dos cosas me roba la vida», escribió a sus padres[639].

Si los que se quedaron en España se enfrentaron a la represión *directa* de sus cuerpos en comisarías, cárceles o delante del pelotón, la represión del exilio fue más indirecta, principalmente manifestada a través de una serie de ausencias que dejaron un enorme hueco en las vidas de los desterrados. Así, un exiliado se refería a «la infinidad de recuerdos de juventud

acumulados que, poco a poco, se iban convirtiendo en otras tantas añoranzas»[640]. Para los activistas como Peirats, cuya vida cotidiana giró antaño en torno a innumerables interacciones humanas afectivas en sus casas y en los talleres, el ateneo o el sindicato, su desarraigo físico había destruido el tejido social de su existencia. Alejado de sus seres queridos y de todo lo que había constituido su ser, la vida diaria se le hacía extraña, una lucha incierta y constante por la supervivencia material. Estaba acostumbrado a trabajar duro, pero su vida era una sucesión de ausencias: de su familia, su barrio, sus amigos, sus compañeros, de la oportunidad de escribir y de luchar. Esto le dejó una sensación recurrente de pérdida y dislocación. Como escribió a sus padres en 1943, «el nómada siempre tiene puestos los ojos en su patria de origen; y es con vistas a ella que uno sufre, priva, trabaja, trabaja y espera»[641]. Este anhelo convirtió su tiempo en América en «siete años interminables»[642]. Si excluimos su estancia en Vernet, este fue el peor periodo de su vida, y si se compara con las situaciones extremas a las que se enfrentó en el frente al final de la guerra, en estas al menos encontró la calidez de la camaradería.

Aun así, Caracas le dio la oportunidad de sumergirse más de lleno en las actividades del MLE-CNT. Desde 1946 contribuyó con artículos a *Ruta*, el periódico de las JJ. LL., ahora con sede en Toulouse. Envió una serie de artículos sobre su tiempo en las Américas que fueron reunidos y publicados más tarde en 1950 como *Estampas del exilio en América*. También desarrolló una imagen más clara de la situación del movimiento libertario. En 1945, mientras estaba en Panamá, el movimiento padeció una nueva escisión entre «posibilistas» y «ortodoxos», de los cuales aquellos apoyaban al Gobierno republicano en el exilio, mientras que estos defendían el apoliticismo tradicional anarquista. Como con el cisma de los años treinta, con el que esta escisión tenía algunos paralelismos superficiales, las causas eran complejas y no solo ideológicas[643].

El desenlace de la Segunda Guerra Mundial y las muertes de Hitler y Mussolini, los principales benefactores de Franco, habían producido un enorme optimismo en los círculos de emigrados españoles de que pronto podrían derrocar la dictadura y volver a España. Distintas facciones dentro del MLE-CNT sacaron diferentes conclusiones tácticas del nuevo contexto.

Muchos de los activistas en Francia, sobre todo aquellos que habían peleado con éxito en la lucha armada de la resistencia antinazi, creían que era fácil derrocar la dictadura de Franco. Además de la esperanza en que las fuerzas aliadas volverían sus armas contra la dictadura española, los defensores de la lucha armada creían que una intervención rápida de guerrillas en España muy probablemente provocaría un levantamiento popular contra Franco. Esta interpretación no la compartían muchos de los militantes del interior de España, que tenían experiencia directa de la feroz represión de 1939-1945, y que se sentían más inclinados hacia una estrategia menos insurreccionista y más de alianza política. Esta divergencia táctica sentó las bases de la escisión. Como había sido el caso en los años treinta, Montseny fue el flautista de Hamelín demagógico de los más enfurecidos, y cerró la puerta a cualquier posible reconciliación: «Apartemos lo bastardo y lo equívoco», defendió[644].

Montseny y su compañero Esgleas destacaron como los personajes más controvertidos y cismáticos de los largos años del exilio anarquista, y fueron centrales en esta escisión. Especialista en lo que Marín denomina «maniobras», Esgleas fue secretario del MLE-CNT en 12 ocasiones distintas durante el exilio[645]. Su primera temporada como secretario (no electo) llegó después de la sospechosa muerte de «Marianet» en junio de 1939, en un aparente accidente de natación[646]. Durante este periodo, que coincidió con la invasión alemana de Francia, los fondos del movimiento desaparecieron en circunstancias que no se han aclarado nunca. Los activistas, en especial los de dentro de España, acusaron al consejo general de abandonarlos a su suerte, que era muy precaria durante lo que fue el periodo más feroz de la represión franquista[647]. Algunos incluso pretendían que Esgleas había colaborado con las autoridades de Vichy[648]. Tan grande fue el grado de sospecha de las bases que, en el pleno de Mauriac de junio de 1943, se decidió que se impidiera a Esgleas y Montseny ejercer ningún cargo en el movimiento, decisión que fue confirmada en el pleno de Toulouse de octubre de 1944[649].

Con la liberación de Francia en 1944-1945, el MLE-CNT pudo reorganizarse abiertamente. Según Alicia Alted, en esta época había entre

unos 30.000 y 40.000 anarquistas en Francia, lo cual suponía que más o menos la mitad de los que cruzaron los Pirineos en 1939, o bien habían muerto durante la Segunda Guerra Mundial en campos de concentración franceses o nazis o en la resistencia, tanto en Francia como en España, o se habían marchado a otro lugar en el exilio, principalmente Sudamérica[650]. En el pleno de febrero de 1945 del Comité nacional de la CNT, se decidió, bajo presiones de la FAI, que Esgleas y Montseny pudieran volver al redil. La decisión en sí misma era controvertida e irregular, puesto que, como observa Herrerín, constituía «una ilegalidad orgánica, ya que una plenaria no estaba facultada para revocar los acuerdos de un pleno»[651]. Pero su reputación estaba lejos de estar intacta. En consonancia con la tradición confederal, los activistas exigieron una explicación formal de la conducta del consejo general durante la guerra, cuando Esgleas y Montseny habían sido sus únicos miembros en libertad. En lugar de responder a estas peticiones perfectamente legítimas, la pareja eludió a sus opositores con el argumento de que, después de la caída de la dictadura de Franco, «en un congreso en España demos cuenta a la Organización de toda nuestra gestión»[652].

Las tensiones salieron a la luz en el congreso de París del MLE-CNT a principios de mayo de 1945[653]. Según uno de los delegados «ortodoxos»: «El entusiasmo cundía, ya que, además de las determinaciones tomadas, respecto al problema español nos esperanzaba el volver próximamente a España»[654]. En este clima de optimismo, las propuestas más cautas de los moderados parecían oler a reformismo, o incluso derrotismo. Sólidamente apoyados por los grupos de la FAI, la facción Montseny-Esgleas ganó la batalla, aunque su victoria se vio ensombrecida por las acusaciones de haber manipulado la votación creando federaciones locales ficticias[655]. La creciente discordia dentro del MLE-CNT se vio agravada por la cuestión de si había que participar o no en el gobierno republicano en el exilio[656]. Gran parte de la organización de dentro de España estaba a favor de la participación, mientras que la mayor parte del movimiento exiliado en Francia era contraria[657]. Orquestando con habilidad el debate público de esta cuestión, la dirección Montseny-Esgleas reclamó para sí misma el

papel de «ortodoxos» frente a los «posibilistas», a los que acusaron de guiar al movimiento libertario hacia el reformismo y la traición a sus creencias más queridas, como había ocurrido de manera tan traumática durante la Guerra Civil. Era un discurso convenientemente exculpatorio para la exministra Montseny y Esgleas, él mismo exalcalde de Calella y conseller de Economía de la Generalitat durante la guerra, ya que les permitía reafirmar su compromiso con los principios anarquistas después de sus cuestionables actividades tanto durante la Guerra Civil como durante la Segunda Guerra Mundial.

La gota final llegó con la publicación del manifiesto «Con España o contra España» en octubre, cinco meses después del congreso[658]. Firmado por muchos importantes cenetistas de dentro de España, el manifiesto cuestionaba la legitimidad democrática del MLE-CNT y acusaba a Esgleas y Montseny de apoderarse del dinero destinado a la resistencia antifranquista. En respuesta, la dirección Montseny-Esgleas ordenó la expulsión de los firmantes del manifiesto si no se retractaban de sus acusaciones, provocando con ello una nueva y dolorosa escisión. Ahora había dos CNT. En España, la dirección exiliada dejó de tener ningún apoyo efectivo, mientras que en Francia, mantuvieron a unos 20.000 activistas. 4.500 activistas dejaron el MLE-CNT para alinearse con la CNT «interior», y unos 3.000 activistas dejaron el movimiento por completo[659].

En algunos aspectos, esta fue reflejo de la escisión *treintista*-radical de 1932-1936: los «ortodoxos» defendieron métodos insurreccionistas para derrotar al franquismo, mientras que los «posibilistas» estaban a favor de una postura más basada en el sindicato[660]. Pero la ortodoxia de los «ortodoxos» la ponen en duda las sugerencias de que Montseny solo se mostró hostil a la participación en el gobierno republicano en el exilio cuando descubrió que, a diferencia de 1936, no había sitio en el gabinete para ella[661]. En efecto, como ha argumentado Maggie Torres Ryan, al fin y al cabo «la política del sector "radical" en Toulouse no difería en sustancia del sector "reformista"... La disputa entre los dos sectores de la CNT en el exilio era más bien una lucha de clanes y personalidades que un desacuerdo político, porque la discusión ideológica nunca se dio»[662].

En Caracas, donde la principal figura del MLE-CNT era Xena, con quien Peirats tenía buena relación desde La Torrassa, la mayoría de los activistas estaban del lado de los «ortodoxos»[663]. Desperdigado en fragmentos por el cisma interno, con sus miembros esparcidos por todo el globo, el MLE-CNT organizó una conferencia intercontinental para abril de 1947 en Toulouse. La organización venezolana eligió a Peirats como representante. Se prepararon documentos y a Peirats le dieron 300 dólares para gastos. El día en que debía zarpar su barco para Francia, Xena le acompañó al puerto. Según las memorias de Peirats, fue solo entonces cuando Xena le informó de que su viaje era solo de ida: «Me remarcó que me mandaban, no para regresar, sino para incorporarme a la lucha contra el régimen»[664]. Así llegó a su fin su estancia en las Américas y, una vez más, su vida quedó íntimamente enlazada con la del movimiento libertario.

---

579 Carta a Mariano Aguayo, 1-11-85.

580 José Peirats, citado en Herrerín, *La CNT*, p. 36.

581 Eduardo de Guzmán, *La muerte de la esperanza*, Madrid, 1973.

582 Peirats, «En este que parece amanecer», *Frente Libertario*, junio de 1976.

583 José Luis Morro, Campo de Vernet d'Ariège, s. l., 2003; carta a Ramón Fortich, 8-5-86; MI T5, L1 5-6. La cifra de 15.000 está en Morro, p. 30.

584 B. Torres (pseud.), *Anales del exilio libertario (los hombres, las ideas, los hechos)*, Toulouse, 1985, p. 12.

585 Ver Ramón Liarte, *¡Ay de los vencedores!*, Barcelona, 1985, pp. 57-67; Marie-Claude Rafaneau-Boj, *Los campos de concentración de los refugiados españoles en Francia (1939-1945)*, Barcelona, 1995, pp. 168-181.

586 Carta a Benito Milla, 8-5-66.

587 Morro, *Campo de Vernet*, p. 31.

588 Francie Cate-Arries, *Culturas del exilio español entre las alambradas. Literatura y memoria de los campos de concentración en Francia, 1939-1945*, Barcelona, 2012, p. 31; Liarte, *¡Ay de los vencedores!*, p. 65.

589 Citado en Dreyfus-Armand, *El exilio*, p. 69.

590 MI T.4, L.VII, 37.

591 MI T5, L1, 7; José Borrás, *Políticas de los exiliados españoles, 1944-1950*, París, 1976, p. 199.

592 Juan Giménez, *De la Unión a Banat. Itinerario de una rebeldía*, Madrid, 1996, p. 82.

593 Borrás, *Del radical-socialismo*, p. 88.

594 MI T.5, L.1, 11.

595 Borrás, *Del radical-socialismo*, p. 88.

596 Carta a Ramón Fortich, 8-5-86.

597 Carta a Manuel Seva, 25-1-83.

598 Ealham, «Una "geografía imaginada"», pp. 55-76.

599 Borrás, *Del radical-socialismo*, pp. 88-89; MI T.5, L.1, 10.

600 Alain Léger, *Les Indésirables: L'histoire oubliée des Espagnols en pays charentais*, París, 2000, pp. 101-102.

601 Giménez, *De la Unión*, p. 85.

602 MI T.5, L.IX, 1, 3.

603 MI T.5, L.IX, 6.

604 MI T.5, L.IX, 2, 6-7.

605 MI T.5, L.IX, 3.

606 MI T.5, L.IX, 11, 14.

607 MI T.5, L.IX, 5.

608 MI T.5, L.IX, 8.

609 Herrerín, *La CNT*, p. 44.

610 Milagrosa Romero, *El exilio republicano*, Madrid, 2005, pp. 110, 318, n. 100.

611 Daniel Díaz, *L'exili català de 1939 a la República Dominicana*, Barcelona, 1995.

612 Domingo Lilón, «Propaganda y política migratoria dominicana durante la Era de Trujillo (1930-1961)», *Historia y Comunicación Social*, 4, 1999, pp. 47-71; véase también Harvey Gardiner, *La política de inmigración del dictador Trujillo: estudio sobre la creación de una imagen humanitaria*, Santo Domingo, 1979.

613 MI T.5, L.IX, 9, 20. Para su paso por las Américas, véase José Peirats, *Estampas del exilio en América*, París, 1950.

614 Díaz, *L'exili*, pp. 36-9; Peirats, *Estampas*, pp. 25-34.

615 MI T.5, L.IX, 22, 24-5; Peirats, *Estampas,* pp. 44-50.

616 MI T.5, L.IX, 32, 35-7, 40, 43.

617 Herrerín, *La CNT*, p. 46.

618 MLE Comisión Intercontinental, *Reseña de la Conferencia Intercontinental del Movimiento Libertario Español: celebrada en Toulouse en abril 1947*, Toulouse, s.f. (¿1947?), p. 31.

619 MI T.5, L.IX, 28-30, 39.

620 MI T.5, L.IX, 40, 44-45.

621 Peirats, *Estampas*, pp. 63-108; MI T.5, L.IX, 47-8, 58-61, 63-64, 68-69.

622 MI T.5, L.IX, 70, 73, 79, 91-92.

623 Campos, *Una vida*, p. 86.

624 MI T.5, L.IX, 94.

625 Peirats, *Estampas*, pp. 109-122.

626 Campos, *Una vida*, p. 88.

627 Peirats, *Estampas*, pp. 123-135.

628 MI T.5, L.IX, 96-100 y L.X, 1, 3-5, 7-8, 10-11.

629 MLE Comisión Intercontinental, *Reseña*, p. 27.

630 Torres, *Anales del exilio libertario*, p. 229.

631 José Peirats, *15 Conferencias Breves. Disección del Franquismo*, Panamá, 1946.

632 *Cultura Proletaria*, 7-2-42; MI T.5, L.IX, 69.

633 Peirats, *Estampas*, pp. 137-152.

634 MI T.5, L.X, 29, 33, 35.

635 Carta a Juan Panisello, 9-2-46.

636 MI T.5, L.X, 94-6; *Ruta*, 24-2-38.

637 MI T.5, L.X, 12.

638 Carta a Juan Panisello, 8-1-47.

639 MI T.5, L.X, 80.

640 Borrás, *Del radical-socialismo…*, p. 81.

641 MI T.5, L.X, 4.

642 Peirats, «Antonio García Lamolla» en Téllez, *Apuntes sobre Antonio García Lamolla*.

643 Eduardo Romanos, «Factionalism in Transition: A Comparison of Ruptures in the Spanish Anarchist Movement», *Journal of Historical Sociology*, 24, 3, 2011, pp. 365-380.

644 *CNT*, 10-10-45.

645 Marín, *Anarquistas*, p. 311.

646 Como «Marianet» era conocido por ser un excelente nadador, los rumores abundaron; véase Ramón Álvarez, *Historia negra de una crisis libertaria,* México, 1982, p. 97; García Oliver, *El eco*, p. 529; y la carta de Manuel Azaña a Carlos Esplá, 26-6-39, en Pedro Angosto y Julia Puig (coords.), *Una lealtad entre ruinas: Epistolario Azaña-Esplá, 1939-1940*, Valencia, 2003, sin paginación.

647 Juan Manuel Molina, *El movimiento clandestino en España 1939-1949*, México, 1976, p. 65; Cipriano Damiano, *La resistencia libertaria. La lucha anarcosindicalista bajo el franquismo (1939-1970)*, Barcelona, 1978, p. 57; Álvarez, *Historia negra,* p. 89; Borrás, *Políticas*, p. 206.

648 Liarte, *¡Ay de los vencedores!*, p. 59.

649 Herrerín, *La CNT*, p. 55; Abel Paz, *CNT, 1939-1951*, Barcelona, 1982, p. 114 y Borrás, *Del radical socialismo...*, p. 108.

650 Alicia Alted, «El exilio de los anarquistas», en Julián Casanova (ed.), *Tierra y Libertad. Cien años de anarquismo en España*, Barcelona, 2010, p. 168.

651 Herrerín, *La CNT*, p. 65.

652 Paz, *CNT, 1939-1951*, p. 117; Álvarez, *Historia negra,* p. 106.

653 MLE-CNT, *Memoria del congreso de federaciones locales celebrado en París del 1 al 12 de mayo de 1945*, s.l., 1945; Paz, *CNT*, pp. 124-138; Molina, *El movimiento clandestino*, pp. 141-145.

654 Manuel Sirvent, *Un militante del anarquismo español (Memorias 1889-1948),* Madrid, 2012, *p. 315.*

655 Para las razones rivales véase Álvarez, *Historia negra* y Floreal Samitier y José Luis García, *Siempre volviendo a empezar: CNT dentro y fuera de España 1939-2009*, Badalona, 2011.

656 Juan García, «La CNT y Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas», en *El movimiento libertario español: Pasado, presente y futuro*, Suplemento de *Cuadernos de Ruedo ibérico,* París, 1974, pp. 123-128.

657 Paz, *CNT*, pp. 146-152, 191-204.

658 *España Libre*, 18-11-45.

659 Herrerín, *La CNT*, pp. 79-80.

660 Herrerín, *La CNT*, p. 92.

661 Borrás, *Del radical-socialismo*, p. 116; Herrerín, *La CNT*, p. 75.

662 Margaret Torres, «El exilio libertario y el movimiento obrero español», en María Fernanda Mancebo, Marc Baldó y Cecilio Alonso (eds.), *L'exili cultural de 1939: Seixanta anys després. (Actas del I congreso internacional)*, Valencia, 2001, p. 166.

663 MI T.5, L.X, 37.

664 MI T.5, L.X, 100.

CAPÍTULO 7

EL EXILIO FRANCÉS Y LA LUCHA CONTRA LA BUROCRACIA LIBERTARIA, 1947-1965

> La gran calamidad de las dictaduras no consiste solo en sus atropellos al derecho de los ciudadanos y contra las personas físicas, sino en el gran vacío que dejan al desaparecer. Todo tiene que improvisarse tras la desaparición del poder personal. Una gran hambre física y de libertad se despierta súbitamente.
>
> José Peirats

Al volver a Francia a principios de marzo de 1947, Peirats sintió una gran emoción por su vuelta al meollo de la comunidad de emigrados anarquistas. Sin embargo, esta se vio mitigada por lo que sabía que era un movimiento dividido y fragmentado, acosado por amargas polémicas internas. Según uno de sus compañeros, «no le gustaba nunca la lucha entre compañeros»[665]. A lo largo de las siguientes tres décadas Peirats destacó como una de las principales figuras del MLE-CNT en Francia, convirtiéndose en uno de los más eficaces y destacados polemistas del exilio, así como su más famoso historiador. Firmemente comprometido con la reunificación del movimiento, que acabó consiguiéndose en 1961, su espíritu disidente y su oposición a las prácticas sectarias de la facción liderada por Montseny y Esgleas se tradujeron en un conflicto casi constante y culminó con su expulsión del movimiento en 1965.

Al llegar a Toulouse, «la capital de la España emigrada»[666], Peirats se dirigió a 4 rue Belfort, un espacioso edificio de tres plantas en el centro de la ciudad que era el centro neurálgico del MLE-CNT. Utilizado por los nazis en la Segunda Guerra Mundial, durante la liberación de la ciudad en agosto de 1944 el edificio lo ocuparon luchadores anarcosindicalistas españoles en la resistencia francesa, y, más tarde, se hizo conocido por los franquistas como «la Escuela de Terrorismo de Toulouse»[667]. Allí se reunió con Aláiz y Benito Milla, del comité nacional de la FIJL y director de *Ruta*,

a quien Peirats había conocido en la 26.ª División. Milla dispuso que Peirats se quedara con su familia en Cugnaux, justo a las afueras de Toulouse[668].

A Peirats le llamó la atención la proliferación de la burocracia en el seno del MLE-CNT. A diferencia de los movimientos socialista y comunista exiliados, que se beneficiaron de sus respectivas conexiones internacionales, el movimiento libertario, al menos en teoría, dependía en exclusiva de las contribuciones de sus seguidores predominantemente obreros. Era por tanto algo anómalo que con unos 28.000 miembros, de los cuales alrededor de 18.000 pagaban cuotas, el comité nacional de la CNT tuviera 7 cargos retribuidos (antes de la Guerra Civil, cuando el sindicato tenía más de veinte veces más afiliados, solo había habido uno)[669]. Igual de llamativo era el hecho de que la FIJL, cuya afiliación era mucho más baja, tuviera 4 liberados, mientras que *CNT*, un importante periódico del movimiento, tenía 9 personas a sueldo[670]. Después de investigarlo, Peirats concluyó que la burocracia, como muchas otras actividades del movimiento, se mantenía gracias a Laureano Cerrada Santos. Antiguo ferroviario, Cerrada era un veterano de la lucha anti-nazi en Francia, en el curso de la cual destacó como falsificador y contrabandista de armas. Durante la ocupación alemana, subvencionó con generosidad el MLE-CNT a través de la venta de armas y cartillas de racionamiento y otros documentos oficiales falsos[671]. Cuando, con la liberación de Italia, los anarquistas italianos se apoderaron del Poligrafico Calcografía e Cartevalori, una imprenta milanesa que imprimía moneda para el Banco de España, pasaron las planchas de impresión a Cerrada, que pudo entonces financiar la oposición anarquista dentro de España[672]. Tras la revitalización del MLE-CNT en la Francia posterior a la liberación, Cerrada, cuyo principal centro de poder estaba dentro de la FAI parisina, controlaba de hecho el movimiento desde la barrera[673]; por ejemplo, en el Congreso de 1945 cubrió los gastos de muchos delegados y, sobre todo, dio su respaldo a Esgleas como candidato para el secretariado[674]. Como observó Irene Lozano, «el uno pondría el dinero; el otro, su capacidad de manejar los hilos de la organización»[675]. A Peirats le consternó descubrir el alcance de la influencia de Cerrada, al que llamaba «el rey Midas» de la camarilla de

Esgleas-Montseny[676]. Como ya hemos visto, Peirats tenía tradición de oposición a la burocratización, a la vez que su austera moralidad le había llevado con anterioridad a rechazar a los «anarcoatracadores» como una amenaza mortal para los valores del movimiento. Resolvió abolir estas tendencias en Francia. Esto parecía un proyecto muy lejano en la Conferencia intercontinental de abril, de la que le desanimó la «pura monotonía» y falta de debate, que reflejaban el estilo dirigista de Esgleas[677]. Este encuentro reforzó su aversión general por la esterilidad de la política en el exilio: mientras que los activistas en España estaban luchando por su supervivencia física, los líderes del MLE-CNT parecían más empeñados en despellejar a los disidentes[678].

A Peirats le asignaron la confección del folleto-memoria de la conferencia en nombre de la recién establecida Comisión intercontinental, cuya creación le proporcionó aún más pruebas de lo que consideraba continuación de la burocratización innecesaria del movimiento libertario. Ahora tenía la oportunidad de observar de cerca el aparato, ya que su trabajo le llevaba a la rue Belfort la mayoría de los días[679]. Su experiencia transcribiendo las sesiones de la conferencia estaba muy alejada de las esperanzas de sus compañeros de Venezuela de que contribuiría a la resistencia antifranquista en Francia.

Esta situación cambió drásticamente en 1947 cuando Peirats fue elegido para una misión clandestina en Madrid. En concreto, tenía que ayudar a reestructurar la organización en el interior y organizar una reunión de su comité nacional, que había sido gravemente dañado por los arrestos. Como nunca había estado en la capital de España, se podría cuestionar su idoneidad para una tarea peligrosa en los inicios de lo que se conoció como el «trienio del terror» (1947-1949), durante el cual los cenetistas, si no se les mataba a tiros, se enfrentaban a penas de hasta 30 años de cárcel[680]. En menos de una década, la policía había detenido a 16 comités nacionales clandestinos de la CNT[681]. Peirats era bien consciente de los riesgos. Apenas unas semanas antes, el torrassense «Amador» Franco, a quien Peirats consideraba «como un hijo», había sido ejecutado, tras ser detenido después de un intercambio de disparos con la Guardia Civil en Irún[682]. A

mediados de junio, Peirats formó parte de un grupo de ocho hombres, dirigidos por el veterano de la resistencia francesa Francisco Martínez, que tomó el mismo camino hacia España. Una vez en Irún, habiendo cruzado la frontera de noche, el grupo se dividió y Peirats, armado con una pistola y con 15.000 pesetas destinadas a la organización interior, viajó a Madrid. En ruta experimentó sus primeros momentos de verdadera tensión cuando le paró la Guardia Civil, que examinó sus papeles falsos con el nombre algo irónico de «Juan España Iber»[683]. Siendo de costumbre todo menos un individuo tranquilo, Peirats reconoció más tarde: «Tengo unos nervios de plomo cuando me veo perdido, y los nervios me salvaron»[684].

En Madrid asistió a una cita concertada previamente con activistas de la FIJL en una casa de comidas de la calle Valverde, justo al norte de la Gran Vía[685]. Se quedó en la ciudad un mes, durmiendo en el piso de un compañero en Canillejas, mientras trabajaba en su misión principal —la coordinación de una reunión del comité nacional del interior, tarea que, dada la necesidad extrema de seguridad, requería tiempo y planificación—. Mientras tanto se encontró con las figuras principales del movimiento libertario local, con las que intercambió opiniones y a las que ofreció consejo sobre la organización clandestina. Ilustra su propósito de unificar el movimiento el hecho de que también se vio con «posibilistas», casi seguro que sin la aprobación de la dirección de la rue Belfort[686].

En su tiempo libre se dio paseos por el Retiro, visitó el Prado y el Rastro, aunque vivía con una tensión casi constante, agarrotado por el temor a ser reconocido. Solo conocía a activistas clandestinos de Madrid, pero era consciente de que los movimientos de población posteriores a la guerra habían provocado una afluencia de inmigrantes a la ciudad. Sus temores resultaron fundados. Un día, cerca del Rastro, le reconoció un antiguo compañero. Peirats respondió desapareciendo con rapidez entre la multitud. Otro día en un tranvía se le acercó alguien que le conocía de Aragón. Peirats negó haber estado nunca allí. En lo sucesivo, tuvo cuidado en los transportes públicos de evitar la mirada de los demás[687]. También tuvo en cuenta la advertencia de sus padres de que no volviera a Barcelona. Habría sido un movimiento arriesgadísimo en aquel momento, ya que la policía tenía un informador, Eliseu Melis, dentro de la CNT catalana. De hecho,

mientras Peirats estaba en Madrid, a Melis lo asesinó un comando enviado desde Francia[688].

Finalmente, se celebró la reunión del comité nacional del interior en la trastienda de un bar el 18 de julio, un día festivo franquista que conmemoraba el golpe de 1936, lo cual permitió a los delegados de fuera de Madrid pasar por visitantes de la capital[689]. En el curso de este encuentro, Peirats anotó repetidas críticas a la organización del exterior, sobre todo en el sentido de que se había despegado de las realidades locales; por ejemplo, el representante de Valencia insistió en la necesidad de asesoramiento equilibrado y preciso desde el exterior, en contraposición a las circulares escritas «con una euforia manicomial»[690]. Cuando acabó la reunión, Peirats se marchó a Francia ese mismo día. Cuatro meses después, en noviembre de 1947, el comité nacional con el que se había entrevistado cayó en manos de la policía[691].

El jefe de la «escuela de terrorismo de Toulouse»

De vuelta en Toulouse, estaban en marcha los preparativos del II Congreso del MLE-CNT, el primero desde la escisión de 1945[692]. Celebrado los días 20 al 29 de octubre, estuvieron representados en él 18.774 cenetistas con base en Francia, una cifra reducida que reflejaba el impacto de las divisiones internas[693]. Volvió a salir el viejo tema del papel de Esgleas y Montseny durante la II Guerra Mundial, junto con nuevas solicitudes de que explicaran el destino del dinero del movimiento. Respondieron con su ya gastado mantra de que lo explicarían cuando la CNT volviera a España[694]. Aunque su silencio bloqueó con éxito el análisis de su cuestionable papel durante la guerra, a corto plazo al menos su postura resultó contraproducente. Su renuencia a clarificar el asunto del dinero que faltaba fomentó los rumores del «tesoro secreto» de la pareja entre los exiliados[695]. Sin duda es un asunto de interés que Esgleas adquiera dos casas rurales en Dordoña al principio de la II Guerra Mundial, una para él y Montseny y otra para un amigo francés[696]. Sin embargo, a pesar de todas sus críticas a la pareja, Peirats dudaba de las historias sobre su fortuna oculta, una opinión

basada en la «vida miserable» que les vio llevar en Toulouse a lo largo de los años y que, en parte al menos, explica la desesperación que tenían por un «cargo burocrático para poder subsistir»[697]. Pero el desprecio de la pareja por el debate abierto no les granjeó el cariño de las bases, especialmente dentro de España, donde muchos pensaban que era una prueba más de abandono por parte de la rue Belfort[698]. Mientras Montseny era capaz de ensalzar su figura por medio de su famosa oratoria, incluso los que admiraban a Esgleas reconocían que era hosco y carente de carisma; sus detractores se referían a él sin piedad como «el fraile»[699].

Cuando se trató de la elección de nuevo secretario, presentaron a Peirats como candidato. Firme en su convicción de que la austeridad y la dignidad eran los valores colectivos nucleares del movimiento, no ocultó su intención de reducir la burocracia y el «poder paralelo» del «gánster» Cerrada y aquellos que, como Esgleas, le toleraban[700]. En la votación Peirats obtuvo una victoria aplastante sobre los otros dos candidatos, Esgleas, y el secretario saliente, Pedro Herrera. Consiguió 11.702 votos, frente a las sumas respectivas de estos de 1.853 y 2.222[701]. Atestigua su modestia el que décadas más tarde reconociera que su puesto era «inmerecido dada mi escasa experiencia», pero aceptó, ya que había prometido a sus camaradas de Caracas que trabajaría por el conjunto de la organización[702]. Así se convirtió en el nuevo jefe de «la escuela de terrorismo de Toulouse». Por esta época también empezó a residir de hecho en la rue Belfort, donde dormía en un catre de campaña[703].

Elegido a la vez que Peirats había un nuevo secretariado, que incluía a Pedro Mateu como secretario de Coordinación, con la responsabilidad de la lucha armada en España contra la dictadura. Antiguo trabajador del metal y hombre de acción (en 1921 formó parte del comando que asesinó al presidente del gobierno Eduardo Dato como desquite por su feroz represión de la CNT), Mateu era una figura de culto en los círculos cenetistas. Con una autonomía considerable en Coordinación, preparaba al maquis para sus actividades dentro de España, y fue el inspirador del abortado «atentado aéreo» contra Franco en septiembre de 1948[704]. Aunque Peirats probablemente no tenía mucha relación con estas actividades, un libro

escrito en 1966 por «José Francisco», un exguerrillero detenido por la policía franquista, narra cómo Peirats dio instrucciones a su grupo paramilitar antes de una misión en España[705]. Desde luego Peirats conoció muy bien a los principales maquis anarquistas de la época, incluidos «Quico» Sabater, Josep Lluís Facerías y sobre todo Marcel·lí «Panxo» Massana[706].

Dentro del MLE-CNT, la lucha de Peirats contra la burocracia le enfrentó con adversarios atrincherados. Más tarde describió 1947 como «el más terrible año de mi vida militante»[707]. Aun antes de convertirse en secretario, se encontró con la obstrucción de Esgleas, y cuando por fin se le dio acceso a los archivos, los encontró «completamente desordenados»[708], «hecho un revoltijo... Ni una circular se seguía»[709]. También observó que no había ninguna memoria del controvertido congreso de 1945, solo la compilación publicada de las resoluciones. Una vez establecido como secretario, se encontró con la oposición sorda de Esgleas, Montseny y Herrera, que utilizaron sus puestos en la Comisión intercontinental para dinamitar su trabajo. Cuando se puso a reducir la burocracia, se creó nuevos enemigos entre aquellos que debían buscarse una forma de vida que no consistiera en los cargos retribuidos[710].

Su campaña contra la burocracia estaba íntimamente unida a su movimiento contra Cerrada, cuyos recursos económicos financiaban muchos de los puestos asalariados. Ello puso a Peirats en conflicto con la FAI, en particular en la fortaleza parisina de Cerrada. Después de asistir a una reunión de la FAI en París, a Peirats le extrañó la buena asistencia que tuvo y que el público se compusiera sobre todo de caras desconocidas: «Era una FAI completamente nueva, bisoña»[711]. A medida que se adentraba más en las actividades de Cerrada, Esgleas se ponía más en guardia. Peirats acabó recibiendo una visita de Cerrada y el secretario de la FAI, que sugirieron «que procurásemos ser buenos amigos, dando a entender que de lo contrario lo lamentaría»[712]. Sin vacilaciones, impertérrito, según Lozano, Peirats «empezó a cortar las alas a Cerrada»[713].

Otro de sus objetivos, aunque con este le llevó más tiempo obtener resultados, era curar la brecha interna del movimiento libertario[714]. La

reunificación se convirtió en una de sus obsesiones. Se trataba de una operación delicada y que le enfrentaba a los ultras en Francia, a los que llamaba «los caballeros del hacha», y entre los que estaban Montseny y Esgleas, los artífices de la escisión de 1945[715].

El propósito de unidad llevó a Peirats a España en un segundo viaje clandestino en agosto de 1948, lo que le convirtió en el único secretario del exilio que emprendiera una misión tan peligrosa. La verdad es que no se fiaba de los informes que circulaban en Francia sobre lo que estaba pasando al otro lado de los Pirineos. Después de la escisión, que hizo que la mayor parte del movimiento del interior se alineara con los «posibilistas», Esgleas se obsesionó con que los «reformistas» podrían «contaminar» las filas ortodoxas del exilio. Por ello, controlaba el flujo de información desde España hacia la comunidad del exilio, censurando detalles que estimaba inaceptables, identificando de manera rutinaria a los disidentes con «elementos franquistas» y «seleccionando» a los activistas del interior que asistían a los congresos en Francia, en los que las intervenciones de estos confirmaban los puntos de vista que él tenía[716]. Federico Arcos, un activista clandestino de la época, me contó cómo, después de transmitir a una reunión de militantes un informe que era intragable para la dirección del exilio, le amenazó un *faísta* [717]. Por consiguiente, Peirats organizó una reunión en Berga con miembros del comité regional catalán para conseguir un relato de primera mano de los problemas a los que se enfrentaban los activistas del interior.

El viaje era doblemente secreto. Tal era la desconfianza de Peirats hacia sus adversarios dentro del MLE-CNT, que anunció que estaba enfermo y se iba a pasar unos días al campo para recuperarse. Mientras tanto, hizo preparativos con Massana, un maquis veterano, para que le pasara la frontera. Después de la Guerra Civil, Massana había formado un grupo de guerrilla dedicado a los secuestros, el contrabando, el sabotaje y las expropiaciones. Nativo de Berga, Peirats describía a Massana como «un producto rocoso de los Pirineos». Gozaba de una enorme popularidad entre los campesinos locales, a los que periódicamente donaba las ganancias de sus «golpes económicos», y estos le correspondían ofreciéndole alimento y refugio. Vestidos de montañeros y armados con pistolas, los dos hombres

durmieron al sereno hasta que completaron su caminata de 60 kilómetros desde la frontera hasta Vilada, a las afueras de Berga, donde se alojaron con una familia campesina hasta la reunión convocada[718]. Cuando, a causa de circunstancias imprevistas, la cita se pospuso 48 horas, Peirats pidió a un enlace de la CNT que organizara una visita de su hermana Dolores, que vino al campo para un breve pero emotivo reencuentro, tras una separación de nueve años. A este le siguió una conversación de toda la noche con Ginés Mayordomo y Generoso Grau, del Comité regional catalán, dentro de un panteón del cementerio de Berga, uno de los lugares de encuentro favoritos de Massana[719]. Los delegados le transmitieron el terrible estado de la organización y cómo los expropiadores anarquistas estaban atrayendo la represión sobre el movimiento, lo cual alejaba a los seguidores potenciales y dificultaba la organización en los centros de trabajo. Imploraron a Peirats que hiciera lo que pudiera para contenerlos. Después de dos noches durmiendo al sereno, llegaron de vuelta a Toulouse. A partir de entonces se estableció una clara confianza entre los dos hombres, y años más tarde, cuando el maquis iba cayendo ante las fuerzas represivas franquistas, fue Peirats, junto a Joan Ferrer, quien acabó convenciendo a Massana de que abandonara las armas[720].

Peirats, mientras tanto, empezó a organizar un nuevo congreso previsto para octubre de 1948. Los preparativos se interrumpieron de alguna manera cuando Mateu llamó a Peirats para notificarle un «contratiempo», una fatalidad, en el curso de una «operación recuperativa». Cuando más tarde la policía registró la rue Belfort, encontraron dos metralletas en el despacho de Mateu. Aunque Mateu pretendió que las armas estaban destinadas a la resistencia española, le detuvo la policía durante un mes. A pesar de su amistad, era evidente que Mateu estaba ignorando la línea de Peirats de liberar el movimiento de «inmoralidades». Peirats se puso furioso. Además de su convicción de que el MLE-CNT tenía que autofinanciarse y no estar hipotecado por grupos armados ajenos, le preocupaba que las expropiaciones pudieran provocar una prohibición del movimiento por las autoridades francesas. Más aún, como recordaba de la Barcelona de antes de la Guerra Civil, los «golpes económicos» tenían el peligro de crear «prosélitos del robo que trabajaban por su cuenta»[721]. Pero las

expropiaciones eran una forma de financiación inveterada en los círculos anarquistas, y en aquellos tiempos desesperados no había ninguna solución expeditiva para este problema, como Peirats descubriría más tarde en detrimento propio[722].

El debate en curso sobre tácticas desembocó en el III congreso del MLE-CNT, en el que Peirats reiteró su llamamiento a que finalizaran las expropiaciones. A lo largo de todo el congreso estuvo bajo el fuego sostenido de Esgleas y sus seguidores, lo cual culminó en «una sesión muy violenta» en la que Esgleas denunció a Peirats por ir a España a encontrarse con agentes de la policía (una referencia a Grau y Mayordomo, del comité regional catalán). La acusación de Esgleas resultó aún más insidiosa unos meses más tarde cuando a Grau le detuvo y torturó la policía durante varias semanas[723]. En su intento de desacreditar a Peirats, Esgleas llamó al guerrillero Facerías como «testigo» para apoyar sus pretensiones. El truco acabó en una humillación para Esgleas: cuando Peirats interrogó a Facerías, le obligó a reconocer que estaba mintiendo, y que con anterioridad había avalado la integridad de Grau y Mayordomo, antes de la reunión de Peirats con ellos[724].

Peirats fue reelegido secretario con justicia, aunque se negó a aceptar el cargo, de acuerdo con su principio de que los activistas no debían desempeñar dos mandatos consecutivos en el mismo puesto. Hay datos también de que estaba quemado debido a la presión que originaba arbitrar en las peleas en curso entre facciones. A pesar de los ánimos de amigos y compañeros que, no sin justificación, le advirtieron de que no aceptar una segunda elección como secretario permitiría a los *cerradistas* recuperar posiciones influyentes, Peirats se mantuvo firme. Su discurso final como secretario fue un ardiente ataque contra las maquinaciones de la FAI y, más específicamente, contra Cerrada, así como contra aquellos que se habían conjurado para bloquear su lucha contra la burocracia[725].

Después del congreso, Peirats fue nombrado director de *Ruta*, que estaba padeciendo entonces serios problemas económicos. Se dispuso a mejorar el tono del periódico, que empezó a publicar más artículos de fondo; también introdujo nuevas secciones, entre ellas un consultorio médico y un concurso literario. Aunque las ventas aumentaron, seguía siendo preciso reducir

costes. Como el resto del personal de *Ruta* tenía personas a su cargo, Peirats decidió dejar el periódico[726].

El ladrillero se convierte en historiador

Peirats pasó 1949 trabajando de campesino en una cooperativa agrícola con un grupo de compañeros en Charlas, a 90 kilómetros de Toulouse. Evocando sin duda el recuerdo de su terrible experiencia en la República Dominicana diez años antes, a pesar de largas horas de trabajo los miembros de la cooperativa apenas subsistían. Peirats, mientras, seguía contribuyendo a *Ruta* con artículos, que escribía a primera hora de la mañana[727]. A fines de año dejó la cooperativa y volvió sin dinero a Toulouse[728]. Desesperado, por primera vez en su vida le pidió a un amigo un préstamo de 5.000 francos para volver a instalarse en la ciudad. Ese mismo día pasó por rue Belfort y se topó con Martín Vilarrupla, secretario de Cultura y Propaganda del MLE-CNT, que le habló de su nuevo plan para una historia de la revolución. Esta iniciativa la habían propuesto por primera vez Peirats y Milla en 1947, pero nadie antes de Vilarrupla se la había tomado en serio. Ante la estupefacción de Peirats, Vilarrupla le informó de que quería que él escribiera la historia. Hasta entonces, su única incursión en la historia era el artículo de 1947 para *Inquietudes*, «Historia de una república que nació muerta», que analizaba la efímera Primera República española de 1873[729]. Siempre modesto, señaló a Vilarrupla que había mejores escritores en el movimiento. «Podrán ser los mejores y "podrían"», replicó Vilarrupla, «… Pero tú lo harás. ¡Tú escribirás ese libro porque eres tozudo y tienes pundonor!»[730]. Poco a poco, Vilarrupla rebatió las objeciones de Peirats hasta que aceptó, después de lo cual le dio 5.000 francos para gastos, que le permitieron devolver el préstamo que había recibido ese mismo día[731].

Inmediatamente se puso a buscar materia prima para el libro. Envió una circular a todas las federaciones locales de la CNT en Francia y Sudamérica, llamándolas a proporcionar cualquier información sobre los colectivos que se hubieran traído de España cuando salieron hacia el exilio

en 1939. También entró en contacto con el Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis de Ámsterdam, donde estaba depositado el archivo del movimiento libertario, que le proporcionó fotocopias de boletines internos y otros materiales. Pero quizá lo más decisivo fue la cooperación del anarquista francés Aristide Lapeyre, que puso a su disposición su extenso archivo de los periódicos obreros españoles. Como Lapeyre y el archivo del periódico *Tierra y Libertad* estaban los dos en Burdeos, se trasladó allí, donde se alojó en un hotel barato[732].

Se ha sugerido que Peirats fue un «historiador a sueldo»[733] que explotó el movimiento y escribió «para su interés particular»[734]. Pero la pequeña subvención que recibió de Vilarrupla no era en absoluto un medio de vida o una puerta de acceso a una existencia cómoda. Durante todo el tiempo que pasó trabajando en su historia, Peirats llevó una vida bohemia marcada por implacables privaciones. En el invierno especialmente duro de 1949-1950, vivía un mundo gorkiano «en el polar Burdeos», llevaba «el viejo y grueso gabán y aun así temblaba de frío»[735]. Los numerosos días que pasó en la biblioteca de *Tierra y Libertad*, situada en lo que describió como «un cuarto húmedo como un calabozo y frío como una nevera», sin duda agravaron su problema de cadera. El frío solo lo paliaba en parte la portera, que, irónicamente, dado su trabajo anterior de ladrillero, le proporcionaba tejas calientes sobre las que apoyaba los pies mientras escribía. En apariencia sacando fuerzas de la adversidad en la habitación del hotel sin calefacción que le servía de estudio, el aire nocturno helado era un cómplice voluntario mientras le robaba horas incontables al sueño, trabajando hasta la madrugada[736]. Describió esta época así: «Trabajando como una bestia, comiendo poco y mal, lavándome la ropa y remendándola, economizando hasta los gastos de correspondencia. Un sello para América era un lujo caro»[737]. Por fin, en la primavera de 1950, como sus fondos se iban agotando, se vio obligado a ahorrar aún más, y dejó su hotel para dormir en una cama plegable con chinches en la cocina de un compañero, una mudanza que al menos le permitió dedicar sus magros recursos a gastos de la investigación y material para escribir. Mientras tanto, los cenetistas de Burdeos se turnaban para invitar a Peirats a comer y cenar[738].

Con su investigación completa, volvió a Toulouse, donde se había empobrecido tanto que acabó compartiendo su cama con Arcos, su amigo de Barcelona[739]. Después de todas las privaciones que había soportado, en mayo de 1950 Peirats asistió al pleno del MLE-CNT solo para que Vilarrupla le informara de que los fondos para el proyecto de la historia se habían «agotado»[740]. Después de seis meses de trabajo intenso, Peirats quedó devastado.

El tema de la escisión dominó el pleno. Peirats, como siempre, fue uno de los muchos que argumentaron a favor de la reunificación del movimiento, con gran disgusto de una enérgica minoría en torno al núcleo de Esgleas y Montseny, que siguió bloqueando el progreso en este tema[741]. Los aliados de Peirats le propusieron como candidato a secretario, y fue elegido, como era debido. Vaciló. Además de que el secretario saliente, Luis Blanco, le comentó lo aliviado que estaba de dejar un cargo que le había molido, Peirats estaba preocupado por completar su libro, que había llegado a los dos volúmenes[742]. Al final, Peirats le dio a la organización un ultimátum: sería secretario en el caso de que se le proporcionara dinero para acabar su historia. Como para entonces se le conocía como un «hombre de una sola gestión», aceptó el cargo sabiendo que su permanencia en él acabaría con el siguiente congreso al año siguiente[743].

Sus esperanzas de combinar el secretariado con la escritura resultaron ingenuas. Las cosas habían cambiado poco desde su primer nombramiento de secretario en 1947-1948. Pronto se vio envuelto en la campaña para frenar a los expropiadores y los *cerradistas*, que seguían ejerciendo influencia sobre los comités superiores, aun cuando su estrella había palidecido después de su fracaso en proporcionar el dinero que habían prometido a la organización. Quizá a causa de su relativa caída en desgracia, los *cerradistas* contribuyeron a lo que Peirats llamó un «clima de violencia» dentro del movimiento. Peirats y el maestro falsificador tuvieron al menos un furioso enfrentamiento en esta época. Ofrece una imagen en verdad devastadora del MLE el que en una ocasión las tensiones entre el grupo de Cerrada y la FAI de Toulouse casi desembocaron en una pelea a tiros por las calles[744].

Mientras tanto, el contexto internacional también estaba conspirando contra el movimiento. El fervor posliberación en Francia se evaporó bajo el creciente calor de la Guerra Fría, que permitió que las autoridades galas estuvieran cada vez más dispuestas a coexistir con el régimen estridentemente anticomunista de Franco[745]. Este proceso queda ilustrado de manera gráfica por la trayectoria del ministro del Interior socialista Jules Moch: frentepopulista en los años treinta, apoyó a la *Résistance* en los cuarenta, antes de convertirse en partidario de la Guerra Fría. Siendo ministro del Interior, reabrió la frontera franco-española en 1948, y en 1950, bajo presiones de la dictadura, declaró al PCE organización criminal y ordenó el arresto de varios de sus líderes. Ese mismo año, fue prohibido *Ruta*, el periódico de las JJ. LL. y la publicación más identificada con los maquis. Mientras tanto, en 1951 Francia y España restablecieron relaciones diplomáticas, lo cual de forma inevitable brindaba nuevas oportunidades a la dictadura para presionar a París para que restringiera las actividades de los anarquistas exiliados[746].

Este nuevo contexto ejerció un profundo impacto sobre el MLE-CNT. Ante el temor de que la prohibición del movimiento libertario estuviera en el horizonte, Peirats y el secretariado formularon «un plan de emergencia» por si el gobierno francés se movía en su contra. Se reservaron fondos y se equipó una granja aislada en las afueras de Toulouse con máquinas de escribir y una multicopista preparadas para funcionar como sede de un secretariado clandestino, si las circunstancias lo exigían. Peirats también firmó una nota transfiriendo su autoridad a un nuevo secretario en caso de que le arrestaran[747].

«El jefe de la CNT» encarcelado y torturado

A principios de 1951 estuvieron a punto de confirmarse los peores temores de los exiliados cenetistas. El 3 de febrero a Peirats le arrestó y acusó la policía de recibir 6 millones de francos procedentes de un atraco armado[748]. Irónicamente, justo antes de su arresto, Peirats había emitido una circular interna en la que denunciaba a los expropiadores como «pretendidos

compañeros que no eran en el fondo más que agentes provocadores... susceptibles de entregarse a toda suerte de actos inmorales sin ninguna consonancia con nuestros principios y la ética verdaderamente anarquista»[749]. Pero la policía francesa había sabido durante algún tiempo que los exiliados anarquistas estaban implicados en toda una serie de «crímenes comunes», desde el contrabando y la falsificación hasta el atraco armado. La policía de Lyon se hallaba en alerta especial después de febrero de 1948, cuando tres hombres armados con metralletas se apoderaron de 5 millones de francos en un audaz asalto a un furgón blindado[750].

Poco antes del arresto de Peirats, un episodio acentuó todos sus recelos sobre los expropiadores. El 18 de enero, una banda armada intentó un ataque sin éxito a otro furgón en la calle Duguesclin, en el centro de la ciudad de Lyon, provocando la muerte de dos policías y un espectador. Los testigos oculares coincidieron en que los asaltantes hablaban con acento español, lo cual provocó en los medios la histeria por la cual el MLE-CNT era identificado con la criminalidad. Más de 2.000 policías, incluidos los paramilitares de la CRS, se movilizaron a la caza de la «banda de los españoles». La «banda» en cuestión se componía de exmaquis, algunos de los cuales habían sido expulsados de la FAI de Lyon por retener las ganancias de sus «expropiaciones forzosas». En lo que fue en el mejor de los casos una irresponsabilidad flagrante, y en el peor un acto de venganza contra el movimiento, escondieron las metralletas utilizadas en el ataque en la hoya del patio de una oficina cercana de la CNT[751].

Los acontecimientos de Lyon sirvieron de pretexto para reprimir al movimiento libertario. Dos de los autores —Juan «el Pelao» Sánchez y Francisco Bailo— fueron detenidos y, bajo tortura, implicaron a otros activistas, lo cual llevó al arresto de alrededor de 30 exiliados en total, incluidos importantes maquis, como Massana y Sabater[752]. Al principio parecía que la policía estaba explotando los acontecimientos para esclarecer crímenes sin resolver —robos de nóminas, ataques a joyeros y robos a turistas— pero cada vez quedó más claro que las autoridades buscaban pruebas que justificaran la prohibición del MLE-CNT. En estas circunstancias, era vital que Peirats, como secretario, mantuviera su inocencia.

A Peirats le había mencionado un tal Poncel, que estaba vinculado a los expropiadores de Lyon, como receptor de las ganancias de estas «operaciones recuperativas»[753]. Desde Toulouse le llevaron a la comisaría central de policía de Lyon, donde le enseñaron una fotografía de Poncel, a quien Peirats conocía un poco de los círculos anarquistas. Pero no lo reconoció ante la policía. Luego le desnudaron y le metieron en una celda, donde abusaron verbalmente de él, le amenazaron y le intimidaron con perros guardianes. La orientación de las preguntas de la policía le permitió recomponer poco a poco las acusaciones contra él. Poncel había declarado que le había dado a Peirats, «el jefe de la CNT», un «paquete» que contenía seis millones de francos. La policía estaba decidida a sacarle a Peirats la confesión de que había recibido el dinero. Cuando alegaba su inocencia no dejaban de fustigarle, y le daban puñetazos y patadas, sobre todo en el pecho y el estómago[754].

Se mantuvo firme. Con plena conciencia de lo que estaba en juego, se dio cuenta de que cualquier admisión de culpabilidad conduciría casi seguro a la criminalización del movimiento. En efecto, como se confirmó más tarde, Henri Queuille, ministro del Interior, había preparado un decreto para prohibir el MLE-CNT como una amenaza a la seguridad nacional[755]. Peirats insistió en que el movimiento se financiaba exclusivamente de las contribuciones voluntarias de sus partidarios, por lo que los golpes se repitieron y continuaron durante la tarde. La policía acabó trayendo a Poncel, que repitió su acusación. Bajo la presión de Peirats, Poncel cambió su historia. Ahora afirmaba que le había dicho a Peirats que le pasara el dinero a Mateu. Peirats protestó. Aunque con cuidado de proteger a Mateu, insistió en la falsedad de las pretensiones de Poncel, señalando que Mateu estaba siempre en rue Belfort, donde a veces dormía en un catre de campaña[756]. Tras otra paliza y más amenazas de muerte, Peirats volvió a su celda. Después de 24 horas sin comida, y con todo el cuerpo dolorido, se negó a implicar a la organización en el ataque de Lyon. Al final le permitieron firmar una declaración de que no tenía ningún recuerdo de haber recibido nunca un paquete de Poncel, y que si lo había recibido, ignoraba su contenido.

La policía de Lyon también interrogó a Peirats sobre la larga implicación de Cerrada en actividades ilegales. A pesar de sus numerosos conflictos, y aunque Peirats sentía que era casi seguro que la legitimidad que Cerrada había conferido a las expropiaciones era responsable en no pequeña parte de su sufrimiento actual, no le proporcionó nada a la policía. Cerrada, que había sido encarcelado en 1950 por su participación en la falsificación de moneda, le comunicó más tarde su gratitud a Peirats a través de su abogado[757].

Tras la nueva «revelación» de Poncel, la atención de la policía se dirigió a Mateu, que era muy duro, y también se esforzó por no quebrarse. El calvario de Sabater fue el peor: en un momento dado intentó suicidarse, tratando de arrojarse desnudo desde una ventana del piso superior[758]. Por fin, sin pruebas que vincularan directamente el MLE-CNT con el asalto de la calle Duguesclin, Peirats, Mateu y Sabater fueron transferidos a la cárcel de Saint-Paul de Lyon. Todos estaban muy afectados. Peirats contó que Sabater estaba devastado por la experiencia, mientras que Mateu se había quedado casi sordo por los golpes que recibió en la cabeza[759]. Peirats escribió más tarde que la tortura le había dejado «marcado para siempre»[760]. Se quejaba después de que su dolor de pierna había aumentado, y atribuía la aparición de una dolencia cardiaca a los numerosos golpes que recibió en el pecho[761]. El impacto psicológico del calvario fue probablemente aún mayor[762]. Un activista comentó que «quedó muy afectado»[763]. El incidente también cambió su relación con Mateu, de quien sabía que había tenido una actitud tolerante hacia algunos de los expropiadores[764].

Peirats pasó cinco meses en prisión, donde por fin continuó escribiendo su historia. Le motivó descubrir que Piotr Kropotkin, el «príncipe anarquista», había estado encarcelado en la misma cárcel 70 años antes[765]. Mientras tanto, una campaña solidaria presionó al gobierno para que le liberaran. Diversos personajes intelectuales y políticos se sintieron atraídos por su causa, entre ellos, José Antonio Aguirre, presidente vasco en el exilio, Georges Brutelle, secretario del Partido Socialista francés y superviviente de Buchenwald, y comunistas disidentes como Jordi

Arquer[766]. Albert Camus también prestó su inmensa voz a la campaña. En abril de 1951, el autor ganador del Nobel intervino en un mitin en París organizado por la CNT y Les amis de l'Espagne républicaine, en el que denunció la «tortura» de «militantes irreprochables» como Peirats[767].

De todos los secretarios del exilio, Peirats fue el que más sacrificó por el movimiento: fue el único que fue encarcelado y el único que entró en España[768]. Tras su liberación de la cárcel, volvió a Toulouse, donde, en régimen de libertad vigilada, estaba obligado a presentarse a la policía a diario. Allí, al menos, algunos policías que habían luchado en la resistencia tenían respeto por los exiliados, le daban la mano y le preguntaban por conocidos comunes, y el prefecto de policía de Haute-Garonne, Émile Pelletier, era un antifascista, pero todo menos un anarquista, aunque consciente de la terrible situación en la que se hallaban estos. Siete meses después —un año completo desde su primera detención— retiraron los cargos contra él. Incluido su tiempo en prisión, había sido secretario del MLE-CNT durante más de un año, y cuando fue reelegido, como era previsible, rechazó un segundo mandato[769]. Aunque el movimiento había sido severamente castigado por la represión, sintió que al menos estaba en una posición más fuerte desde la expulsión de Cerrada en 1951 por sus «métodos inadmisibles»[770]. En lo que fue un intento atrasado de los activistas de limpiar el patio, el de Cerrada es el único caso en la historia de la CNT de expulsión de un militante por unanimidad.

Liberado tanto de la cárcel como del secretariado, Peirats mostró su nueva determinación por acabar su historia en el menor tiempo posible, una urgencia alimentada por las constantes incertidumbres judiciales y materiales que conformaban su vida. Para acelerar la publicación, cajistas de la CNT preparaban el texto a medida que se completaba cada capítulo, con lo que el libro fue a imprenta tan pronto como se acabó, y apareció por fin antes de finales de 1951[771]. Sin domicilio fijo, Peirats sentía que el futuro del proyecto era incierto. En su introducción al volumen uno, reflejó esperanzado: «Nuestras ambiciones se cifran en la publicación, como mínimo, de un segundo volumen… El tiempo, las posibilidades y la buena voluntad de nuestros animadores tienen la palabra»[772].

Estos animadores fueron generosos. Además de enviar a Peirats copias de las publicaciones y boletines de la CNT, Frank González, un anarquista veterano que vivía en Nueva York, le donó su ropa usada[773]. Más importante aún fue la mayor fuerza de Peirats: su perseverancia; se sumergió de lleno en su escritura, y acabó los dos volúmenes restantes, que se publicaron en 1952 y 1953, completando su *magnum opus* que le valió el estatus del «Heródoto de la CNT»[774].

El propósito de *La CNT* era sencillo: «Ante la oleada de libros que ya habían sido publicados sobre la Guerra Civil ignorándonos o difamándonos», Peirats buscó crear «un libro que diera a conocer al mundo que en España no había habido solamente una guerra civil, sino que también una revolución social, y que esta revolución desconocida la había llevado a cabo el anarquismo, con la oposición y la hostilidad de propios y extraños»[775]. Es un libro asombrosamente rico en detalles históricos, y refleja su conocimiento interno de la CNT. Ningún historiador antes o después de él se ha beneficiado del mismo acceso sin parangón a documentos raros o sensibles, fuentes internas y documentación oficial. Además de esto, *La CNT* está enriquecido por un elemento experiencial: se trata de historia escrita a partir de la experiencia personal; hasta cierto punto, es la autobiografía política de un revolucionario decidido a historiar las vicisitudes de las luchas a través de las cuales *vivió* y que contribuyó a *crear*. Escribe como alguien que experimentó la gloria de la revolución de la misma manera exacta que más tarde vivió su desfiguración y supresión a manos de sus enemigos[776].

La CNT es un estudio de caso de una organización de masas anarcosindicalista, sus militantes y sus seguidores en la revolución. Documenta las esperanzas y deseos de transformación social de cientos de miles de trabajadores en los años treinta, y la convierte en la autobiografía política de su generación, la «Generación del 36», la «generación perdida» que Franco y sus secuaces buscaron silenciar en fosas comunes, campos de concentración y exilio. El punto culminante del volumen I es el mastodóntico capítulo 15, que consiste en un estudio de las transformaciones sociales revolucionarias en el que se explora en toda su complejidad local el funcionamiento de los colectivos.

Al leerlo hoy, es incuestionable que *La CNT* refleja algunas de las deficiencias de la primera oleada de la historia obrera: *The Making of the English Working Class* de E. P. Thompson, el modelo para una historia innovadora de la clase obrera, no se publicó hasta 1963, y no apareció en castellano hasta 1977[777]. Antes de Thompson, los estudios de historia obrera a menudo se basaban en la historia política, «de arriba abajo» de los sindicatos, y tendía a sugerir que *todos* los trabajadores tenían una orientación coherentemente revolucionaria. El estudio de Peirats reproduce hasta cierto punto estos rasgos, y ofrece pocas explicaciones sobre el significado cultural de la participación en la CNT-FAI de activistas de base, igual que hay poca exploración de sus vidas cotidianas.

Sin embargo, cuando recordamos la ambivalencia inicial y la consiguiente hostilidad de la jerarquía de la CNT-FAI hacia la revolución de julio de 1936, una revolución que, como Peirats nos recuerda, fue más que nada la obra espontánea y carente de guía de militantes anónimos de la base del sindicato, es posible considerar *La CNT* como la historia de los anónimos jornaleros sin tierra y obreros industriales que vivieron y lucharon «desde abajo», en las calles, en los campos y en las fábricas de España, y que se dedicaron a establecer nuevas relaciones revolucionarias en la agricultura, en la industria y en varios campos de la vida social sin ayuda «desde arriba». Por ejemplo, las numerosas respuestas escritas al cuestionario que envió a colectivistas de base fueron de primera importancia para detallar las aspiraciones de las comunidades de trabajadores anónimos enmarcadas en asambleas libres, «desde abajo». Aunque se refiere con periodicidad a los «líderes» de la CNT, nunca escribe una historia de los esfuerzos heroicos de grandes hombres; más bien muestra que el *locum tenens* de la revolución y el cambio histórico son las energías y aspiraciones sin tutela de grandes colectividades de masas anónimas, de aquellos que invariablemente caminan sin registro en la historia escrita, pero que, muy rara vez, como en la España de los años treinta, aprovechan la oportunidad para tomar el control de sus vidas y hacer su propia historia.

Vida familiar y amorosa

A finales de 1951, después de una separación de 12 años, Peirats se reunió con sus padres, ahora con casi ochenta años, que vinieron a Toulouse, ansiosos de ver a su hijo después de su encarcelamiento. Aunque pobres, sus padres volvieron en la primavera siguiente. Mientras tanto, Peirats organizó reuniones con su familia ampliada, sobrinos, primos y su hermana Dolores en Bourg-Madame, en la frontera. Sus padres hicieron una última visita a Toulouse en 1954, ya que su padre murió al año siguiente, con 83 años[778]. Sintió mucho no poder verle antes, y confesó que lloró por primera vez desde que era un crío[779]. Su frustración por ser un espectador lejano de las muertes de miembros cercanos de su familia se hizo mayor en 1956, cuando murió su tío Benjamín, al que siempre había considerado un padre[780]. Como testimonio de las tribulaciones acumuladas del exilio, en 1962, justo antes de su 54.º cumpleaños, Peirats observó cómo la primera mitad de su vida «me parece un soplo; la otra mitad una eternidad»[781].

Sus sufrimientos personales se vieron drásticamente compensados por la aparición de Gracia Ventura, la compañera de Peirats, en Toulouse, en 1954, «un año crucial en mi vida». Nacida el 17 de mayo de 1918 en Burriana, un pueblo con una fuerte tradición anarquista y a apenas 12 kilómetros del lugar de nacimiento de Peirats en La Vall, Gracia procedía de una familia libertaria. Criada en la privación —su padre murió en 1919 de la epidemia de gripe, dejando a su madre con tres hijas y un hermano, un militante de la CNT capturado y ejecutado por los franquistas durante la guerra— Gracia trabajó de costurera desde los 9 años. Diez años más joven que José, era una militante de la FIJL de 18 años cuando empezó la Guerra Civil. En abril de 1939, con el final de la guerra, la denunciaron por «roja» y la condenaron a 20 años de cárcel por «ayuda a la rebelión», junto con su madre y hermanas. En la cárcel conoció a la tía de Peirats Isabel, un contacto que cambiaría el curso de su vida. Tras cumplir cinco años en prisión, recibió el indulto como parte de la apertura «liberal» de Franco a las democracias occidentales[782]. Una vez liberada, se trasladó a Barcelona, donde, por mediación de Isabel, se fue a vivir con la tía de Peirats Carmen, y «trataba de rehacer su vida después de los duros años de represión política

y económica que sufrieron todos los miembros de su familia»[783]. Por fin, le presentaron a los padres de José, que como es natural le hablaron de su hijo en Francia. La curiosidad de Gracia aumentó cuando vio los restos de la biblioteca de Peirats en Collblanc, y decidió escribirle[784]. Tras «una prolongada correspondencia» que fue «tomando un tono sentimental», en 1954 decidió seguirle al exilio, y encontró trabajo primero en París, lo cual permitió a la pareja encontrarse por primera vez. Después de un romance relámpago, Gracia se trasladó a Toulouse, donde trabajó ilegalmente de costurera, y la pareja se trasladó a un piso pequeño en el 11 de la rue Thionville, un barrio de clase obrera, a unos minutos andando de la rue Belfort[785]. A pesar de estar fichada por las autoridades franquistas, según Eulàlia Vega, «cuando Gracia viajaba a España a visitar a la familia, a menudo realizaba alguna misión para la organización confederal, llevando algún documento o lo que hiciera falta»[786]. La pareja permaneció unida durante los siguientes 35 años, hasta la muerte de Peirats en 1989[787].

Mientras tanto, los costes del exilio se estaban cobrando un peaje cada vez mayor sobre la familia libertaria adoptiva de Peirats. Cuando a Franco le dieron la bienvenida a la comunidad internacional las democracias occidentales, la dictadura se estabilizó. Estaba claro que no habría una vuelta rápida a España para los exiliados. Las ausencias impuestas por el exilio, el casi permanente sentimiento de extrañamiento, la sensación de impotencia, tanto mayores entre los activistas comprometidos con cambiar la marcha de la historia, llevaba a intrigas y rencores que envenenaban las relaciones entre viejos compañeros. Las intrigas no eran nada nuevo en los círculos anarquistas, pero en el exilio las pequeñas minucias se magnificaban en gran medida. Según Peirats, este contexto destruyó su larga amistad con Aláiz, que descubrió a través de un malicioso tercero que Peirats le había criticado. Siempre algo irascible, en lugar de comprobar la veracidad de los rumores, Aláiz rompió su amistad. Murió solo en un hospital de París en abril de 1959. Dos años después, Peirats escribió el prólogo a una nueva edición de la celebrada novela de Aláiz, *Quinet*, describiendo a su mentor en términos encendidos: «No era solamente el mejor de nuestros escritores, sino uno entre los mejores escritores españoles de su tiempo… hubiese podido brillar entre los grandes y prefirió vivir sin

brillo confundido entre los humildes»[788]. Peirats quedó profundamente herido. Según una amiga íntima, quería a Aláiz «como si fuera su padre»[789]. Unos 30 años después de la ruptura de sus relaciones, Peirats confesó que «el remordimiento por mi crisis con Felipe me acompañará el resto de mi vida»[790].

La lucha por la cultura y por la reunificación confederal

En el ámbito organizativo, Peirats se mantenía en lo que llamaba «una campaña constante» para curar la herida que se abrió dentro del movimiento libertario en 1945[791]. Esta acabó por dar fruto en el congreso de Limoges de 1961, pero llevó a nuevos conflictos por el camino, y Peirats se creó «muchos enemigos», sobre todo entre la facción Esgleas-Montseny. Como observa Ángel Herrerín, la base de la reunificación existía desde 1948, cuando los «posibilistas» rechazaron en público cualquier colaboración gubernamental futura. Si hay que creer a Peirats en que «la inmensa cantidad de compañeros deseaban romper de una vez aquel círculo vicioso [de la división]», parece curioso que la unificación no se diera antes[792]. Desde luego, entre los «posibilistas», «se nombraron varias comisiones de conciliación para entrar en contacto con los compañeros de la otra parte, a fin de preparar el ambiente para la fusión de las dos ramas de la Organización». Pero el deseo de unidad de las bases lo bloqueó el pertinaz sectarismo de Esgleas y Montseny, que se negaron a reconocer la existencia de la CNT rival e insistían en que los moderados solo podían volver al MLE-CNT si daban el humillante paso de solicitar la entrada, tras lo cual la rue Belfort podía vetar a los no considerados merecedores del carácter de miembros[793]. Apenas unos meses antes de la reunificación del momento, rue Belfort describía a los moderados como «escisionistas»[794]. De esta manera, se erigía «un muro infranqueable» entre las dos organizaciones[795].

Es probable que Montseny y Esgleas se sintieran más seguros con dos CNT, y que sus preocupaciones y vanidades personales les importaran más que las necesidades generales del movimiento. Mientras que había cuestiones que eran claramente estratégicas tras la escisión de 1945, el

cisma les convenía, porque aislaba a los activistas que más habían dudado de su actuación en la Segunda Guerra Mundial y la cuestión de las desaparecidas arcas del MLE-CNT. Durante todo el tiempo que estos críticos estuvieran fuera de lo que cada vez consideraban más *su* organización, Montseny y Esgleas podían evitar temas difíciles a los que no tenían deseos de enfrentarse. Mientras tanto, Esgleas, que ocupó el puesto de secretario de manera continua durante el periodo 1952-58, sin duda vio amenazado su feudo burocrático por la tendencia de los grupos partidarios de la unidad a dirigir la base del movimiento[796]. Pero al final, la presión a favor de la reunificación era tan grande dentro de la base que amenazaba con una escisión entre «los intransigentes» y los «transigentes» si la dirección no daba su asentimiento[797].

El principal vehículo con el que Peirats forzó la unidad fue *CNT,* que bajo su dirección (1953-1959) sustituyó a *Solidaridad Obrera* como principal periódico del movimiento en el exilio. Como editor, criticó el fosilizado liderazgo del MLE-CNT con Esgleas y su confianza en «los caciques regionales», a los que acusó de manipular congresos y plenos para mantener sus propias áreas de influencia. También señaló los déficits democráticos dentro de un movimiento cada vez más dominado por comités que se componían de «casi siempre las mismas personas»[798].

En lo que se refiere a su temperamento, Peirats estaba mucho mejor adaptado para escribir que para el trabajo de comité, que le hacía sentirse enjaulado. Además, encontraba corrosivas muchas de las intrigas y las políticas del exilio; tenía poco tiempo para rivalidades personales, polémicas estériles y vanidades mezquinas[799]. Más aún, desde su época en *FAI* en 1934, había desarrollado una formidable visión editorial, como se confirmó durante su tiempo en *Acracia* en 1936-1937. No es sorprendente pues que Peirats reflotara *CNT* e imprimiera su sello periodístico al periódico. Este fue establecido en el primer número que editó en el «Decálogo del perfecto colaborador espontáneo», diez puntos inspirados en Aláiz. Empezaba advirtiendo contra los artículos largos «que nadie lee», argumentando que es preferible escribir dos artículos si el contenido es bueno: «Un periódico entra también por los ojos. Lo breve y bueno, es dos veces bueno». El segundo punto advertía contra «adjetivos vulgares… que

afean y rebajan el tono del periódico». A esto seguía una advertencia contra el «lenguaje de galería» y demagogia, que «aparta de sus páginas al lector de sensibilidad y gusto refinados. Hay demasiados imbéciles en el mundo. No hagamos más». El punto cuarto evitaba «la declamación y la divagación… Lee mucho, mucho más que escribas». El siguiente era un repudio del «tono casero, salvo en casos de necesidad. Aunque órgano de la CNT, nuestro periódico es una tribuna de propaganda de unos ideales de superación humana, no de clase ni de clan. La clase, la raza y la secta son una misma aberración. Al lado de la CNT existe el mundo. Asómate a él». El punto seis aconsejaba: «Huye del tópico fácil como de la peste. No somos los más y los mejores. Aspiramos simplemente a serlo. Y aunque lo fuéramos, insistir sin modestia en ello sería no serlo». A esto seguía la sabiduría práctica de guardar copias de artículos por si no fueran publicados: «No tomes el periódico por una guardería». El punto 8 afirmaba: «No polemices. Y si lo haces, no bajes el tono». Vinculado a esto estaba el rechazo a las «pasiones personales»: «Renunciamos a ser padrinos de desafíos». Por último, había una invitación: «Partícipanos por carta tus inquietudes, críticas y sugerencias», pero «no nos bombardees ni robes el tiempo. Tu tiempo y el nuestro son oro fino»[800].

Peirats estableció una red de corresponsales y colaboradores en París y Londres y a lo largo de las Américas, atrayendo contribuciones de prestigiosas figuras que de alguna manera se habían quedado al margen en el exilio, como Josep Viadiu, el último editor de *Solidaridad Obrera* en España[801]. Abrió una nueva sección, «Divulgaciones», a cargo del famoso geólogo anarquista Alberto Carsí, cuñado de Vicente Blasco Ibáñez. Mientras tanto, Peirats escribió los editoriales y publicó en torno a 400 artículos en la sección de «Crónica» durante estos años. También preparó los «Apuntes», redactando reseñas de conferencias y encuentros. En cada número corregía los artículos y las pruebas y, el día de la compaginación, lo llevaba todo a la imprenta en su bicicleta. Su tarea final era plegar los ejemplares[802].

Con *CNT* afianzada como la principal cabecera de la comunidad anarquista española en el exilio, Peirats se erigió en uno de los pesos pesados del movimiento libertario y participó en una serie de debates con

otros líderes exiliados. Por ejemplo, en 1957-1958 participó en varias polémicas con el veterano líder socialista Indalecio Prieto desde *El Socialista* sobre cuestiones que abarcaban desde la naturaleza del régimen de Batista en Cuba hasta temas históricos como el pistolerismo barcelonés[803]. En resumen, en el exilio, Peirats se convirtió en el periodista más prolífico en los círculos anarquistas y la única persona que se le acercó algo en producción escrita fue Montseny.

Peirats combinó la edición de *CNT* con el trabajo en la cultura que tanto apreciaba durante sus años en Barcelona. Era especialmente activo dentro de las JJ. LL., a cuyas actividades a veces dedicaba hasta tres tardes por semana[804]. Durante mucho tiempo, había considerado a la juventud vital para conservar la continuidad del movimiento, y utilizó su influencia ante ella para criticar el «inmovilismo» estrecho de la rue Belfort[805]. Ayudó a las juventudes a organizar una biblioteca, se les unía para excursiones al campo y daba charlas sobre historia de España. Como el francés era para muchos su primera lengua, le pidieron que organizara un curso de redacción castellana. A la vez, les animó a organizar un grupo de teatro, el Grupo Juvenil[806]. Además de dirigir sus obras y comedias, incluso encontró tiempo para escribir un par de obras cortas, *El Diablo,* comedia en un acto, que se publicó en 1958[807], y su obra favorita, un drama en un acto, *El lobo*, que fue representado ante público en varias ocasiones y que se basaba en la experiencia del maquis. También escribió una «revista musical» que produjo el grupo de teatro anarquista «Terra Lliure»[808]. Luis Andrés Edo, uno de los jóvenes que participaron en algunas de estas actividades, observó que Peirats siempre se comportaba «con una proverbial modestia»[809].

En respuesta al deseo de las juventudes de un espacio en el que reunirse y desarrollar sus actividades, Peirats se convirtió en uno de los artífices del Ateneo Español de Toulouse. Como reconoció años más tarde, esta fue «una de las empresas en las que puse todo mi cariño y energías». Consciente de que los anarquistas solos carecían de los recursos para llevar este proyecto a buen término, a finales de 1958 Peirats trazó un anteproyecto que perfilaba el ideal del planeado ateneo, que fue concebido como una entidad cultural y fraternal para exiliados y trabajadores

inmigrantes por igual. En consonancia, «las puertas quedan abiertas a todos los españoles sin otra denominación cuyo espíritu responda a un amplio concepto liberal y progresivo». Sin embargo, había advertencias: «No caben elementos que profesen ideas totalitarias o respondan a la disciplina de organizaciones o partidos de este carácter, de cualquiera de los polos totalitarios, el de Oriente o el de Occidente»[810]. Peirats y sus socios pidieron a republicanos, anarquistas, socialistas y catalanistas de Toulouse apoyo económico. Al final, con ayuda de un préstamo bancario y el trabajo de voluntarios, convirtieron una vieja fábrica de sombreros en el ateneo, que equiparon con aulas, una biblioteca, un gimnasio y una sala para charlas públicas, obras de teatro y bailes. Diversos grupos apoyaron la iniciativa, pero los anarquistas fueron los que más se implicaron y durante muchos años Ramón Liarte, veterano de la Columna Durruti, y Peirats se alternaron en los cargos sin retribuir de secretario y vicesecretario[811].

El ateneo tuvo un profundo impacto en la vida cultural de los exiliados y se convirtió en el crisol de la vida social, con sus frecuentes bailes, obras de teatro, debates y programa de educación para adultos[812]. Sus organizadores también estaban en contacto con profesores y estudiantes de la Universidad de Toulouse. Prueba de su honda raigambre en la ciudad es que continuó difundiendo la cultura progresista hasta su cierre en 1999[813].

Un momento clave en el activismo de Peirats llegó con el pleno de Vierzon de septiembre de 1959. En una reunión secreta, Sabater y otros maquis veteranos se aseguraron de que se aprobara un dictamen que resucitaba la lucha armada contra Franco. Montseny, que era hostil a la iniciativa, informó a Peirats de que el plan tenía que financiarse por medio de contribuciones de los sindicatos y de expropiaciones en Francia y en España. Ella y Esgleas propusieron a Peirats que se les uniera en el lanzamiento de un manifiesto contra los métodos insurreccionistas, una acción a la que se opuso, temiendo una escisión más en la organización semejante a la de 1931, en respuesta al *Manifiesto de los treinta* [814].

Firme opositor a las expropiaciones durante la mayor parte de su vida de militante, Peirats dimitió de *CNT* en protesta por el acuerdo de Vierzon, para gran disgusto de Montseny, que le acusó de abandono en un momento

decisivo[815]. Según un joven defensor de la lucha armada que Peirats conocía bien, «después de su experiencia carcelaria en Francia» se había convencido de que esta política atraparía al movimiento en un ciclo de expropiaciones[816]. Desde luego estaba convencido de que el acuerdo de Vierzon era un «suicidio para la Organización». Mientras que sin duda sus defensores se sintieron estimulados por la aparición del ejército de guerrilla de Castro en La Habana en enero de 1959, estaba claro para muchos que la España de Franco se parecía poco a la Cuba de Batista, igual que había un mundo de diferencia entre la frágil dictadura de los años de la inmediata posguerra y el régimen institucionalizado de 1959, que tenía el apoyo firme del ejército y otros sectores sociales en España, así como el del gobierno de Estados Unidos. Para Peirats, el camino hacia delante no era con armas, sino a través de una CNT unida que pudiera «ver la manera de buscarle al franquismo sus puntos débiles»[817].

También era consciente del contexto político francés: «Francia era nuestra tabla de salvación y había que procurar no hacer para hundirla»[818]. Con el gaullismo en la cima de su poder, Madrid estaba solicitando a las autoridades galas que prohibiera a la CNT. En consecuencia, veía a los grupos armados como «un peligro inminente para los sagrados intereses de nuestra Organización»[819]. Más tarde confesó que los acuerdos de Vierzon le llevaron a «una crisis profunda»[820].

A la vez que seguía pagando sus cuotas de la CNT, con casi 52 años de edad abandonó todos los cargos de responsabilidad para hacerse obrero de la construcción. Durante unos seis meses fue en bicicleta a las obras cada mañana antes de que los insoportables dolores de piernas le hicieran imposible continuar[821].

Las secuelas de Perthes le habían provocado profundos dolores desde sus veintitantos a treinta años en adelante, pero para los cincuenta esta agonía se había combinado con un movimiento cada vez más limitado, que le hacía imposible cruzar o abrir las piernas del todo. Aunque podría haber recibido el subsidio de desempleo, rechazaba esta «sopa boba» y no se apuntó. Pudo haberlo hecho, pero no quiso[822]. Orgulloso y obstinado, estaba decidido a demostrar que se podía mantener a sí mismo[823]. Pero con

pocas oportunidades de empleo adecuadas disponibles, al final se quedó en casa ayudando a Gracia con su trabajo de costurera, y acabó aprendiendo a confeccionar pantalones, haciendo recados, relacionándose con los sastres, recogiendo ropa, planchándola y devolviéndosela a los sastres. También hacía la compra y guisaba[824]. En su piso, de calefacción escasa, que según un amigo era «muy reducido», el dormitorio era también taller[825]. De esta manera, la pareja sobrevivía con modestia[826].

Sus relaciones domésticas eran armoniosas y estaban bien organizadas. Según Gracia, «Quan hi havia de fer alguna cosa, mos la comunicàvem i endavant… Ell era un home que ho feia tot, o siga que si tenia que guisar, guisava»[827]. Su forma de vida la facilitaba su decisión de no tener hijos. «El mundo tiene más gente de lo que puede soportar», Peirats observaba una vez[828]. En apariencia ninguno de los dos lamentó su decisión. Gracia reflejó más tarde: «Els fills estan molt bé, però que un sap que se té que sacrificar per ells. Tindre'ls per tindre'ls no»[829]. En una carta a amigos Peirats reconocía que «nada nos falta, nada nos sobra»[830]. Pero esto les llegó tras mucho trabajo duro, que a veces empezaba a las 6.30 de la mañana y acababa a las 11.30 de la noche[831]. Como Peirats escribió a otro amigo, «son muchas las horas de trabajo. Yo ya no puedo realizar otra cosa… Tengo una pierna casi inservible»[832]. En otra ocasión reconocía: «no paramos si no es para comer y cenar», aunque «siempre procuramos robar un poco de tiempo para leer un poco, a la hora de acostarnos, ya en la cama»[833]. Los fines de semana paseaban por la ciudad antigua, admirando su arquitectura y sus plazuelas[834]. La dureza económica de estos años puede medirse en las cartas de Peirats: a veces las escribía en recortes de papel, y siempre usaba toda la página incluidos los márgenes[835].

Reunificación y división

A pesar de la resistencia de la rue Belfort, la presión de las bases a favor de la unidad se aceleró durante la década de los cincuenta, y culminó en la curación de la quiebra de 15 años durante 1960-1961, lo cual fue ratificado

de manera formal en el congreso de Limoges de 1961[836]. Junto con Esgleas por los «ortodoxos» y Aurelio Fernández y Ramón Álvarez por los «posibilistas», Peirats formó parte de una ponencia de cuatro hombres responsable de redactar el dictamen sobre la reunificación[837]. Pero a pesar de la marea de apoyo a un único movimiento, fue una unidad frágil, sin bases firmes, que, como dice Herrerín, «consistió más en una imposición que en el resultado de una negociación»[838].

En Limoges, Peirats cometió un error que resultaría fatal para el MLE-CNT reunificado. Aunque «elegido por una inmensa mayoría» y a pesar del hecho de que «fue reiteradamente requerido para aceptar la elección», rechazó la oportunidad de convertirse en secretario por tercera vez[839]. Incluso un crítico feroz de Peirats creía que era el mejor candidato, y le describía como «una referencia y muchos confiaban en que después de la reunificación pasase a ser el nuevo secretario. Por una parte su personalidad era respetada por los «dos bandos» y por otra parte era lo bastante riguroso como para atenerse con fidelidad a los acuerdos de la Organización»[840]. La insistencia de Peirats en que había tomado diez años antes la decisión de no volver a ser secretario le hizo mostrarse innecesariamente inflexible para algunos de los asistentes al congreso, así como despreocupado de las necesidades inmediatas del MLE-CNT[841].

Años más tarde contó que esta decisión reflejaba las preocupaciones por que la influencia de la FAI minara su trabajo como secretario. Consciente de que «nunca me he reconocido aptitudes para la diplomacia», defendía que se habría planteado un serio conflicto, algo que argumentaba que había de evitarse a toda costa en aquella coyuntura tan sensible. También afirmó que creía que la reunificación era «irreversible»[842]. Sus argumentos están lejos de ser convincentes, sobre todo porque era consciente de que se trataba de un «momento crucial» en la historia del movimiento[843]. Por otra parte, si comparamos el equilibrio de fuerzas en 1961 con el de la vez de su primer mandato como secretario en 1947, que coincidió con el apogeo de la influencia de Cerrada, el poder de la FAI había menguado mucho. Más aún, habría disfrutado del sólido apoyo del congreso y las bases en el caso de una confrontación semejante. A los 53 años de edad, es concebible que

Peirats estuviera hastiado de los políticos del exilio, y que probablemente le pareciera que era un cargo para un hombre más joven. Pero, al mismo tiempo, sabía que había escasez de activistas capaces de coger el timón. Se puede argüir que lo que era decisivo en su pensamiento era el rechazo público de la política de lucha armada aprobada dos años antes en Vierzon, política que se había apuntalado en Limoges con la creación de Defensa Interior, que había de dirigir las acciones de guerrilla dentro de España[844]. Sin embargo, resulta interesante tener pruebas de que, lejos del secretariado y de cargos de influencia, Peirats era, al menos en la intimidad, más indulgente con los defensores de la guerra de guerrilla, con algunos de los cuales tenía estrecha relación[845].

Al negarse a ser nombrado secretario en 1961, Peirats permitió en la práctica que los enemigos de la reunificación ganaran terreno. Desde el inicio, los ultras entre los «ortodoxos», muchos de los cuales también estaban organizados en la FAI, se mostraron incapaces de perdonar la «herejía» «posibilista», y el clan Esgleas-Montseny encabezó hábilmente su rebelión contra la «reunificación»[846]. La mayoría de los ultras pretextaron que su oposición a la reunificación residía en su percepción de que ellos encarnaban los principios sacrosantos del movimiento, lo que Octavio Alberola y Ariane Gransac denominaron «los viejos fantasmas del sectarismo libertario»[847]. Pero debemos considerar también que, como ha explicado Eduardo Romanos, el conflicto interno «sirvió de válvula de escape al rencor acumulado durante la Guerra Civil y periodos anteriores»[848]. Es cierto que esto se había magnificado durante los largos años de exilio. De todas formas, en el caso específico de Esgleas y Montseny, podemos señalar motivaciones personales, de manera especial cuando recordamos que los que volvieron en 1961 fueron precisamente los activistas que más habían cuestionado su papel en la desaparición de los fondos del MLE-CNT durante la Segunda Guerra Mundial.

Las persistentes tensiones y rivalidades entre «ortodoxos» y «posibilistas» se manifestaron en el poco concurrido congreso de 1963, en el que Esgleas, «el mayor enemigo de la unidad»[849], a ojos de Peirats, fue elegido secretario, con el apoyo de la FAI[850]. Durante los siguientes diez

años, excepto una ausencia de dos años en 1967-1969, Esgleas fue el omnipresente secretario del MLE-CNT. En conjunto, fue secretario durante más de la mitad del periodo de treinta años entre 1945 y 1975. A medida que Esgleas y los burócratas de su entorno envejecían, se aferraron a sus puestos como única fuente viable de ingresos, constituyendo una élite semipermanente; como lo explica Peirats, «se eternizaban en los cargos un año tras otro, formando una suerte de clase dirigente»[851].

Según Herrerín, Esgleas cimentó su poder cambiando el sistema de voto y otras «formas de actuación que nada tenían que ver con los principios libertarios», incluida la censura[852]. Mientras que antes cada federación local había recibido los votos del congreso en proporción con su afiliación total, ahora poseían un solo voto sin consideración a su tamaño. Esto suponía que a la Federación local de Toulouse, que representaba el 60% de todos los activistas de la región, la podían derrotar ahora federaciones diminutas, algunas de solo dos o tres miembros. Esgleas consolidó también su poder y control sobre el congreso a través de la creación de Federaciones locales «ficticias»[853]. Un ejemplo perfecto de estas anomalías fue la propia Federación local de Seysses de Esgleas, un pueblo diminuto a 19 kilómetros de Toulouse. Como vivía con Montseny en Toulouse, administraban la Federación local de Seysses como terratenientes ausentes[854].

A través de estos cambios institucionales y la prestidigitación, Esgleas conservaba su autoridad y su línea sectaria, generando considerable malestar entre las bases, en particular entre las grandes federaciones locales de París y Toulouse, donde los activistas se sentían privados de sus derechos con los nuevos procedimientos de votación. Mientras tanto, los jóvenes radicales se frustraban porque la rue Belfort no había dado más que ayuda de boquilla a la lucha armada antifranquista[855]. Las tensiones internas aumentaron cuando Esgleas pospuso el congreso de 1964, una maniobra que se percibió por parte de sus críticos como una treta para ganar tiempo mientras tramaba una ofensiva máxima contra las voces disidentes[856]. Respaldado incondicionalmente por Montseny, que, podríamos recordar, había jaleado dos escisiones importantes en el

movimiento, era solo cuestión de tiempo antes de que se diera un nuevo cisma. Peirats confió a sus amigos su «miedo de una catástrofe»[857].

Esta sobrevino en agosto de 1965, en el congreso de Montpellier, con la que Herrerín describe como «la fractura más importante del movimiento durante todo el exilio y del que la Confederación no logró recuperarse»[858]. Antes y durante el congreso, Esgleas fue objeto de severas críticas desde varios sectores. La juventud radical le acusó de cobardía por renegar de la política de lucha armada aprobada en 1959 y de la posterior iniciativa de Defensa Interior[859]. Peirats había tenido la intención de no asistir, pero fue a regañadientes por requerimiento de los compañeros de la organización de Toulouse, que querían que él presentara un informe. Describió la atmósfera inicial como «cargada de electricidad»[860], que no calmaba el frecuente uso de la guillotina por la presidencia para desautorizar alegadas faltas de «responsabilidad militante»[861]. A otro disidente el congreso le pareció «muy violento»[862]. Algunos delegados estaban abrumados por los destemplados intercambios verbales y la censura del debate. Según Peirats, Acracio Bartolomé, un veterano anarquista asturiano, tenía lágrimas en los ojos cuando advirtió al congreso de que «el día que desaparezcan las tendencias, desaparecerá la CNT»[863]. Sus palabras fueron desatendidas. Cuando le tocó hablar a Peirats, lo cual no le fue fácil porque estaba con gripe, se topó con abucheos e insultos personales; más tarde equiparó a sus adversarios con «una manada de chacales pidiendo carnaza»[864]. Tal fue la intimidación a la que se enfrentó que una delegación denunció «los intentos de agresión sobre Peirats»[865]. Tanto le alteró la actitud de sus antiguos compañeros que en un momento determinado se echó a llorar[866]. Tal fue la hostilidad de los *esgleístas* que uno le gritó: «¡A ver si te mueres; te dedicaremos un artículo en la prensa y algún ramo de flores!»[867]. En un momento dado, estallaron las peleas dentro del congreso[868].

Sin posibilidad de una discusión abierta, las federaciones locales disidentes organizaron un abandono colectivo del congreso. Los que se fueron eran una mezcla de jóvenes radicales como Alberola y Edo, ambos feroces partidarios de la lucha armada, veteranos como Cipriano Mera y Aurelio Fernández, ambos antiguos compañeros de Durruti, que habían

gravitado hacia una postura más moderada, y otros, como Peirats, a quienes desagradaba la supresión de la democracia interna dentro del MLE-CNT[869].

Bebiendo del discurso de la escisión de 1945, los *esgleístas* presentaron la ruptura como una limpieza de elementos «colaboracionistas» que, alegaron, estaban en contacto con los franquistas[870]. Esta tergiversación se basó en parte en una reunión que tuvo lugar entre una minoría de los disidentes y Francisco Royano, un delegado de la CNT de Madrid y seguidor del *cincopuntismo*, una alianza antifascista con sindicalistas disidentes de los sindicatos verticales de la dictadura basada en un programa de cinco puntos[871]. Sin embargo, lo que la dirección ocultó es que Esgleas también se había reunido con Royano. Más aún, los *esgleístas* ignoraban el hecho de que la mayoría de los disidentes, como el MLE-CNT, no tenían nada que ver con el *cincopuntismo*[872]. Sin embargo, esta «herejía» del *cincopuntismo* proporcionó una cobertura adecuada a la campaña de Esgleas de descrédito de los disidentes, y Peirats fue acusado de «traición»[873].

Según Gracia Ventura, que probablemente era la que mejor conocía el carácter de Peirats, distinguía entre los «influenciables» y «los que influenciaban»: podía disculpar a los primeros, pero era implacable con los últimos, y nunca pudo perdonarles su traición y engaño[874]. Con Esgleas y Montseny atrincherados en la burocracia de la CNT, al mes del congreso de Montpellier Peirats escogió abandonar la CNT tras 43 años de activismo, de baja voluntaria «mientras duren las actuales circunstancias»[875]. En una carta al secretariado, acusaba a Esgleas y sus compinches de haber roto «todas las normas de organización, pisado y hecho almoneda de toda ética libertaria»[876].

Se pasó varias semanas evaluando su vida de activista: «La respuesta no podía ser más deprimente... había derrochado energías, reñido batallas, creado amigos pero también enemigos» en sus esfuerzos por unir un movimiento que estaba más dividido que nunca[877]. Un mes más tarde, escribiendo a un amigo, resumía su desesperación:

> Ya estoy cansado de romperme los cuernos contra un muro… La CNT del exilio se ha convertido en un manicomio de viejos chochos y locos de atar incurables... una organización de cadáveres

insepultos... Aquí no se hace más que contagiar el masoquismo[878].

También buscaba identificar su «caída», que atribuía a su «rigidez, mi no casarme con nadie, mi atacar francamente de cara», que era en gran medida su *modus operandi*. Reconocía su acción contra Cerrada, y lo que llamaba «la masonería faísta», que nunca andaba lejos de Esgleas y Montseny, le había granjeado con el tiempo peligrosos enemigos[879].

Para los disidentes era evidente que las dos principales actividades del MLE-CNT —propaganda y acción directa en España— estaban ahora totalmente subordinadas a la obsesión de los líderes por conservar sus cargos y las siglas de la organización. Dos jóvenes radicales críticos con la rue Belfort observaron que 1965 confirmaba «la degeneración burocrático-autoritaria de las élites confederales»[880]. De hecho, como veremos, era solo el principio. Mientras la dirección *esgleísta* había empezado a expulsar a disidentes antes del congreso de Montpellier, después esto derivó hacia lo que Peirats llamó «la eliminación del adversario, la intolerancia hecha sistema, la prohibición de pensar libremente, la condena del derecho de la oposición»[881]. Antes de fin de año, la rue Belfort expulsó a Peirats de la CNT, a pesar del hecho de que ya no era miembro[882]. (Cuando la Federación local de Cugnaux, a la que había pertenecido Peirats, se negó a llevar a cabo la orden de expulsión, sufrió la misma suerte[883].) Gracia Ventura reconoce que a él le dolió mucho su salida de la CNT: «Se lo llevaba en el alma»[884]. Así empezó una nueva fase de su vida, «como un satélite artificial»[885], caracterizada por un doble exilio: su destierro de su país de nacimiento en un país donde, como confesó, «jamás conseguí aclimatarme en 38 años»[886], y de la organización que constituyó su verdadera patria.

---

665 Entrevista con Diego Camacho («Abel Paz»), 5-11-05.

666 Carta a Marcelino García, 8-5-62; para los anarquistas en Toulouse, véase Alicia Alted y Lucienne Domergue, *La cultura del exilio anarcosindicalista español en el sur de Francia*, Madrid, 2012 y Chris Ealham, «Spanish Anarcho-Syndicalists in Toulouse: The Red-and-Black Counter-City in Exile», *Bulletin of Spanish Studies*, 91, 1-2, 2014, pp. 95-114.

667 *ABC*, 5-5-61.

668 MI T.6, L.XI, 10.

669 Herrerín, *La CNT*, p. 196.

670 Juan Ferrer, «Prensa libertaria y cenetista en el exilio», *Historia Libertaria*, 5, mayo-junio de 1979, pp. 25-27.

671 Íñiguez, *Esbozo*, pp. 141-142.

672 Irene Lozano, *Federica Montseny: una anarquista en el poder*, Madrid, 2004, pp. 316-317.

673 Borrás, *Políticas*, pp. 227, 257; Álvarez, *Historia negra*, pp. 101, 108, 310.

674 Borrás, *Del radical-socialismo*, pp. 112-113.

675 Lozano, *Federica Montseny*, p. 312.

676 MI T.6, L.XI, 13.

677 José Peirats, «Réquiem por un militante», *Frente Libertario*, enero de 1972; MI T.6, L.XI, 15. Para la conferencia, véase MLE Comisión Intercontinental, *Reseña.*

678 MI T.5, L.X, 53.

679 MI T.6, L.XI, 18-19.

680 Herrerín, *La CNT*, pp. 118, 154; Eduardo Romanos, «Emociones, identidad y represión: el activismo anarquista durante el franquismo», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 134, 2011, p. 90. Véase también Ángel Herrerín, «Reorganización y actividad de la CNT del interior en la primera década de la dictadura de Franco», *Ayer*, 51, 2003, pp. 155-178.

681 Javier Tusell, *Los hijos de la sangre*, Madrid, 1986, p. 130.

682 Carta a José Gutiérrez, 15-6-85.

683 MI T.6, L.XI, 21-31, 34.

684 Carta a Juan Gómez Casas, 17-9-87.

685 Juan Gómez Casas, *Los cruces de caminos (Antecedentes y pequeña historia de una década: 1966-1976)*, París, 1984, p. 42. Este autor fecha equivocadamente la reunión en 1946.

686 Carta a José Gutiérrez, 15-6-85.

687 MI T.6, L.XI, 38-41, 43.

688 Téllez, *Sabaté*, pp. 95-98.

689 MI T.6, L.XI, 45, 76; *Solidaridad Obrera*, 30-10-48.

690 MI T.6, L.XI, 46.

691 MI T.6, L.XI, 47, 54; Molina, *El movimiento clandestino*, p. 230.

692 Véase MLE-CNT, *Dictámenes y Resoluciones del 2.º Congreso del MLE-CNT en Francia, Toulouse, octubre de 1947,* Toulouse, 1947; MI T.6, L.XI, 58.

693 MLE-CNT, *Dictámenes*, p. 5.

694 MI T.6, L.XI, 59.

695 Carta a Francisco Botey, 12-4-79.

696 Lozano, *Federica Montseny*, p. 188; Francisco Olaya, *El oro de Negrín*, Madrid, 1998, p. 460, n. 20.

697 Cartas a Ramón Álvarez, 21-1-81 y Germinal Esgleas, 16-10-66 (Archivo de Antonia Fontanillas); esa última carta está reproducida en Álvarez, *Historia negra*, p. 297-299.

698 Paz, *CNT*, pp. 364-365.

699 Con toda su animadversión, Peirats seguía apreciando en Montseny a «una gran oradora... lo mejor que ha tenido el anarquismo español desde la muerte trágica de Salvador Seguí» (MI T.7, L.XIII, 68). Mantenía cierto respeto por Montseny (entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09). En cambio, uno de los adversarios de Esgleas observó que este era «capaz de hacer dormir de pie a quien tuviera la paciencia de escucharlo en tal posición» (Borrás, *Del radical-socialismo*, p. 188). Según su biógrafo, «destacaría el gris» en la vida de Esgleas: Amat, *L'anarcosindicalisme*, p. 9.

700 Cartas a Miguel Íñiguez, 22-8-85 y Juan Gómez Casas, 24-11-87.

701 MLE-CNT, *Dictámenes*, p. 51.

702 MI T.6, L.XI, 96.

703 Entrevista con Diego Camacho («Abel Paz»), 5-11-05; Borrás, *Del radical-socialismo*, p. 145.

704 Antonio Téllez, *Historia de un atentado aéreo contra el general Franco*, Barcelona, 1993. Para los maquis, véase Marín, *Clandestinos*, *passim.*

705 José Francisco, *Habla mi conciencia*, Barcelona, 1966, pp. 46-47. Peirats criticó inexactitudes en hechos en este «libelo», pero no negó que su reunión con los maquis tuviera lugar: Carta a José del Amo, 2-10-66.

706 Véanse las obras de Antonio Téllez, *Sabaté. Guerrilla urbana en España (1945-1960)*, Barcelona, 1992 y *Facerías: Guerrilla urbana (1939-1957). La lucha antifranquista del Movimiento Libertario en España y en el exilio*, París, 1974; también véanse Josep Maria Reguant, *Marcelino Massana: ¿terrorismo o resistencia?*, Barcelona, 1979 y Josep Clara, *Marcel·lí Massana, l'home més buscat: un mite de la guerrilla anarquista*, Barcelona, 2005.

707 Carta a Marcos Alcón, 16-2-65.

708 MI T.6, L.XI, 60.

709 MI T.7, L.XIV, 51.

710 Carta a Juan Molina, 20-12-63; MI T.6, L.XI, 67-68.

711 MI T.6, L.XI, 61.

712 MI T.6, L.XI, 64.

713 Lozano, *Montseny*, 329.

714 Miró, *Anarquismo*, p.216; carta a Marcos Alcón, 13-2-63; MI T.6, L.XI, 68.

715 MI T.6, L.XI, 69.

716 MI T.6, L.XI, 57; Herrerín, *La CNT*, p. 95.

717 Conversación telefónica con Federico Arcos, 16-4-10.

718 Para el viaje, véase Clara, *Marcel·lí Massana*, pp. 61-66; Reguant, *Marcelino Massana*, p. 193; MI T.6, L.XI, 70-80.

719 Ferrán Sánchez, *El Maquis anarquista - De Toulouse a Barcelona por los Pirineos*, Lleida, 2005, p. 132.

720 Baltasar Porcel, *La revuelta permanente*, Barcelona, 1978, p. 279.

721 MI T.6, L.XI, 86-88.

722 Luis Andrés Edo, *La CNT en la encrucijada. Aventuras de un heterodoxo*, Barcelona, 2006, pp. 98-99.

723 Íñiguez, *Esbozo*, p. 285; Herrerín, *La CNT*, p. 107; Borrás, *Del radical-socialismo*, p. 136.

724 MI T.6, L.XI, 83-85.

725 MI T.6, L.XI, 81, 95-96.

726 MI T.6, L.XI, 97-100 y L.XII, 1, 4.

727 Carta a Juan Gómez Casas, 15-12-71; MI T.6, L.XII, 5-7; carta de Gracia Ventura al autor, 27-11-10; MI T.6, L.XII, 7.

728 Carta de Federico Arcos al autor, 21-2-00.

729 *Inquietudes*, noviembre-diciembre de 1947.

730 Peirats, «Una experiencia histórica», p. 101.

731 MI T.6, L.XII, 10.

732 MI T.6, L.XII, 18.

733 García Oliver, *El eco,* pp. 615-616.

734 José Fortea, *Tiempo de historia. No hay más cera que la que arde*, Badalona, 2002, p. 133.

735 Carta a Marcelino García, 8-5-62.

736 MI T.6, L.XII, 19.

737 Citado en García, «José Peirats», p. 18.

738 MI, T.6, L.XII, 20.

739 Según Arcos, «Durante algún tiempo dormimos en la misma cama, la única que teníamos en el sitio muy pequeño en el que yo vivía». (Carta de Federico Arcos al autor, 21-2-00).

740 MI T.6, L.XII, 25-6; para el pleno, véase MLE-CNT, *Acta del Pleno Intercontinental de Núcleos de la CNT celebrado en Toulouse los días 28 de mayo 1950 y sucesivos*, Toulouse, 1950.

741 MI T.6, L.XII, 14, 21.

742 MI T.6, L.XII, 27.

743 Carta de Federico Arcos al autor, 21-2-00; MI T.6, L.XII, 26-27.

744 Borrás, *Del radical-socialismo*, p. 128; MI T.6, L.XI, 89 y T.6, L.XII, 2, 8.

745 David Messenger, *L'Espagne Républicaine. French Policy and Spanish Republicanism in Liberated France*, Brighton, 2008, pp. 97-138.

746 Dreyfus-Armand, *El exilio*, pp. 212, 260-263.

747 MI T.6, L.XI, 65.

748 Téllez, *Sabaté*, p. 194; MI T.6, L.XII, 32.

749 MI T.6, L.XII, 42.

750 David Wingeate Pike, *Jours de gloire, jours de honte. Le Parti Communiste d'Espagne en France depuis son arrivée en 1939 jusqu»à son départ en 1950*, París, 1984, p. 224.

751 Sánchez, *El Maquis anarquista*, pp. 28-29.

752 José Bailo, el hermano de 27 años de Francisco, se suicidó antes que ser detenido: Téllez, *Sabaté*, pp. 194, 198-199.

753 Carta a Marcos Alcón, 16-2-65.

754 David W. Pike, *Jours*, p. 225; MI T.6, L.XII, 31-36.

755 MI T.6, L.XII, 68.

756 Carta a Fernando Gómez Peláez, 24-3-72; MI T.6, L.XII, 37.

757 Carta a Miguel Íñiguez, 22-8-85.

758 Téllez, *Sabaté*, p. 199.

759 MI T.6, L.XII, 49-52.

760 Carta a Mariano Casasús, 4-4-87.

761 Cartas a Jaime Padrós, 17-3-66 y Mariano Casasús, 4-4-87; entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

762 Escribió que las palizas de Lyon iniciaron «el declive de mi vida»: Carta a Juan Gómez Casas, 15-12-71.

763 Correo electrónico de Octavio Alberola al autor, 22-8-08.

764 Cartas a Fernando Gómez Peláez, 24-3-72, Progreso Fernández, 3-9-76 y «Fontaura» (Vicente Galindo), 23-6-83.

765 MI T.6, L.XII, 39.

766 Carta a Alejandro Gilabert, 3-1-75; David W. Pike, *Jours*, p. 224.

767 Freddy Gómez, «Epílogo. Fraternidad de los combates, fidelidad de las soledades: Camus y *Solidaridad Obrera*», en Albert Camus, *Escritos libertarios (1948-1960)*, Barcelona, 2014, p. 266; carta a Juan Gómez Casas, 17-9-87.

768 Carta a Juan Gómez Casas, 5-5-68.

769 David W. Pike, *Jours*, p. 225; MI T.6, L.XII, 65, 69, 74, 77-78.

770 Íñiguez, *Esbozo*, pp. 141-142; Edo, *La CNT*, p. 117.

771 José Peirats, *La CNT en la revolución española*, Toulouse, 1951; MI T.6, L.XII,72, 77.

772 Reproducido en la 3.ª edición revisada, Cali, Colombia, 1988, p. 17.

773 MI, T.6, L.XII, 78.

774 Peirats fue descrito como «nuestro primer historiador, el "Heródoto de la CNT"» (García, prólogo a Peirats, *La Semana Trágica*, p. 17) y como «el Heródoto del primer movimiento sindicalista libertario» (Carrasquer, «José Peirats», *Polémica*, octubre de 1989, p. 20).

775 MI T.6, L.XII, 19.

776 A pesar de sus diferentes orígenes sociales y convicciones políticas, como revolucionarios y como historiadores se pueden rastrear algunos paralelismos entre la obra de Peirats y la de Leon

Trotsky, otro historiador revolucionario: ambos compartieron las mismas metas como escritores, que, en palabras del más erudito historiador del segundo, respondieron a «una *vis historica* doble: la urgencia del revolucionario por hacer historia y el impulso del escritor por describirla…» (Isaac Deutscher, *The Prophet Outcast. Trotsky: 1929-1940*, Londres, 1963, vol. 3, p. 218). Deutscher también observó que el historiador de las revoluciones tiene que «entrar en las entrañas de millones de personas para sentir y conferir el poderoso empuje que subleva el orden establecido» (*Trotsky*, vol. 3, p. 232). Peirats lo consiguió, y se erige como uno más de sus logros.

777 E. P. Thompson, *La formación histórica de la clase obrera inglesa*, Barcelona, 1977; hay una versión revisada, Madrid, 2012.

778 MI T.6, L.XII, 77 y T.7, L.XIII, 94, 96.

779 Carta a Antonia Fontanillas, 20-10-65; *El Luchador*, abril de 1973.

780 Carta a Rodolfo Llopis, 2-3-56.

781 Carta a Amapola, 6-2-62.

782 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09; MI T.7, L.XIII, 1; Eulàlia Vega, *Pioneras y revolucionarias. Mujeres libertarias durante la República, la Guerra Civil y el Franquismo*, Barcelona, 2010, pp. 276-281.

783 Vega, *Pioneras,* p. 304.

784 Carta a Ramón Fortich, s.f. (¿1988?).

785 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09; carta a José Alberola, 3-2-61.

786 Vega, *Pioneras*, p. 205.

787 MI T.7, L.XIII, 2.

788 Citado en MI T. 6, L.XII, 90.

789 Carta de Antonia Fontanillas al autor, 28-11-10; para la versión de Peirats de la ruptura, véase MI T. 6, L.XII, 81-90.

790 Carta a Pedro Panés, 21-4-77.

791 MI T.6, L.XII, 96.

792 MI T.7, L.XIII, 70.

793 Olegario Pachón, *Recuerdos y consideraciones de los tiempos heroicos. Testimonio de un extremeño.* Barcelona, 1979, p. 175.

794 CNT, *Memorias del Congreso Intercontinental de federaciones locales de la CNT de España en el Exilio, Limoges, agosto 1960*, Choisy-Le-Roi, s.f. (¿1960?), p. 14.

795 Herrerín, *La CNT*, p. 220.

796 Octavio Alberola y Ariane Gransac, *El anarquismo español y la acción revolucionaria (1961-1975)*, París, 1975, pp. 31-32.

797 CNT, *Memorias del Congreso Intercontinental…*, pp. 19-20.

798 MI T.7, L.XIII, 3, 13.

799 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

800 MI T.7, L.XIII, 10-11.

801 Véase Antoni Dalmau, «Josep Viadiu i Valls (1890-1973), publicista y director de "Solidaridad Obrera"», *Revista d'Igualada*, 33, diciembre de 2009, pp. 31-54; MI T.7, L.XIII, 11.

802 MI T.7, L.XIII, 12-13.

803 MI T.7, L.XIII, 37-44.

804 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

805 Carta a Federico y Pura Arcos 31-12-62; Herrerín, *La CNT*, p. 188; Edo, *La CNT*, pp. 100, 119.

806 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

807 José Peirats, *El Diablo*, Toulouse, 1958.

808 MI T.7, L.XIII, 96-98.

809 Edo, *La CNT*, p. 100.

810 MI T.7, L.XIII, 99.

811 MI T.7, L.XIII, 98-100. Según Peirats, «Yo fui casi su secretario perpetuo y no paré de presentar iniciativas» (MI T.7, L.XIV, 39).

812 Dolores Fernández, «Fuentes para el estudio del exilio español en Francia», *Migraciones y Exilios*, 8, 2007, p. 63.

813 Lucienne Domergue y Marie Laffranque, «Los españoles exiliados en Toulouse y la cultura: el ejemplo de los anarquistas», en Alicia Alted y Lucienne Domergue (eds.), *El exilio republicano español en Toulouse, 1939-1999*, Madrid, 2003, p. 247; Alted y Domergue, *La cultura del exilio*, p. 69.

814 MI T.7, L.XIII, 71.

815 MI T.7, L.XIII, 72, 83.

816 Correo electrónico de Octavio Alberola al autor, 22-8-08.

817 MI T.7, L.XIII, 79.

818 MI T.7, L.XIII, 70.

819 MI T.7, L.XIII, 78.

820 MI T.7, L.XIV, 29.

821 Cartas a Juan Gómez Casas, 15-12-71 y Pedro Brugarolas, 9-2-73; MI T.7, L.XIII, 82.

822 MI T.7, L.XIII, 80.

823 MI T.7, L.XIII, 70.

824 MI T.7, L.XIII, 82.

825 Carta de Sara Berenguer al autor, 19-1-10.

826 Carta de Gracia Ventura al autor, 27-11-10.

827 «Cuando había que hacer algo, nos lo comunicábamos y adelante.ൟ Él era un hombre que hacía de todo, o sea, que si tenía que guisar, guisaba» [N. del T.]. Vega, *Pioneras*, p. 306.

828 Carta a Gene (Juanita) Fried, 7-11-65.

829 «Los hijos están muy bien, pero uno sabe que se tiene que sacrificar por ellos. Tenerlos por tenerlos, no» [N. del T.]. Vega, *Pioneras*, p. 307.

830 Carta a Federico y Pura Arcos, 21-12-63.

831 Carta a Progreso Alfarache 24-6-63.

832 Carta a Marcos Alcón, 25-3-63.

833 Carta a Amapola, 6-2-62.

834 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

835 Véase, por ejemplo, la carta a José del Amo, 22-3-72.

836 Álvarez, *Historia negra*, pp. 230-239.

837 MI T.7, L.XIV, 14.

838 Herrerín, *La CNT*, p. 221.

839 Álvarez, *Historia negra*, p. 233.

840 Ángel Carballeira, *Apuntes sobre De mi paso por la vida: Memorias de José Peirats Valls. Comentarios acerca del prólogo de Enric Ucelay-Da Cal*, s.l., 2010, p. 86.

841 MI T.7, L.XIV, 16-7; Álvarez, *Historia negra*, p. 233.

842 MI T.7, L.XIV, 29.

843 Escribiendo sobre la división, observó: «Si no somos capaces de superarlo se hunden las pocas posibilidades que tenemos de continuidad histórica» (Carta a Diego Camacho («Abel Paz»), 11-12-61).

844 Octavio Alberola, «El DI: la última tentativa libertaria de lucha armada contra el régimen de Franco», en VV. AA., *La oposición libertaria al régimen de Franco*, Madrid, 1993, pp. 343-87 y Juan Alcalde, *Los servicios secretos en España. La represión contra el movimiento libertario español (1936-1995)*, Madrid, 2008, 2.ª parte, capítulo 2, s.p. (e-book: http://pendientedemigracion.ucm.es/info/eurotheo/e_books/jjalcalde/servicios_secretos/)

845 Son ejemplos Marcelino Boticario, Félix Gurucharri y Octavio Alberola. Según Gurucharri, «Peirats era una especie de padre espiritual y principal asesor» de Boticario, el secretario de la Comisión de Defensa establecida con la creación de Defensa Interior, «y no parece constar que [Peirats] ejerciese presión o freno alguno sobre Boticario». (Carta de Félix Gurucharri al autor, 17-10-10). Según Gracia Ventura, Boticario fue uno de sus amigos más íntimos en el exilio (entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09).

846 Herrerín, *La CNT*, p. 224; carta a Marcelino García 8-5-62.

847 Alberola y Gransac, *El anarquismo español*, p. 39.

848 Eduardo Romanos, «Emotions, Moral Batteries and High-Risk Activism: Understanding the Emotional Practices of the Spanish Anarchists under Franco's Dictatorship», *Contemporary European History,* 23, 4, 2014, p. 557.

849 MI T.7, L.XIV, 6.

850 MI T.7, L.XIV, 17-18.

851 MI T.7, L.XIII, 86.

852 Herrerín, *La CNT*, pp. 251 y 253-254.

853 Borrás, *Del radical-socialismo*, p. 188.

854 Herrerín, *La CNT*, pp. 194-5, 251-3; Amat, *L'anarcosindicalisme*, p. 45. Peirats se refería a «la fantasmagórica local de Seysses, que la formaban él y su compañera» (MI T.7, L.XIV, 8).

855 Herrerín, *La CNT*, pp. 239-244.

856 MI T.7, L.XIV, 20; Alberola y Gransac, *El anarquismo español*, p. 154.

857 Carta a Marcos Alcón, 18-2-64.

858 Herrerín, *La CNT*, p. 247; véase también Álvarez, *Historia negra*, pp. 250-260. Para la versión de Peirats, véase José Peirats, «Informe del delegado de Venezuela de las tareas del congreso de la CNT de España en exilio a que pudo asistir» (10-16 de agosto de 1965), *Elementos para la comprensión correcta de 40 años de exilio confederal y libertario*, París, 1978, pp. 135-155.

859 *El Luchador*, abril de 1973; MI T.7, L.XIV, 19.

860 MI T.7, L.XIV, 20. Otro delegado disidente se refirió al «clima pasional, creado por los esgleístas» en el congreso (Alberola y Gransac, *El anarquismo español*, p. 166). Véase también Salvador Gurucharri y Tomás Ibáñez, *Insurgencia libertaria. Las Juventudes Libertarias en la lucha contra el franquismo*, Barcelona, 2010, p. 178.

861 *Esfuerzo*, mayo de 1967; *El Luchador*, mayo de 1971; MI T.7, L.XIV, 19, 23.

862 Correo electrónico de Octavio Alberola al autor, 22-8-08.

863 MI T.7, L.XIV, 24.

864 MI T.7, L.XIV, 22.

865 Álvarez, *Historia negra*, p. 253.

866 Álvarez, *Historia negra*, p. 259. Como dice él, estaba alterado «tan profundamente que caí por primera vez en mi vida en un sollozo convulso, mientras había quienes reían y se guaseaban» (MI T.7, L.XIV, 24).

867 Álvarez, *Historia negra*, pp. 253; carta a Antonia Fontanillas, 20-10-65.

868 Peirats, «Informe», en *Elementos*, pp. 146-147.

869 Carta de Sara Berenguer al autor, 19-1-10.

870 Fortea, *Tiempo de historia*, pp. 155-158.

871 Véase Herrerín, *La CNT*, pp. 266-286; para la versión de Peirats, véase MI T.7, L.XIV, 25-26. Para el *cincopuntismo*, véase Carlos Ramos, «El cincopuntismo en la CNT, 1965-1966», en Alicia Alted, Abdón Mateos y Javier Tusell (eds.), *La oposición al régimen de Franco*, Madrid, 1990, tomo 1, pp. 137-155 y Ángel Herrerín, «La CNT y el Sindicato Vertical. La quimera de la libertad sindical con Franco», *Espacio, Tiempo y Forma, Historia Contemporánea*, 13, 2000, pp. 125-168.

872 Gurucharri y Ibáñez, *Insurgencia libertaria*, p. 181.

873 Carta de Antonia Fontanillas al autor, 6-1-11; carta a José del Amo, 3-4-67.

874 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

875 MI T.7, L.XIV, 30, 33.

876 Citado en MI T.7, L.XIV, 35.

877 MI T.7, L.XIV, 28.

878 Carta a Francisco Botey, 7-9-65.

879 Carta a José Agustín, 26-10-69.

880 Alberola y Gransac, *El anarquismo español*, pp. 153-178.

881 MI T.7, L.XIV, 39; Borrás, *Del radical-socialismo*, pp. 201-202.

882 MI T.7, L.XIV, 36.

883 Borrás, *Del radical-socialismo*, pp. 203.

884 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

885 Carta a Joan Llarch, 9-5-84.

886 Carta a Benito Milla, 26-12-85.

CAPÍTULO 8

LA NUEVA DISIDENCIA Y LOS LÍMITES DE LA RENOVACIÓN ANARQUISTA, 1965-1975

> Solo queda el pasado de aquellos que lucharon por una causa noble y quedaron en la cuneta.
>
> Manuel Mate Rupérez,
> *Medianoche en la historia.*

El año 1965 señaló el final del activismo de Peirats dentro del movimiento libertario[887]. A partir de entonces su pluma se convirtió en su principal forma de expresión. No es una coincidencia que su literatura epistolar creciera de manera significativa después de dejar el MLE-CNT, ya que sus escasos cientos de corresponsales constituyeron una comunidad alternativa. Mientras tanto siguió colaborando con la prensa anarquista, justo hasta su muerte en 1989. Fuera del MLE-CNT, Peirats desarrolló su crítica del *cenetismo,* un análisis que había tomado forma poco a poco desde su oposición a la primera experiencia de burocratización del movimiento durante la Guerra Civil. Como veremos, a pesar de la distancia de la organización, sentía un vínculo sentimental duradero con la CNT, con lo que había sido y con lo que creía que podía volver a ser, y este lazo con el pasado, combinado con sus esperanzas de futuro, limitó el alcance de su crítica.

Esto es algo sorprendente si consideramos el desenlace del congreso de Montpellier. Dos años después, en el pleno de Marsella de 1967, la dirección *esgleísta* puso en marcha la eufemísticamente denominada Comisión de asuntos conflictivos (CAC). La CAC fue parte esencial de la campaña de la dirección para apuntalar su control burocrático sobre lo que quedaba del movimiento. Según los disidentes, funcionaba como un «consejo de guerra» del clan de Esgleas y Montseny. En efecto, a lo largo de los pocos años siguientes, más o menos un tercio del total de los activistas del MLE-CNT, unos pocos miles, fueron purgados. En algunos

casos fueron expulsadas federaciones enteras por resistirse a los edictos del CAC, incluida la de París, con casi 1.000 miembros, y la organización de Inglaterra entera[888]. A imagen de sus creadores, la CAC operó de una manera muy personalista. Según una de sus víctimas, cualquier «desacuerdo con la familia Esgleas era considerado como una falta»[889]. Había pocos afectos: una persona leal a ellos, Joan Sans, a pesar de haber sido amigo de Esgleas durante la mayor parte de su vida, afrontó el «ostracismo total» y fue tratado como «un peligroso disidente» tras sugerir una revisión de la política de rue Belfort[890]. Entre las expulsiones de más relieve estuvieron Fernando Gómez Peláez, exdirector de *Solidaridad Obrera*, José Borrás, anterior director de *Ruta*, Roque Santamaría, exsecretario del MLE-CNT y Cipriano Mera, jefe militar anarquista durante la Guerra Civil[891]. De estos, el caso de Mera fue el más vergonzoso. Antiguo secretario del Sindicato de la Construcción en Madrid, Mera trabajó de obrero hasta su muerte en 1975 y gozaba de mucha simpatía en círculos confederales debido a su largo historial militante. Como ejemplo de las caprichosas acusaciones de los *esgleístas*, Mera fue acusado de malversar miles de francos de la organización y fue expulsado por «ladrón»[892].

El veterano anarquista asturiano Ramón Álvarez Palomo ofreció una interesante interpretación de la persecución de los cenetistas en el exilio[893]. Su *Historia negra de una crisis libertaria* es un ataque apasionado e implacable al matrimonio Esgleas-Montseny por uno de sus críticos más antiguos. Por esta razón, algunos podrían impugnar su fiabilidad. Pero Álvarez Palomo localiza los conflictos en el exilio en el ámbito de la larga tensión en los círculos de la CNT entre los intelectuales de clase media y los obreros autodidactas. Aunque los orígenes de Esgleas están en la clase obrera, desde los años veinte colaboró en *La Revista Blanca*, propiedad del padre de Montseny, lo que le convierte en parte de lo que Álvarez Palomo llama «una “dinastía” que vivió del anarquismo»[894]. Asediado por una salud frágil y propenso a la enfermedad y la depresión, no hay pruebas de que Esgleas llevara a cabo ningún trabajo manual después de 1936, como muy tarde[895]. En el exilio, cuando no estuvo ocupando un cargo retribuido, su único intento de ganarse la vida fue abrir una librería de segunda mano,

una aventura comercial que parece que fracasó rápidamente[896]. En lo que se refiere a los intelectuales desclasados como Montseny, su «empaque burgués», citando a Álvarez Palomo, «chocaba en nuestros medios proletarios», que ella nunca asumió del todo. También sugiere que Montseny mantenía una venganza familiar contra el típico militante obrero anarcosindicalista, alimentada por los conflictos explicados en los anteriores capítulos 2 y 4[897]. Desde luego, el anarquismo individualista de Montseny nunca le permitió abrazar la esencia proletaria revolucionaria de la CNT, a la vez que nunca entendió a fondo la condición obrera que encarnaban incluso los cenetistas más anarquistas, como Peirats.

Los grupos de presencia confederal y libertaria y la «nueva izquierda»

El banderín de enganche de muchos de los expulsados del MLE-CNT fue la revista *Presencia. Tribuna libertaria*, que apareció en noviembre de 1965, tres meses justos después del congreso de Montpellier. *Presencia* atrajo por igual tanto a jóvenes radicales como a otros disidentes. Con sus artículos de fondo, se convirtió en el centro de refracción de aquellos a los que les preocupaba la reevaluación del anarquismo, «sin temor a tabús ni a conceptos prefabricados». Formó parte de un intento de rescatar el anarquismo de la «autarquía intelectual» y los «dogmas absolutos» de la rue Belfort[898]. Editada por Luis Pasmar, de la FIJL, *Presencia* reflejaba las corrientes de la llamada «nueva izquierda», que buscaban reinterpretar el marxismo y el anarquismo en las nuevas circunstancias posteriores a la Segunda Guerra Mundial. En Francia, estas tendencias estaban respaldadas por una generación de anarquistas más jóvenes, como el activista de Defensa Interior Octavio Alberola, y en particular Emilio Edgar Rodríguez Zurbarán, antiguo director de *Ruta,* que abrazó el autonomismo, con sus promesas de combinar los mejores aspectos del anarquismo y el marxismo[899]. Mientras los viejos exiliados permanecían en su mayoría atrapados en una visión del mundo enmarcada por la perfidia de la Guerra Civil de los estalinistas españoles, Rodríguez Zurbarán publicó el artículo «La “herejía” del materialismo histórico». Basada en la opinión de que el

anarquismo era «una síntesis de teorías y aportaciones que exige, ante todo, una actitud abierta y crítica», denunció «el dogmatismo antimarxista» de la generación anterior como «un anacronismo, una ingenuidad y una prueba de rigidez ideológica». Concluía aconsejando: «el anarquismo, concepción antidogmática por definición, debería rechazar de plano cualquier fanatismo, aceptando los aportes positivos de la sociología, independientemente de toda posición sectaria»[900].

El tenor de *Presencia* reflejaba el deseo de sus fundadores de ser un foro de discusión para *todos* aquellos comprometidos con la revolución. Esta era una tarea apremiante, «pues como si se hubiera convertido en una lengua muerta, el anarquismo se había fosilizado desde el inicio de los años cuarenta hasta el final de los sesenta»[901]. Las colaboraciones exhibían un enfoque abierto a los problemas de teoría y organización y había debate sobre el papel estratégico de la violencia en las luchas sociales, así como una lectura crítica de la historia revolucionaria, incluida, por supuesto, la revolución de 1936. Pero el abismo entre las ideas momificadas de los *esgleístas* y *Presencia* era sobre todo evidente en la gran sensibilidad de esta por la evolución de la situación política dentro de España[902]. Esto se puso especialmente de manifiesto con la cuestión de Comisiones Obreras (CC. OO.), que, tras su aparición a finales de los años cincuenta, se convirtieron en el nuevo pulso de la clase obrera española, encabezando una oleada creciente de conflictos industriales de masas[903].

Cautelosos con todo lo que no controlaban, los de la rue Belfort eran hostiles a CC. OO., ignorando cuánto compartían con las tradiciones de la CNT las incipientes Comisiones, descentralizadas, clandestinas y asamblearias[904]. Mientras que las CC. OO. reflejaban el nacimiento de un nuevo movimiento obrero, la cultura de protesta obrera retenía con claridad facetas de la anterior metodología de acción directa preferida por el *cenetismo*. Como ha observado una experta en los movimientos sociales del periodo, las Comisiones «podrían haber sido un campo idóneo para la intervención anarquista, si el anarquismo hubiera sido capaz de renovarse»[905]. En una época en que los de la rue Belfort admitían que «no existe Organización en el Interior, sino grupos que muchas veces se ignoran

entre ellos»[906], los introspectivos *esgleístas* revelaban un «ensimismamiento suicida»[907], permanecían estoicamente hostiles a lo que consideraban un rival de los diseminados fragmentos de la CNT española y lo que Peirats denominaba su «antifranquismo de opereta»[908]. Hasta cierto punto, la pasividad de los dirigentes de Toulouse reflejaba el esencialismo místico de toda la vida de Montseny sobre los españoles, «un pueblo sano y virgen, no domesticado, aventurero, soñador, idealista, dinámico y revolucionario»[909], para el cual el anarquismo «es la auténtica tradición nacional española»[910]. En contraste, *Presencia* animaba a los activistas a que trabajaran dentro de Comisiones para exponer a la nueva clase obrera las ideas libertarias, basarse en sus luchas militantes y contrarrestar la influencia comunista[911]. En el caso de l'Hospitalet, Comisiones las fundó un anarcosindicalista, pero fue una de las escasas excepciones: la mayoría de los anarquistas permanecieron a distancia del movimiento, de hecho dejando espacio para que los comunistas predominaran en ellas[912]. Este error limitó con gravedad las posibilidades de la CNT de recuperar su posición hegemónica dentro de los talleres durante el final del franquismo y posteriormente.

Peirats estuvo muy implicado en *Presencia*. Cuenta que le «sedujo la idea» de «una tribuna de amplia tolerancia» y «con el afán de ponerse a tono con los nuevos vientos que se beben en España»[913]. Fue un proceso circular. Distribuida clandestinamente en España, *Presencia* se ganó un público crucial entre la «nueva izquierda» en desarrollo allí, desde cuadros sindicales clandestinos de origen católico hasta los grupos autónomos[914]. Según uno de los miembros del equipo de *Presencia,* Peirats proporcionó contactos españoles vitales. Quizá lo sorprendente es su diversidad, que se extendió a «esa nueva hornada de sindicalistas que procedían por aquel entonces de organizaciones cristianas», activas en las primeras Comisiones, como la Hermandad Obrera de Acción Católica[915].

Peirats colaboró en la mayoría de los números de *Presencia* y sus escritos revelan la evolución de su anarquismo. Durante varios años había criticado el «doctrinarismo burocrático» estupefaciente de la rue Belfort y lo inadecuado de sus «métodos anticuados frente a un aparato franquista

new look»[916]. Para Peirats, «la piedra de toque de la evolución del anarquismo militante es su contacto con la realidad»[917]. Como escribió a un amigo en 1964, «O nos adaptamos... o seremos arrollados por la avalancha y desapareceremos»[918]. Hay muchos datos que muestran que estaba al corriente del desarrollo de la «nueva izquierda». Apoyó al proyecto del grupo Noir et Rouge de revisar el anarquismo a la luz de las lecciones de la autogestión yugoslava y de pensadores marxistas disidentes como Daniel Guérin, e incluso colaboró con artículos para su periódico[919]. También admiraba la obra de Murray Bookchin, un anarquista norteamericano que procedía del movimiento comunista[920]. Mientras tanto, la Internacional Situacionista, que arremetió contra el «inmovilismo» del MLE-CNT [921], apoyó a Peirats frente a sus detractores[922]. En Francia, estas corrientes dieron lugar al «nuevo anarquismo», que asumía muchas señas de identidad de los situacionistas y de la crítica de Guy Debord al «espectáculo» gobernado por el creciente poder de los medios de comunicación (pro-)capitalistas[923].

El primer número de *Presencia* incluía un artículo de Peirats, «Primero, reestablecer los puentes», en el que se dirigía a la nueva cultura obrera de España. Conformada por el superior nivel de vida, ahora «la guerra de clase es más matizada» y las luchas de acción directa menos frecuentes. Con esta visión, Peirats argumentaba, era necesario que los activistas cultivaran un «espíritu creador»: «los principios tienen que ser dinámicos, no estáticos… readaptándolos en lo posible y mirando fijamente a la realidad en la cara»[924]. De manera semejante, en el número 3, su artículo «El porvenir del Movimiento Libertario. Nuestras grandes opciones» rechazaba la fosilizada tradición de «los profetas» y «la verdad absoluta», en favor del «acto autocrítico»[925].

Pero sus colaboraciones en *Presencia* también ilustran las ambigüedades y límites de su pensamiento. En «Personalidad del anarquismo», por ejemplo, a la vez que anunciaba que el futuro del movimiento libertario dependerá «de su capacidad de evolución» y su aptitud para trascender «la vieja tesis revolucionaria excluyente», no hacía referencia alguna a las Comisiones. Más aún, seguía reafirmando su tradicional anticomunismo,

comparando el marxismo y el anarquismo con «barcos en alta mar»: «se acercan, se cruzan y se separan» y «van de puertos distintos a puertos diferentes»[926]. De igual modo, en una carta a un amigo, a la vez que alababa los esfuerzos de Guérin por crear un anarquismo renovado «que recoge lo mejor del marxismo», observaba «lo deprimente es que el anarquismo tenga que ser reivindicado por los no anarquistas ortodoxos»[927]. Aunque respetaba la «importancia» del pensamiento de Guérin, nunca lo asumió del todo[928], de la misma manera que rechazó la visión de Erich Fromm de un Marx más existencialista[929], junto con el comunismo humanista, antisoviético[930]. Mientras tanto se adhería al incondicionalmente antimarxista *Manifiesto Libertario* del grupo de Anselmo Lorenzo (escrito por Juan Gómez Casas)[931], arguyendo que «no se había escrito nada tan trascendental» desde los años treinta. Le impresionó sobre todo el hecho de que el manifiesto estuviera «destinado a clarificar nuestras ideas y posiciones frente a la intoxicación marxistoide en el interior de España»[932].

Dentro de *Presencia*, la tensión entre los nuevos radicales y los activistas mayores era incontrovertible[933]. En privado, Peirats reconocía la existencia de dos tendencias: «Las dos me parecen poco satisfactorias. Una quizá demasiado chapada a la antigua; la otra demasiado contemporizadora con las tesis intelectualistas del neomarxismo»[934]. Aunque eran amigos, Peirats había caldeado las discusiones con el autonomista Rodríguez Zurbarán sobre el marxismo, que seguía considerando a través del prisma de la Guerra Civil, como el credo de «los violadores de todos los compromisos e inocencias». A pesar de estas reservas, Peirats respaldó con entusiasmo la creación de los Grupos de Presencia Confederal, una nueva asociación que se desarrolló a partir de las redes establecidas en torno a la publicación: «Hay un punto de coincidencia que les une a todos: la euforia revolucionaria»[935].

Los Grupos de Presencia Confederal anunciaron su existencia en setiembre de 1967 con el manifiesto «A la opinión confederal y libertaria»[936]. Con entre 300 y 400 afiliados, su estructura copiaba la de la CNT (secretario general, tesorero, etcétera) y los miembros pagaban cuotas

según sus circunstancias económicas. A pesar del mantenimiento de las críticas a la rue Belfort, desde el principio los Grupos estuvieron interesados en subrayar su papel de grupo de presión más que de rivales directos del MLE-CNT[937]. Al año siguiente, en su primer congreso nacional en Narbona, decidieron organizar encuentros por toda Francia y reunirse anualmente a nivel estatal. También acordaron organizar un periódico mensual, *Frente Libertario*, inspirado en un periódico de la Guerra Civil de Madrid con el mismo nombre, para ampliar su influencia dentro de España[938].

El primer número de *Frente Libertario* (número cero) apareció en julio de 1970 editado por Fernando Gómez Peláez, un corrector de Éditions Larousse en París y editor de *Solidaridad Obrera* entre 1946 y 1954[939]. Considerado por Peirats «tal vez el mejor periodista del exilio»[940], Gómez Peláez tenía un historial de trabajo por la unidad del movimiento[941] y de disidencia hacia la dirección de Toulouse que se retrotraía hasta al menos 1957, cuando fundó *Atalaya* en respuesta al declive de la democracia interna del MLE-CNT. De espíritu semejante a *Presencia*, *Atalaya* apoyaba la unificación del movimiento y la «libre discusión» para «reanimar la vida militante» y sacudirse «actitudes acomodaticias»[942]. En 1961, fundó el Centro de Estudios Sociales y Económicos en París como nuevo espacio para el debate para aquellos que pensaban que esto ya no era posible dentro del MLE-CNT, una iniciativa que provocó una importante reagrupación de disidentes.

Como *Presencia*, el polo de atracción principal de *Frente Libertario* eran los acontecimientos y luchas en España, en abierto contraste con las publicaciones del MLE-CNT, que se dirigían más a los exiliados. De hecho, la mayor parte de *Frente Libertario* estaba escrita por activistas del interior. Más del 50% de la tirada entraba clandestinamente en España, donde la distribuían grupos autónomos y anarquistas y era bien recibida[943]. Reflejaba con fidelidad la fórmula de después de mayo del 68 de la «nueva izquierda», combinando «la labor de los militantes más avezados y de los jóvenes obreros y estudiantes». Tal fue su popularidad que su tirada subió

de los 2.000 iniciales a 5.000, superando la de la prensa del MLE-CNT de la época[944].

En su inicio, *Frente Libertario* declaraba que su objetivo principal era:

> […] poner término a la vida vegetativa y sin perspectivas de nuestras clásicas organizaciones, y de modo principal a la CNT, presa hoy de formulismos o rutinas funcionales que la incapacitan para cumplir la alta misión emancipadora que — hace ya sesenta años — se fijaron como norte y guía nuestros predecesores[945].

Esto era vital para contrarrestar «en nuestros medios un complejo de impotencia y una suerte de conformismo que, de prolongarse, nos llevarán a la desaparición pura y simple de la escena social»[946]. Como Gómez Peláez explicaba en una carta a Peirats antes del lanzamiento del periódico, «la intención, pues, es de ganar altura y ver de acreditar un poco el pensamiento libertario»[947]. Pero esto había que conseguirlo de manera no sectaria:

> […] al margen de toda bandería, reducir los antagonismos entre militantes, propiciar la actuación común, divulgar las luchas obreras y antifascistas sin caer en la especulación sectaria y realzar en todo instante los objetivos del antiautoritarismo del anarcosindicalismo hispano… sin recetas pasadas por agua ni normas rígidas o definitivas[948].

Mientras que esta intención contrastaba positivamente con el sectarismo inquisitorial de la rue Belfort, al menos en la práctica, limitaba la crítica al MLE-CNT. Como confirmó un activista de *Frente Libertario*, «en ningún momento, no desde el periódico ni por parte de [los Grupos de] Presencia Confederal, se entabló ninguna clase de polémica con la CNT *oficial*, a fin de no dañar los intereses de la CNT *real*»[949]. En resumen, los grupos abrigaban la esperanza de que una CNT revivida pudiera ser la fuerza clave en una transformación social futura[950].

Impulsado por un «deseo laudable de infeccionar a la clase obrera del interior, a "politizarla"»[951], Peirats fue un colaborador asiduo de *Frente Libertario*, asistía a todas las reuniones del grupo en Narbona, y publicaba un artículo importante en todos los números entre 1970 y 1977[952]. Sus colaboraciones, a las que se daba realce en la última página, iban desde reseñas de libros hasta evaluaciones de nuevas tendencias del anarquismo y la política internacional. También escribió piezas históricas, incluidos

retratos de cenetistas de la Barcelona de antes de la guerra, que constituyeron la semilla de su libro de 1978, *Figuras del movimiento libertario español*.

Estos artículos revelan la evolución de la crítica de Peirats a la CNT. Reconocía que el movimiento creado en el exilio después de 1939 era una vulgarización del que había existido en España: «No era propiamente CNT. No se concibe la CNT sin sindicatos»[953]. Concluyó más tarde que habría sido mejor crear solo un movimiento anarquista español en Francia, sin una CNT, que por fuerza nunca pudo funcionar como un sindicato de lucha de clases y que, con el tiempo, se había convertido en una parodia monstruosa de su propio ser, «una especie de torre del homenaje»[954]. En efecto, en un informe a la rama venezolana de la CNT de mediados de los sesenta, Peirats lamenta que «una CNT sin sindicatos ni lucha por los problemas económicos, no se concibe sino como un culto al pasado glorioso»[955]. Mientras que los exiliados habían mantenido con éxito la memoria histórica «de una tradición ideológica y obrerista de más de un siglo de existencia», para Peirats, les limitaba su misticismo («porque hay en nosotros una fe»), su tradicionalismo («porque nos inspiramos constantemente en los anales de nuestra historia») y su mesianismo («porque fuertes en nuestras convicciones, tratamos de que participen de ellas la mayor cantidad de prosélitos»)[956].

Su artículo más incisivo fue «En este que parece amanecer», en el que reitera su preocupación por que el movimiento mire más allá de «nuestros principios tradicionales» porque, al menos desde la Guerra Civil, entre estos se había incluido la burocracia, «y esta se mantuvo intacta por los más integristas o, más justamente, por güelfos y gibelinos». A partir de aquí, Peirats desarrolló algunos de los temas de su folleto de 1938, *Los intelectuales en la revolución.* Sin dejar de reconocer que en el mundo de la posguerra «el aula magna es hoy asequible a muchos hijos de trabajadores», mantenía un desprecio proletario por los intelectuales de clase media: «No nos parecen los más apropiados para proliferar el anarcosindicalismo “a la española”», cuya fuerza histórica «ha sido por su entronque permanente con la clase obrera» y su capacidad de «mojarse las bragas yendo al pueblo»[957].

El inexorable declive del MLE-CNT en el exilio

De manera inevitable, la CNT exiliada experimentó una profunda crisis de afiliación. Aunque las cifras mencionadas más abajo están incompletas y probablemente parecen algo hinchadas, son, sin embargo, significativas de su inexorable declive[958]:

1947: 23.800[959]
1948: 21.100[960]
1956: 9.880[961]
1958: 9.080
1960: 5.000
1961: 7.135[962]

Ante la ausencia de cifras de años posteriores podríamos especular que con la expulsión y dimisiones de después de 1965 y los fallecimientos de los miembros de más edad la afiliación caería por debajo de 5.000 para 1967. En gran parte, este colapso reflejaba una profunda crisis generacional[963]. Como declaró un sincero cenetista en 1960, «hoy la juventud no nos comprende, nos ignora»[964]. Tras perder su vocación de lucha de clases, la CNT no tenía posibilidades de atraer una afluencia de seguidores obreros radicalizados, como había ocurrido en coyunturas decisivas en España (1918-1919, 1931-1932 o 1936, por ejemplo). Esta escasez de sangre nueva también reforzaba las tendencias burocráticas en el exilio, ya que la dirección no la controlaba un gran número de activistas o jóvenes radicales que pudieran haber sometido a escrutinio su política. Con el tiempo, la base del MLE-CNT se compuso de una charca de agua estancada de activistas envejecidos, «un movimiento de clases pasivas», una pieza de museo importada a Francia desde España[965]. Al mismo tiempo, el potencial de mujeres activistas en el exilio permaneció con frecuencia sin explotar: como fue el caso antes del exilio, los centros de la CNT eran esencialmente espacios masculinos y las parejas de muchos cenetistas rara vez asistían. Montseny era la excepción que confirmaba esta regla[966]. Sin nuevos reclutamientos, como Peirats reconoció con crudeza en 1965, el MLE-CNT era «un cadáver ambulante»[967], dirigido por «un clan de morbosos» y

«enanos mentales»[968] y «compuesto de un 95 por ciento de viejos chochos con mentalidades de secano»[969].

La crisis generacional se replicó en la FIJL, que, para 1955, tenía menos de 2.000 miembros en toda Francia[970]. En ausencia de una nueva generación de militantes, algunos organizadores parecieron sufrir el «síndrome de Peter Pan»: según el hijo de un exiliado en activo en las juventudes, «las orientaciones en las asambleas las daban compañeros que ostentaban canas»[971]. Otro militante de la FIJL se refería a «veteranos que no quieren envejecer». A pesar de la presencia de «jóvenes inquietos con ganas de activar y promover la revolución», la base de la FIJL era heterogénea e incluía «aficionados al fútbol y demás pasatiempos»[972]. Mientras tanto, los intentos de atraer a jóvenes varones emigrantes en general fracasaban: cuando asistían a bailes organizados por la FIJL estaban más interesados en conocer a jóvenes españolas que en los ideales anarquistas. Del mismo modo, si los emigrantes económicos querían un sindicato para defender sus intereses, era más probable que se dirigieran a una organización francesa, e incluso entonces ni siquiera necesariamente la hermana anarcosindicalista de la CNT. Así, fueron sobre todo los hijos de los exiliados, inspirados por la rectitud y la duradera utopía de sus padres y los amigos de sus padres, quienes gravitaron hacia las juventudes. Incluso entonces no todos les siguieron, ya que algunos de estos jóvenes optaron por organizaciones libertarias francesas, con la promesa adicional de acción militante que ello suponía, sin tener que cruzar los Pirineos[973]. Subrayando el declive de la FIJL, sus frecuentes excursiones organizadas al campo se acabaron más o menos en los sesenta[974].

El momento estuvo lejos de ser una coincidencia. El boom económico de los sesenta estimuló un auge sin precedentes de la movilidad social. Siempre iba a ser más fácil que los hijos de los exiliados se integraran en la sociedad receptora, especialmente los nacidos en Francia, pero el ambiente económico de los sesenta aceleró este proceso. La integración también la facilitó el fructífero sistema de educación pública francesa, que los exiliados mayores, siempre apasionados por el conocimiento, a menudo alababan. El impacto combinado de la insistencia anarcosindicalista en el

aprendizaje y la cultura y el deseo general de los padres de que sus hijos disfrutaran de una vida mejor aseguró que la descendencia de los exiliados adquiriera un grado de educación y un estatus social inimaginables en España[975]. Si tomamos como ejemplos a Maya y Grecia, las dos hijas del anarquista y amigo de toda la vida de Peirats Germinal García, que se criaron entre sus camaradas a ambos lados del Atlántico, la primera fue doctora de medicina en Caracas, y la segunda arquitecto en París[976]. Peirats captaba la importancia de este proceso para el futuro del movimiento libertario:

> No hemos podido perpetuar en el exilio el gran clima ambiental que nos habíamos creado en España, que hacía que germinase casi espontáneamente leva tras leva de militantes. En suma: hemos sido capaces de hacer de nuestros hijos jóvenes educados y respetuosos, profesores y hasta ingenieros, pero no militantes. Y un movimiento sin reservas, sin sucesores, que no se reproduce, está condenado a corto o largo plazo a la decadencia y la muerte[977].

Le obsesionaba «el vacío de una generación: la generación clave, la generación puente entre el ayer, el hoy y el mañana, la llamada a mantener y transmitir el fuego sagrado, la más firme garantía de la tradición libertaria»[978]. En agudo contraste, antes de dejar la CNT, la Federación local de Cugnaux a la que pertenecía, se componía de siete compañeros, «la mayoría viejos inválidos… los restos flotantes de un naufragio»[979]. La decrepitud de la base se reflejaba en el ámbito propagandístico, ya que la prensa del movimiento se basaba en «refritos o saqueos» debidos a «la ausencia de «pluma nueva, sangre fresca»[980].

Por si hicieran falta más pruebas de la decadencia del MLE-CNT, en 1967 Peirats, junto con otros disidentes, fue convocado a que compareciera ante la Comisión de Encuesta, Archivo y Propaganda (CEAP), un cuerpo creado por Esgleas en 1963 «para investigar sobre los bienes y actividad» del MLE-CNT durante la Segunda Guerra Mundial[981]. Como Esgleas había soslayado este tema durante los anteriores 18 años, muchos sospechaban que la verdadera misión del CEAP era destruir cualquier material incriminatorio[982]. Peirats poseía documentación relacionada con una investigación anterior de esta cuestión, que retuvo después de que se dio de baja en 1965[983]. Esgleas sin duda temía que este material pudiera ser

dañino para él de alguna manera[984]. También es posible que Peirats hinchara maliciosamente la importancia de estos documentos en un intento de desestabilizar a Esgleas. Desde luego, si hubiera poseído algo seriamente comprometedor se lo habría hecho saber a la organización antes, en lugar de esperar, como hizo, a devolvérselo a la CNT reconstituida en España en 1978[985].

Cuando la CEAP rechazó la petición de Peirats de audiencia pública, él junto a Santamaría y Marcelino Boticario, dos exmilitantes de la FIJL, aparecieron «ante el tribunal» en la rue Belfort el 18 de febrero de 1968[986]. Cuando llegaron, los *escgleístas*, que al parecer se extrañaron de verlos, les pidieron que comparecieran por separado ante la CEAP. Los «acusados» se negaron, y después de cierta discusión, se les permitió entrar en grupo, tras lo cual fueron interpelados «en términos severísimos» y acusados del «robo de sagrados intereses orgánicos»[987]. Como réplica, Peirats, la voz cantante del grupo, leyó un escrito en el que denunciaba lo que consideraba una caza de brujas de la CEAP contra disidentes. También señaló la contradicción de que las actas del congreso de París de 1945 faltaran del archivo y que aun así a los responsables (de hecho a Esgleas) nunca se les había pedido explicaciones[988]. Luego se negó a entregar ningún material a un comité controlado por Esgleas, basándose en que se le nombraba en los documentos y, más aún, porque Peirats sabía de casos en los que previamente este había «desaparecido» documentos: «Si ladrón hay, le tenéis en casa», bromeó[989]. Al final, parodiando el mantra de Esgleas de que daría cuenta de sus actos durante la guerra en el siguiente congreso en España, Peirats anunció que devolvería los documentos en el mismo momento, «a disposición del primer congreso regular que allí se celebre»[990].

La CEAP no lo aceptó y falló, ominosamente, «que el compañero Peirats devuelva a la Organización lo que a ésta le pertenece o que se atenga a las consecuencias»[991]. Según Salvador Gurucharri, un amigo del acusado, la amenaza fue tomada en serio, y, no mucho después, un grupo de leales a Peirats «se personó en la rue Belfort y avisó a Esgleas y su entorno que cesaran las amenazas y que de ser incomodado Peirats que se atuvieran a las

consecuencias»[992]. Las amenazas pararon, pero «el caso Peirats» estaba en el orden del día del pleno de Burdeos del verano de 1969, donde fue juzgado en ausencia. Después de ser vilipendiado por sus antiguos camaradas, Peirats fue expulsado de una organización a la que había pertenecido durante más de cuarenta años por «inmoral». Para mayor escarnio, se transmitió la «sentencia» a la prensa anarquista internacional[993]. Peirats se sintió herido de gravedad y nunca perdonó a los «desalmados» y «falseadores de siglas y cuños»[994] del «Kremlin tolosano»[995] por establecer un «código penal»[996] que le hizo ser «quemado en efigie»[997]. Pero, a pesar de su indignación, mantuvo un tremendo lazo sentimental con la CNT, y dos años más tarde le confió a un amigo: «Todavía la amo»[998].

Poco después de ser «juzgado» por los *esgleístas*, Peirats se enfrentó a una amenaza aún mayor por parte de las autoridades francesas. El 5 de abril de 1968 recibió la orden de acudir a la comisaría central de policía de Toulouse. Cuando llegó, le informaron de su inminente expulsión de Francia: a los 60 años era considerado un peligro para el «orden público» y la «seguridad nacional»[999]. Rápidamente presentó una apelación que, a corto plazo, le permitió ganar algo de tiempo. Se le emitió una nueva tarjeta de identidad que exhibía su condición de *surveillé* (vigilado) y se le ordenó residir en Le Mans, en el norte de Francia, a casi 700 kilómetros de Toulouse, durante la tramitación del recurso. Mientras tanto, Peirats movilizó a sus amigos para ayudarle a resistir a la extradición. Entre las numerosas ofertas de apoyo moral y financiero que recibió, sus antiguos compañeros de Venezuela le ofrecieron pagarle los gastos para volver a Caracas[1000]. Igual que tras su arresto en 1951, una larga lista de gente de credos políticos variados se unió en su defensa, incluido Rodolfo Llopis, dirigente del PSOE y antiguo presidente del Gobierno de la República en el exilio, así como el influyente sindicato obrero Force Ouvrière, y también un grupo de intelectuales uruguayos que enviaron una carta de protesta a las autoridades francesas[1001]. De igual forma le apoyó Josep Ester, un antiguo activista de la FIJL, veterano de la resistencia francesa y superviviente del campo de concentración nazi de Mauthausen. Después de la guerra, Ester

había sido secretario de la Federación Española de Deportados e Internados Políticos y demostró ser un aliado influyente, movilizando un gran apoyo para Peirats y consiguiéndole un abogado.

A través de sus anteriores contactos con la *Résistance*, Ester pidió información a un miembro del gabinete del Ministerio del Interior, a través del cual descubrió las razones de la orden de extradición. Las autoridades francesas creían que era «la cabeza visible» y el «cerebro» del Grupo 1.º de mayo, que había surgido de las FIJL a mediados de los sesenta y que se anunciaba el 30 de abril de 1966 con el secuestro de monseñor Marcos Ussía, consejero eclesiástico de la embajada española en el Vaticano[1002]. Desautorizado por rue Belfort, el grupo desapareció de hecho en medio de los acontecimientos de mayo del 68, y solo reapareció en 1973[1003]. Dado el constante compromiso de Peirats con la juventud en Toulouse, tenía confianza con varios miembros del Grupo 1.º de mayo, especialmente con su verdadero «cerebro», Alberola. Parece que la policía había descubierto una libreta de Alberola con direcciones entre las cuales figuraba la de Peirats, lo cual concentraba el total de sus «pruebas» contra él[1004]. Después de muchas presiones de sus amigos y con el apoyo de algunos miembros de la policía local, que respondieron por él, las autoridades le permitieron permanecer en Toulouse mientras proseguían las investigaciones, advirtiéndole sobre su conducta futura[1005].

Con la esperanza de dificultar la extradición, el 1.º de agosto de 1968 José y Gracia se casaron en la alcaldía de Toulouse, en una ceremonia a la que solo asistieron los testigos, Aurelio Fernández, un compañero de Barcelona, y su pareja, Violeta[1006]. Como Peirats tenía prohibido abandonar la ciudad, no hubo luna de miel, y las dos parejas celebraron la unión en un restaurante local. Así y todo, estaba atormentado por la inseguridad sobre el futuro y «cansado de ser un extranjero»[1007]. Diez meses después de la orden inicial de extradición, aún estaba esperando el desenlace de su apelación, temeroso de que le retiraran el estatus de refugiado[1008].

El único respiro a sus tribulaciones sobrevino en mayo de 1968, por cortesía de «la gran gesta de la juventud que la puso frente a otra generación ya en declive»[1009]. Peirats estaba exultante con «la revolución

de mayo», la manera en que las universidades «se convirtieron en la *Commune* moderna» y cómo el anarquismo ofreció nuevas soluciones a la juventud, evocando en su mente recuerdos del 19 de julio[1010]. También le gustó ver a miembros de la sección juvenil del ateneo, a los que Peirats había dedicado mucho tiempo, activos en las calles de Toulouse[1011]. Igual que le sedujo la huelga general, le horrorizó el papel de los comunistas franceses, «durmiendo bajo el efecto del opio de Moscú»[1012]. Desde su «régimen de aislamiento desesperante», siguió los acontecimientos muy de cerca aunque, consciente de la precariedad de su situación, «no pude, como era mi deseo, meter la nariz en las facultades para darme cuenta visualmente… cualquier indiscreción me hubiera sido fatal»[1013]. Por fin, un año después de la orden de extradición, las autoridades abandonaron la acusación en su contra, para inmenso alivio suyo[1014]. Peirats comparó entonces sus experiencias recientes con las «autoridades» respectivas de rue Belfort y del Estado francés. Como estas al menos le habían permitido el derecho de apelación, concluyó:

> La organización libertaria se había puesto vergonzosamente a cien pies por debajo de la justicia capitalista, mancillando ignominiosamente un ideal tan sublime como es el libertario[1015].

Una pluma inquieta se enfrenta a la honda condescendencia del pasado

En los siguientes años, escribir fue la principal actividad de Peirats. Desterrado del MLE-CNT, dimitió del Ateneo Español después de 11 años de participación activa. A esta institución le afectó en lo más profundo la escisión de Montpellier. En lo que fue un acto fehaciente de venganza contra Peirats, que era uno de sus principales rostros públicos, la rue Belfort exigió de repente el pago inmediato de un préstamo que había facilitado antes. Para pagar el préstamo, el ateneo se vio obligado a trasladarse a instalaciones más pequeñas. También hubo divisiones dentro de él, con grupos rivales negándose a hablarse entre ellos, una situación que estaba en conflicto con su pretendido objetivo de unir a las personas. Viendo su proyecto fracturado, Peirats se alejó[1016].

Su última charla en el ateneo tuvo lugar en mayo de 1969, después de un año en el que no había podido aceptar ningún compromiso público debido a su situación de «vigilado». Después de terminar su charla, que le dejó extrañamente cansado, sintió dolor de pecho. Esto señaló el inicio de una enfermedad cardiaca[1017]. Aunque se resistió a lo que llamó «la unidad en el cementerio» veinte años más, su salud ahora se deterioró de forma grave[1018].

Desde 1965, el dolor de pierna que le había torturado durante casi toda su vida había alcanzado un nuevo grado de intensidad. Incapaz de mantenerse de pie mucho rato, le preocupaba perder del todo la movilidad de la pierna. Como carecía de los recursos para pagar sanidad privada, en 1966 la doctora Amparo Poch se las arregló para que le operaran, muy probablemente una osteotomía de cabeza de fémur, cirugía según el «procedimiento Girdlestone», por la que se quitan la cabeza y cuello del fémur para evitar que haya un roce de hueso contra hueso debido a la ausencia total de cartílago. Lo que de verdad necesitaba era una prótesis de cadera, una intervención que entonces estaba en sus comienzos. Sin embargo, el procedimiento acabó con sus dolores de pierna, aun cuando seguía teniendo limitaciones de movilidad[1019]. Pero ahora un problema de salud más grave era el corazón de Peirats, que se había ido debilitando desde finales de los años sesenta. En 1970, tras un viaje en tren y barco para dar una charla en Londres, tuvo que descansar quince días en la cama. No había bebido ni fumado desde hacía algún tiempo, pero se le prescribieron análisis de sangre regulares y reducir su ingesta de sal y grasa, lo que llamaba «el régimen fascista alimentario»[1020].

A raíz de su operación de 1966 las autoridades le declararon no apto para trabajar. Recibió prestaciones sociales hasta 1968, cuando cumplió los 60, momento en que solicitó una pensión de jubilación, que suponía aproximadamente el sueldo mensual de un trabajador sin cualificar[1021]. Aunque el principal gasto que tenían él y Gracia era el alquiler de su piso de una habitación, aún necesitaban aceptar trabajo de fuera de los sastres locales para llegar a fin de mes. Después de la comida, el dinero que les quedaba se gastaba en libros, discos de música clásica y correspondencia, que le gustaba mucho a Peirats: «No vamos al cine, detestamos la

televisión. Como que vivimos un tanto aislados el recibo de cartas estimula nuestra sociabilidad»[1022].

Un cambio importante en su vida tuvo lugar en febrero de 1970, cuando Peirats y Gracia se trasladaron a Montady, a las afueras de Béziers, a unos 200 kilómetros de Toulouse. A la vez que, después de 24 años, lamentaba dejar atrás a sus numerosos amigos de la ciudad, se alegraba de distanciarse de «cierto ambiente feo»[1023] provocado por las divisiones internas del MLE-CNT, que había provocado que viejos amigos no se hablaran entre sí. Ahora vivían en Villa Canaima, la casa del amigo íntimo Germinal García, que trabajaba y vivía en Caracas la mayor parte del año, y solo visitaba Montady en verano y estaba deseoso de ayudar a un amigo y tener a alguien de confianza a cargo de la casa. Su nueva morada, que tenía cuatro dormitorios y alojaba confortablemente a Germinal cuando venía de visita en verano con su compañera y dos hijas, fue una enorme mejora para José y Gracia y vivieron muy felices en Montady hasta entrados los ochenta, antes de volver a España[1024]. A unos 20 kilómetros de la costa mediterránea, Villa Canaima estaba situada entre viñedos en el campo, y es probable que el azahar le recordara a la pareja su provincia de Castellón nativa. Peirats usaba una motocicleta para ir de compras y hacer recados en Béziers, y también cultivaba patatas, guisantes y alubias en un huerto considerable, mientras que Gracia seguía trabajando de costurera[1025]. Formaban parte de una pequeña colonia de anarcosindicalistas españoles, entre los que estaban Sara Berenguer y Jesús Guillén, activistas veteranos y antiguos miembros de la *Résistance* francesa, que habían sido expulsados del MLE-CNT a mediados de los sesenta[1026]. Berenguer y Guillén eran visitantes frecuentes de Villa Canaima y se hicieron muy amigos de Peirats y Gracia, que se unieron a Berenguer en el lanzamiento del boletín trilingüe *Mujeres libres del exilio* [1027]. También entre los numerosos huéspedes de su casa estaba Émilienne Morin, antigua compañera de Durruti, que se quedaba con ellos casi todos los años durante unas semanas seguidas, igual que la sobrina de Peirats, Armonía, de Barcelona[1028]. En verano organizaban fiestas con «magníficas paellas o zarzuelas, que se prolongaban en interminables e inolvidables tertulias»[1029].

Una gran ventaja para Peirats era que sus libros y los de Germinal constituían «una nutrida biblioteca» y se pasaba horas leyendo y escribiendo, lo cual le proporcionaba un alivio de su doble exilio de España y del MLE-CNT[1030]. Además de colaborar con la prensa anarquista, tanto de Francia como internacional, trabajaba incansable en estudios sobre la historia revolucionaria. De estos, la obra que consideraba más importante era el folleto *Examen crítico-constructivo del movimiento libertario español*, que describió con afecto como su «pequeño libro rojo»[1031]. Análisis crítico de las pasadas crisis de la CNT, *Examen crítico-constructivo* fue escrito para «ayudar el parto» de un rejuvenecido movimiento en España (p. 9). Escrito con mucha clarividencia, como confirmaron acontecimientos posteriores, Peirats argumentaba que sin «una intervención quirúrgica urgente, nuestros días, en el terreno de las operaciones en España, pueden estar contados». Era necesario reconocer que «el mundo de antaño que nos vio nacer ha ido cambiando lentamente» (p. 11). Para demostrarlo, proporcionaba un perfil de la historia del anarquismo español desde sus orígenes hasta la revolución del 36. Es evidente que pensaba en el insurreccionismo de los años treinta y en el ocaso de la revolución cuando concluía reconociendo que el fallo principal de los anarquistas fue «ser capaces de provocar grandes acontecimientos e incapaces para rematar la jugada equivale a trabajar para el diablo. El diablo es la dictadura» (p. 23). A diferencia de aquellos anarquistas que tendían a culpar en exclusiva (y de manera cómoda) a los comunistas del fracaso de la revolución, Peirats era refrescantemente autocrítico, y se centraba en cambio en «un rígido criterio exclusivo y excluyente» promovido por la FAI. Era de lamentar, argumentaba, que esta mentalidad se mantuviera en el exilio, «cuando afirmábamos alegremente que en la lucha contra Franco nos bastábamos solos. Excluyente cuando subestimamos la importancia de los demás y la definimos como un impedimento a nuestra propia acción» (p. 31).

Este análisis constituyó la base de la consideración de los cambios dentro de España y los retos que presentaban a una nueva CNT. Peirats identificó cómo «un cambio en la mentalidad de nuestras oligarquías tendrá repercusiones enormes en el comportamiento mental del proletariado» (p.

37). Exhibiendo una previsión considerable, advertía de cómo, con la transición de la subsistencia al capitalismo consumista, las futuras «bestias negras» del sindicalismo revolucionario serían «la Seguridad Social, el subsidio de paro forzoso, la participación obrera en las utilidades de las empresas, las convenciones colectivas burocratizadas y estatizadas, el arbitraje». Estas «realidades inmediatas» han «subvertido profundamente los términos en que el anarquismo clásico situaba el problema de la revolución» (p. 52). Para evitar un anarquismo estéril «en conserva, *desvitaminizado* (*sic*)» (p. 68), se requerían revisiones tácticas, «soluciones de recambio propias y convincentes» (p. 47), porque ya no era suficiente ir «proclamando que todo reformismo es fumadero de opio» (p. 40). En consecuencia, «el anarquismo debe hacer prueba de imaginación. Apresurarse a llevar a término una minuciosa autorrevisión ascendiente. Si no quiere quedar rezagado, arrumbado y sin influencia, en el acontecer que en España y en el mundo se aproxima» (p. 62).

Era axiomático, por tanto, que una CNT rejuvenecida, «realista y realizadora», aumentaría su sindicalismo de lucha de clases tradicional con nuevas iniciativas, construyendo cooperativas y colectivos en el seno de la sociedad capitalista (pp. 76-78, 82-83, 90-93). Elaboró su visión de un gran sindicato con amplias funciones sociales:

> Pensamos en una CNT con varios frentes. De cara a la rapacidad patronal y del Estado. En el plano de producción asalariada. De cara al pueblo y a sus necesidades. Es decir: al pueblo consumidor; luchando por el abaratamiento de los bienes de consumo. Ante la propiedad inmobiliaria, por la rebaja de los alquileres. Presente en las campañas moralizadoras de tipo público: contra el fraude y las deficiencias sanitarias. El abanico es amplio. Y de cara a una economía solidaria propia, del campo y la ciudad, de los sindicatos, las cooperativas y las colectividades rurales (p. 102).

Consciente de que los anarcotradicionalistas y los insurreccionistas atrapados en las abstracciones de antaño le tildarían de reformista, concluía afirmando que «adaptarse no implica doblar la rodilla y arrojar la esponja. Sino optar por un nuevo ritmo. Mostrar que se tiene correa y vivacidad reservada» (p. 104).

El resto de sus principales escritos durante esta época eran de naturaleza más histórica y elaborados sobre su clásico *La CNT en la revolución*

española, que se había agotado enseguida después de su publicación una década antes[1032]. En respuesta a la demanda para *La CNT,* que se había abierto camino en las bibliografías de los trabajos más importante sobre la Guerra Civil, y dada la negativa de la rue Belfort a reimprimirla, Peirats publicó un resumen de 400 páginas en italiano en 1962, un libro que apareció en español dos años después como *Los anarquistas en la Guerra civil española (1869-1939)*[1033]. Es significativo que la crítica de Peirats a la dirección en tiempo de guerra del movimiento libertario en *Los anarquistas* sea más dura que en *La CNT.*

Como la edición abreviada carecía del detalle documental del libro original, Peirats siguió recibiendo peticiones de copias de *La CNT* de bibliotecas de universidades[1034]. Al final, en septiembre de 1968, contactó con él José Martínez, fundador de la famosa editorial en el exilio Ruedo ibérico, quien quería reimprimir el libro[1035]. Como Peirats no reclamaba la propiedad de una publicación que había sufragado el movimiento, aconsejó a Martínez que se pusiera en contacto con rue Belfort. Cuando los *esgleístas* se negaron a negociar con Ruedo ibérico, Peirats perdió la paciencia y le dijo a Martínez que organizara una nueva edición, provocando con ello un nuevo conflicto con la rue Belfort, que «amenazaba al editor con las peores represalias» si continuaba con el proyecto[1036]. Mientras tanto, a Peirats le llamaron «doble ladrón» y «estafador»[1037].

Aunque era esencialmente el mismo texto, Peirats escribió una nueva introducción para la segunda edición de *La CNT*, corrigiendo solo errores de hecho y haciendo modificaciones menores a la luz de nuevas fuentes documentales. Debido a sus constantes problemas de salud, corrigió la mayor parte de las pruebas desde la cama y el libro acabó apareciendo en 1971, casi veinte años después de su primera publicación[1038]. Peirats estaba encantado con la reimpresión: cada volumen contenía valioso material gráfico y esta fue la versión definitiva de su *magnum opus*, que más tarde se tradujo al inglés, francés e italiano[1039].

La CNT era historia comprometida, escrita como vehículo para el recuerdo, para narrar los logros de la revolución y para apoyar la identidad colectiva del movimiento libertario afirmando su lugar legítimo en la

historia, algo más urgente todavía en los años setenta, tras su declive durante el largo invierno del exilio. La segunda edición llegó a una nueva generación de lectores en un momento fundamental de la crisis del franquismo, y los activistas más jóvenes la leyeron con avidez. Tras la muerte del dictador, se puso a la venta en España, donde, en medio de un ambiente de esperanza por el inminente cambio socioeconómico, había un gran interés público por la historia revolucionaria de la España de los años treinta, una historia que había sido suprimida y falsificada durante los cuarenta años precedentes. No es sorprendente que *La CNT* se agotara con mucha rapidez, por lo que Ruedo ibérico reimprimió el libro[1040].

En los sesenta años desde su primera publicación, *La CNT* se ha convertido en un punto de referencia obligatorio para todos los estudiosos de la Guerra Civil y lectura esencial para cualquiera interesado en el desarrollo de la política interna del campo antifranquista. Con excepción de los secuaces ideológicos de la dictadura y sus compañeros de viaje revisionistas actuales, la mayoría de los historiadores, independientemente de su bagaje político, le han concedido importancia al estudio[1041]. Para el filósofo e historiador anarquista Heleno Saña, Peirats fue «el historiador más solvente, autorizado y brillante del movimiento anarcosindicalista español», «un escritor nato, dotado de una extraordinaria sensibilidad y garra literaria». Para Saña, otro gran atributo del autor fue su honestidad: «ni pretende engañar a nadie» y no escribe «para lucirse personalmente o para dar cauce libre a resentimientos ocultos, como por desgracia han hecho otros militantes libertarios»[1042]. Antoni Jutglar, importante intelectual de la época y catedrático de la Universitat Autònoma de Barcelona, describió a Peirats como «una de las personalidades a quienes más respeto»[1043]. A la vez, según Julio Aróstegui, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense, para él y para otros jóvenes historiadores de los años ochenta, «la obra de Peirats era una referencia imprescindible»[1044]. El historiador liberal estadounidense Gabriel Jackson reconocía que *La CNT* era «inteligente, y humana»[1045], mientras que Paul Preston la describió como una obra «indispensable»[1046]. Los historiadores académicos también han alabado a Peirats por su uso de materiales de referencia. Según Julián

Casanova, catedrático de la Universidad de Zaragoza, *La CNT* «es la obra mejor documentada que ha salido de la pluma de un militante... que ha servido de soporte a numerosos trabajos posteriores»[1047]. Como muestra de la modestia de Peirats se puede citar que escribió a un historiador que la verdadera importancia del libro era su base documental[1048]. Con una humildad semejante, comentó a un amigo que el principal mérito de *La CNT* era «conservar mediante el libro una serie de documentos que de otra manera se hubieran perdido. No es un libro para leer deleitándose, sino documental»[1049]. Así, Casanova ha reconocido que han saqueado mucho el libro los historiadores posteriores «profesionales» y aquellos que, quizá debido al esnobismo, prefieren no citar a un historiador autodidacta «aficionado»[1050].

A pesar de sus problemas de salud, Peirats compartió libre y pacientemente sus grandes reservas de conocimiento y documentación históricos. Había ayudado a historiadores del anarquismo español en su búsqueda de materiales desde los años cincuenta, en Montady recibió a una sucesión de huéspedes, sobre todo de Barcelona, que estaba a dos horas y media de camino en coche[1051]. Le visitaron especialmente jóvenes eruditos, de España como Antonio Elorza, y de más lejos, como Edward Malefakis, de la Columbia University de Nueva York, y el sociólogo uruguayo Carlos Rama[1052]. También le visitaron escritores anarquistas, incluidos Francisco Carrasquer, profesor de literatura de la Universidad de Leiden y Alberola[1053]. Pero Peirats daba la bienvenida a todos a su casa, incluido el sacerdote, teólogo e historiador Casimir Martí [1054]. Menos bienvenido fue un policía secreto que se hacía pasar por un profesor de la Universitat de Barcelona[1055].

Consciente de la importancia de la memoria histórica, Peirats alertaba con regularidad a los investigadores sobre la vital fuente de información que estaba desapareciendo: los recuerdos de aquellos que, como él mismo, habían vivido la experiencia de la revolución: «Dense ustedes prisa porque el filón precioso se está agotando... No busquen ostras perleras en la superficie de nuestras aguas; bucean en el fondo» porque «se están llevando a la tumba los secretos de las colectivizaciones»[1056]. Esa misma lucha

contra el olvido dio como resultado la publicación de *Figuras del movimiento libertario* (1978), que se compone de una serie de biografías de luchadores anarcosindicalistas, desde los «grandes», como Anselmo Lorenzo y Salvador Seguí, pasando por los menos conocidos (Pedro Massoni y «Amador» Franco), hasta los anónimos (el «viejo Mari»).

Peirats también empezó a trabajar en una biografía de la legendaria anarquista rusa Emma Goldman[1057]. Como había seguido estudiando inglés desde sus estudios iniciales en Panamá en 1943, pudo leer biografías anglófonas de Goldman y reconoció que aún quedaba mucho por decir de su estancia en España. Su amigo Federico Arcos en Norteamérica le proporcionó copias de la voluminosa correspondencia de Goldman de la Labadie Collection de la Universidad de Michigan y también adquirió fotocopias del IISG de Ámsterdam[1058]. Mientras tanto, en el invierno de 1972, la búsqueda de materiales de investigación le llevó al Centre International de Recherches sur l'Anarchisme en Lausanne[1059].

Peirats nunca se hizo ilusiones sobre vivir de la escritura. Como muestra de modestia, escribió a sus amigos que «hay que tener dotes especiales que yo no tengo»[1060]. En consonancia con esta rectitud, y frustrando las insidiosas acusaciones de la rue Belfort de que había «robado» *La CNT,* tanto el adelanto (300.000 francos, más de 100 veces su pensión mensual de 259 francos) como los derechos de autor (en torno a 100.000 francos) que recibió de Ruedo ibérico y de las traducciones de la obra, fueron enviados a Ester a París para que los guardara a buen recaudo. Más tarde, se los entregó a la CNT reconstituida en la España posfranquista[1061]. Mientras tanto, los derechos de autor que había recibido de su *Examen crítico-constructivo del movimiento libertario español* fueron donados a la Federación local de Toulouse, ya que le habían ayudado con los costes legales en que incurrió durante su lucha contra la extradición en 1968-1969[1062].

Un nuevo lujo para Peirats fue el teléfono, que le permitía llamar a su madre todas las semanas. Con 90 años de edad, él había abandonado toda esperanza de volver a verla antes de que muriera en marzo de 1970. Su único alivio fue que él y su sobrino pudieron organizar un entierro civil. Su

propia salud se resentía. Sufrió una serie de pequeños ataques al corazón y permaneció en cama durante periodos de tiempo, incapaz de recibir visitas. Cuando estaba mejor, pintaba, utilizando acuarelas y óleo, un pasatiempo que adoptó en sus sesenta y muchos años[1063].

Después de su hospitalización en marzo de 1974, enfrentado con lo que llaman «la parca» en el argot anarcosindicalista, decidió escribir sus memorias[1064]. Como una abrumadora mayoría de individuos no emprenden este ejercicio documental autorreflexivo, es legítimo cuestionar los motivos de Peirats. Él mismo se refirió al tema de la vanidad, observando que «falsa modestia aparte consideraba que mi paso por la vida había sido digno de ser estampado en el papel y lo mismo creyeron muchos amigos íntimos»[1065]. Esto es casi seguro verdad y me lo confirmó Gracia Ventura[1066]. Como había ocurrido con todas sus iniciativas, su círculo íntimo le animó mucho. Es más, y espero que quede claro para el lector de estas líneas, la vida de Peirats fue una vida plena, con muchos altibajos, mientras luchaba por sus ideales en el torbellino del siglo XX. Es menos probable que decidiera escribir sus memorias por amor propio. Siguió siendo un individuo bastante modesto y, cuando recibía alabanzas directas, solía comentar: «Los elogios a las espaldas, las críticas a la cara»[1067]. En un momento de autorreflexión, confesó que su «gran ambición fue escribir para el teatro» pero «en vez de novelas me han salido pinturas, cuadros más o menos decentes»[1068]. Aun así, como explicaba en una carta privada, «mi mayor orgullo es ser ladrillero, pero entre tanto intelectualismo no hubiera estado mal decir que se puede ser un poco intelectual partiendo de una vida de trabajo manual honroso»[1069].

Se puede afirmar que su motivación más importante era su amor por la escritura y por contar historias. Como escribió a un viejo amigo: «Sin pretensiones. Uno escribe memorias para recordar, que, según el poeta, es vivir otra vez»[1070]. Pero este no era un proyecto del todo nuevo. Desde sus informes desde las Américas a *Ruta* en los años cuarenta, a través de sus colaboraciones con *Cénit* y sus «Crónicas» en *CNT* en los cincuenta[1071], y hasta sus escritos en *Frente Libertario* en los setenta, había flirteado con la autobiografía. Apreciaba mucho la importancia del género como vehículo

para compartir experiencias e ideas, así como para conservar la memoria colectiva de los exiliados. De esta manera, un proyecto autobiográfico más completo le dio la oportunidad de poner sus triunfos, derrotas y remordimientos personales en su contexto, con la esperanza de que las lecciones que contenían pudieran resultar instructivas para otros. Sin duda esto le pareció tanto más acuciante como que los de su generación se iban muriendo lentamente a su alrededor.

También era muy consciente de la larga tradición autobiográfica anarquista que retrocedía hasta Kropotkin, un siglo antes[1072], y que habían mantenido anarquistas españoles desde la época de Anselmo Lorenzo[1073]. Por otra parte, con la crisis del franquismo, el renovado interés por España y sus opciones políticas represaliadas del pasado dio lugar a un verdadero boom de memorias anarquistas en los años setenta[1074]. Como se mencionó en la introducción de esta obra, algunas de estas memorias, como la de Toryho, *No éramos tan malos*, estaban lejos de ser fiables, y la búsqueda de la verdad seguramente motivó a Peirats.

Cuando inició sus memorias, creía que su vida estaba cerca del final. Su plan inicial era acabar su historia en 1965, con su abandono del MLE-CNT y el fin de su vida de militante, ya que después, como reconoce, «he llevado estos años una vida bastante apartada del mundanal ruido y para mí, todo lo que no es acción carece de importancia»[1075]. Sin embargo, según se apresuraba para completar el manuscrito, escribiendo a veces doce horas diarias, el proyecto se alargó hasta los años setenta y llegó a componerse de unos 1.500 folios[1076]. Completó el manuscrito en febrero de 1975, pero nunca esperó que fuera publicado «por su enorme volumen» y por no «haber sido nunca un estilista y menos un literario». Aun así le satisfacía su trabajo y la oportunidad que le dio de poner su vida en perspectiva[1077]. Ese año experimentó un placer aún mayor con la muerte de Franco, que planteaba la posibilidad real de volver a su «añorada Barcelona» y, por encima de todo, la conclusión de su larga espera para ver una renacida CNT en su lugar de nacimiento más allá de los Pirineos[1078].

887 Carta a Antonia Fontanillas, 20-10-65.

888 Borrás, *Del radical-socialismo*, p. 203.

889 Citado en Herrerín, *La CNT*, p. 292.

890 Joan Sans, *Comisario de guerra en el exilio*, Lleida, 2004, pp. 123, 125; Borrás, *Del radical-socialismo*, p. 151.

891 Herrerín, *La CNT*, p. 293.

892 Álvarez, *Historia negra,* pp. 11, 300

893 Véase Ramón Álvarez, *Rebelión militar y revolución en Asturias. Un protagonista libertario*, Gijón, 1995 y Reyes Casado, «Ramón Álvarez Palomo: una biografía militante», *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia Contemporánea*, 15, 2002, pp. 407-420.

894 Álvarez, *Historia negra,* p. 9.

895 Lozano, *Federica Montseny*, pp. 298-299; Amat, *L'anarcosindicalisme*, p. 9.

896 Amat, *L'anarcosindicalisme*, p. 41.

897 Álvarez, *Historia negra*, p. 30.

898 «Propósitos», *Presencia*, noviembre-diciembre de 1965.

899 Véase Margaret Torres, «La evolución de una nueva política: los Grupos Obreros Autónomos en los últimos años del franquismo», en Alicia Alted, Abdón Mateos y Javier Tusell (eds.), *La oposición al régimen de Franco*, Madrid, 1990, tomo 1, pp. 157-165 y Espai en Blanc (coord.), *Luchas autónomas en los años setenta*, Madrid, 2008.

900 Emilio Edgar Rodríguez Zurbarán, «La "herejía" del materialismo histórico», *Presencia*, enero-febrero de 1966.

901 Tomás Ibáñez, *Anarquismo en movimiento: anarquismo, neoanarquismo y postanarquismo*, Barcelona, 2014, p. 19.

902 *Presencia*, abril-mayo de 1967.

903 David Ruiz (coord.), *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)*, Madrid, 1993.

904 Un activista las definía como «una forma de organización obrera autónoma» (Jean-Marc Rouillan, *De Memoria (I). Los comienzos: Otoño de 1970 en Toulouse*, Barcelona, 2007, p. 181).

905 Torres, «El exilio libertario», p. 171. Prueba de esto fue el hecho de que los grupos autónomos se hicieron «muy fuertes» dentro de Comisiones entre 1969 y 1975 (Pablo Carmona, *Transiciones: de la Asamblea Obrera al proceso de Pacto Social (CNT: 1976-1981)*, Madrid, 2004, p. 19).

906 CNT, *Memorias del Congreso Intercontinental… agosto de 1960*, p. 14.

907 Carta a Juan Gómez Casas, 30-7-67.

908 Carta a Fernando Gómez, 8-5-66.

909 Federica Montseny, «Una lección de hechos», *La Revista Blanca*, 15-2-33, p. 557.

910 Federica Montseny, *Crónicas de CNT*, Choisy-Le-Roi, 1974, p. 145. Se aferraba a esta opinión, y escribía en 1976 que «el español es anarquista por temperamento, por carácter, por fiereza, por amor a la libertad» (Federica Montseny, *Qué es el anarquismo*, Barcelona, 1976, p. 9).

911 Véase, por ejemplo, *Presencia*, noviembre-diciembre de 1966 y junio-julio de 1967.

912 «Conversación en la Federación local de la Confederación Nacional del Trabajo, Cerdanyola (Barcelona)», *Cuadernos de Ruedo ibérico*, 58-60, julio-diciembre de 1977, p. 112.

913 Carta a Juan Gómez Casas, 28-5-67.

914 Alberola y Gransac, *El anarquismo español*, p. 196.

915 David Antona, *Mi colaboración en la revista libertaria «Presencia»*: http://www.cedall.org/Documentacio/Castella/cedall203140300_David%20Antona.htm,8-10-14,9.14AM; para la HOAC, véase José Babiano, «Los católicos en el origen de Comisiones Obreras», *Espacio, Tiempo y Forma, Historia Contemporánea*, 8, 1995, pp. 277-293.

916 MI T.7, L.XIV, 51; carta a Marcelino García, 8-5-62.

917 José Peirats, «Revisionismo, contrarrevisionismo y el sentido de la proporción», *Comunidad Ibérica*, noviembre-diciembre de 1963.

918 Carta a Marcos Alcón, 16-6-64.

919 Carta a Juan Gómez Casas, 4-9-68 y carta de Frank Mintz al autor, 13-1-10; véanse sus artículos «A-t-on renoncé à la révolution?», *Noir et Rouge*, diciembre de 1966 y «Mises au point sur des notes», *Noir et Rouge*, junio de 1967.

920 José Peirats, «La nueva oleada marxista», *Frente Libertario*, diciembre de 1971.

921 Internacional Situacionista, «Precisiones sobre la traición de la CNT», *Textos completos en castellano de la revista Internationale Situationniste (1958-1969). La práctica de la teoría*, Madrid, 2001, tomo 3, p. 526.

922 Miquel Amorós, *Los Situacionistas y la Anarquía*, Bilbao, 2008, p. 49.

923 Para el «nuevo anarquismo», véase «Freddy y Alicia» (Freddy Gómez y Alicia Mur), «Apuntes sobre el anarquismo histórico y el neoanarquismo en España», en *El movimiento libertario español: Pasado, presente y futuro*, pp. 141-145 y Torres, «El anarquismo viejo y nuevo»; para los situacionistas, véase Amorós, *Los Situacionistas* y la Internacional Situacionista, *Internacional situacionista: Textos completos en castellano de la Revista Internationale situationniste (1958-1969)*, Madrid, 1999-2001 (3 tomos).

924 «Primero, reestablecer los puentes», *Presencia*, noviembre-diciembre de 1965.

925 José Peirats, «El porvenir del Movimiento Libertario. Nuestras grandes opciones», *Presencia*, marzo-abril de 1966.

926 José Peirats, «Personalidad del anarquismo», *Presencia*, mayo-junio de 1966.

927 Carta a Juan Gómez Casas, 19-2-67.

928 Carta a Juan Gómez Casas, 24-4-67.

929 Carta a Juan Gómez Casas, 25-3-67.

930 Carta a José Agustín, 27-7-68.

931 Grupo Anselmo Lorenzo, *Manifiesto libertario: problemas presentes y futuros del Sindicalismo Revolucionario en España,* París, 1969.

932 Carta a José y Odette Ester, 10-10-69.

933 Alberola y Gransac, *El anarquismo español*, p. 196.

934 Carta a Miguel Pérez-Turrado, 18-6-67.

935 Carta a Juan Gómez Casas, 28-5-67.

936 En mayo de 1970 cambiaron su nombre por el de Grupos de Presencia Confederal y Libertaria.

937 Herrerín, *La CNT*, pp. 299-300. Herrerín afirma, erróneamente desde mi punto de vista, que los Grupos no eran diferentes de los líderes ortodoxos y compartían su «inmovilismo ideológico... Hasta tal punto, que se puede llegar a pensar que lo único que les separaba de éstos fueran los enfrentamientos de tipo personal» (Herrerín, *La CNT*, p. 300).

938 Cartas de Antonia Fontanillas (8-12-10) y de Sara Berenguer (27-1-10) al autor.

939 Véase Eduardo Romanos, «Fernando Gómez Peláez: crítica y disidencia en el movimiento libertario en el exilio», *Ayer*, 67, 3, 2007, pp. 235-254.

940 Carta a Pedro Ara, 31-5-70.

941 Pachón, *Recuerdos,* p. 176.

942 *Atalaya*, diciembre de 1957.

943 Carta a Juan Gómez Casas, 15-12-71.

944 Fernando Gómez, «De "Soli" a "Frente Libertario". Publicaciones libertarias en el exilio», en *El movimiento libertario español: Pasado, presente y futuro*, pp. 132-133.

945 «Al salir a la palestra: nuestro objetivo», *Frente Libertario*, junio de 1970.

946 José Peirats, «El tapujo y la moral», *Frente Libertario*, julio de 1970.

947 Carta de Fernando Gómez a Peirats, 21-5-70.

948 Gómez, «De "Soli" a "Frente Libertario"», p. 132.

949 Borrás, *Del radical-socialismo*, p. 204.

950 Carta a Fernando Gómez, 26-4-71.

951 Carta a Juan Gómez Casas, 15-12-71.

952 Correo electrónico de Freddy Gómez al autor, 5-5-09.

953 José Peirats, «La bienhechora. Tentación de riesgo», *Frente Libertario*, septiembre de 1976.

954 Carta a José Agustín, 1-6-70.

955 Peirats, «Informe», en *Elementos*, p. 147.

956 Peirats, «La bienhechora…», *Frente Libertario*, septiembre de 1976.

957 Peirats, «En este que parece amanecer», *Frente Libertario*, junio de 1976.

958 Herrerín, *La CNT*, p. 196. La cifra de 1960 en José Peirats, *La práctica federalista como verdadera afirmación de principios*, París, 1964, p. 11.

959 De estos, unos 18.000 activistas pagaban cuotas del sindicato. En el congreso de octubre de 1947, se dio la cifra de 18.774 (MLE-CNT, *Dictámenes…*, p. 5).

960 Había unos 13.000 miembros que pagaban cuotas en esa época.

961 Es significativo que ese mismo año menos de 6.000 activistas votaran sobre la cuestión decisiva de la reunificación de la CNT.

962 El incremento parcial refleja la reunificación de las dos ramas de la CNT en el congreso de Limoges de 1961.

963 Un activista describió esto como «la mutación generacional y social del exilio»: Samitier y García, *Siempre volviendo*, p. 146.

964 CNT, *Memorias del Congreso Intercontinental…*, p. 71.

965 Carta a Juan Gómez Casas, 15-6-63.

966 Ángel Herrerín, «La sociabilidad de los anarcosindicalistas en España y el exilio tras la pérdida de la guerra civil», *Historia del presente*, 2, 2003, pp. 182; entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

967 Carta a José del Amo, 28-9-65.

968 Carta a Antonia Fontanillas, 20-10-65.

969 Carta a José del Amo, 4-7-66.

970 Dreyfus-Armand, *El exilio*, p. 232.

971 Carballeira, *Apuntes*, p. 133.

972 Samitier y García, *Siempre volviendo*, p. 146.

973 Samitier y García, *Siempre volviendo*, p. 146.

974 Carballeira, *Apuntes*, p. 110.

975 Samitier y García, *Siempre volviendo*, pp. 114, 146; José Peirats, «El humus nutricio», *Frente Libertario*, julio de 1974.

976 Carta a Conrado Lizcano y Salomé Moltó, 23-7-88.

977 Peirats, «El humus nutricio», *Frente Libertario*, julio de 1974.

978 Peirats, *Los anarquistas*, p. 402.

979 Carta a Marcos Alcón, 16-6-64.

980 Carta a Juan Gómez Casas, 21-1-63.

981 Herrerín, *La CNT*, p. 247; Álvarez, *Historia negra*, p. 292; MI T.7, L.XIV, 33-34.

982 Carta a José Agustín, 12-1-69.

983 Carta a Germinal Esgleas, 16-10-66 (Archivo de Antonia Fontanillas).

984 Álvarez, *Historia negra*, p. 304.

985 Carta a Ángel Aranzáez, 25-10-79.

986 Álvarez, *Historia negra*, pp. 300-9; MI T.7, L.XIV, 48, 54.

987 MI T.7, L.XIV, 49; carta a Diego Abad de Santillán, 12-3-73.

988 MI T.7, L.XIV, 51-52.

989 MI T.7, L.XIV, 54.

990 Herrerín, *La CNT*, p. 294; MI T.7, L.XIV, 55.

991 MI T.7, L.XIV, 54; Álvarez, *Historia negra*, p. 307.

992 Carta de Salvador Gurucharri al autor, 16-1-11.

993 MI T.7, L.XIV, 56.

994 Carta a José del Amo, 7-2-89.

995 Carta a Fernando Gómez, 6-9-66.

996 MI T.7, L.XIV, 54.

997 Carta a José Fernández, 31-5-70.

998 Carta a Juan Gómez Casas, 15-12-71.

999 MI T.7, L.XIV, 56-57.

1000 Carta a Juan Gómez Casas, 5-5-68.

1001 Carta a Juan Gómez Casas, 7-7-68.

1002 Carta a José Agustín, 9-11-70; Dreyfus-Armand, *El exilio*, pp. 300-301.

1003 Alberola y Gransac, *El anarquismo español*, pp. 179-206.

1004 Carta a José del Amo, 14-5-68; MI T.7, L.XIV, 58.

1005 Carta a Marcelino Boticario, 25-4-68.

1006 Carta a Francisco Botey, 3-8-68.

1007 Carta a Mariano Puente, 2-5-68.

1008 Cartas a Josep y Odette Ester, 23-2-69 y 7-4-74.

1009 MI T.7, L.XIV, 64.

1010 MI T.7, L.XIV, 65.

1011 Óscar Borillo y Tomás Gómez, «Toulouse y el exilio libertario», en Alted y Domergue (eds.), *El exilio republicano*, p. 145.

1012 MI T.7, L.XIV, 66.

1013 Carta a Juan Gómez Casas, 7-7-68.

1014 Carta a Gene (Juanita) y Arthur Fried, 6-5-69.

1015 MI T.7, L.XIV, 79.

1016 MI T.7, L.XIV, 41, 43, 44.

1017 MI T.7, L.XIV, 81.

1018 MI T.7, L.XIV, 71.

1019 Sara Berenguer, *Entre el sol y la tormenta*, Barcelona, 1968, pp. 261-263; entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

1020 Carta a Josep y Odette Ester, 20-12-71.

1021 MI T.7, L.XIV, 70.

1022 Carta a María y Roberto de Alfonso, 10-4-70.

1023 Carta a Juan Gómez Casas, 8-2-71.

1024 MI T.7, L.XIV, 74, 92-3; Carlos Díaz, *Víctor García, «el Marco Polo del anarquismo»*, Madrid, 1993, p. 114; correo electrónico de Freddy Gómez al autor, 5-5-09.

1025 Cartas a María y Roberto de Alfonso, 3-3-71 y Marcelino Boticario, 25-3-71.

1026 Para Berenguer, véase Berenguer, *Entre el sol y la tormenta*.

1027 Vega, *Pioneras*, p. 305.

1028 Carta de Sara Berenguer al autor, 19-1-10; carta a Julio Patán, 26-1-73; carta de María Pilar Ibáñez a José Peirats y Gracia Ventura, 19-5-73.

1029 Correo electrónico de Freddy Gómez al autor, 5-5-09.

1030 MI T.7, L.XIV, 94; carta de Sara Berenguer al autor, 19-1-10.

1031 Peirats, *Examen crítico-constructivo.*

1032 Se imprimieron 3.000 copias de cada volumen. Curiosamente, se imprimieron en Buenos Aires otras 1.000 copias del primer volumen (carta a Juan Gómez Casas, 19-2-67).

1033 *Breve storia del sindicalismo libertario spagnolo*, Génova, 1962. La edición española, publicada por primera vez en Buenos Aires en 1964, ha sido reimpresa dos veces, Madrid-Gijón, 1976 y Buenos Aires, 2006. También han aparecido traducciones al inglés (*Anarchists in the Spanish Revolution*, Detroit-Toronto, 1976; 2.ª edición Londres, 1990) y francés (*Les Anarchistes espagnols - Révolution de 1936 et luttes de toujours*, Toulouse, 1989; 2.ª edición, *Une Révolution pour horizon. Les Anarcho-Syndicalistes espagnols, 1869-1939*, París, 2013).

1034 MI T.7, L.XIV, 68.

1035 Albert Forment, *José Martínez y la epopeya de Ruedo ibérico*, Barcelona, 2000.

1036 Correo electrónico de Freddy Gómez al autor, 5-5-09.

1037 MI T.7, L.XIV, 69, 95, 98-9; cartas a Josep y Odette Ester, 5-2-73 y Federico y Pura Arcos, 13-4-87.

1038 MI T.7, L.XIV, 97-98.

1039 *La CNT nella Rivoluzione Spagnola*, Milán, 1976-1978 (4 tomos) y *The CNT in the Spanish Revolution*, Hastings, 2001-2006 (3 tomos; 2.ª edición Oakland, CA. 2012). Es inminente una edición francesa.

1040 Madrid, 1978.

1041 Para una crítica franquista, véase Ricardo de la Cierva, *Cien libros básicos sobre la guerra de España*, Madrid, 1966. El autor consideraba fundamental la obra de Peirats «porque transparenta a un militante anarquista en su salsa» (p. 193), pero reconocía «la paradoja de un intelectual anarquista» (p. 190) dado que el anarquismo «es un absurdo criminal… una malformación psíquica» (p. 191).

1042 Heleno Saña, «La obra histórica de José Peirats», *Sindicalismo*, marzo de 1977, pp. 77, 79-80.

1043 Antoni Jutglar, «José Peirats y el drama de Pi i Margall», *Triunfo*, 2-3-74.

1044 Correo electrónico de Julio Aróstegui al autor, 21-1-10.

1045 Gabriel Jackson, «The Living Experience of the Spanish Civil War Collectives», *Newsletter of the Society for Spanish and Portuguese Historical Studies*, 1970, 1, 2, pp. 4-11.

1046 Paul Preston, «The Historiography of the Spanish Civil War», en Raphael Samuel (coord.), *People's History and Socialist Theory*, Londres, 1981, p. 190.

1047 Casanova, «Guerra y revolución», *Historia Social*, 1, 1988, p. 64.

1048 Carta a Albert Balcells, 28-10-65.

1049 Carta a Mariano Puente, 19-1-73.

1050 Julián Casanova, «Anarchism, Revolution and Civil War in Spain: The Challenge of Social History», *International Review of Social History*, 37, 3, 1992, p. 399.

1051 Entrevista con Frank Mintz, 30-10-08.

1052 MI T.7, L.XIV, 82; carta de Sara Berenguer al autor, 19-1-10; carta a Ignacio de Llorens, 3-4-89.

1053 Carta de Sara Berenguer al autor, 19-1-10.

1054 MI T.7, L.XIV, 85-86.

1055 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

1056 José Peirats, «San Pedro de Tarbes», *Frente Libertario*, mayo de 1972.

1057 José Peirats, *Emma Goldman, anarquista de ambos mundos*, Madrid, 1978; 2.ª edición: *Emma Goldman, una mujer en la tormenta del siglo*, Barcelona, 1983.

1058 MI T.7, L.XIV, 82, 100.

1059 Carta de Sara Berenguer al autor, 27-1-10.

174 Carta a Gene (Juanita) Fried, 7-11-65.

1060 Cartas a Josep y Odette Ester, 15-9-70, 26-9-73 y 5, 2 y 20-10-76, Fernando Gómez, 16-9-78, Julio Patán, 11-3-77 y al Comité nacional de la CNT de España, 25-10-76; carta de Pedro Barrio, tesorero de la CNT, a José Peirats, s.f. (¿1977?); Álvarez, *Historia negra*, p. 312; entrevista con Marianne Brull, 6-11-05.

1061 MI T.7, L.XIV, 77.

1062 Carta a José del Amo, 2-11-71.

1063 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09; MI T.7, L.XIV, 83-4, 87, 99; carta a Mariano Aguayo, 1-3-75.

1064 MI T.7, L.XIV, 99.

1065 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

1066 http://www.kaosenlared.net/noticia/flor-viento-publica-paso-vida-memorias-jose-peirats, acceso 22-2-10, 10-15AM.

1067 MI T.7, L.XIV, 100.

1068 Carta a Benito Milla, 20-6-64.

1069 Carta a Mariano Puente, 19-1-73.

1070 José Peirats, «Zaragoza a la vista», *Cénit*, enero de 1951 y «A los pies de Mercurio», *CNT*, 21-4-57.

1071 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*, Madrid, s.f. (¿1899?); la edición española más reciente es Barcelona, 2009.

1072 Anselmo Lorenzo, *El proletariado militante*, Barcelona, ¿1901? (tomo 1) y 1923 (tomo 2); la edición más reciente es Madrid, 2013.

1073 Eduardo Pons, *Un soldado de la República (itinerario ibérico de un joven revolucionario)*, Madrid, 1974; José García, *Teníamos que perder*, Madrid, 1974; Alberto Pérez, *Treinta meses de colectivismo en Cataluña*, Barcelona, 1974; Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra. Una contribución a la historia de la tragedia española*, Madrid, 1975.

1074 Eduardo Pons, *Un soldado de la República (itinerario ibérico de un joven revolucionario)*, Madrid, 1974; José García, *Teníamos que perder*, Madrid, 1974; Alberto Pérez, *Treinta meses de colectivismo en Cataluña*, Barcelona, 1974; Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra. Una contribución a la historia de la tragedia española*, Madrid, 1975.

1075 MI T.7, L.XIII, 100.

1076 Carta a Jesús Guillén, 12-3-74; MI T.7, L.XIII, 47, 99-100.

1077 MI T.7, L.XIV,100.

1078 Carta a Juan Panisello, 5-6-66.

CAPÍTULO 9

EL RETORNO DEL «PELIGRO DEMOCRÁTICO», ECLOSIÓN, ESCISIÓN Y OCASO DE LA CNT, 1975-1989

> A la democracia no ha llegado todo el mundo de la misma manera. Los hay que han llegado frescos, limpios, en magníficas barcas de salvamento. En cambio otros han llegado derrotados, extenuados, como los náufragos, y algunos han llegado, devueltos por el mar, ya ahogados.
>
> Andrés Trapiello,
> *Los amigos del crimen perfecto*

Esperanza

Para cuando Franco murió en noviembre de 1975, Peirats había pasado casi la mitad de su vida alimentando el «sueño dorado de regreso a los lares hispanos»[1079]. Como en el caso de todos los exiliados, España era «un punto permanente de referencia, a modo de obsesión»[1080]. A principios de 1975, con el dictador y su régimen agonizando, Peirats describía «verdaderas ansias en volver y pisar aquella tierra...[M]i máxima aspiración es poder atravesar la frontera en serio y plantarme en Barcelona y, sobre todo, visitar Vall de Uixó, el pueblo que nos vio nacer»[1081]. También quería viajar: «poder conocer a fondo el país donde nací es una de las ilusiones del ocaso de mi vida»[1082]. Pero estas esperanzas se veían templadas por el miedo, al asumir que «en nuestro país seríamos ya extranjeros.ഖ Todo ha cambiado. Hasta la mentalidad. El retorno sería, pues, un vacío»[1083].

España también representaba un sueño colectivo. El movimiento obrero era el protagonista principal en la crisis de la dictadura. Con la muerte de Franco, el cambio del régimen era inevitable. Aun así, la ruptura violenta con el franquismo que la mayoría de la izquierda había defendido durante décadas no se materializó. En su lugar, como es sabido, la transición de la

dictadura a la democracia siguió la fórmula de una «reforma pactada» entre la oposición antifranquista moderada y «progresistas» de dentro de la dictadura. Esta «santa alianza democrática», que abarcó desde fascistas no practicantes a la derecha hasta el PCE a la izquierda, buscaba negociar un proceso ordenado y timorato de cambio desde arriba[1084]. También fue un cambio muy controlado. Basado en «el pacto del olvido», las élites políticas que controlaron la transición desde «habitaciones llenas de humo»[1085] proyectaron una forma de anestesia democrática que negó la justicia o la reparación a las víctimas de la dictadura y permitió la supervivencia de la estructura económica represiva del franquismo.

Pero los pilotos del cambio desde arriba se enfrentaban a un genuino desafío desde la calle, donde, durante la agonía de muerte del régimen, se había elevado un profundo deseo de justicia. Ello produjo una verdadera explosión de luchas sociales y obreras durante los años 1975 a 1977. Algunos de estos conflictos fueron muy radicales, especialmente las huelgas salvajes que se desarrollaron al margen de las estructuras sindicales existentes, ya sea porque los sindicatos aún eran ilegales o porque los trabajadores prefirieron la libertad de movimiento que ofrecían estas luchas autónomas[1086]. El problema para los artífices de la transición era cómo sacar la iniciativa de las calles y establecer nuevas estructuras democráticas para aplacar las innumerables esperanzas de cambio que se habían acumulado bajo la dictadura[1087]. La gradual legalización de las organizaciones políticas y sindicales de izquierdas antes de las elecciones generales de junio de 1977, las primeras desde 1936, fue un paso en esta dirección. Pero también se combinó con represión brutal: en marzo de 1976, en Vitoria, la policía mató a cinco trabajadores e hirió a otros 150 en un aparente intento de mandar un mensaje a los huelguistas y arrebatarles el control de las calles[1088]. Aun así la curva ascendente de la protesta obrera mostró pocos signos de frenarse; en 1976 el número de horas de trabajo perdidas a causa de acciones de huelga fue diez veces mayor que el año anterior, mientras que, en 1977, subió el número total de huelguistas[1089].

Este combativo clima obrero inspiró grandes esperanzas en que una CNT rejuvenecida recuperaría su fuerza anterior. A fines de febrero de

1976, apenas unas semanas tras la muerte de Franco, los activistas del interior, incluidos muchos militantes de *Frente Libertario*, se reunieron en la Asamblea de Sants en Barcelona y decidieron reconstruir la CNT[1090]. Peirats, que estaba en contacto con algunos de estos activistas de primera línea, estaba sobrecogido por las nuevas posibilidades. Esto se hizo evidente en su «Carta abierta a los militantes libertarios», en la que expresaba la opinión de muchos exiliados de que España era el «centro de nuestras preocupaciones»[1091]. Esperaba una rápida y completa reconstrucción del movimiento anarcosindicalista[1092]. Antes del verano, escribió confiado en *Frente Libertario* que «el resurgir del movimiento anarcosindicalista en España ha dejado de ser una quimera». Sin embargo, era lo bastante realista para reconocer las «muchas dificultades» ocasionadas por «cerca de cuarenta años de ruptura cronológica», particularmente el «desgaste tremendo en el caudal humano» y «una severa devaluación ideológica». Ahora, añadió, era hora de un cambio de guardia dentro del movimiento y de que una nueva generación tomara el timón: «ya no somos los virreyes que nos creíamos. Tendremos que resignarnos, si queremos ayudar a subir la cuesta, al humilde papel de auxiliares». En una clara referencia a la dirección de Toulouse, advertía que «a algunos no les será fácil renunciar a la hegemonía del exilio»[1093].

No veía papel para los líderes exiliados: «el peor disgusto de esta gente ha sido la muerte de Franco… No solo se han quedado sin tema sino que temen por sus sueldos y empleos. Una CNT bien arraigada en España no justificaría el colosal aparato orgánico del exilio»[1094]. Pero tras décadas de controlar el MLE-CNT en Francia, el eje Esgleas-Montseny inevitablemente buscaba afirmar su liderazgo sobre el joven movimiento que se estaba desarrollando dentro de España y, cuando fue desafiado, maldijo a los nuevos militantes por «reformistas»[1095]. Aunque, como veremos, Peirats luchó más adelante por abandonar su posición como uno de los mayores del movimiento libertario, en este momento mostró una fe ilimitada en la capacidad de «una nueva generación libertaria» a la que creía «capaz de llevar sobre sus espaldas la antigua herencia de nuestro anarcosindicalismo histórico»[1096]. En una carta escrita por esta época,

observaba que «lo más esperanzador es que el nuevo movimiento libertario está formado por elementos jóvenes. Los viejos militantes de la guerra civil o han muerto o están sumidos en la ancianidad»[1097].

Como una de «las víctimas de los desgraciados años treinta»[1098], Peirats se enfrentaba a nuevos conflictos en su intento de volver a España. En términos materiales, como dependía de una pensión francesa, le resultaba imposible volver de manera permanente[1099]. Solo el conseguir documentos de viaje para cruzar los Pirineos suponía una pelea con la burocracia del Estado español. Según el vicecónsul español en Béziers, todos los españoles que habían llegado a Francia antes del 1.º de febrero de 1939 tenían derecho a pasaporte de «refugiados». Peirats creía que había entrado en Francia el 10 de febrero, pero no podía probarlo[1100]. Como sí había registro oficial de su regreso a Francia desde las Américas en 1947, fue clasificado como «clandestino»[1101]. Tras una violenta discusión con el vicecónsul en la que Peirats profirió «unas cuantas palabrotas», un amigo periodista de Madrid, muy probablemente Eduardo de Guzmán, hizo unos arreglos con el subsecretario de Asuntos Exteriores en la capital española para que se le emitiera un pasaporte[1102].

El 1.º de agosto de 1976, unos ocho meses tras la muerte de Franco, entró en España por vez primera desde su misión clandestina de 1947. Llegó a la estación de Francia de Barcelona en tren, y allí fue recibido con interpretaciones del himno de la CNT «A las barricadas» y el anarquista «Hijos del Pueblo». A diferencia de algunos de los exiliados antifranquistas de más alto perfil, que volvieron y recibieron a la prensa en lujosas habitaciones de hotel, fiel a sus tradiciones proletarias y bohemias, Peirats se instaló en el humilde escenario del piso de su hermana en l’Hospitalet, donde recibió a un torrente de periodistas y partidarios[1103].

Las emociones se desbordaban. Visitó sus lugares favoritos de antaño «en busca de las fuentes de mi infancia»[1104], incluida la ubicación del centro de la CNT donde se afilió por primera vez al sindicato en 1922[1105]. Albergaba la esperanza de volver un día a Barcelona y reincorporarse a la CNT de l’Hospitalet[1106]. Pero su anterior predicción de que se sentiría un «extranjero» en su propio país resultó premonitoria: «Lo encontré todo muy

transformado y hasta chicஸ… no me gustó nada. Aquello lo han convertido en un sacaperras»[1107]. Aunque volvió a Barcelona en sucesivos veranos, se enfrentó a una profunda dislocación y tristeza interior[1108]. En 1978, tras la muerte de su hermana Dolores, era el único superviviente de su familia inmediata, y experimentó el «doloroso trance»[1109] de habitar «una suerte de ciudad muerta»[1110]. Con la desaparición de amigos y lugares, sintió «un gran vacío», como si fuera un extraño en la ciudad[1111]. Escribiendo a su sobrino Federico, describió el viejo hogar familiar de Collblanc como «un cementerio. Y Barcelona, la Barcelona de mi infancia, donde también todos mis viejos amigos han muerto... ya no es mi Barcelona»[1112].

Los cambios socioculturales y espaciales aumentaban esta sensación de alienación. En vez de la Barcelona insurreccional y canalla de su juventud, se topó con una ciudad de consumo: «La gente no lee ni los anuncios, como no sea del fútbol y los rótulos de los bares», se quejaba a un amigo[1113]. Para el hombre que de niño coleccionaba cromos de las barritas de chocolate, fue «una grande desilusión» ver a personas invirtiendo sus esperanzas en un coche nuevo y bienes de consumo y no en sueños de revolución. También encontró la ciudad demasiado grande y contaminada[1114]. «Barcelona atrae y te rechaza a la vez», dejándole con «una profunda nostalgia»[1115].

De vuelta a Francia, ahora con casi 70 años, le dio vitalidad la rapidez vertiginosa de la nueva situación política del otro lado de los Pirineos, e intervino en reuniones en Francia y en España[1116]. Tras la legalización de la CNT en España el 14 de mayo de 1977, participó en algunas de sus principales movilizaciones. La primera, a principios de junio, estuvo relacionada con la lucha por la devolución del patrimonio del movimiento (imprentas, centros culturales, oficinas del sindicato y otros bienes) confiscado por las autoridades dictatoriales en 1939, un tema que sigue sin resolver[1117]. Además de la cuestión de la justicia histórica, era vital para la recién nacida CNT, que tenía pocos recursos económicos, recuperar su patrimonio para conservar la oportunidad de competir con sus rivales de la izquierda, el PSOE y el PCE, a los que mantenía la generosidad de ricos benefactores extranjeros (la Internacional Socialista y el Estado soviético, respectivamente). En consecuencia, el domingo 5 de junio unos activistas

de la CNT ocuparon las oficinas de Barcelona de *Solidaridad Nacional*, el órgano de prensa del aparato sindical estatal franquista alojado en la antigua sede de *Solidaridad Obrera*. Para maximizar el impacto de esta protesta, trajeron a Peirats en coche desde Montady hasta Barcelona para que se dirigiera a una conferencia de prensa en el edificio ocupado[1118].

Su salud era cada vez más precaria. A principios de 1977 le habían diagnosticado enfermedad de Parkinson, lo cual le obligó a dejar de pintar. Más tarde, ese mismo año, fue hospitalizado durante un mes por una operación de próstata[1119]. Él y Gracia esperaban pasar sus últimos años juntos en La Vall, pero esto resultó materialmente imposible hasta 1983, cuando ella cumplió los 65 y pudo optar a una pensión del Estado francés[1120]. Peirats no estaba seguro de si sobreviviría a la espera. A principios de 1981 reflejaba cómo «cada día miro con más cariño el pequeño cementerio que tenemos en Montady»[1121]. Siguió escribiendo. Aunque había planeado dejar la pluma a los 65 «para no tener que hacer el ridículo»[1122], con el boom editorial posfranquista confesaba: «Me asedian los editores»[1123]. La editorial Dopesa le encargó que preparara un *Diccionario del Anarquismo* que, con una gran tirada, apuntaba al mercado popular[1124]. Aunque pobre, donó el generoso adelanto de 40.000 pesetas a la CNT de l'Hospitalet, el sindicato «mío de origen»[1125]. Rechazó una invitación de la editorial Bruguera para escribir la historia de la CNT exiliada porque se sentía demasiado cercano al tema: «Es algo que me ha dado muchos disgustos y no hay por dónde cogerlo»[1126]. Mientras tanto, como las casas editoras buscaban hacer caja con la demanda popular de escuchar a los que no habían sido oídos en España durante décadas de dictadura, Peirats entró en interminables y, al final, infructuosas negociaciones con Planeta para la publicación de sus memorias[1127]. Se proponía ganar una importante suma de dinero con esta empresa, pero rechazó el plan del editor de cortar el manuscrito, «como si fuera un salchichón»[1128]. Era lo bastante realista como para darse cuenta de que un manuscrito de 1.500 páginas en formato A4 nunca sería impreso, por lo que, cuando Rafael Borrás, entonces director de Planeta, le urgió a que lo reconsiderara, recortó unas 250 páginas. Pero cuando Planeta le pidió más

cortes de los capítulos que se referían a sus primeros años, retiró el manuscrito, convencido de que la vida de cualquier individuo solo tiene sentido si se ve a través de estas cruciales experiencias formativas[1129].

La CNT, mientras tanto, crecía en fuerza a lo largo de 1977. Peirats intervino en sus mítines de masas más importantes. En mayo habló en la plaza de toros de Valencia, frente a unas 40.000 personas. También estaba en la tribuna ese día Montseny, que anteriormente le había enviado una rama de olivo tras años de conflicto. Incapaz de perdonar u olvidar las calumnias que había soportado de Montseny y Esgleas, exigió una retirada pública de las afirmaciones que habían hecho en la prensa anarquista internacional de que era un «estafador» y un «ladrón»[1130]. Como escribió a Ramón Álvarez, otro opositor a la pareja, también rechazó por lealtad el acercamiento de esta a los demás expulsados de la CNT: «No hay paz que valga después de las injurias y de la m[ierda] que han arrojado contra mí»[1131]. Tampoco había olvidado la negativa de Montseny a aclarar el gran enigma del exilio: «moriremos todos sin llegar a desentrañar el misterio de las finanzas de la CNT»[1132]. En efecto, el tema sigue sin resolver.

Desencanto

Dos meses después del mitin de Valencia, el 2 de julio, Peirats apareció en el histórico mitin de Montjuïc en Barcelona de nuevo con Montseny, «sin siquiera mirarnos a la cara»[1133]. Con una asistencia de unas 300.000 personas, este fue, según Joan Zambrana, «la eclosión máxima de la CNT catalana» en los años setenta[1134]. Peirats describió más tarde el acontecimiento como «mi Waterloo»[1135]. Para comprender del todo lo que ocurrió ese día, debemos darnos cuenta de que, durante la resistencia al régimen centralizador de Franco, la mayor parte de la izquierda catalana, incluida gran parte del movimiento anarquista, habían aceptado las exigencias nacionalistas. Para cuando se celebró el mitin de Montjuïc, amplios sectores de la sociedad catalana estaba presionando a las autoridades de Madrid en favor de un estatuto de autonomía que les

permitiría el restablecimiento del gobierno de la Generalitat abolido por Franco en 1939[1136].

Desde Francia, Peirats, que nunca había olvidado la represión anticenetista de la Generalitat en los años treinta, había contemplado el auge del catalanismo con gran preocupación. A finales de los sesenta, expresó su «horror» al anarquista afincado en Madrid Juan Gómez Casas, por el «renacimiento en España de una nueva marea regionalista»[1137]. Escribiendo en *Frente Libertario* en 1974, eludió la distinción cada vez más evidente en los círculos de la «nueva izquierda» entre nacionalismos oprimidos y opresores, argumentando que todos los nacionalismos «amenazan a la humanidad con macabras perspectivas»[1138]. Tampoco hacía distinciones entre el «nuevo» nacionalismo vasco insurreccionista que se desarrolló en los sesenta y su predecesor, argumentando, con poca precisión conceptual, que «ETA no solo son racistas sino también fascistas»[1139]. Asimismo rechazaba la propuesta de estatutos de autonomía concedidos por el Estado central, lo que para él representaba el «centralismo autonomista» que conllevaría a la construcción de un estado local: «No son más que grandes sofismas para desorientar a los explotados y perpetuar con otros nombres y bajo otras "senyeres" la histórica explotación del hombre por el hombre»[1140]. En su lugar, Peirats defendía el federalismo, «el anarquismo clásico» de Pierre-Joseph Proudhon o la variante ibérica representada por Francesc Pi i Margall[1141], argumentando que «el verdadero autonomismo es inseparable del socialismo, o sea de la socialización de la riqueza social»[1142].

En Montjuïc, mientras observaba a la multitud y las banderas que le rodeaban antes de levantarse para dirigirse a la muchedumbre, no pudo ignorar la presencia de banderas catalanas y algunas vascas. Esto sin duda inflamó su ardor. Es posible que también le animara el hecho de que la multitud que tenía delante era dos veces mayor que la que asistió a un importante mitin catalanista un mes antes[1143]. Empezó con sentimiento: «Más de cuarenta años soñando en este acto»[1144]. Luego empezó a definir su identidad como «un valenciano no politizado», reconociendo que él conservaba «un eterno agradecimiento por Barcelona» ya que «ahí

transcurrió mi niñez, primera y segunda juventud y me hice culto», pero reconoció: «no me siento catalán»[1145]. Refiriéndose a los años treinta, señaló: «ya sabemos lo que es un Estatuto... [es] un aparato», palabras que arrancaron aplausos. Por último, recordó al público sobre todo joven el pasado federalista de la CNT, abogando por el «municipio libre», «la alternativa del movimiento libertario» sobre un estatuto. Concluyó, haciéndose eco del famoso anarquista italiano Errico Malatesta: «Mi patria es el mundo, mi familia: la humanidad»[1146].

Su rechazo abierto del Estatuto y del catalanismo provocó una reacción áspera dentro y fuera del movimiento libertario. Cuando bajó de la tribuna, fue «amonestado severamente» por algunos miembros del comité regional de la CNT catalana[1147]. En los días que siguieron, su discurso fue censurado en la prensa de la CNT [1148], mientras que la organización catalana publicó una declaración distanciándose de su postura:

> […] la CNT de hoy no confunde los conceptos de Nación y Estado൬ [R]echaza este último por ser un instrumento de opresión al servicio de la clase dominante, [pero] la nación es un conjunto de hombres y mujeres con voluntad de ser, es una comunión lingüística y cultural que la define etnológicamente como entidad natural y que, por lo tanto, deberemos potenciar al máximo[1149].

Hubo peticiones para que se le expulsara de la CNT, aunque de hecho no había vuelto a entrar en la organización, aun cuando tenía lazos muy estrechos con el sindicato de l'Hospitalet[1150]. También tenía sus defensores, entre ellos el entonces secretario general de la CNT, Juan Gómez Casas[1151]. De igual modo, Edo, miembro del comité regional de la CNT catalana, consideró que el discurso era «brillante», y más tarde dimitió de su cargo en protesta por las críticas dirigidas contra Peirats[1152]. Resulta irónico que, en 1983, la CNT abrazara la postura de Peirats sobre la cuestión catalana[1153].

Fuera de la CNT, la prensa proyectaba la imagen de un movimiento dividido. *ABC* observó, de manera incorrecta, que «la CNT desautoriza a uno de sus líderes», y describía a Peirats como el «líder del anarquismo histórico»[1154]. En círculos catalanistas se había abierto la veda contra él. El aspirante a escritor Quim Monzó, con 25 años, cuya comprensión de la historia de la clase obrera igualaba su conocimiento de la nanofísica, publicó un artículo que identificaba a Peirats con los primeros movimientos

anticatalanistas y lo que imaginativamente llamó el «anarcofalangismo»[1155]. Mientras tanto, Alfons Quintà, corresponsal de *El País* en Cataluña y más tarde seguidor de Jordi Pujol, exhibió su propia y peculiar interpretación de la dinámica de los movimientos sociales atribuyendo el declive final de la CNT al discurso de Peirats[1156].

La «bomba atómica» lanzada con su discurso de Montjuïc tuvo un efecto duradero sobre Peirats[1157]. Le dolió mucho la reacción de la CNT catalana. Para él, era una prueba de su «desviación catalanista»[1158], que describió como «el nuevo «circunstancialismo», comparable al gubernamentalismo del movimiento durante la Guerra Civil[1159]. Tras esta «herejía», decidió poner su salud por delante y nunca volvió a hablar en una reunión de la CNT catalana[1160]. Años más tarde, aún comentaba el episodio[1161]. En 1979, estando el Gobierno central finalizando el estatuto catalán, a veces fechaba sus cartas con la inscripción irónica: «RECTA FINAL HACIA EL ESTATUTO»[1162].

El mismo mes del mitin de Montjuïc su decepción con la nueva CNT se vio ahondada por las Jornadas Libertarias Internacionales, que tuvieron lugar en Barcelona entre el 22 y el 25 de julio de 1977[1163]. Combinando debates sobre una serie de temas políticos, filosóficos, culturales y sociales con actividades lúdicas, como obras de teatro, conciertos musicales y fiestas organizadas por toda la ciudad, en muchos sentidos las Jornadas fueron una versión contemporánea de las actividades socioculturales y políticas que Peirats había organizado antaño en los ateneos de Barcelona y Toulouse. Desde luego, el acontecimiento contribuyó en gran medida a elevar el perfil del movimiento libertario y, según los organizadores, unas 600.000 personas asistieron a ellas durante los cuatro días, incluidos activistas extranjeros como Daniel Cohn-Bendit y figuras de la cultura como Emma Cohen y Fernando Fernán Gómez. En opinión de un participante, «se convirtió en uno de los actos culturales con mayor resonancia» del año. En un ambiente de absoluta libertad, paralelos a las jornadas hubo «unos días de *happening* y fiesta desinhibida» en el Parc Güell[1164].

Tras décadas de represión sexual y fundamentalismo católico patrocinados por el régimen, la prensa sensacionalista tenía fijación con la

experimentación sexual, el consumo de drogas y lo que presentaba como depravación general de los jóvenes anarquistas. Entre los comentarios más moderados, *La Vanguardia* expresaba su preocupación por «la conducta y las prácticas sexuales» de los participantes[1165]. Según un joven activista de la época, este discurso coincidía con las opiniones de algunos veteranos, «que provenían de un extracto social más marcadamente obrerista», a quienes les preocupaba la imagen del movimiento[1166]. Peirats entraba en esta categoría, y en sus cartas privadas describió las jornadas como «mariconadas»[1167], «donde el anarquismo quedó desbordado por el sodomismo y la putería»[1168]. Describió con crudeza el *happening* del Parc Güell como «la fiesta sodomita»[1169]. Este mismo rechazo de nuevas prácticas sexuales le hizo referirse a Benidorm como «la Sodoma y Gomorra del Mediterráneo»[1170].

Este comentario refleja varios factores. Primero, y lo más importante, revela su frustración con la renacida CNT. Aunque, como vimos antes, había avanzado algo de camino hacia la asimilación en el exilio de algunos aspectos de la «nueva izquierda», luchaba por entender el contexto posterior a 1968 en el que actuaba ahora la CNT. Cuando el movimiento mostró sensibilidad hacia otras formas de opresión más allá del centro de trabajo y se dirigió a grupos feministas, gais y ecologistas, Peirats lo denunció como «una ensalada rusa»[1171]: «da asco tantas tendencias»[1172]. Las tensiones en su pensamiento se pusieron en evidencia a fines de 1977, cuando escribió:

> Hay necesidad de un anarquismo que no sea el hipismo en moda ni se ciña como un guante a los consagrados textos de nuestros clásicos… un anarquismo para hoy, funcional más que dogmático[1173].

Pero temía que, asimilando nuevas ideas, la CNT se debilitaría. No era el único. Otros comentaristas radicales creían que los distintos constituyentes de la CNT, «sin unificar seriamente», presentaban «una imagen confusa para la militancia revolucionaria»[1174]. Sin pelos en la lengua o en la pluma, Peirats veía el movimiento minado por «el nacionalismo, el mariconismo, el marimachismo y el paramarxismo»[1175]. En una carta expresaba su convicción de que había miembros del consejo de redacción de *Solidaridad*

Obrera que «están por el cobijo de homosexuales, defienden indirectamente a los lenino-fascistas de ETA y a las feministas tortilleras»[1176].

Entre los de su generación, Peirats no estaba solo en el mantenimiento de estas opiniones[1177]. Pero sus comentarios dejan al descubierto sus arraigados prejuicios. Por ejemplo, su homofobia es evidente sobre todo en sus memorias. Siendo panadero, a principios de los años treinta conoció a un cocinero gay, a quien él y sus compañeros de trabajo apodaban «Vicenta»: «por primera vez», reflejó 40 años más tarde, «observaba el misterio aberrante de la homosexualidad»[1178]. En el mitin monstruo de Valencia de 1977 mencionado antes, provocó un escándalo al referirse a los falangistas como «maricas»[1179]. Mientras tanto, su aparente sexismo y su hostilidad declarada contra el feminismo posterior al 68 reflejaban una incapacidad semejante de reconstruir su visión del mundo e ir más allá de los prejuicios de la época en la que creció. En una carta de 1982 opinaba cándidamente:

> No estoy contra las mujeres… nos superan en penetración psicológica en lo que es suyo. Cuanto se refiere al amor y al hogar es su dominio privado. Nos superan en toda la línea. Te enamoras de una mujer cuando hace tiempo que ella te está viendo llegar. Este don de penetración es consubstancial en todas las hembras. Una vez que se me ocurrió escribir sobre ello me arañaron como gatas unas feministas fumaporros, folladoras, con pantalones vaqueros, motejándome de discriminador para arriba. Desde entonces me libré de meter los dedos en ese avispero. Si quieren ser iguales a los hombres que se abran de piernas y lo demuestren. Yo he amado siempre la feminidad en la mujer. Proclamarlo ante ciertas marimachos es ofenderlas y que te llamen falócrata[1180].

Mientras tanto, con la CNT haciendo frente a una intensa competencia de la izquierda antiestalinista, salió a relucir su anticomunismo. Creía que «los chinos», en veterano argot anarquista para describir a los comunistas, «se están infiltrando en todas las publicaciones españolas»[1181]. Mientras que en el exilio algunos de sus compañeros de *Presencia* le habían expuesto el proyecto autonomista de unir elementos del marxismo con el anarquismo, él ahora lo rechazaba de pleno como una quimera de «anarcotroscomaoístas»[1182]. Es curioso que su aversión por estos híbridos no le impidiera tener una estrecha relación con el filósofo Carlos Díaz, a quien consideraba un anarquista, «pese a su cristianismo místico»[1183]. Pero,

por encima de todo, él volvía al tradicional anarcosindicalismo de su juventud, que en realidad cerraba su mente a nuevas ideas. A pesar de su firme oposición a la burocracia anarquista de la guerra y el exilio, rechazaba los movimientos de la «nueva izquierda» como el asambleísmo y el consejismo, junto con sus críticas a la burocracia sindical, que él despreciaba de forma superficial como «bizantinismo»[1184]. A veces, caía en la autojustificación, descartando aparentemente la mera posibilidad de que las ideas puedan evolucionar a través de un proceso de reflexión individual. De una manera muy instrumental, explicaba el hecho de que muchos de su generación tenían «la misma mentalidad que ayer» en lo que se refiere a su forzoso apartamiento de las luchas de clase directas en Francia, «donde envejecimos careciendo de estímulos»[1185].

Su tipo ascético de anarcosindicalismo de la vieja escuela le hizo reacio a muchos de los sectores encuadrados en la nueva CNT[1186]. Tras haber atraído a muchos jóvenes seguidores del «nuevo anarquismo», que había sido modificado por el situacionismo posterior a 1968, la CNT era ahora mucho más diversa de lo que lo había sido en los años treinta[1187]. Siempre había tenido tendencias, pero ahora era, en palabras de un comentarista:

> […] un cajón de sastre, en el que coexisten conflictivamente grupos e individuos antiautoritarios primos-hermanos de los de Mayo 68, sindicalistas y sindicaleros, anarquistas «ortodoxos»…, tecnócratas cristianos intentando adaptar el anarcosindicalismo a una sociedad moderna, ecologistas soñadores, minorías sexuales y trotsquistas infiltrados[1188].

De manera similar, un joven militante de la época describe el movimiento como:

> […] un conglomerado diverso de transgresión cultural, cultura obrera antiautoritaria y asimismo de crítica de la vida cotidiana con la dosis de liberación social y sexual que ello suponía… no éramos hippies en lo esencial y profundo[1189].

Desde luego había elementos en la órbita de la CNT que se acercaban a lo que Murray Bookchin describía como «anarquismo personal», cuyo «anarquismo» iba poco más allá de su apariencia contracultural y su práctica diaria[1190]. Los grupos autónomos lo reconocían, y veían en la CNT:

> […] la incidencia de un cierto contingente de elementos claramente pequeñoburgueses en su seno, que más que una conciencia anarcosindicalista y revolucionaria responden a planteamientos «hippies» y a criterios de mero «épater le bourgeois»[1191].

Lo que es seguro es que en la oleada de la libertad posfranquista abundaban los izquierdistas de salón, los progres, los hippies y otras subculturas de moda, todos ellos llamativamente antisindicalistas. Más aún, como comentaba un activista en 1977, «por desgracia, el anarquismo está de moda, y entra gente de todos los estamentos, de todos los planteamientos»[1192]. A la vez, los medios oficiales también construían nuevas categorías, como «pasota», para demonizar a la juventud rebelde. Según Edo, esta etiqueta peyorativa dirigida a quienes querían «romper los esquemas convencionales aceptados por el sistema», moldeaba de manera parcial las opiniones de algunos de los veteranos, que llegaron a oponerse a estos activistas jóvenes «supuestamente inconvencionales»[1193]. Por ejemplo, tras una visita a Madrid, Mariano Aguayo, un antiguo maquis y compañero de Peirats en el exilio, se refirió riéndose a que había «mucho libertario (o libertino)»[1194]. De igual manera, Peirats creía que con acontecimientos como los de la fiesta del Parc Güell «se atrae a toda la porquería que maldita la gracia para qué va a servirnos en el plan de reconstrucción orgánica»[1195]. Por la misma época, expresó el temor de que «estamos recogiendo, entre alguna buena gente, todos los desechos y contrahechos; toda la basura subyacente en la sociedad española contemporánea»[1196].

En el fondo, como otros veteranos, no lograba apreciar a la nueva generación de activistas: «Hoy se llama militante a cualquier cosa... Observo en los jóvenes una marcada antipatía por comprometerse»[1197]. Como señala Pablo César Carmona, la CNT y los veteranos estaban operando dentro de:

> […] un nuevo espacio sociocultural donde el sujeto antropológico con el que interactuar era radicalmente distinto y, en segundo lugar, donde el contexto político y económico era absolutamente novedoso…[1198].

Sin embargo, debajo de la apariencia de cabello largo, pendientes y barbas de la contracultura de los años setenta, había activistas valiosos en el seno

del nuevo movimiento antiautoritario. Esto lo reconocía Gómez Casas, el primer secretario general de la CNT posfranquista, que escribía en 1984: «Quedó entre nosotros un número estimable de aquellos jóvenes de ambos sexos, que hoy son militantes conscientes y prometedores de la CNT»[1199]. En efecto, la nueva CNT era en esencia un sindicato de gente joven: en 1977, el 75% de su afiliación estaba por debajo de los 30 años, una realidad que hizo que el desencuentro generacional fuera tanto más grave[1200].

Tras su primera visita a España en 1976, Peirats había reconocido en *Frente Libertario* que había «un conflicto de generaciones» dentro del movimiento. Desgraciadamente él se convirtió en la prueba elocuente de esta tensión[1201]. Durante toda su vida uno de sus artículos de fe había sido su creencia en la misión revitalizadora de la juventud dentro del movimiento. Ahora, en sus cartas privadas, estaba lleno de desprecio hacia lo que consideraba como militantes infantiles. Por una parte, estaban «los viejos» de su generación y «los jóvenes», pero «en medio un enorme hueco que implica ruptura de muchas cosas»[1202], debido a la falta de lo que llamó «la generación puente»[1203]. (En 1978, el 15% de los miembros de la CNT tenían más de 60 años y solo un 10% tenían entre 30 y 60 años de edad[1204]). En lo que es probable que fuera una referencia a los «pasotas», Peirats afirmaba que los jóvenes «desconocen lo que es luchar heroicamente por la vida» y muestran «un desprecio al trabajo y a la vida»[1205]. Lleno de pesimismo hacia los «anarquistas nuevos», escribió a un antiguo compañero que «los jóvenes, que eran toda nuestra esperanza, nos han salido nietzscheanos»[1206]. En otra ocasión, en una carta a Domingo Canela, uno de sus primeros camaradas de armas de los años veinte, afirmaba: «somos los únicos supervivientes de una época única en la historia reciente... me desespero, comparando la vaciedad de las nuevas generaciones comparadas con la nuestra»[1207].

Esta tensión hizo que Peirats se replantease su anterior convicción de que una nueva generación de activistas españoles tomaría el relevo de la vieja generación[1208]. Le aliviaba ver cómo decaía la influencia de la geriátrica dirección de Toulouse, pero a la vez se sentía excluido de lo que describía como «una guerra sorda a los de nuestra generación que

despectivamente llaman “históricos”»[1209]. (Más despectivos aún eran los jóvenes que les tildaban de «anarcomomias»[1210]). Añadido a esto estaba la sensación de incapacidad, ya que «nosotros ya casi no somos en este mundo. Nada podemos hacer ya para cambiarla»[1211].

El fundamento de gran parte de su rencor en esta época fue darse cuenta de que la CNT no iba a renacer como el ave fénix como una organización de masas de la misma manera que ocurrió en su juventud después de la dictadura de Primo de Rivera. CC. OO., que fue legalizada un mes antes que la CNT en abril de 1977, registraba una afiliación de 1,3 millones en septiembre de 1977, y 1,8 al año siguiente, mientras que la UGT afirmaba tener dos millones de afiliados en 1978[1212]. La CNT no estaba ni cerca: en su punto más alto, en 1978, el comité nacional situaba la afiliación en 300.900[1213]. Esto resultaba muy molesto para Peirats. Ya en marzo de 1977, cuando la CNT aún estaba organizada en la clandestinidad, se quejaba de que «los sindicatos no acaban de cuajar»[1214]. Sin una firme conexión con las fábricas, a Peirats le atenazaba un temor: que el anarquismo español «podrá convertirse en un movimiento estéril como en Italia y Portugal»[1215]. «Urge traducir ese anarquismo a la práctica», argumentaba, ya que «necesitamos adquirir una posición de fuerza. Este es el sindicalismo, campo de acción que permite a su vez incidir en la opinión pública con la ambición de ser elementos determinantes»[1216]. Pero, como veremos, a pesar de tener un poder de movilización significativo, la CNT nunca supo volver a encender el faro de la transformación social que había ardido tan brillantemente antes de 1939.

Antes del inicio de la transición democrática, Peirats había lanzado una firme crítica contra el declive de la CNT en el exilio. Resultó no ser tan capaz de justificar la cambiante fortuna del movimiento en las frenéticas circunstancias tras su reorganización[1217]. Para 1985, al eliminar de forma eficiente la acción de la ecuación, redujo los problemas de la CNT a «la dictadura [que] se dedicó muy eficazmente a esterilizar nuestras tradiciones»[1218]. Sin duda hay un elemento de validez en este juicio, pero ignora por completo el error táctico de los lideres exiliados, explicado con anterioridad en el capítulo 8, de rechazar el trabajo en el seno de CC. OO.,

donde podía haber difundido la cultura y los principios anarcosindicalistas entre un nuevo público.

Si las estructuras políticas del franquismo trabajaron para «esterilizar» la cultura anarcosindicalista, lo mismo puede decirse de las que se establecieron durante la transición a la democracia después de 1975. Tras las elecciones generales de junio de 1977, a los oligarcas políticos les molestaba mucho la militancia obrera. Estos temores culminaron en los Pactos de la Moncloa (octubre de 1977), un acuerdo entre el Gobierno, los empresarios y la izquierda moderada, incluidos sus sindicatos correspondientes (UGT y CC. OO.) para reducir las protestas obreras. La participación de UGT y CC. OO., cuyos líderes se dejaron seducir por la promesa de futuras reformas de asistencia social, fue vital para supervisar la desmovilización obrera[1219]. El compromiso de las autoridades con la celebración de elecciones sindicales en los centros de trabajo en 1978 también atrajo a los líderes sindicales reformistas, que las consideraron una garantía de nuevo reconocimiento legal. En cuanto a los empresarios y el gobierno, se beneficiarían de la institucionalización de las relaciones industriales, que, calcularon, frenarían las huelgas salvajes, tan frecuentes desde 1976.

Es comprensible que, para Peirats y otros que esperaban el colapso del franquismo para construir un cambio social de gran alcance, esta maniobra política desde arriba fuera un anatema para el sindicalismo revolucionario de acción directa, y marcara el inicio de la «edad del desencanto»[1220]. Pero la estrecha alianza en torno a los Pactos de la Moncloa, y simultáneamente la determinación de la UGT y CC. OO. de convertirse en los sindicatos del nuevo sistema democrático, proporcionaron a la CNT una oportunidad única: la Confederación tenía la opción de presentarse ante la clase obrera como el único sindicato de lucha de España, una postura que planteaba la posibilidad de conseguir nuevos seguidores entre los disidentes de los grandes sindicatos.

En consecuencia, la CNT encabezó la oposición a los pactos, de acuerdo con su rechazo de «cualquier pacto interclasista que tenga que hacerse a expensas de los trabajadores»[1221]. Inevitablemente, esta lucha se desarrolló en las calles y nos lleva a uno de los muchos episodios oscuros de los años

setenta. El 15 de enero de 1978, Barcelona fue testigo de una de las muchas manifestaciones antipactos organizadas por la CNT en toda España. Al final de la marcha, hubo un ataque con cócteles molotov contra la sala de fiestas Scala, en el centro de la ciudad, que provocó un enorme incendio y la muerte de cuatro trabajadores[1222].

Cui bono? Es difícil ver algún motivo por parte de la CNT. Dos de los cuatro trabajadores muertos eran cenetistas, lo cual no es sorprendente, ya que el 70% de la plantilla de Scala estaba, en aquella época, afiliada a la CNT [1223]. Las sospechas de la CNT de que el ataque había sido un montaje policial no carecían de justificación[1224]. Más tarde se probó que el instigador del ataque había sido Joaquín Gambín, un reincidente múltiple que había pasado media vida en la cárcel y que más tarde confesó trabajar para la policía. Al salir de la cárcel en 1977, se unió a la FAI y organizó el atentado contra la sala Scala con unos radicales barceloneses, cuyos nombres proporcionó más tarde a la policía[1225]. A pesar de la intensa actividad policial —fueron detenidos en torno a 150 militantes anarquistas — misteriosamente Gambín permaneció en libertad. Según *El País*, 11 meses después del ataque, «varias fuentes consultadas» revelaron que Gambín llevaba una vida normal en su Murcia natal, y que la policía «tiene perfecto conocimiento de dónde se encuentra»[1226]. Acabó siendo detenido, casi dos años después del ataque a Scala, por cargos no relacionados, por tráfico de armas y robo a mano armada. Confesó en el acto ser un agente de la policía con vínculos con la guerra sucia contra ETA[1227]. En 1983, la CNT presentó una querella contra la policía y contra Rodolfo Martín Villa, conocido popularmente como «la porra de la Transición» y ministro de Gobernación en la época de la tragedia de Scala, acusándoles de infiltrar a Gambín en la organización con la intención de desacreditarla[1228].

El caso Scala fue una bendición para las autoridades. Mostrando una gran selectividad, el ministro Martín Villa, empresario y antes secretario general del aparato sindical franquista, que no derramó una lágrima por los cinco trabajadores asesinados por la policía en Vitoria meses antes, se mostró consternado por las muertes de los trabajadores de Scala. Describió a los anarquistas como una amenaza mayor para el orden público que ETA,

mientras una prensa sumisa identificaba a la CNT, la principal fuerza anti-Moncloa, con el terrorismo[1229]. Justo un día después del ataque, cuando los acontecimientos estaban todo menos claros, el diario barcelonés *El Noticiero Universal* denunció al movimiento anarquista como «vulgares asesinos»[1230]. Esto no era una manera nueva de actuar de los medios. A fines de 1977, hubo intentos de establecer una conexión entre el movimiento libertario y el terrorismo, cuando *El País* publicó una historia filtrada a *The New York Times* sobre un supuesto complot anarquista para secuestrar al ministro de Justicia Landelino Lavilla[1231]. Alarmados por las comparaciones hechas entre los anarquistas y el grupo Baader-Meinhof, el comité nacional de la CNT rastreó la fuente de la historia hasta llegar a Dan Kurzman, un periodista e historiador militar estadounidense que había pasado algún tiempo en España, y del que sospechaban que había estado vinculado con los servicios de inteligencia[1232].

La repercusión del Scala, que coincidió con la puesta en marcha de las primeras elecciones sindicales a principios de febrero de 1978, dejó la reputación de la CNT muy empañada. Para cuando se arrojó más luz sobre el incidente, su imagen pública estaba muy dañada. Según Marín, el asunto «marcó un antes y un después en los años de la Transición»[1233]. A la vez que muchos trabajadores se distanciaban del sindicato, en opinión de un analista de la época, «la CNT decaería rápidamente desde una débil tercera posición [tras CC. OO. y UGT] a una insignificancia aún mayor»[1234].

A la posición cada vez más marginal de la CNT no la ayudaba su dinámica interna. Con su renacimiento entre 1976 y 1977, hubo un recrudecimiento de las divisiones estratégicas y tácticas sobre cómo era mejor plantearse la nueva apertura democrática, una situación con resonancias de los acontecimientos de 40 años antes con el nacimiento de la República. Testigo de las primeras escisiones de la CNT, Peirats estaba petrificado por la perspectiva de una demoledora lucha entre facciones[1235]. Le preocupaba sobre todo que la FAI, con su «estrechez dogmática»[1236], exacerbara las divisiones internas[1237]. A medida que crecían las tensiones, utilizó sus intervenciones públicas para advertir contra una «escisión» («nuestra bestia negra»[1238]) en la que «no habrá vencedores, sino una

víctima: la CNT»[1239]. Pero, como reconoció apenas unos meses antes de su muerte, «tampoco tuve suerte como profeta en mi tierra»[1240]. Efectivamente, se produjo una escisión debilitadora en el primer congreso de la CNT durante la transición, que tuvo lugar en Madrid entre el 8 y el 16 de diciembre de 1979[1241].

El trasfondo de la escisión fue la ralentización de la militancia obrera en 1978 debida a los Pactos de la Moncloa y el declive de la afiliación a la CNT después del asunto Scala. En el momento del congreso, la CNT afirmaba tener 150.000 miembros, la mitad de la cifra del año anterior[1242]. Se enfrentaron dos facciones principales: una era partidaria de renovar la práctica anarcosindicalista participando en las elecciones sindicales, la otra consideraba esto «un intervencionismo gubernamental en las relaciones capital-trabajo»[1243]. Esta diferencia de opinión no hacía inevitable la escisión. Entre los radicales, algunos estaban dispuestos a coexistir con sectores moderados, y desde luego aceptaban su aportación a la orientación de la CNT[1244]. Sin embargo, como en escisiones anteriores, las facciones más maximalistas ahogaron las voces que llamaban a una discusión razonada de las diferencias internas. En medio de un ambiente de violencia supuestamente generado por los grupos de la FAI, unas 53 delegaciones se retiraron del congreso.

Quizá consciente de lo que podría ocurrir, Peirats se resistió a las presiones de los jóvenes cenetistas valencianos para que asistiera al congreso[1245]. Desde lejos, estaba extremadamente bien informado de lo que iba ocurriendo a través de sus numerosos corresponsales. Creía que la escisión era estructural e iba más allá de la cuestión de las elecciones sindicales: «En una organización descentrada… el entendimiento es imposible»[1246]. Le abrumó la manera en que se desarrollaron los hechos[1247]. Antes del congreso, para ayudar a los delegados «en ayunas de lo que son las normas orgánicas»[1248], el comité nacional le confió la tarea de redactar un folleto que resumiera el mecanismo orgánico histórico de la CNT [1249]. Esto no sirvió de mucho para garantizar la discusión abierta. Peirats comparó el congreso de Madrid con el de Montpellier de 1965, en el que fueron expulsados los opositores a la línea de Esgleas y Montseny. Esta

opinión se basaba en lo que consideraba el «dogmatismo y la práctica autoritaria y mafiosa» de la dirección que rodeaba al secretario general electo José Bondía, el candidato algo turbio de la FAI, que más tarde fue expulsado de la CNT [1250]. Como en 1965, la defensa retórica de los principios enmascaró la utilización de métodos burocráticos para aislar a los disidentes[1251], mientras que Bondía y sus compinches («los caballeros del hacha»[1252]) acusaban a sus opositores «reformistas»[1253].

A Peirats le puso furioso la «imagen bochornosa» que el congreso había mostrado al mundo[1254]. Reservaba aún más veneno para la FAI, que, creía, había creado las condiciones para una escisión evitable[1255] y cuya «finalidad no es la madre anarquía, sino el ojo por ojo y diente por diente»[1256]. Sus temores de sufrir una hemorragia de militantes estaban justificados[1257]. Si, como afirmaba, «la escisión es una suerte de sortilegio que asusta al militante medio», el «impacto psicológico» sobre los afiliados era aún peor. Los trabajadores huyeron de una CNT fracturada[1258]. Desde su récord posfranquista de 300.000 afiliados en 1978, la cifra había bajado ahora hasta alrededor de los 60.000[1259], dejando a la CNT «muriendo de consunción»[1260]. «Hemos quedado reducidos a casi nada. De cabeza de león a cola de ratón… Hemos perdido el contacto con los verdaderos trabajadores», se desesperaba[1261]. Sin sindicatos fuertes, la CNT se enfrentaba al «automarginamiento»[1262]: «hemos dejado escapar nuestra hora… no queda más que la piel de la zapa que, con el tiempo, se encoge y se encoge»[1263]. El pesimismo sin paliativos estaba a la orden del día: «No tenemos necesidad de que nos destruya nadie», escribió a un antiguo compañero:

> Nosotros mismos nos bastamos y sobramos para destruirnos. Todos nuestros movimientos han perecido por la misma causa: personalismo, prepotencia, intransigencia... En suma: autoritarismo. Nos pretendemos anarquistas, libertarios, antiautoritarios y somos todo lo contrario[1264].

Sentía nostalgia por el pasado, cuando «luchábamos por una causa santa... ¿por qué causa se mata y se muere ahora?»[1265].

Aunque afirmaba ser un «centrocampista»[1266], después de la escisión se acercó más a los «renovadores», pero se retiró de la polémica, dolorido con

el rumbo del movimiento y con la marcha de la historia[1267]. Si no era suficiente que ahora hubiera dos CNT, le horrorizaba que los «ortodoxos» de «la CNT inmovilista» llevaran ante los tribunales el uso exclusivo de las siglas, mientras que en los años treinta los treintistas les habían denunciado sin hostigarles[1268]. En 1986, con las conmemoraciones del 50.º aniversario de la revolución española, rechazó invitaciones de ambas CNT para participar en actos públicos, en consonancia con su «firme decisión» de «no intervenir en ningún acto o manifestación no convocados sino en nombre de una CNT DE ESPAÑA única»[1269].

Sin embargo, sí colaboró hasta su muerte con artículos en la revista anarquista de Barcelona *Polémica*, una «tribuna abierta», que, a pesar de su nombre, se prestaba a la «confrontación, de rigor, civilizada, entre anarquistas, libertarios aproximados o independientes respetuosos»[1270]. Pero, más que nada, ahora estaba centrado en conservar la memoria histórica del movimiento y sus activistas. Como observa Marín, era «incansable, reuniendo datos, fotografías y memorias de sus compañeros, memoria viva del tiempo que pasaba»[1271]. Con todo su pesimismo, como en los años treinta y después, mantenía la esperanza en una CNT unida, «si no potente como lo estuvo en mis años mozos, sí unida»[1272]. Hasta el final de su vida se aferró a «la utopía de soldar lo soldable»[1273] y anhelaba «una paz honorable» para salvar «la vida de un movimiento cuya muerte todavía puede evitarse»[1274].

La vuelta a sus orígenes: La Vall d'Uixó (II)

Para entonces, Peirats había vuelto a su lugar de nacimiento, La Vall d'Uixó. A finales de los años setenta, Gracia y su hermana, Asunción, unieron sus «flacas finanzas» para comprar una vieja casa, que renovaron por completo en 1981[1275]. Visitaron La Vall la mayoría de los veranos durante unos meses cada año, antes de instalarse para siempre allí en 1983, cuando Gracia se jubiló como costurera[1276]. En contra de sus temores de que sería «un extraño»[1277], se volvió a adaptar a la vida allí y estaba

encantado de estar de vuelta en «un pueblo del que estuve siempre profundamente enamorado»[1278]. A pesar de todos los cambios —«antes olía a tomillo, romero y mil hierbezuelas aromáticas; ahora a gas carbónico»—, con «un poco de imaginación, me recuerda la infancia»[1279]. Se contentaba con un «régimen franciscano»[1280] en su «ínsula de Robinson»[1281], que contrastaba favorablemente con su experiencia de Barcelona, donde «a la contaminación ambiente hay que agregar la confederal... Los insultos y las agresiones están a la hora continua»[1282].

Además de escribir daba paseos diarios con Gracia por el pueblo y el campo del entorno. Como estaba teniendo problemas de memoria debido al párkinson, escribía sobre todo para ejercitar la mente y mantener el hábito de escribir [1283]. Siguió escribiéndose con amigos de España y el extranjero, y sus cartas revelan una sólida comprensión de los asuntos internacionales, que abarcaban desde la economía global a las reformas de Gorbachov en la URSS[1284]. Como siempre durante toda su vida, vivía con austeridad. En la pared de fuera de su casa se podían leer los dos últimos versos del «Retrato» de Machado:

> Me encontraréis a bordo, ligero de equipaje
> casi desnudo, como los hijos de la mar.

Su principal preocupación era su salud. Cada vez dependía más de Gracia, su «ángel de la guardia»[1285]. «Mi suerte fue unirme con Gracia. De lo contrario ya estaría enterrado», escribió a un amigo en 1983[1286]. Pero aparentemente no cayó en la autocompasión: «Siempre hay que pensar en el dolor de los otros como filosofía contra el dolor. Al fin y al cabo yo he venido a morir aquí»[1287].

Su humildad permanecía intacta. Rechazó una invitación para participar en un homenaje para él en l'Hospitalet «como hijo predilecto»[1288]. De manera parecida, en La Vall, donde atrajo la atención «como ciudadano notable», declinó una oferta de homenaje público[1289]. Estaba más preocupado por la memoria colectiva, y ello mantuvo su pasión por la historia, para «orientarnos en el hoy y en el mañana de nuestra militancia». Criticó el «pacto del olvido» que dio forma a la democracia posfranquista,

argumentando que «una de las aberraciones de la humanidad contemporánea es su falta de memoria histórica, incluso a nivel de pretendidos historiográficos». En cambio, defendió la memoria histórica para que un pueblo sea «dueño de su propia historia»[1290]. (Cuando consideramos el desarrollo posterior del «pacto de olvido» a medida que las generaciones siguientes han buscado plantear nuevas preguntas sobre el pasado, estas palabras eran más que proféticas).

Quizá a causa de su compromiso con el pasado, Peirats aceptó una invitación *ad honorem* al II Coloquio internacional sobre la Guerra Civil en la Universitat de Barcelona en noviembre de 1986[1291]. Tuvo un ataque al corazón después de la primera sesión y pasó los siguientes 23 días hospitalizado. Los médicos le dieron pocas posibilidades de supervivencia[1292]. No se acordaba mucho del coloquio, aunque Gracia le recordó que había sido extremadamente crítico con los historiadores académicos presentes[1293]. Peirats tenía poco respeto por los historiadores «profesionales», de los que creía que «carecen de imaginación»[1294] y a menudo trabajaban con «mala fe», lo cual suponía que «hicieron un flaco favor a la diosa de la historia»[1295]. Rechazaba la denominación de «historiador», y prefería describirse a sí mismo como un «repórter y, sobre todo, cronista»[1296], o como un «historiador artesanal»[1297]. Pero los historiadores «profesionales» continuaron reconociendo su deuda con él. En 1987, fue invitado a unirse a la Sociedad de Estudios sobre la Guerra Civil y el Franquismo en virtud de la «relevancia social, prestigio personal y calidad humana que concurren en su persona»[1298]. Aceptó «gustoso», «a pesar de haberles espetado que mi única carrera es la de ladrillero»[1299].

Después del grave ataque al corazón de 1986, sabía que le quedaba poco tiempo. En 1987, enfrentándose a sus días finales, escribió a un amigo: «siempre he detestado el suicidio», a la vez que concedía que «tal vez si mi diosa Gracia sufriera un percance irreparable… nada me incita a vivir en este absurdo mundo»[1300]. Consciente de que estaba viviendo de prestado y con «the End a más o menos corto plazo», sentía «una comezón por el trabajo»[1301]. Es posible que esto también se viera fomentado por la

aparición, en 1988, de una nueva edición de *La CNT*, que había estado agotada durante varios años[1302].

Así que inició dos proyectos finales en 1987-1988: el primero era editar una selección de sus memorias y algunos de sus artículos de prensa para la editorial Anthropos de Barcelona; el segundo era una serie de historias cortas que reflejaban su deseo de toda la vida de dirigir su imaginación hacia el esfuerzo literario[1303]. Ambos aparecieron póstumamente: en 1990 Anthropos publicó *Una experiencia histórica del pensamiento libertario. Memorias y selección de artículos breves*, mientras que al año siguiente las historias breves, que eran una serie de relatos referidos a episodios de la historia del movimiento obrero libertario, aparecieron como *La Semana Trágica y otros relatos.*

Su trabajo se interrumpió antes de las navidades de 1988, cuando fue hospitalizado en Castellón. Su medicación ya no le hacía efecto, y se encontró con problemas de respiración[1304]. Pero después de su alta del hospital, volvió a escribir, «sin parar»[1305], un «último esfuerzo... Ya es hora de que me pare»[1306]. Para el verano de 1989 ya había acabado ambos proyectos. Antes, ese año, después de que un amigo le preguntara cuánto tiempo creía que iba a vivir todavía, replicó: «A decir verdad, a no ser por algunas no numerosas personas que todavía subsisten (entre ellas mi excelente compañera) firmaría el plazo fijo para mañana a primeras horas de la madrugada»[1307]. Era cada vez más consciente de la carga que estaba echando sobre Gracia. En junio, en una de sus últimas cartas, se lamentaba por ser «una pesada cruz» y revelaba su cansancio ante la perspectiva de más visitas de hospital y medicación[1308]. Como explicaba Gracia Ventura, siempre quiso valerse, ser útil e independiente[1309]. Habiendo padecido de párkinson desde finales de los años setenta, era inevitable que Peirats temiera una pérdida mayor de sus facultades.

Era consciente de que «hay que saber vivir la vida y saber afrontar la muerte dignamente»[1310]. Según Gracia, «cuando él no podía hacer nada, no quería vivir... "Esto no es vivir, es vegetar", decía»[1311]. Activista durante toda la vida, la existencia no tenía mucho sentido sin acción: este había sido el principio que le guio en su lucha por una España mejor. Por tanto, en la

playa de Burriana el 20 de agosto de 1989, con 81 años, escogió tirarse de cabeza contra una ola. Su corazón acabó cediendo. De acuerdo con sus deseos, solo asistieron a su funeral sus amigos más íntimos y su familia: «No quiero fariseos detrás de mí», le diría a Gracia[1312]. Entre la docena aproximada de personas presentes estaba Domingo Canela, su primer compañero de rebelión en La Torrassa. Sus cenizas fueron esparcidas más tarde en el mar Mediterráneo.

1079 Carta a José y Odette Ester, 5-4-76.

1080 Alted y Domergue, *La cultura del exilio*, p. 26.

1081 Carta a María de Alfonso, 12-5-75; también entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

1082 Carta a José del Amo, 21-12-70.

1083 Carta a Mariano Puente, 19-1-73.

1084 Genaro Campos, «La Santa Alianza Democrática», *Cuadernos de Ruedo ibérico*, 58-60, julio-diciembre de 1977, pp. 4-31. Entre los muchos estudios generales, véase Paul Preston, *El triunfo de la democracia en España*, Barcelona, 1986.

1085 Paul Preston, *The Triumph of Democracy in Spain*, Londres, 1986, p. x.

1086 Véase Francisco Quintana (coord.), *Asalto a la Fábrica. Luchas autónomas y reestructuración capitalista, 1960-1990*, Barcelona, 2002; Colectivo de Estudios por la autonomía obrera, *Luchas autónomas en la transición democrática*, Madrid, 1977; *Historia Libertaria*, 3, febrero 1979, pp. 45-67; para un ejemplo de una lucha autónoma, véase Asamblearios de Banca, «Un testimonio: sobre la huelga de la banca», *Nada*, 3, 1979, pp. 54-57.

1087 Véase Emmanuel Rodríguez, *Por qué fracasó la democracia en España. La Transición y el régimen del 78*. Madrid, 2015.

1088 Véase «Gasteiz», *Vitoria, de la huelga a la matanza*, París, 1976.

1089 Manuel Pérez Ledesma, *Estabilidad y conflicto social: España, de los íberos al 14-D*, Madrid, 1990, pp. 242-243; Mikel Aizpuru y Antonio Rivera, *Manual de historia social del trabajo,* Madrid, 1994, p. 355.

1090 Joan Zambrana, *La alternativa libertaria. Catalunya, 1976-1979*, Badalona, 1999, pp. 67-70.

1091 José Peirats, «Carta abierta a los militantes libertarios», s.f. (¿1976?).

1092 Carta a «Fontaura» (Vicente Galindo), 14-4-76.

1093 Peirats, «En este que parece amanecer», *Frente Libertario*, junio de 1976.

1094 Carta a Mariano Aguayo, 24-6-76.

1095 Carta a Francisco Botey, 24-5-79; Marín observó «el peso excesivo de la vieja militancia, con su interés por el dirigismo y el control sobre la juventud», y describía a Montseny «exultante pero desubicada de toda realidad...» (*Anarquistas*, p. 331).

1096 Peirats, «En este que parece amanecer», *Frente Libertario*, junio de 1976.

1097 Carta a Heinrich Koechlin, 13-4-76.

1098 Carta a Gene (Juanita) Fried, 11-2-67.

1099 Carta a «Fontaura» (Vicente Galindo), 14-4-76.

1100 Cartas a Juan Gómez Casas, 29-1-76 y «Fontaura» (Vicente Galindo), 13-2-76.

1101 Carta a José y Odette Ester, 5-4-76.

1102 Carta a Juan Panisello, 21-5-76.

1103 *ABC*, 3-8-76; *Triunfo*, 21-8-76; Vega, *Pioneras*, pp. 304-305.

1104 Carta a «Fontaura» (Vicente Galindo), 6-8-78.

1105 Carta a «Fontaura» (Vicente Galindo), 24-9-76.

1106 Carta a José Torremocha, 14-7-76.

1107 Carta a María de Alfonso, 28-10-76.

1108 Carta a José del Amo, 23-5-79.

1109 Carta a Juan Panisello, 8-3-79.

1110 Carta a Francisco Botey, 12-2-85.

1111 Carta a Juan Panisello, 1-6-81.

1112 Carta a Federico Peirats, 9-10-86.

1113 Carta a Federico Peirats, 9-10-86.

1114 Carta a Juan Panisello, 11-3-80.

1115 Carta a Domingo Canela, 11-5-86.

1116 Carta a Martha Ackelsberg, 17-6-77.

1117 Zambrana, *La alternativa libertaria*, pp. 136-138. Como explica Marín, «La lucha por el patrimonio ha sido uno de los caballos de batalla de la CNT hasta el momento actual, y su devolución

una tarea aún por revisar…» (*Anarquistas*, p. 352).

1118 Carta a «Fontaura» (Vicente Galindo), 15-6-77; *La Vanguardia* y *El País*, 7-6-77; véase el vídeo de la protesta, https://www.youtube.com/watch?v=HxEGfEZlX4Y.

1119 Cartas a Juan Panisello, 10-2-77 y Ramón Álvarez, 19-12-77.

1120 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

1121 Carta a José del Amo, 16-2-81.

1122 Carta a Fernando Gómez, 30-5-74.

1123 Carta a Heleno Saña, 5-3-77.

1124 José Peirats, *Diccionario del anarquismo*, Barcelona, 1977.

1125 Carta a Heleno Saña, 14-5-77.

1126 Carta a Heleno Saña, 5-3-77.

1127 Carta a Pablo?, 17-9-74.

1128 Carta a Carlos Rama, 15-5-77.

1129 Cartas a Juan Gómez Casas, 3-11-76 y Heleno Saña, 26-5 y 28-7-77.

1130 Cartas a Federico y Pura Arcos, 13-4-87 y Juan Gómez Casas, 21-11-87.

1131 Carta a Ramón Álvarez, 18-7-77.

1132 Carta a «Fontaura» (Vicente Galindo), 4-11-80.

1133 Carta a Ramón Álvarez, 18-7-77.

1134 Zambrana, *La alternativa libertaria*, pp. 139-141.

1135 Carta a Ramón Álvarez, 18-7-77.

1136 Véase Carme Molinero y Pere Ysas, *La cuestión catalana: Cataluña en la Transición*, Barcelona, 2014.

1137 Carta a Juan Gómez Casas, 25-3-67.

1138 José Peirats, «Macro y micronacionalismos», *Frente Libertario*, marzo de 1974.

1139 Carta a Gene (Juanita) Fried, 14-4-81.

1140 Carta a Pascual Broch, 27-11-77.

1141 Cartas a Juan Gómez Casas, 25-3-67 y Ramón Álvarez, 18-7-77; José Peirats, «El drama de Pi y Margall», *Triunfo*, 9-2-74; pp. 26-27. Véase también Peirats, *España*, pp. 39-44.

1142 Carta a Pascual Broch 27-11-77.

1143 Edo, *La CNT*, pp. 282-284.

1144 Carta a Gerardo Patán, 26-7-77; hay un vídeo del mitin: http://roiginegre-videos.blogspot.com.es/2009/05/mitin-de-la-cnt-celebrado-en-montjuic.html

1145 Carta a José Gutiérrez, s.f.

1146 «La CNT renace», *Triunfo*, 9-7-77; carta a Pascual Broch, 27-11-77.

1147 Carta a Conrado Lizcano, 15-11-79.

1148 Edo, *La CNT*, pp. 283-284.

1149 Citado en Zambrana, *La alternativa libertaria*, p. 141.

1150 Cartas a «Fontaura» (Vicente Galindo), 12-1-77 y Acracio Ruiz, 20-2-78.

1151 Juan Gómez Casas, *Relanzamiento de la CNT, 1975-1979*, Móstoles, 1984, p. 77.

1152 Edo, *La CNT*, pp. 282-284.

1153 CNT-AIT, *El anarco-sindicalismo en la era tecnológica*, Madrid, 1988, pp. 163-164.

1154 *ABC*, 6-7-77.

1155Quim Monzó, «Don José Peirats, anarcolerrouxiste i de las JONS», *Canigó*, 509, 16-7-1977..

1156 Alfons Quintà, «Del antinacionalismo y el pasotismo al atentado de la sala barcelonesa Scala», *El País*, 28-4-79.

1157 Carta a Federico y Pura Arcos, 31-7-77.

1158 Carta a Ramón Álvarez, 18-7-77.

1159 Carta a «Fontaura» (Vicente Galindo), 5-9-77.

1160 Carta a Conrado Lizcano, 15-11-79.

1161 Carta a Marcelino Boticario, 25-9-85.

1162 Carta a Ángel Aranzáez, 25-10-79.

1163 Zambrana, *La alternativa libertaria*, pp. 142-8; *Barcelona Libertaria*, 23 a 25-7-77.

1164 Zambrana, *La alternativa libertaria*, p. 143.

1165 *La Vanguardia*, 12-8-77.

1166 Zambrana, *La alternativa libertaria*, p. 146.

1167 Carta a «Fontaura» (Vicente Galindo), 5-9-77

1168 Carta a Progreso Fernández, 2-10-77. Véase también la opinión de otro veterano, Álvarez, *Historia negra*, pp. 333-336.

1169 Carta a Ramón Álvarez, 29-9-77.

1170 Carta a Conrado Lizcano, 17-8-85.

1171 Carta a «Fontaura» (Vicente Galindo), 13-9-83. Quizá afortunadamente, Peirats no hizo ningún comentario cuando la CNT expresó su preocupación por la marginalidad de «varones exhibicionistas» (CNT-AIT, *El anarco-sindicalismo*, p. 165).

1172 Carta a José Torremocha, 16-11-78.

1173 Carta a Félix García, 9-12-77.

1174 Colectivo de Estudios por la autonomía obrera, *Por la organización autónoma de los trabajadores*, Madrid, 1977, p. 52. Según Carmona, «la CNT se reconstruía sobre unos cimientos demasiado endebles» (*Transiciones*, p. 69).

1175 Carta a Ramón Álvarez 19-12-77.

1176 Carta a Julio Patán, 18-11-78.

1177 Campos, *Una vida*, p. 99.

1178 MI T.2, L.III, 100.

1179 Entrevista con Frank Mintz, 30-10-08.

1180 Carta a Vicente Sánchez, 3-1-82.

1181 Carta a Ramón Álvarez, 21-7-76.

1182 Carta a Francisco Botey, 27-1-78.

1183 Carta a «Fontaura» (Vicente Galindo), 24-11-78; también entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

1184 Carta a Luis Ballester, 30-6-78; para la crítica de los asambleístas y consejistas de la burocracia obrera, véase Carmona, *Transiciones*, pp. 46-73.

1185 Carta a Luis Ballester, 18-5-79.

1186 Josep Alemany, «Esperando el congreso», *Nada*, 3, 1979, p. 11.

1187 Para el «nuevo anarquismo», véase «Freddy y Alicia», «Apuntes», en *El movimiento libertario español: Pasado, presente y futuro*, pp. 141-145 y Torres, «El anarquismo viejo y nuevo».

1188 Carlos Semprún-Maura, «La CNT como espejismo», *Nada*, 3, 1979, p. 85.

1189 Correo electrónico de Joan Zambrana al autor, 27-10-2014.

1190 Murray Bookchin, *Anarquismo social o Anarquismo personal*, Barcelona, 2012.

1191 Colectivo de Estudios por la autonomía obrera, *Por la organización autónoma*, p. 85.

1192 «Conversación…», *Cuadernos de Ruedo ibérico*, 58-60, julio-diciembre de 1977, p. 109.

1193 Luis Andrés Edo, «Fenómeno del cenetismo frente al Proyecto Político de "la Paralela"», *Nada*, 3, 1979, p. 133.

1194 Carta de Mariano Aguayo a José Peirats, 8-9-77.

1195 Carta a Ramón Álvarez, 29-9-77.

1196 Carta a Mariano Aguayo, 15-9-77.

1197 Carta a Progreso Fernández, 2-10-77 (subrayado original).

1198 Carmona, *Transiciones*, p. 133.

1199 Gómez Casas, *Relanzamiento*, p. 28.

1200 José Luis Guinea, *Los movimientos obreros y sindicales en España de 1833 a 1978*, Madrid, 1978, p. 242. Para el conflicto intergeneracional, véase Carmona, *Transiciones*, pp. 73-78.

1201 José Peirats, «Problemas de relanzamiento», *Frente Libertario*, marzo de 1977.

1202 Carta a Luis Ballester, 18-5-79.

1203 Peirats, *Los anarquistas*, p. 402.

1204 Guinea, *Los movimientos obreros*, p. 242.

1205 Carta a María de Alfonso, 12-1-76.

1206 Carta a «Fontaura» (Vicente Galindo), 24-11-78.

1207 Carta a Domingo Canela, 12-12-88.

1208 Carta a Julio Patán, 29-3-78.

1209 Carta a Julio Patán, 18-11-78.

1210 Carmona, *Transiciones*, p. 106.

1211 Carta a Acracio Ruiz, 1-7-78.

1212 *El País*, 14-9-77; Ilse Marie Führer, *Los sindicatos en España. De la lucha de clases a estrategias de cooperación*, Madrid, 1996, p. 135.

1213 Guinea, *Los movimientos obreros*, p. 241. Según Carmona eran más bien 250.000 (*Transiciones*, p. 144).

1214 Carta a Ramón Álvarez, 7-3-77.

1215 Carta a Heinrich Koechlin, 13-4-76.

1216 Carta a Luis Ballester Brage, 30-6-78.

1217 Véase Gonzalo Wilhelmi, *El movimiento libertario en la transición*, Madrid, 2012; Carmona, *Transiciones*; Antonio Rivera, «Demasiado tarde. El anarcosindicalismo en la transición española», *Historia Contemporánea*, 19, 1999, pp. 329-53; Gómez Casas, *Relanzamiento;* VV. AA., *CNT: ser o no ser (la crisis de 1976-1979)*, París, 1979.

1218 Carta a Manuel Seva, 24-11-85.

1219 Juan Martínez, «El Pacto de La Moncloa. La lucha sindical y el nuevo corporativismo», *Cuadernos de Ruedo ibérico*, 58-60, julio-diciembre de 1977, pp. 32-51.

1220 José Peirats, «Aquí y ahora», *Cultura Libertaria,* septiembre de 1986.

1221 *El País*, 14-10-77. Véase también Zambrana, *La alternativa libertaria*, pp. 163-165.

1222 Véase Joan Zambrana, «Terrorismo de estado. El caso Scala y la CNT», *El Viejo Topo*, septiembre de 2008, pp. 35-39, Xavier Cañadas, *El Caso Scala. Terrorismo de Estado y algo más*, Barcelona, 2008; *Solidaridad Obrera*, enero de 1978 (suplemento especial); «Rocinante», «The Scala File: a case history of state provocation», *Anarchy*, 38, 1985, pp. 4-9; Francisco Gago, «El caso Scala: intento de desprestigiar y criminalizar a la CNT», *Tiempo y Sociedad*, 15, 2014, pp. 41-58.

1223 Cañadas, *El Caso Scala*, p. 77.

1224 Quintà, «Del antinacionalismo», *El País*, 28-4-79. Manel Aisa, secretario de la federación local de la CNT barcelonesa durante la transición, me comentó que luego se dieron cuenta de que un informante vinculado a la CIA se había infiltrado en el movimiento anarquista (correo electrónico al autor, 4-12-14).

1225 Cañadas, *El Caso Scala*, p. 23. Según este autor, el pasaporte de Gambín para entrar en la FAI fueron «dos maletas, una de armas y otra de explosivos (ambas facilitadas a Gambín por la Policía)».

1226 *El País*, 2-12-80.

1227 *El País*, 12-12-81, 22-3-83, 17-11-83 y 8-6-85; *Cambio 16*, 21-12-81.

1228 *El País*, 24-12-83; *Solidaridad Obrera*, enero de 1984.

1229 *ABC*, 18-1 y 1-2-78; *El País*, 18-1-78.

1230 *El Noticiero Universal*, 16-1-78.

1231 *El País*, 17-11 y 7-12-77.

1232 *El País*, 19-11-77. Antiguo corresponsal de la *NBC* y *The New York Times* en Jerusalén, Kurzman fue biógrafo de David Ben-Gurion, fundador del Estado de Israel, y autor de una obra comercial clásica de la Guerra Fría sobre la «penetración comunista» en Asia. Véase su obituario en *The New York Times*, 24-12-2010.

1233 Marín, *Anarquistas*, p. 329.

1234 Robert Fishman, *Working-Class Organization and the Return to Democracy in Spain*, Ithaca, NY, 1990, p. 194.

1235 Carta a «Fontaura» (Vicente Galindo), 13-2-76.

1236 Carta a Luis Ballester, 30-6-78.

1237 Carta a Juan Molina, 24-6-76.

1238 Carta a Marcelino Boticario, 14-1-89.

1239 Carta a Conrado Lizcano, 31-3-80.

1240 Carta a Marcelino Boticario, 14-1-89.

1241 Zambrana, *La alternativa libertaria*, pp. 198-202; Carmona, *Transiciones*, pp. 107-128; Gómez Casas, *Relanzamiento,* pp. 212-238. Para diversas opiniones sobre la CNT antes del congreso, véase el dossier «¿Para qué la CNT?», *Nada,* 3, 1979. Para las resoluciones del congreso, véase CNT-AIT, *El anarco-sindicalismo*, pp. 1-115.

1242 Carta a Antonio Albiñana, 10-6-80.

1243 Gómez Casas, *Relanzamiento*, p. 219.

1244 Así, Edo escribió: «Las posiciones reformistas han tenido, y tienen, cabida en la CNT; su presencia, su actuación y su manifestación militante, ha ofrecido a la Confederación una serie de análisis, elementos, valores, de gran interés necesarios a la propia dinámica de la Organización». («Fenómeno del cenetismo», *Nada*, 3, 1979, p. 135).

1245 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

1246 Carta a Acracio Ruiz, 18-2-81.

1247 Carta a Miguel Íñiguez, 14-6-85.

1248 Carta a «Fontaura» (Vicente Galindo), 20-11-79.

1249 José Peirats, *Mecanismo orgánico de la Confederación Nacional del Trabajo*, Barcelona, 1979.

1250 Carta a Antonio Albiñana, 10-6-80. Para Bondía, véase Gómez Casas, *Relanzamiento,* pp. 232, 253-255. La expulsión de Bondía estuvo relacionada con «la pérdida deliberada de documentación gráfica de los archivos históricos de la CNT-FAI en Ámsterdam, mantenimiento de conversaciones con la Administración socialista al margen de la organización y desarrollar una conducta

faccionalista». Se puede decir que la alegación más seria contra él fueron los contactos clandestinos con Alfonso Guerra, vicepresidente del gobierno socialista desde 1982 (*El País*, 18-10-1983).

1251 Cartas a Mariano Casasús, 3-1-80 y Antonio Albiñana, 10-6-80.

1252 Carta a Conrado Lizcano, 16-12-80 y Antonio Albiñana, 10-6-80.

1253 Carta a Conrado Lizcano, 6-1-80. Escribiendo a un anterior secretario general de la CNT, decía con rabia: «Los verdaderos principios son las normas de organización y salvarlas implica aplicarlas y respetarlas. Todo lo demás son fórmulas huecas», cuando se enfrentan a «la embriaguez ortodoxa en nombre del anarquismo por personajillos que no saben hacer otra cosa que gritar, intimidar y amenazar» (Carta a Juan Gómez Casas, 20-1-80).

1254 Carta a Juan Gómez Casas, 20-1-80

1255 Carta a Antonio Albiñana, 10-6-80. Resumiendo la historia de la FAI, Peirats argumentaba que «no ha sido nunca una organización anarquista sino una especie de legión extranjera al servicio de los caciques que caciquean en la CNT, de cuyos fondos se ha nutrido siempre» (carta a Carlos Navarro, 4-10-84).

1256 Carta a Manuel Seva, 6-11-82.

1257 Carta a Antonio Albiñana, 10-6-80.

1258 Carta a Conrado Lizcano, 20-5-80.

1259 Führer, *Los sindicatos*, p. 135.

1260 Carta a «Fontaura» (Vicente Galindo), 4-11-80. Con la disminución de las cotizaciones, *Solidaridad Obrera*, el periódico buque insignia de la CNT en el que Peirats trabajó antaño, se había reducido de tamaño, «parece un periódico de anuncios» (carta a Marcelino Boticario, 14-1-89).

1261 Carta a Manuel Seva, 23-6-83.

1262 Carta a Luis Ballester, 30-6-78.

1263 Carta a Conrado Lizcano, 20-5-80.

1264 Carta a «Fontaura» (Vicente Galindo), 13-9-83 (... en el original).

1265 Carta a Marcelino Boticario, 25-9-85.

1266 Carta a Miguel Íñiguez, 22-10-86.

1267 Carta a Manuel Seva, 23-6-83.

1268 Carta a Conrado Lizcano, 25-1-83. En 1989 el Tribunal Supremo falló a favor de los ortodoxos, y los disidentes crearon la CGT (*El País*, 8-4-89).

1269 Carta a Carlos Ramos, 20-3-86.

1270 Peirats, «Secularización…» p. 12.

1271 Marín, *Anarquistas*, p. 332.

1272 Carta a Miguel Íñiguez, 8-11-85.

1273 Carta a Julio Patán, 23-8-86.

1274 Carta a Miguel Íñiguez, 17-10-87.

1275 Carta a José del Amo, 16-2-81.

1276 Carta a José del Amo, 30-9-82.

1277 Carta a Mariano Aguayo, 6-7-76.

1278 Carta a José del Amo, 19-11-72.

1279 Carta a Marcelino Boticario, 25-9-85.

1280 Carta a Marcelino Boticario, 25-9-85.

1281 Carta a «Fontaura» (Vicente Galindo), 19-5-82.

1282 Carta a Juan Panisello, 2-6-80.

1283 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

1284 Carta a Conrado Lizcano y Salomé Moltó, 7-11-87.

1285 Carta a José del Amo, 28-3-84.

1286 Carta a Juan Panisello, 25-1-83.

1287 Carta a Sara y Jesús Guillén, 7-2-86.

1288 Carta a Marcelino Boticario, 25-9-85.

1289 Carta a José Gutiérrez, 23-9-85.

1290 Carta a Luis Ballester, 18-5-79.

1291 Carta a Salomé Moltó, 8-10-86.

1292 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09; carta a María de Alfonso, 15-12-86.

1293 Cartas a Juan Gómez Casas, 13-6-87 y Eduardo de Guzmán, 23-2-87.

1294 Carta a Joan Llarch, 9-5-84.

1295 Carta a Andrés Martínez, 30-1-88.

1296 Carta a Pedro Panés, 2-3-77.

1297 Carta a Salomé Moltó, 8-10-86.

1298 Carta de Julio Aróstegui, Presidente de la SEGUEF, a José Peirats, 25-10-87. Entre los que recibieron el mismo honor estaban Rafael Alberti, Herbert Southworth, José María de Areilza, Josep Benet, Antonio Buero Vallejo y Manuel Tuñón de Lara.

1299 Carta a Marcelino Boticario, 14-1-89.

1300 Carta a Salomé Moltó, 3-4-87.

1301 Carta a Antonia Fontanillas, 2-11-85.

1302 Esta edición fue publicada conjuntamente por Ediciones Madre Tierra (Móstoles, Madrid) y La Cuchilla (Cali, Columbia).

1303 Carta a Luis Pasamar, 27-1-70.

1304 Carta de Gracia Ventura a Pura Arcos, 22-12-88.

1305 Carta a Marcelino Boticario, 14-1-89.

1306 Carta a Domingo Canela, 12-12-88.

1307 Carta a Antonia Fontanillas, 18-2-89.

1308 Carta a José del Amo,12-6-89.

1309 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

1310 Peirats, *Figuras*, p. 309.

1311 Entrevista con Gracia Ventura, 20-2-09.

1312 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

CONCLUSIÓN

La verdadera generosidad hacia el futuro consiste en darlo todo en el presente.

Albert Camus

La vida se manifiesta por nuestra capacidad de movimiento... El hombre nace, se desarrolla, se reproduce y, llegado a cierto techo vital, muere... La creación es, pues, una ilusión bien que en ella resida el hechizo. Sin la ilusión de que determinamos nuestros propios actos; de que llegaremos a materializar nuestros sueños, contra viento y marea de límites y fatalismos, nuestra vida no valdría la pena de ser vivida.

José Peirats

¿Cómo juzgamos una vida humana? Si volvemos a la cita de Brecht de la introducción de este libro, Peirats fue sin duda un hombre imprescindible. La suya fue una vida noble de lucha, ya fuera como militante sindical y hombre de acción o como activista cultural, propagandista e historiador, siempre en busca de lo que consideraba un ideal más elevado. Salió de la base del movimiento anarcosindicalista, que era su Universidad, «en duras tareas codo a codo con los humildes y el vivir a pie me ha enseñado mucho»[1313]. Por medio de estas lecciones, floreció intelectualmente y se convirtió en un escritor y publicista consumado. Es posible que en un contexto diferentes y en otras circunstancias, su talento e intelecto habrían podido proporcionarle una vida de comodidad y estabilidad, y es posible que incluso de riqueza. En cambio, eligió dedicar sus energías al sueño colectivo de liberar a los desheredados, entre los cuales se contaba, un camino que le aseguraba que viviría una vida en una situación casi permanente de semipobreza.

Desde joven aguantó las limitaciones físicas, materiales, culturales y socioeconómicas que le impuso el contexto en el que nació. Ello despertó su espíritu luchador y le situó en un camino de pelea permanente: «Mi gran

maestro ha sido el vivir. Yo puse la voluntad y la rebeldía»[1314]. Su vocación rebelde le supuso estar destinado a «sufrir disgustos», a pesar de lo cual, como él dice:

> Si partimos de que el que se propone luchar por una sociedad mejor tiene que contar con el impedimento y la agresividad de muchos factores, llegaremos a la conclusión de que la mejor satisfacción consiste en vencer y que no nos venzan todos los contrarios. Ser militante de la CNT y del movimiento libertario no es ningún beneficio en el sentido vulgar de la palabra. Hay una satisfacción que proporciona la lucha por sí misma[1315].

Al final de su intensa vida, podía así reconocer: «tengo la conciencia tranquila... Hice lo que pude a pesar de los muchos obstáculos y frenos»[1316].

Su obstinada oposición a la jerarquía, solo extinguida con su muerte, le obligó a resistir repetidas privaciones económicas, injusticias y el trastorno psicológico del exilio durante el largo invierno franquista, durante el cual se enfrentó contra las poderosas fuerzas sociopolíticas que moldeaban la historia contemporánea de España. Como vimos en los capítulos 5, 7 y 8, también se enfrentó a la censura de los que estaban al timón del movimiento libertario. Permaneció indoblegable. A sus sesenta y tantos años, en una carta a un amigo, revelaba su infatigable desafío a sus enemigos: «Un hombre solo, pequeño, endeble, que ya anciano, les dice MIERDA»[1317].

A lo largo de su vida, permaneció fiel a los principios que descubrió de joven, inquebrantable en su creencia en la posibilidad de un mundo mejor. Esto se vio atenuado por una terquedad interior; según un activista cercano a Peirats en el exilio, era «poco propicio a relativizar sus convicciones y sus opiniones. Todos somos un poco así, pero él era muy rígido»[1318]. Al final de sus largos años como exiliado, reflejaba cómo «ahora más que nunca quiero ser un hombre libre. No tengo, entre muchos menores, que un defecto mayor: ser apasionado, un vehemente del sentido de la justicia»[1319].

La historia no le siguió en su camino, y puede considerársele uno de los «perdedores» de la historia contemporánea. Aun así, a través de su lucha por la cultura, vemos el triunfo del espíritu humano, según se iba asegurando de que se conservaban los ideales de libertad, junto con la tradición y la memoria histórica anarquista. En especial, sus escritos

históricos fueron parte de un proyecto intelectual de final abierto y una guía para la acción futura. Su defensa pública de la cultura como derecho, como algo inherentemente democrático, no como marca de distinción y superioridad, resultó inspiradora para muchos, sobre todo los jóvenes[1320]. Según Carlos Díaz, profesor de filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, que estuvo cercano a varios anarquistas de su generación:

> En pocas personas como en Peirats se daba esa vinculación teoría-praxis que hacía del estudio el primer paso de la acción, y de la acción el paso penúltimo para el estudio. Esa causalidad circular lo aureolaba para mí con un halo mágico, que nunca se ha difuminado. Aquella vocación-obsesión estaba más allá de las modas y de los modos porque era esencia, pura fe entendida como virtud antropológica[1321].

Sin duda, desde su muerte, los valores que defendió siguen muy vivos. Además, para la larga tradición anarquista, tanto en el ámbito global, posterior a 1999 y la oposición a la cumbre de la Organización Mundial de Comercio que culminó en la «Batalla de Seattle», como en el local, posterior al 15-M, tenemos el surgimiento de lo que Tomás Ibáñez llama «anarquismo extramuro», es decir, «unas prácticas y unos valores indudablemente anarquistas desde fuera de los movimientos específicamente anarquistas y al margen de cualquier referencia explícita al anarquismo»[1322].

Algunas de las opiniones de Peirats son menos evidentes y aceptables hoy. Su opinión sobre gais y feministas —bastante típica de varones obreros (e incluso de los de otras clases sociales) de los años veinte y treinta— es el ejemplo más obvio. No deseo disculpar estas opiniones, pero no eran infrecuentes dentro de lo que era un sindicato muy masculino, aunque fuera un movimiento sindical anarcosindicalista. Al mismo tiempo, se ha criticado el movimiento anarquista a nivel internacional por sus inclinaciones anacrónicas/sexistas, y por reproducir en sus filas la misma dinámica de poder a la que busca oponerse[1323]. En el contexto español, esto ayuda a explica el consiguiente nacimiento y popularidad de la organización anarcofeminista Mujeres Libres[1324]. Aún menos excusable es la incapacidad de Peirats para modificar y revisar sus puntos de vista en las distintas circunstancias de justo antes y después de mayo del 68.

A pesar de todo su internacionalismo y hostilidad contra el nacionalismo, Peirats no dejó de ser un hombre muy español. *El Quijote* era una lectura esencial para él, su «libro de cabecera», según Gracia[1325]. Peirats era pues, como dice Alted, como los demás «libertarios del exilio [que] no dejaron de reivindicar una herencia cultural, anarquista e hispánica a un tiempo»[1326]. De manera semejante, como hemos visto, nunca se adaptó a la vida en el exilio; Peirats siempre tenía la vista fija más allá de los Pirineos, y anhelaba el cambio político que le permitiría volver a su lugar de nacimiento, aun cuando, a lo largo de tiempo, España se convirtiera para él en un recuerdo y cada vez más en una abstracción.

Peirats se entregaba a fondo a los aspectos sensuales, alegres de la vida, como testimonia su compromiso con el teatro y su tardía afición por la pintura[1327]. Durante todo el exilio, y desde luego también antes, obsequiaba a sus amigos con interpretaciones de zarzuelas, que eran muy apreciadas en las fiestas[1328]. Este amor por el canto contrastaba con su moral, más puritana y bastante crítica, que le daba un aire de severidad. Sin embargo, un compañero que le conocía bien daba fe de que Peirats «no era serio. Siempre estaba de broma»[1329]. Gracia también atestiguaba su profundo e irónico sentido del humor[1330].

Pero hay dos rasgos humanos que realmente destacan en Peirats. El primero es la humildad. Muchos de los que le conocieron coinciden en esto[1331]. A pesar de todos sus logros como organizador, escritor y propagandista —un compañero le describe «dotado de aptitudes intelectuales extraordinarias»[1332]— un joven que conoció al Peirats maduro en los años setenta reconocía que «no se le notaba ninguna soberbia»[1333]. Décadas antes, uno de sus «estudiantes» en la Lleida revolucionaria apreciaban cómo se dirigía a los que tenían menos conocimientos que él «con tacto, circunspección, y mucha correa… Sabía situarse a nuestro nivel e inculcarnos el ABC de la ética libertaria», una forma de acercarse que le situaba «en cabeza de nuestros *maestros*»[1334]. Que hoy una calle lleve su nombre en La Vall es una conmemoración que él no aprobaría.

Quizá debido a los numerosos contratiempos y momentos de adversidad con los que se encontró a lo largo de su vida, Peirats nunca se mostró

vanidoso o jactancioso. Más bien estaba orgulloso de sus orígenes humildes, y se solía describir como un «escritor modesto que salió del barro de una *bóvila*». Su conciencia de que siempre quedaban cosas que aprender en la vida iba contra la prepotencia: «De cultura no estoy tan mal, pero ya sé el esfuerzo que me ha costado y lo deficiente que resulta en estos momentos», escribía en 1969[1335]. De manera semejante, es probable que, hasta un grado significativo, su imagen de sí mismo y su autoestima estuvieran inmersos en la identidad colectiva del grupo o movimiento al que perteneció.

Desde luego tenemos muchas pruebas de que priorizó las metas colectivas sobre su propio avance personal. En cualquier caso, nunca se consideró un individuo con dotes especiales, y veía su vida como «una carrera entre Aquiles y la tortuga»[1336]. Creía que, con fuerza de voluntad y lucha, todo era posible. Su filosofía era: si quieres conseguir algo, inténtalo; si no sale bien, examina por qué e inténtalo de nuevo[1337].

La otra cualidad que Peirats exhibía era la profunda honradez. Un activista que le conoció bien comentaba que «en lo moral, su honestidad y su integridad fueron incomparables»[1338]. Incluso sus adversarios ideológicos atestiguan su profunda integridad y les impresionaban estas cualidades y su «independencia adusta»[1339]. Peirats era «contundente», y esperaba e incluso exigía estos mismos valores de los que le rodeaban —«no le gustaban los engaños»[1340]—. Su militancia se caracterizaba por «la misma exigencia de pulcritud»[1341]. Como Peirats reflejó justo antes de morir, con esa postura «me creé bastantes enemigos. Pero muchos más amigos. En el terreno de los principios procuré ser rígido, empezando por mí mismo»[1342].

Dos días después de su muerte, en un obituario anónimo en *El País*, se le describía incorrectamente como «teórico de la CNT»[1343]. Era, sin duda, *de* la CNT. Pero como observó otro obituario, fue un «puro producto de la CNT», «una de las grandes figuras intelectuales del anarquismo español»[1344].

1313 Carta a José Gutiérrez, 12-7-85.

1314 Carta a Ramón Fortich, 28-12-85.

1315 Carta a Vicente J. Sánchez, 20-2-78.

1316 Carta a Andrés Martínez, 30-1-88.

1317 Carta a José Agustín, 26-10-69.

1318 Correo electrónico de Octavio Alberola al autor, 22-8-08.

1319 Carta a Julio Patán, 26-12-72.

1320 Correo electrónico de Freddy Gómez al autor, 5-5-09.

1321 Correo electrónico de Carlos Díaz al autor, 26-11-14.

1322 Ibáñez, *Anarquismo en movimiento*, p. 20; véase también pp. 24-31.

1323 Emily Gaarder, «Addressing violence against women. Alternatives to state-based law and punishment», en Randall Amster, Abraham DeLeon, Luis Fernández, Anthony Nocella y Deric Shannon (eds.), *Contemporary Anarchist Studies: An Introductory Anthology of Anarchy in the Academy*, Nueva York, 2009, pp. 46-51.

1324 Martha Ackelsberg, *Mujeres Libres. El anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres*, Barcelona, 2000.

1325 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

1326 Alted y Domergue, *La cultura del exilio*, p. 116.

1327 «Él siempre tenía que estar haciendo algo» (entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09).

1328 Una amiga escribió que lo que ella siempre recordaría más de Peirats era «tu voz, esos momentos de canto y alegría que podré escuchar cuando quiera» (Antonia Fontanillas, «¡Ciao, Peirats!», *Rojo y Negro*, enero de 1990).

1329 Entrevista con Diego Camacho («Abel Paz»), 5-11-05.

1330 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

1331 Entrevista con Frank Mintz, 30-10-08.

1332 Borrás, *Del radical-socialismo*, p. 226.

1333 Correo electrónico de Freddy Gómez al autor, 5-5-09.

1334 Téllez, «Recuerdos», *Anthropos*, 102, p. 61.

1335 Carta a Federico Martínez, s.f. ¿1969?

1336 Carta a Ramón Fortich Camps, 28-12-85 (énfasis en el original).

1337 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

1338 Borrás, *Del radical-socialismo*, p. 225.

1339 Abad de Santillán, *Memorias*, p. 195.

1340 Entrevista con Gracia Ventura, 21-2-09.

1341 Borrás, *Del radical-socialismo*, p. 225.

1342 Carta a Ramón Fortich, 28-12-85.

1343 *El País*, 22 de agosto de 1989.

1344 Freddy Gómez, «Hommage à José Peirats», *Le Monde Libertaire*, 761, 21-9-89.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

Entrevistas

Federico Arcos (Windsor, Canadá)
Marianne Brull (Barcelona)
Diego Camacho (Barcelona)
Frank Mintz (Madrid)
Francesc Pedra (Barcelona, con Nick Rider)
Concha Pérez Collado (Barcelona, con Nick Rider)
Heleno Saña (Madrid)
Gracia Ventura (Barxeta)

Correspondencia

Aisa, Manel, 2014
Alberola, Octavio, 2008
Arcos, Federico, 2000-2009
Aróstegui, Julio, 2010
Berenguer, Sara, 2010
Carballeira, Ángel, 2010
Díaz, Carlos, 2014
Fontanillas, Antonia, 2010-2011
Gómez, Freddy, 2009, 2014
Gurucharri, Salvador, 2010-2011
Mintz, Frank, 2009-2010
Ventura, Gracia, 2000-2009
Zambrana, Joan, 2014

Archivos

Archivo Antonia Fontanillas, Montady
Archivo Salvador Gurucharri, Fondo José Torremocha, Barcelona
Archivo Histórico Nacional, Madrid
Ateneu Enciclopèdic Popular, Barcelona
Arxiu Històric de l'Hospitalet de Llobregat
Biblioteca Arús, Barcelona
Biblioteca Nacional, Madrid
Centro Documental de la Memoria Histórica, Salamanca
Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid
Instituto Internacional de Historia Social, Ámsterdam
Institut Municipal d'Història de Barcelona

Escritos principales de José Peirats

(1932?): *Revivir*. L'Hospitalet de Llobregat: Ateneo Racionalista de la Torrassa.

(1933): *Glosas anárquicas. Interpretación anarquista de la historia*. L'Hospitalet de Llobregat: Imprenta Hermoso Plaja Saló.

(1934): *Para una nueva concepción del arte. Lo que podría ser un cinema social*. Barcelona: *La Revista Blanca* (Colección El Mundo al Día).

(1938): *Los intelectuales en la revolución*. Barcelona: Ediciones Tierra y Libertad.

(1946): *15 conferencias breves. Disección del franquismo*. México: Subdelegación en Panamá de la CNT en exilio.

(1950): *Estampas del exilio en América*. París: Ediciones CNT.

(1951-1953): *La CNT en la revolución española*. Toulouse: Ediciones CNT (3 tomos). [2.ª edición, París: Ruedo ibérico, 1971; 3.ª edición, Madrid: Ruedo ibérico, 1978; 4.ª edición Cali: La Cuchilla, 1988].

(1958): *El diablo (comedia en un acto)*. Toulouse: Ediciones CNT.

(1961): *La Sión hispánica (Ensayo sobre el judaísmo español)*. Toulouse: Cénit.

(1964): *La práctica federalista como verdadera afirmación de principios*. París: CNT Federación local de París.

(1964): *Los anarquistas en la crisis política española*. Buenos Aires: Alfa. [2.ª edición Madrid-Gijón: Júcar, 1976; 3.ª edición Buenos Aires: Libros de Anarres, 2006].

(1966): *Determinismo y voluntarismo (Polémica)*. Caracas: Editorial FIJL (con Benjamín Cano Ruiz).
(1967): *Examen crítico-constructivo del movimiento libertario español*. México: Editores Mexicanos Unidos.
(1973): *España, ¿Transición o continuidad?* Toulouse.
(1974): Entrevista en *El movimiento libertario español: Pasado, presente y futuro*, Suplemento de *Cuadernos de Ruedo ibérico,* París: Ruedo ibérico, pp. 231-245.
(1974): *Anselmo Lorenzo: los prolegómenos de la CNT*. Caracas: Ruta.
(1974-1975): *Mi paso por la vida*. memorias inéditas. Una versión reducida apareció en 2009 con el título *De mi paso por la vida. Memorias.*
(1976): Prólogo a Hanns Kaminski, *Los de Barcelona*. Barcelona: Ediciones del Cotal, pp. 5-15.
(1977): *Diccionario del anarquismo*. Barcelona: Ediciones Dopesa.
(1978): «Informe del delegado de Venezuela de las tareas del congreso de la CNT de España en exilio a que pudo asistir». En CNT, *Elementos para la comprensión correcta de 40 años de exilio confederal y libertario*. París: CNT en Francia.
(1978): *Figuras del movimiento libertario español*. Barcelona: Ediciones Picazo.
(1978): *Emma Goldman, anarquista de ambos mundos*. Madrid: Campo Abierto Ediciones.
(1979): *Mecanismo orgánico de la Confederación Nacional del Trabajo*. Barcelona: Brot.
(1983): *Emma Goldman, una mujer en la tormenta del siglo*. Barcelona: Laia.
(1985): «Secularización de Horacio M. Prieto», *Polémica*, octubre-diciembre, 19, pp. 12-14.
(1986): «Razones y sinrazones de la participación libertaria en el Gobierno», *Polémica*, julio, 22-25, pp. 63-64.
(1990): «Una experiencia histórica del pensamiento libertario. Memorias y selección de artículos breves», *Suplementos Anthropos*, 18.
(1991): *La Semana Trágica y otros relatos*. Móstoles: Madre Tierra.
(1993): «Spanish Anarchism in Exile», *The Raven*, 6, 3, julio-septiembre, pp. 193-204.
(s.f.): «Notas a la correspondencia de Felipe Aláiz».

Entrevistas con José Peirats

Alemany, Josep (1977): «Entrevista con José Peirats», *Catalunya. Revista d'Opinió Confederal*, 4, pp. 12-24.

Gómez, Freddy (s.f.): *Colección de Historia Oral. El movimiento libertario en España (I), José Peirats*. Madrid: Fundación Salvador Seguí Ediciones.

Ruipérez, María y Pérez Ledesma, Manuel (1980): «José Peirats: La CNT y la revolución social», *Tiempo de Historia*, 62, enero, pp. 40-51.

Escritos sobre José Peirats

Arcos, Federico (1989): «José Peirats: A Comrade, A Friend», *Fifth Estate*, diciembre.

Carballeira, Ángel (2010): *Apuntes sobre «De mi paso por la vida. Memorias de José Peirats Valls». Comentarios acerca del prólogo de Enric Ucelay-Da Cal*, s.l.: Recherche et Documentation d'Histoire Sociale.

Carrasquer, Francisco (1989): «José Peirats, de los pocos que quedan», *Polémica*, octubre, 39, p. 20.

— (1990): «El libro de Peirats: "La CNT en la Revolución Española"», *Polémica*, junio-julio, 42, pp. 22-24.

(1989): Necrológica, «Josep Peirats, teórico de la CNT», *El País*, 22 de agosto.

Gómez, Freddy (1989): «Hommage a José Peirats», *Le Monde Libertaire*, 761, 21 de septiembre, p. 10.

Gómez, Freddy (2010): «La deuxième mort de José Peirats», *À contretemps. Bulletin de critique bibliographique*, 38, septiembre, pp. 9-15.

Llorens, Ignacio de, *et al.* (1989): «José Peirats Valls: Historia contemporánea del Movimiento Libertario. Visión crítica de un compromiso anarquista: la Revolución Social», *Anthropos*, 102.

Saña, Heleno (1977): «La obra histórica de José Peirats», *Sindicalismo*, marzo, pp. 77-83.

Prensa y revistas (de Barcelona si no se indica otro lugar)

ABC, Madrid, 1927, 1932, 1961, 1976-1978.
Acracia, Lleida, 1936-1937.
El amigo del pueblo, 1937.
Anarchy, Londres, 1986.
Atalaya, París, 1957.
Barcelona Libertaria, 1977.
Boletín de información de la CNT-FAI, 1936.
Cambio 16, Madrid, 1981.
Canigó, 1977.
Cénit, Toulouse, 1951.
CNT, París, 1945.
CNT, Toulouse, 1957, 1959.
Comunidad Ibérica, México, 1963.
Cultura Libertaria, 1932-1933.
Cultura Libertaria, Vitoria, 1986.
Cultura Proletaria, Nueva York, 1942.
El Diluvio, 1936.
FAI, 1934-1935.
Esfuerzo, París, 1967.
Estudios, Valencia, 1933.
España Libre, Nueva York, 1945.
Frente Libertario, París, 1969-1975.
Guerra di Classe, 1936-1937.
Historia Libertaria, Madrid, 1978-1979.
La Humanitat, 1933.
Ideas, l'Hospitalet de Llobregat, 1936-1937.
Inquietudes, Burdeos, 1947.
Llibertat, l'Hospitalet de Llobregat, 1930-1931, 1933-1936.
El Luchador, 1931-1933.
El Luchador, Toulouse, 1971-1973.
Más Lejos, 1936.
Nada, 1979.
The New York Times, Nueva York, 1977, 2010.
Noir et Rouge, París, 1966-1967.
Las Noticias, 1931-1936.
El Noticiero Universal, 1978.

L'Obra, l'Hospitalet de Llobregat, 1931.
L'Opinió, 1930-1934.
El País, Madrid, 1977-1981, 1983, 1985, 1989.
Polémica, 1986-1990.
Presencia-tribuna libertaria, París, 1965-1967, 1974.
La Publicitat, 1931-1936.
La Revista Blanca, 1930-1936.
Rojo y Negro, Madrid, 1990.
Ruta, 1936-8, 1970, 1972, 1978.
Sindicalismo, 1933 (periódico).
Sindicalismo, 1977 (revista).
Solidaridad Obrera, 1918-1923, 1930-1936, 1980, 1984.
Solidaridad Obrera, París, 1948.
Tierra y Libertad, 1930-1937.
Triunfo, Madrid, 1974, 1976-1977.
La Vanguardia, 1923, 1929-1936, 1977.

Informes, actas de congreso etc. del movimiento libertario

Agrupación Amigos de Durruti (s.f.): *Hacia la segunda revolución*, s.l.

CNT (1931): *Memoria del Congreso Extraordinario celebrado en Madrid los días 11 al 16 de junio de 1931*. Barcelona.

CNT (1937): *Acuerdos del pleno nacional de regionales de la CNT*, 15 de abril, s.l.

CNT (s.f., 1960?): *Memorias del Congreso Intercontinental de federaciones locales de la CNT de España en el Exilio, Limoges, agosto 1960*. Choisy-Le-Roi.

CNT (1978): *El Congreso Confederal de Zaragoza 1936*. Bilbao: ZYX.

CNT (1978): *Elementos para la comprensión correcta de 40 años de exilio confederal y libertario*. París: CNT en Francia.

CNT-AIT (1988): *El anarco-sindicalismo en la era tecnológica*. Madrid: Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo.

CRT de Cataluña (1931): *Memorias de los Comicios de la Regional Catalana celebrados los días 31 de mayo y 1 de junio, y 2, 3 y 4 de agosto de 1931*. Barcelona.

CRT de Cataluña (1933): *Memoria del Pleno Regional de Sindicatos Únicos de Cataluña. Celebrado en Barcelona del 5 al 13 de marzo de 1933*. Barcelona.

CRT de Cataluña (1936): *Memorias de la Conferencia Regional Extraordinaria celebrada en Barcelona durante los días 25, 26 y 27 de enero de 1936*. Barcelona.

CRT de Cataluña (1937): *Memoria del Congreso Extraordinario de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña celebrado en Barcelona los días 25 de febrero al 3 de marzo de 1937*. Barcelona.

FAI (1933): *Memoria del Pleno Peninsular de Regionales, celebrado en Madrid los días 28, 29 y 30 de octubre de 1933*. Barcelona.

FAI (1936): *Memoria del Pleno Peninsular, celebrado los días 30 de enero y 1 de febrero de 1936*. Barcelona.

FAI (1937): *Informe que somete el Comité Nacional a la organización para su discusión en el pleno nacional de regionales que tendrá lugar los días 5 y sucesivos en abril*. Barcelona.

FAI (1937): *Memoria del Pleno peninsular de Regionales: celebrado en Valencia los días 4, 5, 6 y 7 de julio de 1937*. Valencia.

MLE-CNT (1945): *Memoria del congreso de federaciones locales celebrado en París del 1 al 12 de mayo de 1945*, s.l.

MLE Comisión Intercontinental (s.f., 1947?): *Reseña de la Conferencia Intercontinental del Movimiento Libertario Español: celebrada en Toulouse en abril de 1947*. Toulouse.

MLE-CNT (1947): *Dictámenes y Resoluciones del 2.º Congreso del MLE-CNT en Francia*, *Toulouse, octubre 1947*. Toulouse.

MLE-CNT (1950): *Acta del Pleno Intercontinental de Núcleos de la CNT celebrado en Toulouse los días 28 de mayo de 1950 y sucesivos*. Toulouse.

Memorias, testimonios, fuentes contemporáneas y obras teóricas de los protagonistas

Abad de Santillán, Diego (1940): *Por qué perdimos la guerra*. Buenos Aires: Imán.

— (1976): *El anarquismo y la revolución en España. Escritos 1930-1938*. Madrid: Editorial Ayuso.

— (1977): *Memorias, 1897-1936*. Barcelona: Editorial Planeta.
— y Emilio López (1925): *El Anarquismo en el movimiento obrero*. Barcelona: Cosmos.
Aláiz, Felipe (1946): *El arte de escribir sin arte*. Toulouse: Editorial FIJL.
— (1965): *Tipos españoles*. París: Umbral.
— y Víctor García (1954): *La FIJL en la lucha por la libertad. Raúl Carballeira y Amador Franco*. Toulouse: Ediciones CNT.
Álvarez, Ramón (1982): *Historia negra de una crisis libertaria*. México: Editores Mexicanos Unidos.
— (1995): *Rebelión militar y revolución en Asturias. Un protagonista libertario*. Gijón: Noega.
Angosto, Pedro y Puig, Julia (coords.) (2003): *Una lealtad entre ruinas: Epistolario Azaña-Esplá, 1939-1940*. Valencia: Universitat de València.
Antona, David (s.f.): *Mi colaboración en la revista libertaria «Presencia»* http://www.cedall.org/Documentacio/Castella/cedall203140300_David%20Antona.htm
Asamblearios de Banca (1979): «Un testimonio: sobre la huelga de la banca», *Nada*, 3, pp. 54-57.
Balius, Jaume (s.f.): *Octubre catalán*. Barcelona: Editorial Renacer.
Berenguer, Sara (1988): *Entre el sol y la tormenta*. Barcelona: Seuba.
Bergós, Antoni (1990): *Memòries d'Antoni Bergós*. Lleida: La Paeria.
Beriain, Demetrio (s.f.): *Prat de Llobregat, ayer: un pueblo sin estado (relatos y semblanzas)*, s.l.: s.e.
Berruezo, José (1967): *Contribución a la historia de la CNT de España en el exilio*. México: Editores Méxicanos Unidos.
— (1987): *Por el sendero de mis recuerdos (1920-1939)*. Santa Coloma de Gramanet: Grupo de Estudios Histórico-Sociales.
Borrás, José (1976): *Políticas de los exiliados españoles, 1944-1950*. París: Ruedo ibérico.
— (1998): *Del radical-socialismo al socialismo radical y libertario: memorias de un libertario*. Madrid: Fundación Salvador Seguí Ediciones.
Broto, Cèsar y Bergés, Miguel Àngel (2006): *La Lleida anarquista: Memòries d'un militant de la CNT durant la República, la guerra civil i el franquisme*. Lleida: Pagés Editors.

Bueso, Adolfo (1976): *Como fundamos la CNT*. Barcelona: Editorial Avance.

— (1976): *Recuerdos de un cenetista*. L'Esplugues de Llobregat: Editorial Ariel (2 vols.).

Bük, Julio von (1923): *Manual del Fabricante de Ladrillos*. Barcelona: Gustavo Gili.

Camus, Albert (2014): *Escritos libertarios (1948-1960)*. Barcelona: Tusquets Editores (edición de Lou Marin).

Castillo, José del y Álvarez, Santiago (1958): *Barcelona, Objetivo Cubierto*. Barcelona: Editorial Timón.

Colectivo de Estudios por la autonomía obrera (1977): *Luchas autónomas en la transición democrática*. Madrid: Zero (2 vols.).

— (1977): *Por la organización autónoma de los trabajadores*. Madrid: Zero.

(1977): «Conversación en la Federación local de la Confederación Nacional del Trabajo, Cerdanyola (Barcelona)», *Cuadernos de Ruedo ibérico*, 58-60, julio-diciembre, pp. 93-119.

Correa, Marcos José (1993): *La ideología de la CNT a través de sus Congresos*. Cádiz: Universidad de Cádiz.

Cuello, Eugenio (1934): *Criminalidad infantil y juvenil (sus causas, régimen jurídico, tribunales para menores, libertad vigilada, colocación en familia, internamiento en instituciones, etc.)*. Barcelona: Bosch.

Damiano, Cipriano (1978): *La resistencia libertaria. La lucha anarcosindicalista bajo el franquismo (1939-1970)*. Barcelona: Editorial Bruguera.

De Guzmán, Eduardo (1973): *La muerte de la esperanza*. Madrid: G. del Toro.

De la Cierva, Ricardo (1966): *Cien libros básicos sobre la guerra de España*. Madrid: Publicaciones Españolas.

Edo, Luis Andrés (1979): «Fenómeno del cenetismo frente al Proyecto Político de "la Paralela"», *Nada*, 3, 1979, pp. 129-137.

— (2006): *La CNT en la encrucijada. Aventuras de un heterodoxo*. Barcelona: Flor del Viento Ediciones.

Ehrenburg, Ilyá (1979): *Corresponsal en la Guerra civil española*. Gijón: Júcar.

Ferrer, Joan y Piera, Simó (1975): *Simó Piera: Perfil d'un sindicalista. Records i experiències d'un dirigent de la CNT*. Barcelona: Editorial Pòrtic.

Foix, Pere (1976): *Apòstols i mercaders*. Barcelona: Editorial Nova Terra.

Fortea, José (2002): *Tiempo de historia. No hay más cera que la que arde*. Badalona: Fundació d'Estudis Llibertaris Federica Montseny.

Francisco, José (1966): *Habla mi conciencia*. Barcelona: Ediciones Acervo.

García, José (1974): *Teníamos que perder*. Madrid: G. del Toro.

García Oliver, Juan (1978): *El eco de los pasos. El anarcosindicalismo... en la calle... en el Comité de Milicias... en el gobierno... en el exilio*. Barcelona: Ruedo ibérico.

«Gasteiz» (1976): *Vitoria, de la huelga a la matanza*. París: Ruedo ibérico.

Giménez, Juan (1996): *De la Unión a Banet. Itinerario de una rebeldía*. Madrid: Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo.

Gómez Casas, Juan (1984): *Los cruces de caminos (Antecedentes y pequeña historia de una década: 1966-1976)*. París: Regional del Exterior de la CNT.

González, Miguel y Revilla, Fidel (1981): *La CNT a través de sus Congresos*. México: Editores Mexicanos Unidos.

Grupo Anselmo Lorenzo (1969): *Manifiesto libertario: problemas presentes y futuros del Sindicalismo Revolucionario en España*. París: La Ruche Ouvrière.

Gurucharri, Salvador y Ibáñez, Tomás (2010): *Insurgencia libertaria. Las Juventudes Libertarias en la lucha contra el franquismo*. Barcelona: Virus Editorial.

Guzmán, Melchor (2007): *Crónicas de un Rebelde Andaluz*. Málaga: Ayuntamiento de Montejaque, 2 vols.

Hoare, Quintin y Nowell Smith, Geoffrey (eds.) (1971): *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*. Londres: Lawrence & Wishart.

Internacional Situacionista (1999-2001): *Internacional situacionista: Textos completos en castellano de la Revista Internationale situationniste (1958-1969)*. Madrid: Literatura gris (3 vols.).

Kaminski, Hanns (1976 [1937]): *Los de Barcelona*. Barcelona: Ediciones del Cotal.

Léger, Alain (2000): *Les Indésirables: L'histoire oubliée des Espagnols en pays charentais*. París: Le Croît vif.

Liarte, Ramón (1983): *El camino de la libertad*. Barcelona: Ediciones Picazo.
— (1985): *¡Ay de los vencedores!* Barcelona: Ediciones Picazo.
— (1986): *Entre la revolución y la guerra*. Barcelona: Ediciones Picazo.
Llarch, Joan (1975): *Los días rojinegros. Memorias de un niño obrero, 1936*. Barcelona: Ediciones 29.
Manent, Joan (1976): *Records d'un sindicalista llibertari català, 1916-1943*. París: Ediciones Catalanas de París.
Martín, Enrique (1979): *Recuerdos de un militante de la CNT*. Barcelona: Ediciones Picazo.
Martorell, Alfons (1993): *República, Revolució i Exili. Memòries d'un llibertari reusenc*. Reus: Edicions del Centre de Lectura de Reus.
Ministerio de Trabajo y Previsión (1930): *Estadística de los accidentes de trabajo*. Madrid: Ministerio de Trabajo.
Miró, Fidel (1967): *Cataluña, los trabajadores y el problema de las nacionalidades*. México: Editores Mexicanos Unidos
— (1979): *Anarquismo y anarquistas*. México: Editores Mexicanos Unidos.
— (1989): *Una vida intensa y revolucionaria. Juventud, amor, sueños y esperanzas*. México: Editores Mexicanos Unidos.
Molina, Juan (1949): *Consideraciones sobre la posición de la CNT de España*. Buenos Aires: Unión Socialista Libertaria.
— (1958): *Noche sobre España*. México: Libro Mex Editores
— (1976): *El movimiento clandestino en España 1939-1949*. México: Editores Mexicanos Unidos.
Montseny, Federica (1976): *Qué es el anarquismo*. Barcelona: La Gaya Ciencia.
— (1987): *Mis primeros cuarenta años*. Barcelona: Plaza & Janés Editores.
Muñoz, Manuel (1960): *Marianet, semblanza de un hombre*. México: Ediciones CNT.
Pachón, Olegario (1979): *Recuerdos y consideraciones de los tiempos heroicos. Testimonio de un extremeño*. Barcelona: Edición del autor.
Paz, Abel (1982): *CNT, 1939-1951*. Barcelona: Editorial Hacer.
— (1994): *Chumberas y alacranes (1921-1936)*. Barcelona: Edición del autor.
— (1995): *Viaje al pasado (1936-1939)*. Barcelona: Edición del autor.
Peiró, Joan (1936): *Perill a la reraguarda*. Mataró: Editorial Llibertat.

Pérez Baró, Alberto (1974): *Treinta meses de colectivismo en Cataluña*. Barcelona: Editorial Ariel.
Planes, Josep Maria (2002): *Els Gàngsters de Barcelona*. Barcelona: Proa.
Pons Prades, Eduardo (1974): *Un soldado de la República (itinerario ibérico de un joven revolucionario)*. Madrid: G. Del Toro.
Porcel, Baltasar (1978): *La revuelta permanente*. Barcelona: Editorial Planeta.
«Rocinante» (1985): «The Scala File: a case history of state provocation», *Anarchy*, 38, pp. 4-9.
Rouillan, Jean-Marc (2007): *De Memoria (I). Los comienzos: Otoño de 1970 en Toulouse*. Barcelona: Virus Editorial.
Rüdiger, Helmut (1940): *Ensayo crítico sobre la Revolución española*. Buenos Aires: Imán.
Salut, Emili (1938): *Vivers de revolucionaris. Apunts històrics del Districte Cinquè*. Barcelona: Llibreria Catalònia.
Samitier, Floreal y García, José Luis (2011): *Siempre volviendo a empezar: CNT dentro y fuera de España 1939-2009*. Badalona: Centre d'Estudis Llibertaris Federica Montseny.
Sans, Joan (2004): *Comisario de guerra en el exilio*. Lleida: Milenio.
— (2006): *Reflexiones de un libertario*. Lleida: Milenio.
Sanz, Ricardo (1966): *El sindicalismo y la política. Los «Solidarios» y «Nosotros»*. Toulouse: Imprimerie Dulaurier.
— (1969): *Los que fuimos a Madrid. Columna Durruti 26 División*. Toulouse: Imprimerie Dulaurier (http://www.kclibertaria.comyr.com/lpdf/l085.pdf)
— (1976): *Los hijos de trabajo. El sindicalismo español antes de la guerra civil*. Barcelona: Petronio.
Semprún-Maura, Carlos (1978): *Ni dios, ni amo, ni CNT*. Barcelona: Tusquets Editores.
— (1979): «La CNT como espejismo», *Nada*, 3, pp. 81-92.
— (1998): *El exilio fue una fiesta*. Barcelona: Editorial Planeta.
Sentís, Carles (1994): *Viatge en Transmiserià. Crònica viscuda de la primera gran emigració a Catalunya*. Barcelona: Edicions La Campana.
Sirvent, Manuel (2012): *Un militante del anarquismo español (Memorias 1889-1948)*. Madrid: Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo.

Torres, B. (pseud.) (1985): *Anales del exilio libertario (los hombres, las ideas, los hechos)*. Toulouse: Ediciones CNT.
Toryho, Jacinto (1975) *No éramos tan malos. Memorias de la guerra civil española, 1936-39*. Madrid: G. del Toro.
— (1978): *Del triunfo a la derrota. Las interioridades de la guerra civil en el campo republicano revividas por un periodista*. Barcelona: Argos Vergara.
Velilla, Abel (1931): *Una gran injusticia social. El proceso Guiot-Climent*. Barcelona: Panoramas Contemporáneos.

Manuscritos inéditos

Campos, Severino (2006): *Una vida por un ideal.*
Mintz, Frank (1999): *Frente libertario (evocaciones personales).*
Panés, Pedro (s.f.): *Semblanza de Felipe Aláiz.*

Fuentes secundarias

Abelló, Teresa y Olivé, Enric (1985): «El conflicto entre la CNT y la Familia Urales-Montseny en 1928. La lucha por el mantenimiento del anarquismo puro», *Estudios de Historia Social*, 32-33, pp. 317-332.
Ackelsberg, Martha (2000): *Mujeres Libres. El anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres*. Barcelona: Virus Editorial.
Adamson, Walter (1980): *Hegemony and revolution: A study of Antonio Gramsci's political and cultural theory*. Berkeley: University of California Press.
Adsuar, Josep Eduard (1979): «El Comitè Central de Milícies Antifeixistes», *L'Avenç*, 14, pp. 50-56.
Aisa, Manel (2014): *La huelga de alquileres y el comité de defensa económica*. Barcelona: El Lokal.
Aizpuru, Mikel y Rivera, Antonio (1994): *Manual de historia social del trabajo.* Madrid: Siglo XXI.
Alberola, Octavio (1993): «El DI: la última tentativa libertaria de lucha armada contra el régimen de Franco». En VV. AA., *La oposición*

libertaria al régimen de Franco. Madrid: Fundación Salvador Seguí Ediciones, pp. 343-387.

— y Gransac, Ariane (1975): *El anarquismo español y la acción revolucionaria (1961-1975)*. París: Ruedo ibérico.

Alcalde, Juan (2008): *Los servicios secretos en España. La represión contra el movimiento libertario español (1936-1995)*. Madrid: Universidad Complutense. e-book: http://pendientedemigracion.ucm.es/info/eurotheo/e_books/jjalcalde/servicios_secretos/

Alpert, Michael (2007): *The Republican Army in the Spanish Civil War, 1936-1939*. Cambridge: Cambridge University Press [ed. cast.: *El ejército republicano en la guerra civil*. Madrid: Siglo XXI, 1989].

Alted, Alicia (2010): «El exilio de los anarquistas». En Julián Casanova (coord.), *Tierra y Libertad. Cien años de anarquismo en España*. Barcelona: Editorial Crítica, pp. 167-190.

— y Domergue, Lucienne (eds.) (2003): *El exilio republicano español en Toulouse, 1939-1999*. Madrid: UNED.

— y — (2012): *La cultura del exilio anarcosindicalista español en el sur de Francia*. Madrid: Ediciones Cinca.

Amat, Jordi (1996): *L'anarcosindicalisme a examen: Germinal Esgleas (1903-1981). Una vida en roig i negre*. Mataró: Grup d'Història del Casal.

Amorós, Miquel (2003): *La revolución traicionada (la verdadera historia de Balius y Los Amigos de Durruti)*. Barcelona: Virus Editorial.

— (2008): *Los Situacionistas y la Anarquía*. Bilbao: Muturreko burutazioak.

Andreassi, Alejandro (1996): *Libertad también se escribe en minúscula. Anarcosindicalismo en Sant Adrià del Besòs, 1925-1939*. Barcelona: Editorial Hacer.

Babiano, José (1995): «Los católicos en el origen de Comisiones Obreras», *Espacio, Tiempo y Forma, Historia Contemporánea*, 8, pp. 277-293.

Balcells, Albert (1971): *Crisis económica y agitación social en Cataluña (1930-1936)*. Barcelona: Editorial Ariel.

Barrio, Ángeles (1988): *Anarquismo y anarcosindicalismo en Asturias, 1890-1936*. Madrid: Siglo XXI.

Barrull, Jaume (1995): *Violència popular i justicia revolucionària. El Tribunal Popular de Lleida (1936-1937)*. Lleida: Pagès Editors.

Bayer, Osvaldo (1970): *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*. Buenos Aires: Editorial Galerna.

Brademas, John (1974): *Anarcosindicalismo y revolución en España (1930-1937)*. L'Esplugues de Llobregat: Editorial Ariel.

Breitbart, Myrna (1978): «The Theory and Practice of Anarchist Decentralism in Spain, 1936-1939: The Integration of Community and Environment», tesis doctoral, Clark University.

Burdiel, Isabel (2000): «La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica». En Isabel Burdiel y Manuel Pérez Ledesma, (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*. Madrid: Espasa Calpe, pp. 17-47.

— y Cruz, María (1996): «Los sujetos en el proceso revolucionario español del siglo XIX: el papel de la prosopografia histórica», *Historia Contemporánea*, 13-14, pp. 149-156.

— y Davis, Colin (coords.) (2005): *El otro, el mismo: biografía y autobiografía en Europa (siglos xvii-xx)*. Valencia: Universitat de València.

Cabré, Anna y Pujades, Isabel (1985): «La població de Barcelona i el seu entorn al segle XX», *L'Avenç*, 88, pp. 33-37.

Calero, Juan Pablo (2009): «Vísperas de revolución. El Congreso de la CNT de 1936», *Germinal: revista de estudios libertarios*, 7, pp. 97-132.

Carmona, Pablo (2004): *Transiciones: de la Asamblea Obrera al proceso de Pacto Social (CNT: 1976-1981)*. Madrid: Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo.

Camós, Joan (1986): *L'Hospitalet: la història de tots nosaltres, 1930-1936*. Barcelona: Diputació de Barcelona.

Campos, Genaro (1977): «La Santa Alianza Democrática», *Cuadernos de Ruedo ibérico*, 58-60, julio-diciembre, pp. 4-31.

Cañadas, Xavier (2008): *El Caso Scala. Terrorismo de Estado y algo más*. Barcelona: Virus Editorial.

Caro, Diego (2013): «El anarcosindicalismo y la victoria del frente popular en las elecciones de 1936», *Historia Social*, 76, pp. 45-66.

Carrasquer, Francisco (1981): *Felipe Aláiz. Estudio y Antología del primer anarquista español*. Madrid: Júcar.

Casado, Reyes (2002): «Ramón Álvarez Palomo: una biografía militante», *Espacio, Tiempo y Forma.* Serie V, *Historia Contemporánea*, 15, pp. 407-420.

Casanova, Julián (1988): «Guerra y revolución: la edad de oro del anarquismo español», *Historia Social*, 1, pp. 63-76.

— (1992): «Anarchism, Revolution and Civil War in Spain: The Challenge of Social History», *International Review of Social History*, 37, 3, pp. 398-404.

— (1997): *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1936-1939)*. Barcelona: Editorial Crítica.

Castells, Antoni (1993): *Les col·lectivitzacions a Barcelona, 1936-1939*. Barcelona: Editorial Hacer.

Cate-Arries, Francie (2012): *Culturas del exilio español entre las alambradas. Literatura y memoria de los campos de concentración en Francia, 1939-1945*. Barcelona: Anthropos.

Christie, Stuart (2010): *¡Nosotros, los anarquistas! Un estudio de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) 1927-1937*. Valencia: Universitat de València.

Clara, Josep (2005): *Marcel·lí Massana, l'home més buscat: un mite de la guerrilla anarquista*. Barcelona: Rafael Dalmau.

Connelly Ullman, Joan (1968): *The Tragic Week. A Study of Anticlericalism in Spain, 1875-1912*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press [ed. cast.: *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socio-económicas del anticlericalismo en España (1898-1912)*. Barcelona: Ariel, 1972].

Cortada, James (ed.) (1982): *Historical Dictionary of the Spanish Civil War, 1936-1939*. Westport, Conn.: Greenwood Press.

Cruz, Rafael (2015): *Protestar en España, 1900-2013*. Madrid: Alianza Editorial.

Dalmau, Antoni (2009): «Josep Viadiu i Valls (1890-1973), publicista i director de "Solidaridad Obrera"», *Revista d'Igualada*, 33, diciembre, pp. 31-54.

Deutscher, Isaac (1963): *The Prophet Outcast. Trotsky: 1929-1940*. Londres: Oxford University Press.

Díaz, Carlos (1993): *Víctor García, el Marco Polo del anarquismo*. Madrid: Madre Tierra.

Díaz, Daniel (1995): *L'exili català de 1939 a la República Dominicana*. Barcelona: RBA La Magrana.

Dreyfus-Armand, Geneviève (2000): *El exilio de los republicanos españoles en Francia: de la Guerra civil a la muerte de Franco*. Barcelona: Editorial Crítica.

Ealham, Chris (1998): «La lluita pel carrer, els vendedors ambulants durant la II República», *L'Avenç*, 230, pp. 21-26.

— (2000): «La "gimnasia revolucionaria" y el paro: limitaciones de la utopia anarquista en España, 1931-1937», *Historiar*, 5, 2000, pp. 134-155.

— (2002): «The crisis of organised labour: the battle for hegemony in the Barcelona workers' movement, 1930-1936». En Ángel Smith (ed.), *Red Barcelona*. Londres: Routledge, pp. 88-107.

— (2005): *La lucha por Barcelona: clase, cultura y conflicto, 1898-1937*. Madrid: Alianza Editorial.

— (2005): «La calle como memoria y conflicto (Barcelona, 1914-1923)», *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 34, pp. 115-136.

— (2007): «Una "geografía imaginada": ideología, espacio urbana y protesta social en la creación del "Barrio Chino" de Barcelona, c.1835-1936», *Historia Social*, 59, pp. 55-76.

— (2007): «Una revolución a medias: los orígenes de los hechos de mayo y la crisis del anarquismo», *Viento Sur*, 93, pp. 93-101.

— (2009): «The "Herodotus of the CNT": José Peirats and La CNT en la revolución española», *Anarchist Studies*, 17, 2, pp. 81-104.

— (2010): «El mito de la muchedumbre enloquecida: clase, cultura y espacio en el proyecto urbanístico revolucionario de Barcelona, 1936-1937». En Chris Ealham y Mike Richards (coords.), *España fragmentada. Historia cultural y Guerra Civil española, 1936-1939*. Granada: Comares, pp. 149-178.

— (2010): «La batalla per Barcelona durant la "Setmana Tràgica": el xoc entre dos models urbans y dues maneres antitètiques d'entendre la ciutat». En Andrés Antebi y Pablo González (coords.), *Tràgica, roja i gloriosa: una setmana de 1909*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona, pp. 30-53.

— (2011): «De la "unidad antifascista" a la desunidad libertaria: "comités superiores" contra "Quijotes anarquistas" en el marco del Frente Popular

(1936-37)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 41, 1, pp. 121-142.
— (2014): «Spanish Anarcho-Syndicalists in Toulouse: The Red-and-Black Counter-City in Exile, *Bulletin of Spanish Studies*, 91, 1-2, pp. 95-114.
Echeverri, Beatriz (1993): *La gripe española: la pandemia de 1918-1919*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
Elorza, Antonio (1973): *La utopía anarquista bajo la Segunda República*. Madrid: Editorial Ayuso.
Engel, Carlos (1999): *Historia de las Brigadas Mixtas del Ejército Popular de la República 1936-1939*. Madrid: Editorial Almena.
Enzensberger, Hans (1977): *El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Buenaventura Durruti*. Barcelona: Ediciones Grijalbo.
Espai en Blanc (coord.) (2008): *Luchas autónomas en los años setenta*. Madrid: Traficantes de Sueños.
Eyerman, Ron y Jamison, Andrew (1991): *Social Movements. A Cognitive Approach*. Cambridge: Polity Press.
Eyre, Pilar (2000): *Quico Sabaté, el último guerrillero*. Barcelona: Ediciones Península.
Fernández, Dolores (2007): «Fuentes para el estudio del exilio español en Francia», *Migraciones y Exilios*, 8, pp. 55-68.
Fernández, Juan Manuel (1996): *Cultura y libertad. La educación en las Juventudes Libertarias*. Valencia: Universitat de València.
Fishman, Robert (1990): *Working-Class Organization and the Return to Democracy in Spain*. Ithaca, NY: Cornell University Press [ed. cast.: *Organización obrera y retorno a la democracia en España*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1996].
Forment, Albert (2000): *José Martínez y la epopeya de Ruedo ibérico*. Barcelona: Anagrama.
«Freddy y Alicia» (Freddy Gómez y Alicia Mur) (1974): «Apuntes sobre el anarquismo histórico y el neoanarquismo en España». En *El movimiento libertario español: Pasado, presente y futuro*, Suplemento de *Cuadernos de Ruedo ibérico,* París: Ruedo ibérico, pp. 141-145.
Führer-Ries, Ilse Marie (1996): *Los sindicatos en España. De la lucha de clases a estrategias de cooperación*. Madrid: Consejo Económico y Social.
Gaarder, Emily (2009): «Addressing violence against women. Alternatives to state-based law and punishment». En Randall Amster, Abraham

DeLeon, Luis Fernández, Anthony Nocella y Deric Shannon (eds.), *Contemporary Anarchist Studies: An Introductory Anthology of Anarchy in the Academy*. Nueva York: Routledge, pp. 46-51.

Gago, Francisco (2014): «El caso Scala: intento de desprestigiar y criminalizar a la CNT», *Tiempo y Sociedad*, 15, pp. 41-58.

Galitó, Pol; Gimeno, Manel; Pita, Rodrigo y Tarragona, Josep (2006): *Les batalles del Segre i la Noguera Pallaresa. L'atac final contra Catalunya: abril-desembre 1938*. Lleida: Pagès Editors.

Gallego, Ferran (2007): *Barcelona, mayo de 1937: la crisis del antifascismo en Cataluña*. Barcelona: Debate.

García, Juan (1974): «La CNT y Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas». En *El movimiento libertario español: Pasado, presente y futuro*, Suplemento de *Cuadernos de Ruedo ibérico,* París: Ruedo ibérico, pp. 123-128.

Gardiner, Harvey (1979): *La política de inmigración del dictador Trujillo: estudio sobre la creación de una imagen humanitaria*. Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.

Gemie, Sharif (2006): «The Ballad of Bourg-Madame: Memory, Exiles and the Spanish Republican Refugees of the "Retirada"», *International Review of Social History*, 51, 1, pp. 1-40.

Giráldez, Jesús (2010): *Creyeron que éramos rebaño. La insurrección del Alto Llobregat y la deportación de anarquistas a Canarias y África durante la II República*. Málaga: Zambra.

Godicheau, François (2004): *La Guerre d'Espagne: République et révolution en Catalogne (1936-1939)*. París : Éditions Odile Jacob.

Gómez Casas, Juan (1977): *Historia de la FAI. Aproximación a la historia de la organización específica del anarquismo y sus antecedentes de la Alianza de la Democracia Socialista*. Madrid: Zero.

— (1984): *Relanzamiento de la CNT, 1975-1979*. Móstoles: CNT-AIT.

Gómez, Freddy (1974): «De "Soli" a "Frente Libertario". Publicaciones libertarias en el exilio». En *El movimiento libertario español: Pasado, presente y futuro*, Suplemento de *Cuadernos de Ruedo ibérico*. París: Ruedo ibérico, pp. 129-133.

Graham, Helen (2006): *La República española en guerra. 1936-1939*. Barcelona: Debate.

Guillamón, Agustín (1994): «Los Amigos de Durruti, 1937-1939», *Balance*, 3, diciembre.
— (2007): *Barricadas en Barcelona. La CNT de la victoria de Julio de 1936 a la necesaria derrota de Mayo de 1937*. Barcelona: Ediciones Espartaco Internacional.
Guinea, José Luis (1978): *Los movimientos obreros y sindicales en España de 1833 a 1978*. Madrid: Ibérico Europea de Ediciones.
Gutiérrez, José Luis (1993): *La Idea revolucionaria. El anarquismo organizado en Andalucía y Cádiz durante los años treinta*. Madrid: Madre Tierra.
Herrerín, Ángel (1998): «Memoria y olvido de una ministra anarquista», *Espacio, Tiempo y Forma, Historia Contemporánea*, 11, pp. 447-481.
— (2000): «La CNT y el Sindicato Vertical. La quimera de la libertad sindical con Franco», *Espacio, Tiempo y Forma.* Serie V, *Historia Contemporánea*, 13, pp. 125-168.
— (2003): «La sociabilidad de los anarcosindicalistas en España y el exilio tras la pérdida de la guerra civil», *Historia del presente*, 2, pp. 175-193.
— (2003): «Reorganización y actividad de la CNT del interior en la primera década de la dictadura de Franco», *Ayer*, 51, pp. 155-178.
— (2004): *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939-1975)*. Madrid: Siglo XXI.
Horta, Gerard (2001): *De la mística a les barricades: introducció a l ´espiritisme català del xix dins el context ocultista europeu*. Barcelona: Proa.
— (2004): «Espiritismo y lucha social en Cataluña a finales del siglo XIX», *Historia, antropología y fuentes orales*, 31, pp. 29-49.
Ibáñez, Tomás (2014): *Anarquismo en movimiento: anarquismo, neoanarquismo y postanarquismo*. Barcelona: Virus Editorial.
Íñiguez, Miguel (2001): *Esbozo de una Enciclopedia histórica del anarquismo español*. Madrid: Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo.
Jackson, Gabriel (1970): «The Living Experience of the Spanish Civil War Collectives», *Newsletter of the Society for Spanish and Portuguese Historical Studies*, 1, 2, pp. 4-11.
— (2010): *Juan Negrín: Physiologist, Socialist and Spanish Republican War Leader*. Brighton: Sussex Academic Press.

Jover, José María (1993): «La época de la Restauración. Panorama político-social, 1875-1902». En Manuel Tuñón de Lara (ed.), *Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923)*. Barcelona: Labor [2.ª edición], pp. 271-406.

Jutglar, Antoni (1984): *Historia crítica de la burguesía catalana*. Barcelona: Anthropos.

Lillo, Natacha (2011): «El asociacionismo español y los exiliados republicanos en Francia: entre el activismo y la respuesta del Estado franquista (1945-1975)», *Historia Social*, 70, pp. 175-191.

Lilón, Domingo (1999): «Propaganda y política migratoria dominicana durante la Era de Trujillo (1930-1961)», *Historia y Comunicación Social*, 4, 1999, pp. 47-71.

López, Pere (1993): *Un verano con mil julios y otras estaciones. Barcelona: de la Reforma Interior a la Revolución de Julio de 1909*. Madrid: Siglo XXI.

Lorenzo, César (1972): *Los anarquistas y el poder, 1868-1969*. París: Ruedo ibérico.

Lozano, Irene (2004): *Federica Montseny. Una anarquista en el poder*. Madrid: Espasa Calpe.

Madrid, Francisco (2009): *Anselmo Lorenzo. Un militante proletario en el ojo del huracán*. Barcelona: Virus Editorial.

Malló, Oriol (1997): *La revolta dels Quixots*. Barcelona: Editorial Empúries.

Mancebo, María Fernanda; Baldó i Lacomba, Marc y Alonso, Cecilio (comps.) (2001): *L' exili cultural de 1939: Seixanta anys després. (Actas del I congreso internacional)*. Valencia: Universitat de València, pp. 163-172.

Marín, Dolors (1995): «De la llibertat per conèixer, al coneixement de la llibertat. L'adquisició de cultura durant la dictadura de Primo de Rivera i la Segona República Espanyola», tesis doctoral, Universitat de Barcelona.

— (2002): *Clandestinos. El Maquis contra el franquismo, 1934-1975*. Barcelona: Plaza & Janés Editores.

— (2005): *Ministros anarquistas. La CNT en el gobierno de la II República (1936-1939)*. Barcelona: Debolsillo.

— (2009): *La Semana Trágica: Barcelona en llamas, revuelta popular y la Escuela Moderna*. Madrid: La Esfera de los libros.
— (2010): *Anarquistas: un siglo de movimiento libertario en España*. Barcelona: Ariel.
Martín, José Luis (1984): «Consequències socials: la resposta obrera», *L'Avenç*, 69, pp. 46-51.
Martínez, Juan (1977): «El Pacto de La Moncloa. La lucha sindical y el nuevo corporativismo», *Cuadernos de Ruedo ibérico,* 58-60, julio-diciembre, pp. 32-51.
Masjuan, Eduard (2004): «Medis obrers, conflictivitat social i innovació cultural a Sabadell (1877-1909)», *Recerques*, 47-48, pp. 131-154.
Messenger, David (2008): *L'Espagne Républicaine. French Policy and Spanish Republicanism in Liberated France*. Brighton: Sussex Academic Press.
Mintz, Frank (coord.) (1992): «Diego Abad de Santillán. Un anarquismo sin adjetivos. Una visión crítica y actual de la revolución social», *Anthropos*, 138.
— y Peciña, Miguel (1978): *Los amigos de Durruti, los trotsquistas y los sucesos de mayo*. Madrid: Campo Abierto Ediciones.
Molinero, Carme y Ysas, Pere (2014): *La cuestión catalana: Cataluña en la Transición*. Barcelona: Editorial Crítica.
Monjo, Anna (1993): «La CNT durant la II República a Barcelona: líders, militants, afiliats», tesis doctoral, Universitat de Barcelona.
Morro, José Luis (2003): *Campo de Vernet d'Ariège*. s.l.: «Memoria Viva» Asociación para el Estudio de la Deportación y el Exilio Español.
Navarro, Francisco Javier (2002): *Ateneos y grupos ácratas. Vida y actividades culturales de las asociaciones anarquistas valencianas durante la Segunda República y la Guerra Civil*. Valencia: Biblioteca Valenciana.
— (2004): «El "perfil moral" del militante en el anarquismo español (1931-1939)», *Spagna contemporanea*, 25, pp. 39-68.
Navarro, Jesús (2011): *Antoni Garcia Lamolla. Biografia d'un pintor*. Lleida: Alfazeta.
Nieto, Alejandro (2014): *La rebelión militar de la Generalidad de Cataluña contra la República el 6 de octubre de 1934 en Barcelona*. Madrid: Marcial Pons.

Núñez, Alejandro y Sorribés, Vicent Enric (2001): *La Vall d'Uixó durante la Segunda República (1931-1936), Expectativas, enfrentamientos y frustraciones en un período de crisis*. La Vall d'Uixó: Associació Arqueològica de la Vall d'Uixó.

Olaya, Francisco (1998): *El oro de Negrín*. Madrid: Nossa y Jara.

Oyón, José Luis (ed.) (1998): *Vida obrera en la Barcelona de entreguerras*. Barcelona: Centre de Cultura Contemporània de Barcelona.

— y Gallardo, Juan José (eds.) (2004): *El Cinturón Rojinegro. Radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona 1918-1939*. Barcelona: Ediciones Carena.

— (2008): *La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*. Barcelona: Ediciones del Serbal.

Paniagua, Javier (1982): *La sociedad libertaria. Agrarismo e industrialización en el anarquismo español (1930-1939)*. Barcelona: Editorial Crítica.

Paz, Abel (1978): *Durruti, el proletariado en armas*. Barcelona: Editorial Bruguera.

— (1996): *Durruti en la Revolución española*. Madrid: Fundación Anselmo Lorenzo de estudios libertarios.

Pagès, Pelai (1996): *La presó Model de Barcelona. Història d'un centre penitenciari en temps de guerra (1936-1939)*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.

— (2005): «Germinal Esgleas, l'altra meitat», *El Temps d'Història*, 15-21 de febrero, 44, pp. 24-26.

Pérez Ledesma, Manuel (1990): *Estabilidad y conflicto social: España, de los íberos al 14-D*. Madrid: Editorial Nerea.

Phillips, Howard y Killingray, David (eds.) (2003): *The Spanish Influenza pandemic of 1918-19: new perspectives*. Londres: Routledge.

Pike, David W. (1969): *Vae victis! Los republicanos españoles refugiados en Francia, 1939-1944*. París: Ruedo ibérico.

— (1984): *Jours de gloire jours de honte. Le Parti Communiste d'Espagne en France, depuis son arrivée en 1939 jusqu'à son départ en 1950*. París: Societé d'Édition d'Enseignement Supérieur.

Pous, Joan y Solé, Josep Maria (1991): *Anarquia i república a la Cerdanya, 1936-1939. El «Cojo de Málaga» i els fets de Bellver*. Barcelona:

Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
Pradas, Maria Amàlia (2003): *L'anarquisme i les lluites socials a Barcelona 1918-1923: la repressió obrera i la violencia*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
Preston, Paul (1981): «The Historiography of the Spanish Civil War». En Raphael Samuel (coord.), *People's History and Socialist Theory*. Londres: Routledge, pp. 190-196.
— (1986): *El triunfo de la democracia en España, 1969-1982*. Barcelona: Plaza & Janés Editores.
— (1987): *La destrucción de la democracia en España. Reforma, reacción y revolución en la Segunda República*. Madrid: Alianza Editorial.
Quintana, Francisco (coord.) (2002): *Asalto a la Fábrica Luchas autónomas y reestructuración capitalista, 1960-1990*. Barcelona: Alikornio Ediciones.
Rafaneau-Boj, Marie-Claude (1995): *Los campos de concentración de los refugiados españoles en Francia (1939-1945)*. Barcelona: Ediciones Omega.
Ramos, Carlos (1990): «El cincopuntismo en la CNT, 1965-1966». En Alicia Alted, Abdón Mateos y Javier Tusell (eds.), *La oposición al régimen de Franco*. Madrid: UNED, tomo 1, pp. 137-155.
Reguant, Josep Maria (1979): *Marcelino Massana: ¿terrorismo o resistencia?* Barcelona: Editorial Dopesa.
Rider, Nick (1987): «Anarchism, Urbanisation and Social Conflict in Barcelona, 1900-1932», tesis doctoral, Lancaster University.
Rivera, Antonio (1999): «Demasiado tarde. El anarcosindicalismo en la transición española», *Historia Contemporánea*, 19, pp. 329-353.
Roca, Jaume (1992): «Història de la veterinària en Catalunya (1400-1980)», tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona.
Roca, Josep y Díaz, Enriqueta (1980): «La Torrassa. Un antecedent de barri-dormitori», *L'Avenç*, 28, pp. 62-69.
Romanos, Eduardo (2007): «Fernando Gómez Peláez: crítica y disidencia en el movimiento libertario en el exilio», *Ayer*, 67, 3, pp. 235-254.
— (2011): «Emociones, identidad y represión: el activismo anarquista durante el franquismo», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 134, pp. 87-106.

— (2011): «Factionalism in Transition: A Comparison of Ruptures in the Spanish Anarchist Movement», *Journal of Historical Sociology*, 24, 3, pp. 365-380.
— (2014): «Emotions, Moral Batteries and High-Risk Activism: Understanding the Emotional Practices of the Spanish Anarchists under Franco's Dictatorship», *Contemporary European History,* 23, 4, pp. 545-564.
Romero, Milagrosa (2005): *El exilio republicano*. Madrid: Ediciones Encuentro.
Ruiz, David (1988): *Insurrección defensiva y revolución obrera. El octubre español de 1934*. Barcelona: Labor.
— (coord.) (1993): *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)*. Madrid: Siglo XXI.
Sagués, Joan (2002): «La recerca d'una nova societat des de la intervenció del poder local: els projectes d'un ajuntament en temps de guerra i de revolució (Lleida, 1936-1938)», *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis* Històrics, 13, pp. 89-104.
— (2003): *Una ciutat en Guerra: Lleida en la Guerra Civil Espanyola*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
Salmerón, Inocencio (2009): *Històries de Collblanc-La Torrassa*. l'Hospitalet de Llobregat: Arxiu Municipal de l'Hospitalet de Llobregat.
Sánchez, Ferran (2005): *El Maquis anarquista - De Toulouse a Barcelona por los Pirineos*. Lleida: Milenio.
Saña, Heleno (2010): *La revolución libertaria. Los anarquistas en la guerra civil española*. Pamplona: Laetoli.
Smith, Ángel (2007): *Anarchism, Revolution and Reaction: Catalan Labour and the Crisis of the Spanish State, 1898-1923.* Oxford: Berghahn.
Solà, Pere (1978): *Els Ateneus Obrers i la cultura popular a Catalunya (1900-1936): L'Ateneu Enciclopèdic Popular*. Barcelona: Edicions La Magrana.
Solà, Pere (1978): «L'ateneisme àcrata durant la segona república», *L'Avenç*, 11, pp. 69-73.
— (1980): *Educació i moviment llibertari a Catalunya (1901-1939)*. Barcelona: Edicions 62.
Solé, Josep Maria y Villarroya, Joan (1989): *La repressió a la reraguarda de Catalunya (1936-1939)*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de

Montserrat (2 vols.).

Tavera, Susanna (1992): *Solidaridad Obrera. El fer-se i desfer-se d'un diari anarcosindicalista (1915-1939)*. Barcelona: Col·legi de Periodistes de Catalunya.

— y Vega, Eulàlia (1989): «L'afiliació sindical a la CRT de Catalunya: entre l'eufòria revolucionària i l'ensulsiada confederal, 1919-1936». En VV. AA., *Col·loqui Internacional «Revolució i Socialisme»*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, vol. 2, pp. 343-363.

Téllez, Antonio (1974): *Facerías: Guerrilla urbana (1939-1957). La lucha antifranquista del Movimiento Libertario en España y en el exilio*. París: Ruedo ibérico.

— (1992): *Sabaté. Guerrilla urbana en España (1945-1960)*. Barcelona: Virus Editorial.

— (1992): *Apuntes sobre Antonio García Lamolla y otros andares con un recuerdo del mismo por José Peirats*. Vitoria: Asociación Isaac Puente.

— (1993): *Historia de un atentado aéreo contra el general Franco*. Barcelona: Virus Editorial.

Termes, Josep (1987): «Els ateneus populars: un intent de cultura obrera», *L'Avenç*, 104, pp. 8-12.

Thomas, Bernard (2001): *Lucio, el anarquista irreductible*. Barcelona: Ediciones B.

Thomas, Maria (2014): *La fe y la furia. Violencia anticlerical popular e iconoclastia en España, 1931-1936*. Granada: Comares.

Torres, Margaret (1990): «La evolución de una nueva política: los Grupos Obreros Autónomos en los últimos años del franquismo». En Alicia Alted, Abdón Mateos y Javier Tusell (eds.), *La oposición al régimen de Franco*, Madrid: UNED, vol. 1, pp. 157-165.

— (1993): «El anarquismo viejo y nuevo: la reconstrucción de la CNT, 1976-1979». En VV. AA., *La oposición libertaria al régimen de Franco*. Madrid: Fundación Salvador Seguí Ediciones, pp. 653-674.

— (2001): «El exilio libertario y el movimiento obrero español», en Fernanda Mancebo, Marc Baldó, y Cecilio Alonso (comps.), *L'exili cultural de 1939. Seixanta anys després.* (Actas del I Congreso Internacional). Valencia: Universitat de Valencia, 163-172.

Tusell, Javier (1986): *Los hijos de la sangre*. Madrid: Espasa Calpe.

VV. AA. (1979): *CNT: ser o no ser (la crisis de 1976-1979)*. París: Ruedo ibérico.

Vega, Eulàlia (1980): *El trentisme a Catalunya. Divergències ideòlogiques en la CNT (1930-1933)*. Barcelona: Curial.

— (1986): «La Confederació Nacional del Treball i els Sindicats d'Oposició a Catalunya i el País Valencià (1930-1936)», tesis doctoral, Universitat de Barcelona.

— (2004): *Entre revolució i reforma: la CNT a Catalunya (1930-1936)*. Lleida: Pagès Editors.

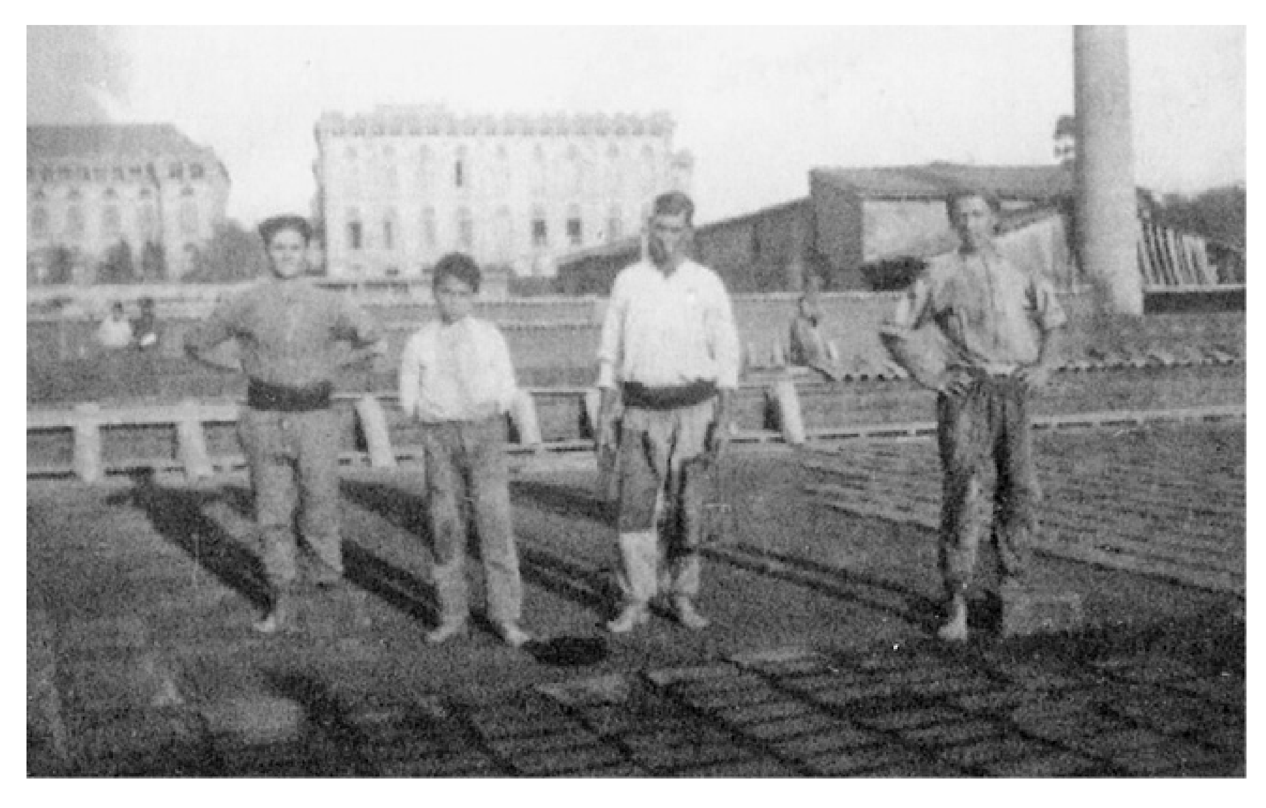
— (2010): *Pioneras y revolucionarias. Mujeres libertarias durante la República, la Guerra Civil y el Franquismo*. Barcelona: Icaria Editorial.

Wilhelmi, Gonzalo (2012): *El movimiento libertario en la transición*. Madrid: Fundación Salvador Seguí Ediciones.

Zambrana, Joan (1999): *La alternativa libertaria. Catalunya, 1976-1979*. Badalona: Edicions Fet a Mà.

— (2008): «Terrorismo de estado. El caso Scala y la CNT», *El Viejo Topo*, septiembre, pp. 35-39.

MATERIAL FOTOGRÁFICO



1. José Peirats, oficial ladrillero, cuando trabajaba en la ladrillería «d’en Cosme» en el barrio de Les Corts cerca del actual campo del Barça. Barcelona, 1924. © Archivo Gracia Ventura.



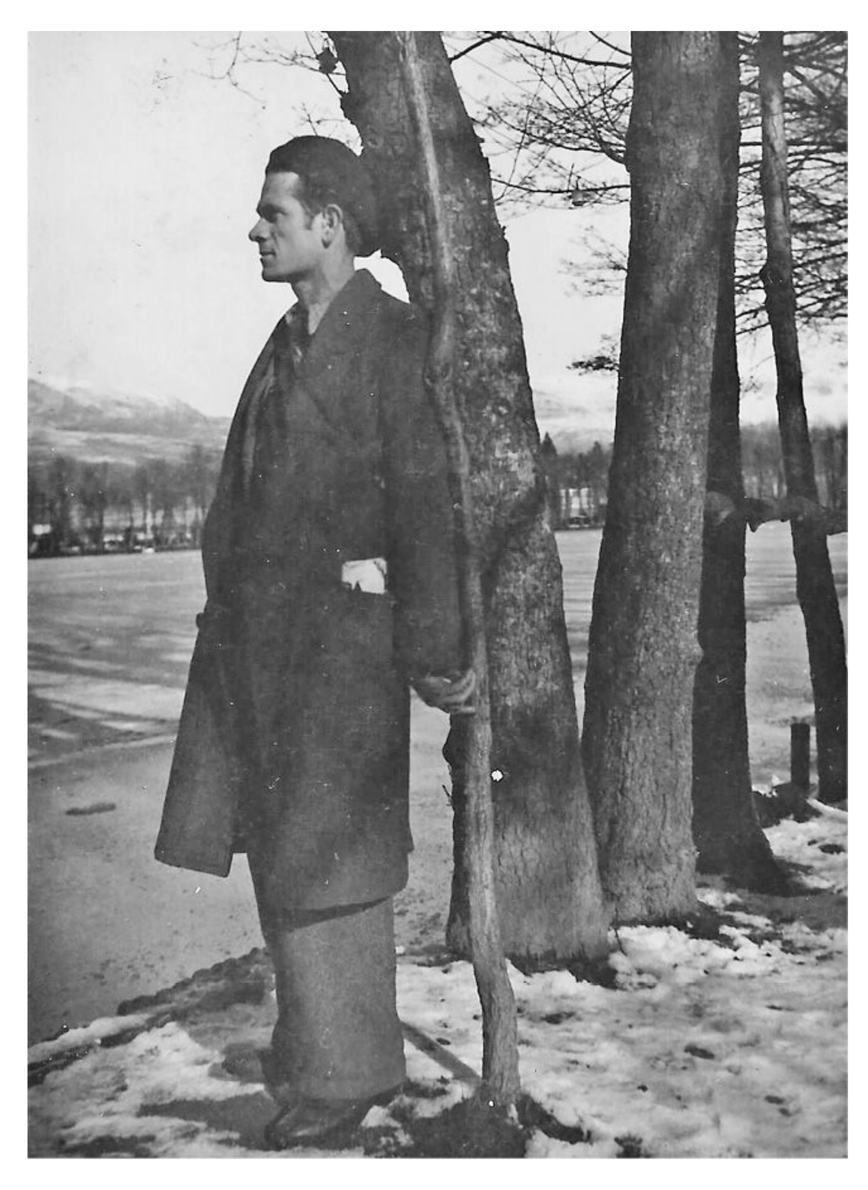
2. Clase de biología en el Ateneo Obrero Racionalista de Sants (año académico 1928-1929). José Peirats es el primero por la izquierda. © Archivo Gracia Ventura.



3. Época de escuela nocturna, Sants, Barcelona, curso 1928-1929. © Archivo Gracia Ventura.



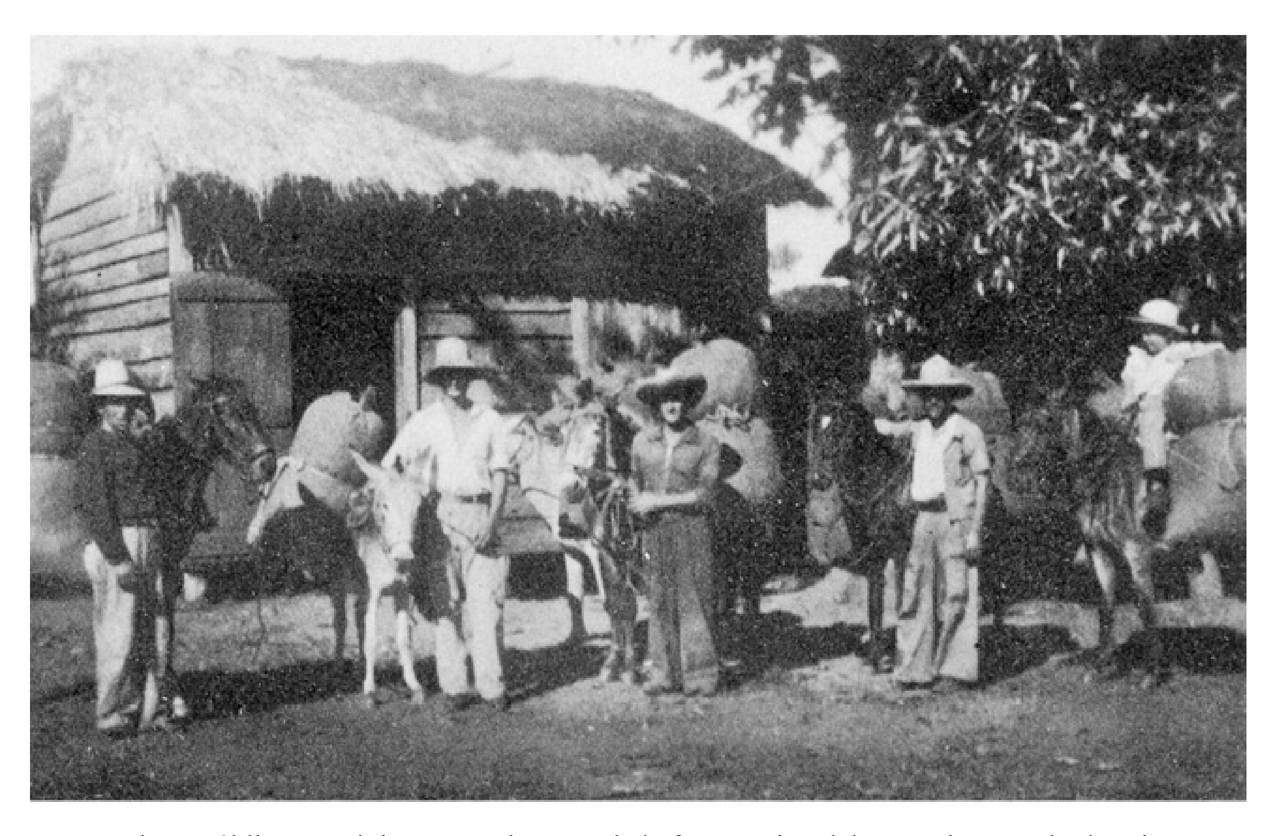
4. José Peirats entre miembros de las Juventudes Libertarias en 1934, en el centro de la foto, tumbado. Afueras de Barcelona entre 1933-1934. *Tiempo de Historia,* n.º 62, enero de 1980.



5. En Puigcerdà como enviado de *Acracia,* septiembre de 1936. © Archivo Gracia Ventura.



6. Perdida la guerra, emigración hacia América en el *La Salle.* José Peirats en el centro, a la derecha una muchacha, diciembre de 1939. *Anthropos,* n.º 102, noviembre de 1989.



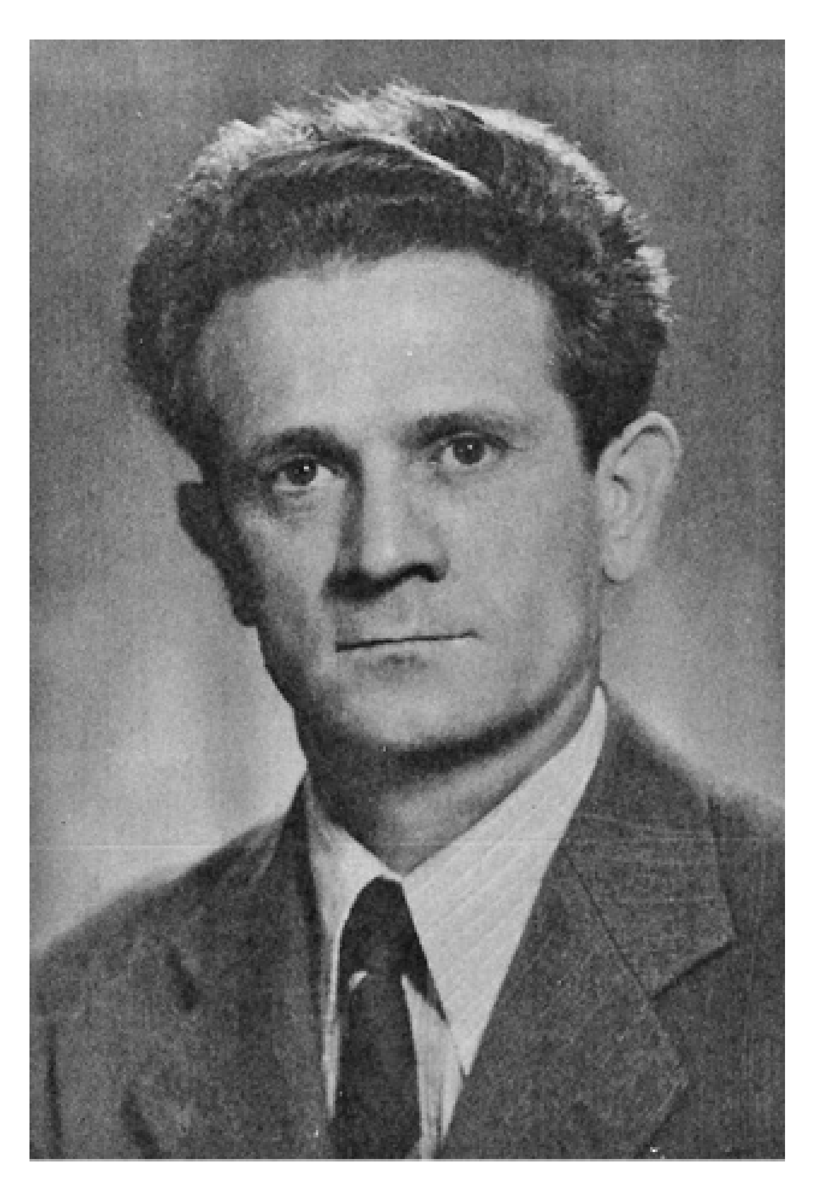
7. En la República Dominicana, en el centro de la foto camino del mercado a vender la primera cosecha de cacahuetes, 1941. *Anthropos,* n.º 102, noviembre de 1989.



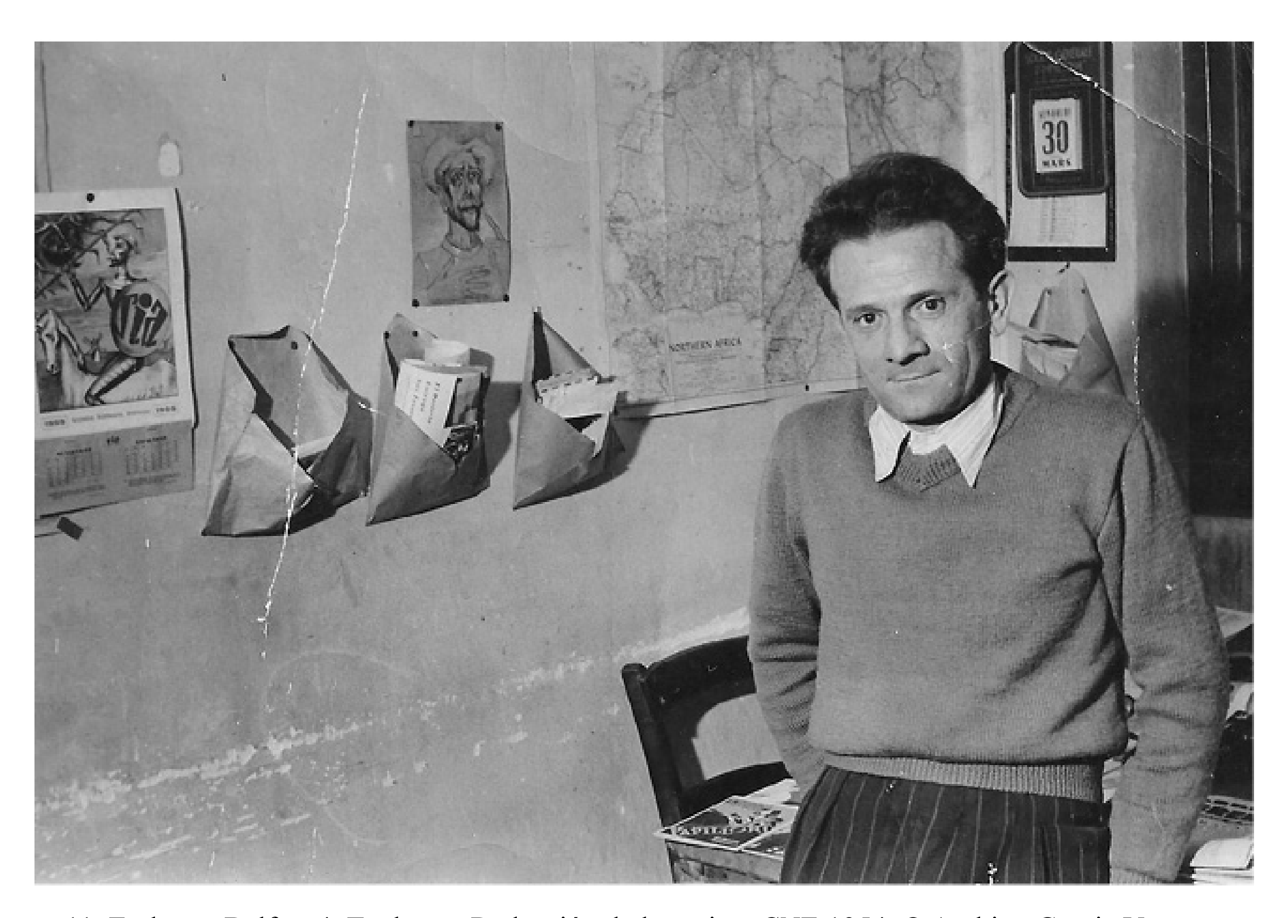
8. Colaborador de *El País* de Caracas, 1945. *Anthropos,* n.º 102, noviembre de 1989.



9. Otra vez en Francia en 1948. De izquierda a derecha: Pedro Mate, Pablo Benaiges, José Peirats (secretario general de la CNT) y Joan Puig Elías. *Anthropos,* n.º 102, noviembre de 1989.



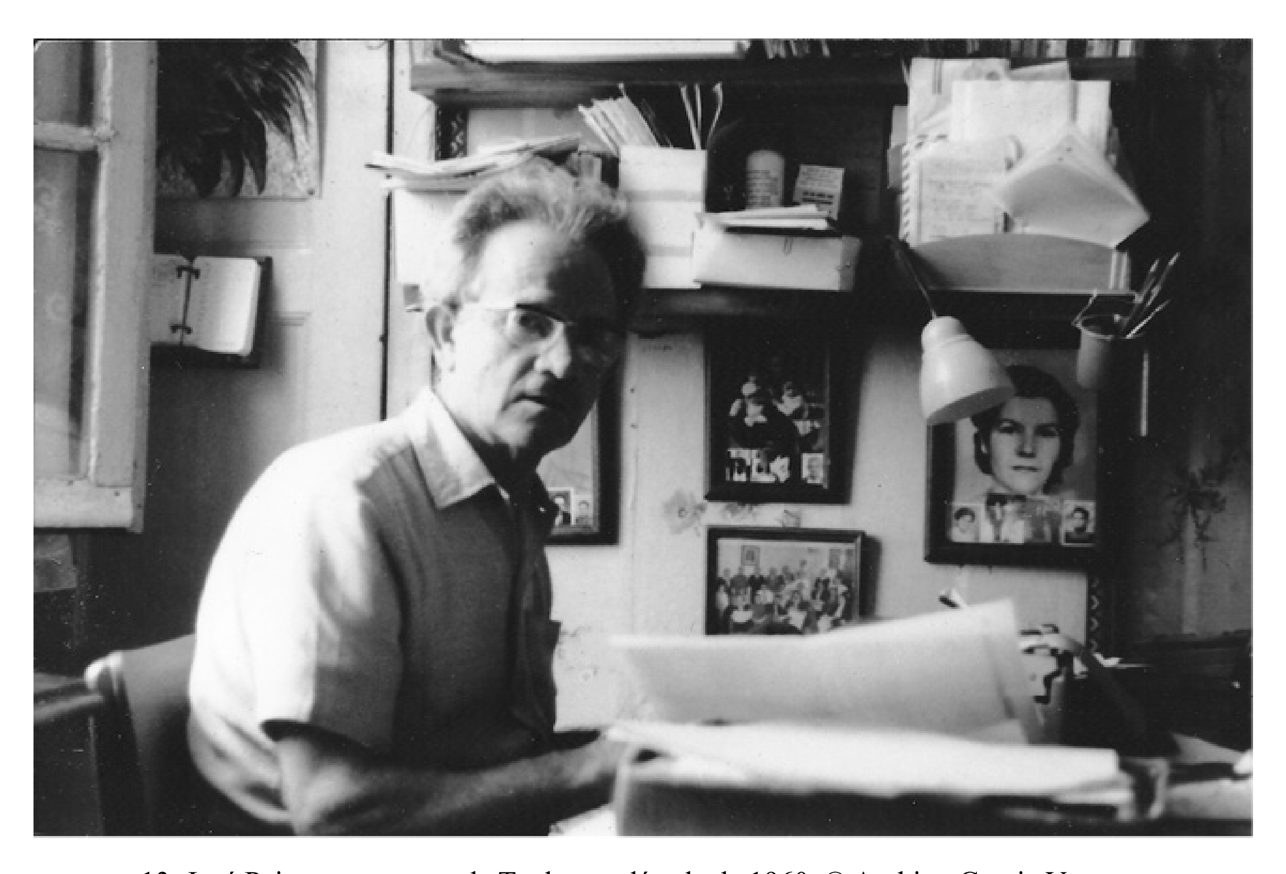
10. José Peirats en Toulouse, septiembre de 1951. © Archivo Gracia Ventura.



11. En la rue Belfort 4, Toulouse. Redacción de la revista *CNT,* 1954. © Archivo Gracia Ventura.



12. José Peirats y Manuel Llátser yendo a representar en el Teatro Espoir de Toulouse, década de 1960. © Archivo Gracia Ventura.



13. José Peirats en su casa de Toulouse, década de 1960. © Archivo Gracia Ventura.



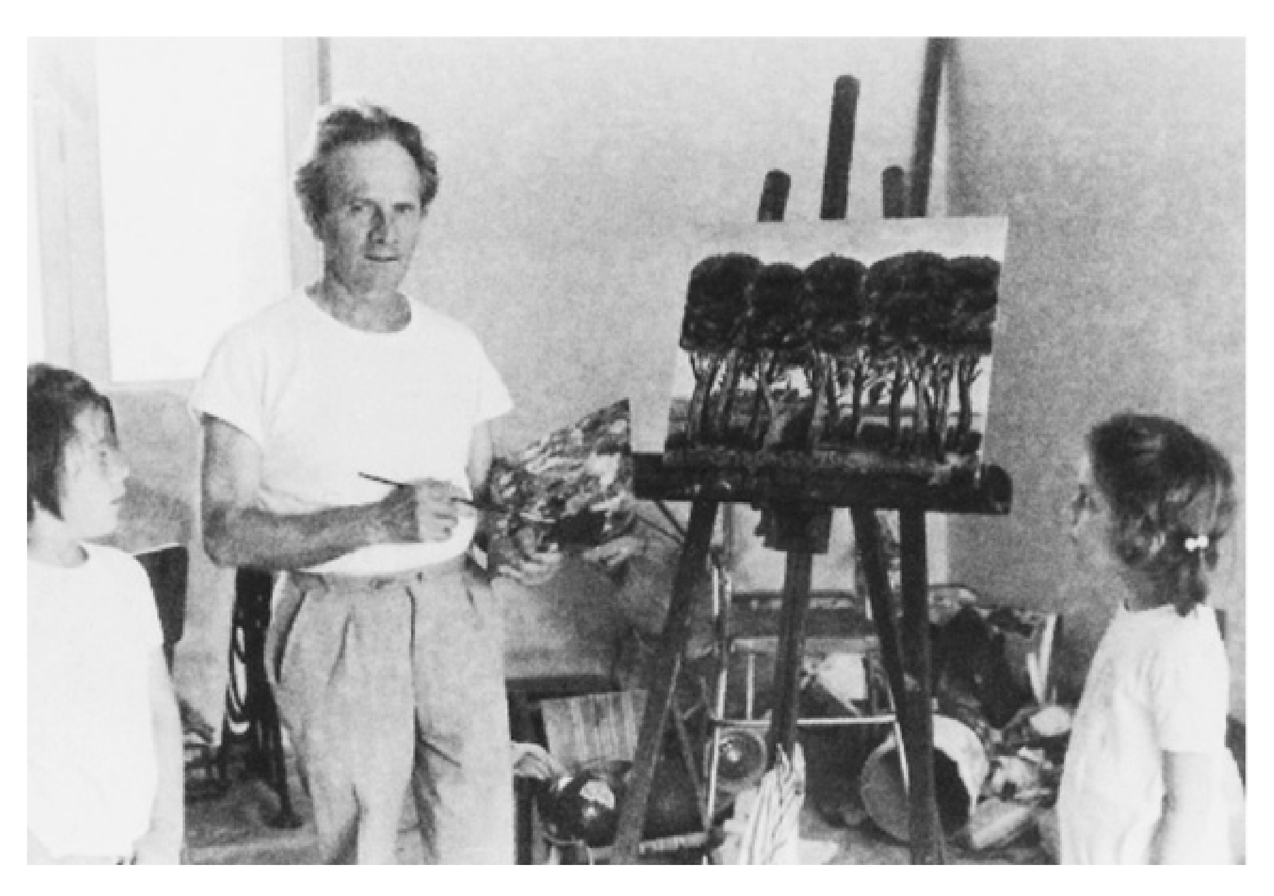
14. Ayudando a su compañera Gracia en la confección de pantalones. Toulouse, agosto de 1966. © Archivo Gracia Ventura.



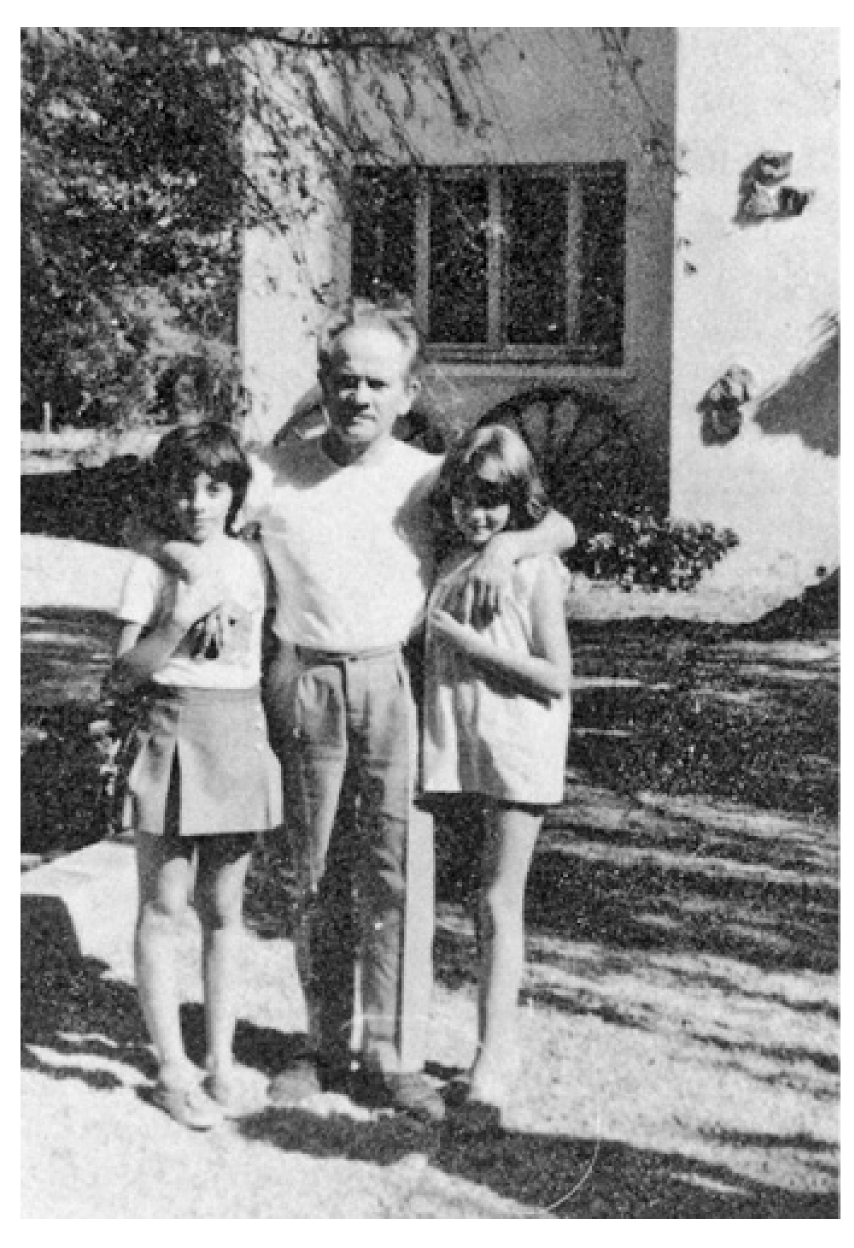
15. Probablemente antes de 1968, cuando más o menos dejó de dar charlas públicas. © Archivo Gracia Ventura.



16. En La Plaine des Astres, Montady, con Gracia, 1971. © Archivo Gracia Ventura.



17. Con Maya y Grecia, hijas de Víctor García, en La Plaine des Astres, Montady, 1972. © Archivo Gracia Ventura.



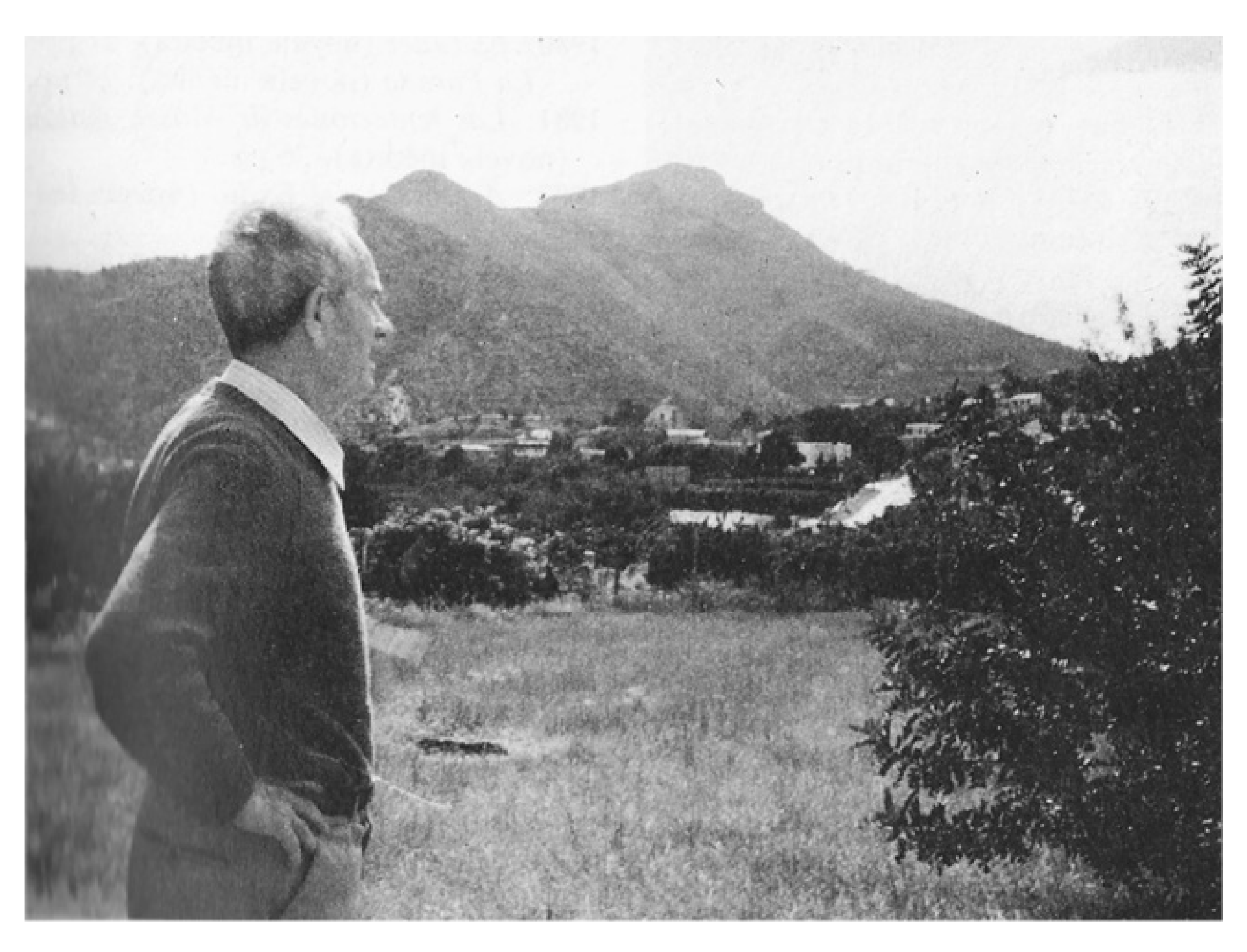
18. Con Pilar, hija de su sobrina Armonía, a la izquierda, y Grecia García. En esta casa de La Plaine des Astres, Montady, vivió Peirats los últimos años de su exilio en Francia, agosto de 1974. © Archivo Gracia Ventura.



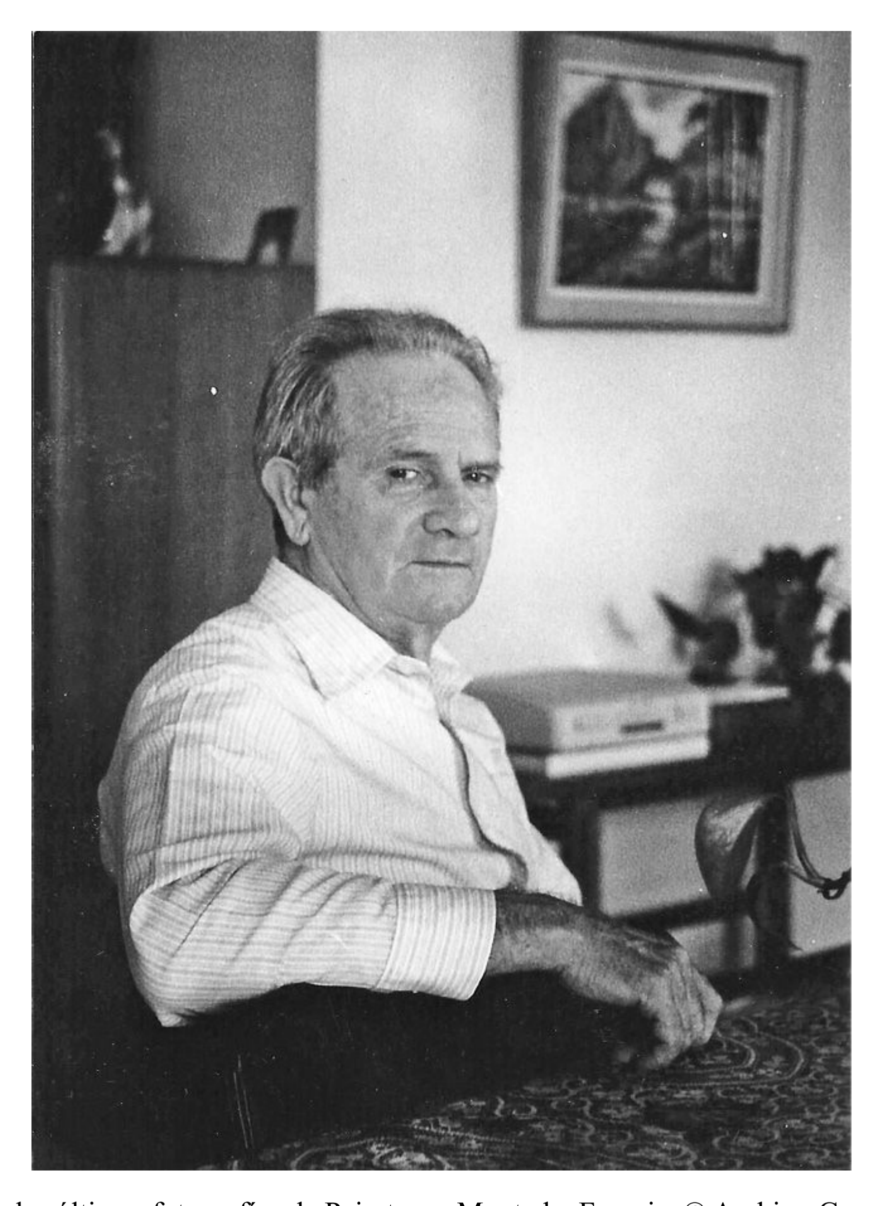
19. José Peirats es recibido por Juan Gómez Casas (derecha), Eduardo Guzmán (izquierda) y otros compañeros del sindicato anarquista a su regreso a España tras permanecer exiliado desde 1939. Madrid, agosto de 1976. © Efe.



20. En el mitin de Montjuïc en 1977 mientras Federica Montseny está dando un discurso. © Ateneu Enciclopèdic Popular, Barcelona.



21. Peirats contemplando su querida Vall d'Uixó, después de 40 años de exilio, 1987. © Archivo Gracia Ventura.



22. Una de las últimas fotografías de Peirats, en Montady, Francia. © Archivo Gracia Ventura.

Título original: *José Peirats and the Spanish Anarchist Mouvement in 20th Century*

Edición en formato digital: 2016

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9104-222-8

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es